

Ilaria Tuti

Flores sobre el infierno

Narrativa Internacional Traducción de Xavier González Rovira



Ilaria Tuti

Flores sobre el infierno

Traducción del italiano de Xavier González Rovira

NEGRA
ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



[@adictosalcrimen](#)



[@adictosalcrimen](#)



[@editorial_alfaguara](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Jasmine

Oh, beldad mía, entonces di a los crueles gusanos
que contigo tendrán festín de besos,
que conservo la forma y la esencia divina
de estos amores míos que son polvo.

CHARLES BAUDELAIRE [\[1\]](#)

Nunca lo olvides:
caminamos sobre el infierno,
viendo las flores.

KOBAYASHI ISSA (1763-1828)

Austria, 1978

Una leyenda gravitaba alrededor de aquel sitio. Una de esas que se adhieren a los lugares igual que un olor persistente. Se decía que a finales del otoño, antes de que las lluvias se convirtieran en nieve, el lago alpino exhalaba siniestras emanaciones.

Surgían del agua como vapor y ascendían por la ladera junto con la bruma de la mañana, cuando el agua estancada reflejaba el cielo. Era el paraíso que se miraba en el espejo del infierno.

Entonces se podían oír silbidos largos como aullidos, que rodeaban el edificio de finales del XIX en la orilla oriental.

La Escuela. Así era como lo llamaban en el pueblo, pero con el tiempo aquellas paredes habían cambiado su destino y su nombre varias veces: Pabellón de Caza Imperial, Comandancia de los Nazis, Preventorio Antituberculoso Infantil.

Ahora en los pasillos solo había silencio y paredes desconchadas, estucos descoloridos y ecos de pasos solitarios. Y luego, en noviembre, esos aullidos que brotaban de la niebla y que, trepando por las ventanas de los pisos superiores, llegaban hasta el techo inclinado, que brillaba por la escarcha.

Las leyendas, sin embargo, solo son adecuadas para los niños y los ancianos melancólicos, para corazones demasiado tiernos. Agnes Braun lo sabía bien: la Escuela llevaba siendo su casa demasiado tiempo para dejarse impresionar con un gorgoteo nocturno. Conocía el crujido de cada tablón, de cada cañería oxidada que corría por los intersticios de las paredes, aunque la mayor parte de las plantas permanecían ahora cerradas y las puertas de las habitaciones, atrancadas con listones de madera y clavos.

Desde que el edificio se había convertido en un orfanato, los fondos del Estado se habían vuelto cada vez más exiguos y ningún particular había dado un paso al frente para realizar donación alguna.

Agnes atravesó la cocina que estaba en el sótano, entre las estancias utilizadas como despensa y la lavandería. Iba empujando un carrito, sorteando hábilmente los contenedores que en unas pocas horas soltarían vapores grasientos. Estaba sola, a esa hora en que no es de noche ni tampoco de día. Haciéndole compañía, solo la sombra furtiva de una rata y las siluetas de los cuerpos colgados para macerar en la que había sido la nevera.

Utilizó el montacargas para llegar al primer piso, el ala de la que era responsable. Desde hacía cierto tiempo, esa tarea le ocasionaba una incomodidad indefinida, como un malestar latente que se resistía a estallar.

El montacargas crujió al recibir su peso y el del carro. Las cadenas y las sogas comenzaron a chirriar. La jaula vibró y empezó a subir para detenerse pocos metros después con una sacudida. Agnes abrió la malla metálica. El pasillo del primer piso era una larga cinta de un color azul polvoriento, manchado de humedad y tachonado en uno de los flancos con ventanales cuadriculados.

Una puerta daba golpes a intervalos regulares. La mujer se alejó del carro para ir a cerrarla. El cristal estaba frío y empañado. Lo limpió con una mano, dibujando una especie de ojo de buey. El amanecer iluminaba el pueblo, valle abajo. Los tejados de las casas eran como pequeñas teselas de color plomo. Más arriba, a mil setecientos metros sobre el nivel del mar, entre la población y la Escuela, la extensión inmóvil del lago se teñía de rosa entre la bruma. El cielo, en cambio, era claro. Agnes sabía, sin embargo, que ese día el sol no iba a calentar el claro escarpado. Ahora ya era capaz de vislumbrarlo en cuanto ponía un pie en el suelo y se sentía asaltada por la migraña.

La niebla se estaba levantando para tragarse todas las cosas: la luz, los sonidos, incluso los olores se impregnaban con su humor estancado, que olía a hueso. Y de sus espiras, que encaramándose sobre la hierba quemada por el hielo parecían cobrar vida, se levantaron los lamentos.

Es la respiración de los muertos, pensó Agnes.

Era el viento, el burán, que soplaba con virulencia desde el noreste. Nacido en lejanas estepas, había recorrido miles de kilómetros hasta meterse en el desfiladero del valle, gruñir contra las orillas del río, bajo la línea del bosque, agitarse en las zonas inundables y volver a salir silbando, para luego romper contra la pared de roca.

Era solo el viento, se repitió la mujer.

El reloj de péndulo de la entrada dio seis toques. Se había hecho tarde,

pero Agnes no se movió. Sabía que estaba haciendo tiempo. Y también sabía por qué.

Sugestión, se dijo. Es solo sugestión.

Apretó las manos alrededor del acero del carrito de las comidas. Los recipientes tintinearón cuando se decidió a dar unos pasos hacia la puerta al final del pasillo.

El Nido.

Un pensamiento imprevisto le provocó un espasmo en el estómago: realmente se trataba de un nido. Se había convertido en eso durante las últimas semanas. Era un hervidero de actividad queda, misteriosa. Como un insecto industrioso que prepara la muda. Agnes estaba segura de ello, aunque no habría sabido explicar qué estaba sucediendo en esa habitación. No había hablado del tema con nadie, ni siquiera con el director: la habría tomado por loca.

Metió una mano en el bolsillo del uniforme. Sus dedos rozaron la tela áspera de la capucha. La sacó y se la caló sobre el rostro. Una delgada rejilla le cubría también los ojos, velando el mundo exterior. Era la norma.

Entró.

La habitación estaba sumida en el silencio. La gran estufa de hierro fundido junto a la entrada todavía conservaba algunas brasas y proporcionaba un agradable calor. Los puestos se alineaban en cuatro filas de diez. No había ningún nombre en las placas identificativas, tan solo números.

No se oían ni llantos ni quejas. Agnes sabía lo que iba a ver en caso de que mirara: ojos inexpresivos, apagados.

En todos los puestos, excepto en uno.

Ahora que se había acostumbrado al silencio, podía oírlo: correteaba allí abajo, adquiriría fuerza. Se estaba preparando. No podría haber dicho para qué. Tal vez realmente estaba loca.

Un paso tras otro, se acercó al puesto número 39.

Contrariamente a los demás, el individuo palpitaba de vida. Sus ojos, tan particulares, estaban alerta, se deslizaban siguiendo sus movimientos. Agnes sabía que el individuo estaba buscando su mirada por debajo de la rejilla de la capucha. Ella la apartaba, incómoda. El individuo número 39 era consciente de su presencia, aunque no debería ser así.

La mujer verificó que ningún asistente se hubiera asomado por la puerta y tendió un dedo. Y el individuo mordió, apretó la carne entre las encías, con

fuerza. En los ojos, una mirada distinta: enérgica. Un breve gemido nervioso se le escapó de los labios cuando Agnes se retiró con una imprecación.

Aquí está su verdadera naturaleza, pensó. Carnívora.

Fue lo que sucedió un momento después lo que la convenció de que ya no podía guardarse ciertas cosas para ella sola.

Los puestos que quedaban al lado del número 39 ya no permanecían en silencio. Las respiraciones se habían agitado, como si los individuos estuvieran respondiendo a una llamada. El Nido era un hervidero.

Aunque tal vez fuera solo una sugestión.

1.

Hoy

El cuervo yacía a un lado del sendero, con las plumas de reflejos morados en desorden y el pico abierto de par en par. Una mancha de sangre había impregnado la tierra debajo de su vientre hinchado, pero ya estaba seca, a pesar de la humedad de la tarde.

Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí el animal, un ojo vidrioso mirando al cielo que prometía nieve, el otro perdido quién sabe dónde.

Mathias llevaba un rato observándolo, con las rodillas dobladas. Se había preguntado si las pulgas habrían abandonado el cuerpo en cuanto el corazón dejó de latir. Un día se lo oyó decir a un cazador y ese detalle estuvo atormentándolo largo tiempo. Lo encontraba impresionante y asombroso al mismo tiempo.

Tocó el cuervo con la punta de un dedo. Era un ejemplar viejo. Se percató de ello por el pico, desnudo y blanco. Las patitas estaban rígidas, sus robustas garras aferraban la nada.

Se limpió de inmediato el guante sobre los pantalones. De haberlo sabido su padre, le habría soltado un bofetón. Lo había sorprendido varias veces observando los cadáveres de los pequeños animales que encontraba en el jardín o en la pineda de detrás de la casa y lo había regañado, utilizando una palabra que Mathias no conocía, pero que le hacía pensar en algo malo. Había buscado el significado en el diccionario. No la recordaba, pero tenía algo que ver con la locura.

De mayor, Mathias quería ser veterinario y toda oportunidad era buena para aprender. La observación —le dijo una vez el abuelo— ya es medio aprendizaje. El resto consiste en ensayar una y otra vez.

El niño se levantó, con los ojos clavados en el animal. Habría querido enterrarlo, pero luego se dijo que lo justo era aquello: la naturaleza era

carnívora, tenía hambre de esos restos, que no serían desperdiciados.

Las campanas de la catedral, en el pueblo, dieron dos toques y medio. Era tarde, los demás estaban esperándolo en el lugar secreto.

Se encaminó por el sendero helado. La localidad de Traveni se había despertado esa mañana bajo una capa de nieve. Un blanqueamiento ligero, que se deshizo demasiado pronto, pero que era un buen augurio para la temporada de esquí que estaba al caer.

Llegó al promontorio a las afueras del pueblo. El monumento a los caídos de las guerras napoleónicas destacaba entre los bosques más bajos de píceas y pinos. El granadero de bronce escrutaba el horizonte con ceño fruncido, el largo bigote hacia arriba. En la bayoneta se agitaba una bufanda azul, señalando que alguien del grupo ya había trepado hasta allí para colgar la señal.

Mathias aceleró el paso. Esa mañana en la escuela la maestra había explicado el significado de la palabra «líder». Él se había quedado fascinado. Le gustaba cómo sonaba —tenía un no sé qué de definitivo—, pero sobre todo le gustó la idea de ser un guía para los demás.

Un líder protege a sus compañeros, había dicho la maestra, y era exactamente así como se sentía Mathias. Era consciente de que, para sus amigos, él era el jefe del grupo y no solo porque fuera el mayor —diez años, dos meses y una semana, ese día—, sino también porque se podía contar con él.

Por eso mismo, la bufanda que colgaba de la estatua debería haber sido la suya, y no la de Diego. Tendría que haber llegado antes y abrir camino a sus compañeros, aunque a esas alturas debían de haberlo recorrido quién sabe cuántas veces. En cambio, se había demorado escudriñando restos de animales al borde de una carretera. Tal vez su padre tuviera razón.

El promontorio del granadero estaba rodeado de paredes rocosas y empinadas que se cernían sobre el lecho de un arroyo. Algunas decenas de metros más abajo, el agua gorgoteaba entre las oscuras frondas.

Mathias comenzó a bajar por las empinadas curvas del sendero, saltando para ganar algo de tiempo y aferrándose a la estacada que delimitaba el camino cuando las piedras resbalaban bajo las suelas de sus zapatillas de deporte. Llegó al lecho de grava sin aliento, con las rodillas temblorosas y el rostro ardiendo.

Siguió el discurrir de la garganta excavada durante milenios. Pasos en

voladizo sobre el agua se alternaban con escaleras de hierro y de madera sujetadas a las rocas. Entre las rejillas, el arroyo tenía reflejos de color esmeralda y olía a hielo. La luz y el calor del sol casi nunca llegaban hasta el fondo de ese abismo.

Mathias podía oír el sonido de su propia respiración y el del corazón en su pecho, y de repente se dio cuenta de que estaba solo. En esa época del año, los turistas preferían las pistas de esquí: demasiado frío allí abajo, además del riesgo de caerse.

Aceleró el paso, sin saber por qué.

Por encima de su cabeza, entre las puntiagudas cúspides de los abetos, el escorzo del cielo se veía cruzado por el puente de la antigua línea ferroviaria, ya clausurada, a más de sesenta metros de altura. El abuelo de su abuelo había participado en los trabajos de construcción, un siglo y medio antes.

Mathias, con la nariz hacia arriba, resbaló sobre una piedra cubierta de hielo y golpeó con la rodilla en el suelo. A su exclamación de sorpresa siguió un ruido en el bosque. Un grito amortiguado. Se volvió, con el aliento entrecortado.

El bosque no es un lugar para niños.

Las palabras de su madre comenzaron a bailar en su mente.

Se levantó, sin comprobar el daño en sus vaqueros y en las palmas de las manos, que ardían bajo la lana de los guantes. Cruzó una pasarela que rodeaba una roca que sobresalía. Musgo por un lado, remolinos de agua por el otro. El sendero proseguía a través de una pequeña cueva. Mathias superó esos pocos metros de oscuridad corriendo, diciéndose que era la prisa lo que movía sus piernas y no el miedo. Cuando apareció al otro lado, se detuvo. Un rayo de sol atravesaba el verde e incendiaba de oro la maleza. La cascada que alimentaba el arroyo caía en un salto aterrador, salpicando minúsculas gotas de agua que en verano, cuando la luz lograba llegar hasta el fondo, adquirían el color del arcoíris.

En la playa de guijarros, sus amigos lo esperaban sentados en círculo. Lucia, Diego y Oliver.

Esta visión bastó para ahuyentar los miedos. Una sonrisa asomó a sus labios. No había nadie detrás de él. Nadie había seguido sus pasos.

Observó la oscuridad de la cueva de nuevo, como para desafiarla. Había ganado él, era realmente un líder. Pero entonces su sonrisa se desvaneció hasta desaparecer.

De repente, tuvo la certeza.

Había alguien escondido en las tinieblas, y estaba mirándolo.

2.

El cuerpo yacía sobre la hierba, cubierto de escarcha. La palidez de la piel contrastaba con la oscuridad del pelo de la cabeza y del pubis. Al fondo, el verde oscuro de la naturaleza de la montaña. Algunas manchas de nieve persistían en las áreas más umbrosas, cercanas al bosque. Durante la noche habían caído algunos copos y un cristal se había quedado prendido entre las pestañas del cadáver.

El hombre estaba acostado en posición supina, los brazos en los costados, las manos posadas sobre cojines de musgo. No había arañazos. Entre los dedos sobresalía alguna flor invernal, de pétalos pálidos y transparentes.

Parecía un cuadro. Los colores eran los de la sangre ya fría, de las venas vacías, de las extremidades rígidas. El hielo lo había conservado. No tenía olor, excepto el del bosque: tierra húmeda y hojas podridas.

Alguien se había ocupado de él.

En el suelo, alrededor del cuerpo, habían sido colocadas algunas trampas rudimentarias, hechas con cuerdas y nudos corredizos.

—Para mantener a los animales alejados del cuerpo. Quería que lo encontráramos intacto —dijo una voz ronca. Los labios se movían cerca del micrófono del móvil, desplazando en el aire palabras y vaho. Alrededor, todo era un ajeteo susurrante, monos blancos, flashes y luces de emergencia.

—No realizaba ningún trabajo manual. Tiene las manos tersas y el oro del anillo no presenta arañazos. Las uñas están cuidadas. No parece haber suciedad.

La alianza del anular de la mano izquierda brillaba también a la lívida luz de diciembre. Nubes planas cubrían de sombra ese rincón del mundo.

El hombre había sufrido una agresión violenta en el rostro, pero el resto del cuerpo aparecía ileso. La epidermis en los lados del cuello estaba estriada con el azul profundo de los vasos sanguíneos. Se había afeitado cuidadosamente antes de morir. La leve sombra de barba era consecuencia de la retracción de

la piel post mortem.

—Rastros mínimos de sangre, incompatibles con las heridas sufridas. Probablemente la sangre sea más abundante en la ropa. Se la quitaron más tarde.

Una pausa.

—El asesino desnudó a la víctima, la preparó.

A pesar de esa escrupulosa preparación, había numerosas huellas de pisadas, tanto en el cuerpo como en el suelo, una mezcla de barro y de hielo, como si el autor se hubiera olvidado de repente de los detalles. Además de las de la víctima, había huellas pertenecientes a una única persona, un hombre, a juzgar por el número de pie detectado, el cuarenta y cinco.

En los brazos, las muñecas y los tobillos del cadáver no se veían marcas de ataduras. La víctima tenía un físico robusto, era alto y con una musculatura bastante desarrollada, y, a pesar de ello, el asesino había conseguido reducirlo. Lo había atacado con una violencia animal.

Conocías al asesino, por eso no reaccionaste de inmediato para defenderte. ¿Qué debiste de pensar en ese momento, cuando te diste cuenta de que ibas a morir?

Era algo que se apreciaba con claridad en la expresión del cadáver. Sus labios estaban cerrados, y los ojos...

El cuerpo había sido abandonado entre un canal de desagüe natural y un camino transitado por turistas la mayor parte del año. Un excursionista lo había localizado unas horas antes. No era una coincidencia, ni un error: el asesino optó por no ocultarlo.

—No aprecio intención sexual, a pesar de que lo ha desnudado.

El jefe de policía local había explicado que se trataba de un padre de familia que había desaparecido hacía dos días, después de haber llevado a su hijo al colegio. El coche estaba a unos cien metros del cuerpo, en un barranco, escondido por los árboles. Lo habían empujado. En el suelo, huellas de neumáticos y de zapatos.

—El asesino se movió a pie. Las huellas continúan en el bosque.

La comisaria Battaglia interrumpió la grabación y levantó la vista al cielo. Algún cuervo graznaba, pasando sobre sus cabezas. Las nubes amenazaban con una nevada inminente.

No había tiempo. Debían ser más rápidos, más eficientes.

La comisaria se levantó y notó cómo le crujían las articulaciones.

Demasiados días de su vida pasados de rodillas. O demasiados años sobre sus hombros, pensó. Demasiados kilos de los que liberarse.

—Espabilad con las tareas de reconocimiento —ordenó.

Los hombres de la Policía Científica eran sombras blancas y silenciosas, agachadas sobre detalles que solo unos ojos entrenados podían captar. Fotografiaban, recogían, clasificaban. La cadena de custodia del ADN acababa de comenzar. Llegaría a su término horas más tarde, en un laboratorio del Instituto de Medicina Forense, en la ciudad, a unos cien kilómetros de allí.

Algunos curiosos se habían sentido convocados por la llegada de la policía. Un grupo de turistas y de lugareños estaba parado bajo el cartel de madera que indicaba el camino para llegar al pueblo más cercano, Traveni. A solo cuatro kilómetros. Resultaba fácil distinguir a los autóctonos: tenían rostros salvajes y rubicundos. No había signos del bronceado uniforme de las pistas de esquí, sino teces oscurecidas por la oscilación térmica, quemadas por el viento.

—¡Hemos encontrado la ropa! —gritó una voz, desde el bosque.

Un espantapájaros, ese fue el primer pensamiento de la comisaria Battaglia.

Entre las zarzas, la figura surgía de la maleza como un detalle desentonado, incongruente. Estaba hecha con ramas y cuerdas, algunas frondas y ropa ensangrentada.

La cabeza era la camiseta interior de la víctima, rellena con hojas y paja, dos bayas moradas en lugar de ojos. Chaqueta y pantalones colgaban del esqueleto de madera, el reloj estaba atado a la rama que hacía las veces de muñeca. La camisa embadurnada de sangre estaba endurecida. Resultaba imposible decir cuál era el color original de la tela.

Un agente se acercó.

—Las huellas desaparecen a unos cien metros al norte, entre las rocas —le informó.

El asesino sabía cómo moverse. Era del lugar o lo conocía muy bien.

La comisaria se acercó de nuevo el micrófono a la boca, los ojos fijos en el claro, donde el cadáver era un perfil blanco en el que se posaban los copos de nieve que desde hacía algunos minutos habían empezado a caer. Alguien

estaba tendiendo una lona encima de él.

—Este fetiche representa al asesino —dijo—. Ha contemplado su propia obra y ha querido que lo supiéramos...

Un ruido repentino impidió la continuación de su análisis. Aguzó la vista, preguntándose si el espectáculo era real o no. Un hombre estaba avanzando por el claro, entre las patrullas y el bosque, hundiéndose de vez en cuando en los barrizales. Pero no se daba por vencido. La americana hecha a medida que ondeaba, la camisa manchada de barro y aguanieve, y nada más que pudiera defenderlo de la helada. Tenía una expresión combativa, acompañada por un rubor que denotaba cansancio. O tal vez incomodidad, vergüenza.

Cuando la comisaria intuyó de quién podía tratarse, una sola palabra le bastó para resumir su estado de ánimo.

—Mierda.

3.

Massimo estaba hundido hasta los tobillos en el lodazal.

Una serie de emociones azotaba su rostro: ira, desaliento, incredulidad, pero sobre todo vergüenza. Avanzaba a duras penas entre penachos de hierbas insidiosas, que se hundían bajo sus pies dejando al descubierto una trampa de cieno.

Tenía los ojos de todos aquellos desconocidos encima de él: su nuevo grupo, después del traslado. Sabía que su superior estaba observándolo desde la linde del bosque.

Incierta al principio, ahora la nieve caía copiosamente. Le rozaba las mejillas calientes; su peso sobre la piel duraba un pestañeo.

Massimo se atrevió a levantar la mirada por un instante. El comisario Battaglia debía de ser ese tipo de unos cuarenta años, un poco menos alto que él, de tez oscura y con un cigarrillo entre los labios que lo escudriñaba con los ojos entrecerrados. Se lo había indicado un agente moviendo un brazo hacia él. Massimo no preguntó nada más y se encaminó, ignorando el grito de alarma de su compañero. No entendió su agitación hasta que se vio hundido en el barrizal, tras unos metros recorridos a paso de marcha, para ostentar desenvoltura.

Nunca olvidaría ese día. Había llegado a la oficina con algunos minutos de retraso y estuvo esperando en un pasillo de la comisaría más de media hora antes de que alguien se dignara decirle que su equipo no estaba allí: había sido alertado por un presunto caso de asesinato. Nadie se había preocupado de esperarlo o de informarle al respecto. Simplemente se habían olvidado de él.

Cinco minutos de retraso.

Massimo pensó en una broma, pero el compañero fue lapidario: Battaglia no tiene sentido del humor, le aseguró. Tampoco debía de tenerlo él, a juzgar por su cara.

Massimo solo tenía dos alternativas: esperar en una silla el regreso del equipo, o bien reunirse con ellos dondequiera que estuviesen.

Desgraciadamente, eligió la segunda.

No se le había pasado por la cabeza tener que conducir casi dos horas bajo un diluvio que vertía murallas de agua sobre el asfalto, con el navegador enloquecido, los ojos pegados al parabrisas. Cuando llegó al valle, empezó entonces la pesadilla del hielo. Curvas cerradas y resbaladizas hacían que las ruedas patinaran y el corazón le diera más de un vuelco. Un par de veces el coche se quedó parado en medio de una subida, el neumático incapaz de adherirse a la superficie congelada. Un tractor que pasaba por allí se detuvo. El dueño, un anciano cuyo aliento olía a vino y con una locuacidad renqueante, insistió en ayudarlo. Decía que era algo que sucedía a menudo con los turistas en esa época del año y que para él no suponía un problema remolcarlo hasta la llanura.

—Troncos, estiércol o coches, ¿qué más da una cosa u otra? —dijo.

Massimo aceptó con un escalofrío. Una última mirada preocupada a su coche, antes de enganchar la cadena en el parachoques, subir y poner punto muerto.

Fue así como llegó a Traveni: remolcado por un tractor.

Con los músculos de la espalda doloridos por la tensión y una furiosa migraña, pudo al final observar el paisaje. Era de una belleza primitiva que hacía perder referencias. Los picos nevados dominaban un bosque milenario, elevándose como cuchillas opacas desde una densa alfombra de vegetación. Recordaban a los gigantes de la mitología, y obligaban a mantener la nariz alzada, con una sensación de vértigo en el alma. En la maleza, entre pinos cembros y zarzas de arándanos, surgían cursos de aguas transparentes, discurriendo ágiles entre las rocas, estalactitas de hielo y musgo oloroso. En la nieve que bordeaba la carretera, Massimo había visto numerosas huellas de animales.

Era un mundo alejado de aquel al que estaba acostumbrado, un mundo que susurraba la pequeñez humana, que sugería hasta qué punto eran inútiles nuestros afanes. Un paraíso natural que estaba lejos, sin embargo, de permanecer incontaminado: parte de una ladera aparecía casi desnuda a la vista. Algunas excavadoras estaban aparcadas en una llanura ocupada por las casetas de unas obras y otras máquinas para los trasvases de tierra. Estaba en marcha una deforestación.

Massimo apartó la mirada, como molesto por una mancha en un hermoso cuadro.

El pueblo de Traveni apareció después de las últimas curvas de codo, sobre la llanura que se alzaba a pie de valle. Era una aldea arracimada en la cuenca que formaba una corona de montañas. Las casas de estilo alpino eran de piedra y madera. En el exterior de cada entrada, una pila de leña ordenada despedía aroma de pez. En el minúsculo centro, la arquitectura cambiaba: los edificios de varias plantas tenían revestimientos en colores pastel, tejados abuhardillados de estilo nórdico, decoraciones navideñas de acebo y lazos rojos en las terrazas. En la calle principal se apostaban tabernas y antiguas posadas, una tienda de comestibles y dos cafeterías. En el exterior de un pub, se agrupaban chicos con sus tablas de *snowboard* bajo el brazo y un vaso de *vin brûlé* en la mano; las pistas de esquí no quedaban muy lejos. Había también una farmacia y un par de tiendas a la moda para turistas.

El dueño del tractor dejó a Massimo y su coche en la plaza principal, rechazando el dinero que el forastero insistía en darle. Se marchó de allí despidiéndose con el brazo levantado y un toque de claxon. Massimo miró a su alrededor. El pueblo parecía un esbozo tomado de una postal. Sin embargo, pegados con chinchetas en el tablón de anuncios del ayuntamiento, varios folletos convocaban a una reunión en el gimnasio del colegio esa noche: los habitantes del valle estaban llamados a asistir a una asamblea contra la construcción de la nueva estación de esquí. Massimo pensó en las obras que había visto al pie de la montaña y en los árboles talados. Tampoco allí, lejos de la ciudad, reinaba realmente la paz.

Encontrar a su equipo no le resultó difícil: el cuerpo de la víctima había sido localizado no lejos del pueblo, hacia la frontera. Se llegaba transitando por una pista sin asfaltar que discurría entre roquedales y bosques de pinos bajos. Los coches de la policía local habían limitado ya los accesos, formando un bloqueo a ambos lados de la calzada. Un policía iba anotando meticulosamente las matrículas de todos los vehículos que pasaban por allí y los datos de los curiosos que estiraban el cuello para captar algunos detalles.

Massimo le enseñó su placa y preguntó por el comisario Battaglia. Fue así como terminó en el barrizal por el que aún se arrastraba con dificultad.

Su superior, al menos, dejó de prestarle atención. Estaba hablando con una anciana embutida en un chaquetón que le llegaba casi hasta los pies. Era imposible no fijarse en ella: llevaba el cabello cortado en forma de casco, el

flequillo largo hasta los ojos, de un rojo artificial que desentonaba entre aquella armonía natural de tonos delicados. Le estaba señalando algo en el canal que se internaba por entre la maleza, mientras él asentía.

La mujer debía de ser una testigo. Tal vez ella había encontrado el cuerpo.

Massimo dio los últimos pasos. Alguien le tendió una mano para que saliera del cenagal. Aceptó con un agradecimiento avergonzado, aunque le salió como un refunfuño.

Por primera vez desde que terminara la academia, se sentía sometido a examen. Le costaba respirar y tenía las manos sudadas, a pesar de la helada. Sabía que el comienzo no podía ser peor.

—Inspector Massimo Marini —se presentó, tendiéndole la mano a Battaglia—. Me han destinado a su equipo. Nadie me avisó de la inspección; de lo contrario, me habría reunido antes con ustedes.

No sabía por qué lo había dicho. Su voz sonó petulante incluso para sí mismo, como la de un niño enojado.

Nadie estrechó su mano. Massimo la dejó caer. Se rendía ante ese día equivocado.

El hombre lo miraba sin decir ni una palabra. Le pareció ver que movía la cabeza ligeramente, como una advertencia furtiva. Fue la anciana la que respondió.

—El muerto tampoco tuvo la decencia de advertirnos antes a nosotros, *inspector*.

Tenía la voz ronca y todo el aspecto de considerarlo menos que nada.

Massimo la miró. El gorro de lana tachonado con lentejuelas aplastaba sobre su frente un desenfadado flequillo que no tenía nada que ver con un rostro, marcado por la edad, ni con una dureza que preanunciaba un carácter igualmente arisco. Los ojillos lo atravesaban como manos impacientes, hurgaban en su cara como en busca de alguna clase de confirmación. Estaba mordisqueando las patillas de unas gafas. Massimo se fijó en que tenía los labios delgados; de vez en cuando los arrugaba, como si sopesara un pensamiento. Un juicio, tal vez.

Debajo del chaquetón podía adivinarse un físico de complexión rechoncha. La tela se tensaba en unas caderas robustas.

Un agente se acercó con un teléfono móvil. Se lo tendió a la mujer.

—Comisaria, es el comisario jefe. Pregunta si tiene un momento.

Ella asintió y se alejó unos pasos para responder. De vez en cuando le

lanzaba una mirada.

Massimo se quedó de piedra. Apenas se dio cuenta de que el hombre que creía que era Battaglia le estrechaba la mano, presentándose como el agente Parisi. Se había quedado sin saliva y tenía un principio de congelación. Trató de formular mentalmente unas disculpas que pudieran no parecer idiotas, pero cuando la vio terminar la llamada, la única frase que logró pronunciar fue la menos apropiada.

—Nadie me dijo que buscara a una mujer, comisaria.

Ella lo observó como se mira una caca pegada a la suela de otra persona.

—Bueno, inspector. Ni siquiera ha hecho el esfuerzo de pensarlo.

Inspector. Era poco más que un chaval y parecía haber salido de un anuncio de moda. Teresa había percibido su olor a varios metros de distancia. Desentonaba en esa pequeña tierra alpina, que se estaba llenando de nieve y de sangre, la que el agua lavaba de musgo y lo arrastraba consigo por el suelo. Sangre de un hombre, asesinado de una manera que un policía raramente tiene oportunidad de ver durante su carrera.

Massimo Marini tenía una cara hermosa, tan solo una sombra la velaba. No se había afeitado. Alguna cosa había salido mal esa mañana. Más de una cosa, a juzgar por su aspecto.

El comienzo no había sido de los mejores. El intento del joven inspector de parecer resuelto había fallado miserablemente. Teresa, no obstante, pensaba que el beneficio de la duda se le otorga a cualquiera, incluso en los casos más desesperados, como era el suyo.

Sentía curiosidad por descubrir por qué había pedido el traslado desde una gran ciudad a una pequeña capital de provincia. ¿Entre qué (o quién) y él había interpuesto más de quinientos kilómetros?

Huimos de lo que nos asusta y nos hiere, o de lo que pretende hacernos prisioneros, pensó.

Un amor terminado solo de palabra, tal vez, si bien en su cara no había huellas de desesperación ni de noches insomnes. Únicamente tensión, en ese momento, y la causa era ella, no una guapa muchacha reticente. Había algo más que lo había hecho huir.

Permanecía inmóvil mientras los copos de nieve empezaban a posarse sobre sus hombros, un poco más encorvados que cuando llegó.

Teresa contuvo una sonrisa de satisfacción. Disfrutaba llevando hasta el espasmo los nervios de los recién llegados y con él no iba a hacer una excepción. La había mirado con un aspecto de cachorro casi conmovedor. Teresa sabía que por un momento había sentido miedo: de arriesgarse a una amonestación, de haber sido grosero, de haber quedado como un ingenuo cuando, en cambio, su propósito había sido el de sorprender a todo el mundo entrando con pie seguro.

Lo ignoró y volvió a dirigirse a Parisi para continuar la conversación interrumpida por la rocambolesca llegada del inspector.

—Hay que descender por el canal y mirar también allí, entre la vegetación —dijo.

El agente asintió.

Teresa miró a Marini. Se preguntó dónde había dejado su abrigo o lo que utilizara normalmente para protegerse del frío. Evitó mencionárselo.

—Inspector, ¿se encarga usted? —fue lo que dijo en cambio.

Lo vio sorprenderse, como si se preguntara de qué demonios le estaba hablando. El joven no buscó ayuda. Bajó al canal tal y como estaba, agarrándose a alguna rama para no caerse en el agua estancada.

Teresa negó con la cabeza. ¿De qué servía tanto ego si no para complicarse la vida?

De todas maneras, ha ido inmediatamente. No ha hecho falta que se lo repitiera.

Era una buena señal: quería arreglar las cosas y estaba dispuesto a todo para lograrlo.

Parisi comenzó a quitarse el calzado que había utilizado en la inspección para dárselo a su compañero en problemas, pero ella lo detuvo.

Juntos vieron cómo se hundían de nuevo los zapatos del inspector en el barro, entre restos de hojas malolientes y quién sabe qué más.

Teresa casi sintió lástima por él, pero la escena era divertida.

—¿Qué tengo que buscar? —le preguntó, después de unos minutos de inspeccionar a ciegas.

Al final fue capaz de pedir ayuda.

—Los ojos —respondió Teresa—. Aún no los hemos encontrado.

4.

Austria, 1978

En el pueblo mucha gente hablaba de la Escuela, pero pocos la conocían de verdad: casi nadie había estado allí. Las anécdotas sobre la institución solían ser con frecuencia fantasías alimentadas por su aspecto misterioso. Algunas mañanas, al amanecer, el edificio de estilo centroeuropeo surgía de entre las nubes bajas como un espejismo de luces cambiantes. De planta rectangular, descansaba sobre una base de piedra viva, procedente de las cercanas canteras, a la que seguía la planta baja, revestida con mampostería. Una cornisa de helechos enroscados sobre sí mismos la separaba de las plantas superiores, de piedra pulida. La fachada principal, de la que partían las alas este y oeste, resultaba impresionante gracias a cuatro columnas de estilo jónico, entre las que se intercalaban ventanas de tímpano triangular. La última planta, la tercera, estaba coronada por una cúpula de bóveda truncada. La mansarda central albergaba un reloj que en la memoria del hombre nunca funcionó. Se decía que la hora marcada —las tres en punto— era la de la muerte de su creador: un joven arquitecto de Lienz, fulminado por un rayo en las inmediaciones del lago mientras se dedicaba a admirar su obra recién terminada. Casi dos siglos después, los ancianos aún hablaban de la ira de Dios por la ofensa recibida: esos lugares eran para el silencio, para el viento y las flores de alta montaña, y el hombre los había violado con su soberbia.

Ahora que podía vislumbrar la Escuela, desde tan cerca como nunca antes lo había hecho, Magdalena comprendía el significado de aquel rumor: su construcción era un error, algo completamente fuera de lugar. El capricho de una nobleza que no aceptaba límites.

Llegó hasta allí a pie, recorriendo la carretera que desde el pueblo subía hasta la meseta. A partir de ahí, había tomado el sendero que trepaba por el lado opuesto de la montaña, para ahorrar tiempo. El lago desprendía un olor

acre, de líquenes y fondos cenagosos. Parecía un ojo de la tierra.

Alcanzó la entrada jadeando. Un mechón de rizos se le había escapado del moño. Se apresuró a atraparlo con una horquilla, mientras verificaba el estado de sus zapatos. El macizo portón se abrió antes de que la chica tuviera tiempo de rozar la aldaba en forma de cabeza de lobo. Una cara ancha y sin edad la miraba con ojos pequeños y severos.

—Magdalena, supongo. Sígueme, por favor.

La enfermera Agnes Braun era como el edificio que la hospedaba: austera y decadente. El espeso pelo gris enmarcaba un rostro mucho más joven de lo que Magdalena se esperaba. Con algún apaño, esa mujer podría haber tenido un aspecto más que agradable, pero a la vista estaba que determinados cuidados no eran bienvenidos en la Escuela. Para la entrevista de trabajo, se le había sugerido que se presentara sin maquillaje, con el pelo recogido y ropa sencilla.

Con fría cortesía, Braun la introdujo en lo que debía de considerar su reino, a juzgar por cómo se movía entre mármoles, frisos dorados y los escasos muebles de cierto valor que quedaban: con el paso de una soberana. El edificio, sin embargo, parecía deshabitado, tan silencioso que Magdalena se preguntó dónde estarían los residentes.

La entrada era pulcra, decorada con un mosaico que reproducía el escudo imperial austrohúngaro: un águila negra de dos cabezas sobre un fondo de oro. Las paredes estaban adornadas con trampantojos que representaban escenas de caza. La única mancha oscura entre la armonía de tonos desteñidos era la de un reloj de péndulo con dos negros tallados a ambos lados de la esfera. La expresión de las caras esculpidas en el ébano era aterradora: las bocas abiertas de par en par mostraban dientes de marfil excepcionalmente afilados.

Agnes Braun se percató sin duda del asombro de la recién llegada.

—Fue construido con un material procedente del continente africano —le explicó con aire satisfecho—. Perteneció a la familia del director. Él quiso donárselo a la Escuela.

A Magdalena le parecía espantoso, pero se obligó a sonreír con educación.

Braun la observó en silencio, con las manos entrelazadas en el regazo.

—¿Crees que es de buen gusto? —le preguntó.

Los ojos de la chica huyeron de la trampa de los suyos.

—Sí —respondió, pero se dio cuenta inmediatamente de que la sílaba había sonado falsa.

Miró de nuevo a la mujer y vio que una sonrisa asomaba a su rostro. Agnes Braun parecía satisfecha.

—No tienes de qué avergonzarte —la escuchó decir—. Tu pequeña mentira me ha permitido ver que podrías ser la persona adecuada para este lugar. La Escuela exige devoción, y la devoción presupone cierta renuncia a la propia libertad, incluso la de pensamiento. ¿No estás de acuerdo?

Magdalena asintió, sin darse cuenta siquiera. Había algo en esa mujer que la inquietaba. Como la Escuela, también ella aparecía como una equivocación.

5.

Algo había asustado a los adultos. Mathias se dio cuenta de ello a partir de las miradas que su madre le dirigía mientras hablaba con la maestra y otras mujeres; eran como un tirón a la correa de su atención, una forma de mantenerlo a su lado incluso mientras estaba lejos. Estrechaba entre sus brazos a su hermano Markus, de pocos meses. Aunque se había quedado dormido hacía un rato, no lo había acostado en el carrito.

El aula magna de la escuela se veía recorrida por susurros nerviosos. Las luces de los reflectores iluminaban los coloridos disfraces abandonados en el escenario. Los ensayos de la función de Navidad habían sido interrumpidos algo antes por dos hombres a quienes Mathias no había visto nunca en el pueblo. Primero hablaron con la maestra; después fueron hasta donde se encontraba la madre de Diego y, tras una breve conversación, ella los siguió como una zombi, pálida y rígida. Solo la llamada de la madre de Mathias le recordó la presencia de su hijo. Volvió tras sus pasos para decirle que se quedara allí y se portara bien, que ya se ocuparía de él la maestra y más tarde iría la abuela. Le temblaba la voz.

Mathias miró a Diego. Estaba hundido en un asiento de la platea, con la mirada clavada en la fila de ventanas altas, mirando el cielo negro. La noche llegaba cada vez más pronto y parecía contagiar a la gente con su oscuridad. Traveni ya no era el pueblo que le gustaba a Mathias. En las últimas horas, se sentía inquieto por sospechas que se cernían sobre los habitantes igual que la nieve. Desde que el padre de Diego había desaparecido, el miedo había envenenado el aire.

Se acercó a su amigo. Levemente rozado por el cono de luz que procedía del escenario, su cara era una pequeña luna triste, y tal vez un poco rabiosa. A Mathias le habría gustado decirle algo, pero sabía que las palabras no tendrían ningún efecto sobre él.

El padre de Diego había muerto. Nadie había pronunciado aún esas

palabras, pero ambos lo sabían, como se sabe también que una bofetada está al caer, como se siente subir la fiebre aunque la frente aún esté fría.

Mathias apretó la gorra entre sus manos, hizo una bola con ella y se la lanzó.

La mano de Diego se disparó como un rayo y la aferró sin que los ojos abandonaran la oscuridad que estaban mirando.

A Mathias se le escapó el relámpago de una sonrisa. Diego todavía estaba allí con él, pero al mismo tiempo permanecía hundido en una ciénaga de confusión. Era su mejor amigo y su mayor rival. En ese momento, sin embargo, habría querido decirle que ya no le interesaba ser el líder del grupo, que podía ocupar su lugar, porque no le faltaba nada para ser un líder. En cambio, permaneció en silencio, consciente de que esa no sería una sucesión honorable. Habrían continuado desafiándose una y otra vez, pero el vínculo fraternal que los unía nunca sería cuestionado.

Mathias sintió el impulso de hacérselo saber, pero un pensamiento repentino cambió de golpe las palabras que tenía en los labios.

—¿Dónde está Oliver? —preguntó.

Al oír ese nombre, Diego regresó a la tierra. Oliver solo tenía un año menos que ellos, pero para todos era el cachorro de la manada.

Se miraron, con el mismo pensamiento urgente. Tenían que encontrarlo. Tenían que protegerlo, especialmente allí, entre aquellas paredes.

El pasillo que conducía a los lavabos de los alumnos era una banda de sombra cuyo final no se distinguía. Alguien había apagado ya las luces, las aulas eran agujeros negros que emanaban olor a tiza y a papel.

Oliver tragó saliva y escuchó su sonido en la garganta. Había buscado el interruptor de la luz, pero no recordaba dónde se encontraba; nunca lo había necesitado. Se volvió de nuevo hacia el débil resplandor que lo tranquilizaba: a la vuelta de la esquina, en medio de otro pasillo, se abrían de par en par las puertas del aula magna.

No estoy solo, se repitió.

Volvió a mirar al pasillo. Eran unos pocos metros que parecían abismos y que se había empeñado en recorrer sin pedirle ayuda a nadie.

Oliver lo sabía: él estaba en algún lugar de esa oscuridad; o tal vez estaba en el gimnasio, colocando bien la equipación, o en el comedor, verificando

que todas las ventanas estuvieran cerradas. Se movía siempre en silencio, observaba a todo el mundo con mirada severa. Pero tan solo con Oliver se mostraba como realmente era: un ser malvado, igual que el villano de los cuentos. Sin ninguna razón, sin medida. Ante ese pensamiento, sintió una punzada en el estómago.

Oliver parpadeó varias veces. Era como si la oscuridad tuviera peso y se le pegara en las pestañas, en la piel, en la ropa, y quisiera hacer que se hundiera. Dio un paso, y luego otro. Se imaginaba que ahora había entrado en esa burbuja de oscuridad, más cerca de su centro y demasiado lejos de la luz.

Si una mano lo atrapara de repente y lo arrastrara... Alejó de sí ese pensamiento hasta el lugar desde el que había llegado, pero el dolor de estómago se quedó allí para recordárselo. La puerta de los lavabos no debía de estar muy lejos. Unos metros más y la sentiría bajo las palmas de las manos, que mantenía tendidas hacia delante, y todos sus miedos serían barridos por la luz. Entonces Mathias y Diego se sentirían orgullosos de él y lo mirarían de igual a igual.

Avanzó con más convicción, hasta que sintió bajo las yemas de los dedos la superficie lisa de la pared. La recorrió con los dedos hasta la puerta, buscó a tientas la manija y la bajó. El habitual olor a cloro y detergente le confirmó que el lugar era el correcto.

Vaciló, mientras buscaba el valor para introducir una mano en la oscuridad.

Idiota, se dijo, sintiéndose avergonzado, aunque no hubiera nadie allí para presenciar su miedo.

Frunció los labios y tendió un brazo. Sentía calor y frío al mismo tiempo. Alcanzó a tientas por fin el interruptor y el neón en el techo se encendió crepitando.

Los azulejos azules brillaban golpeados por la luz fría. Un grifo mal cerrado dejaba caer de vez en cuando una gota en una de las pilas.

El pecho de Oliver se desinfló con la respiración contenida: allí no había nadie esperándolo.

Fue hacia los lavabos, una hilera de tres puertas abiertas por delante de él. Eligió la de en medio y comenzó a desabrocharse los pantalones. En el primer botón se detuvo.

Ya no estaba solo. Había alguien detrás de él. Otra respiración se había unido a la suya en el silencio. Un aliento pesado que apestaba a ajo y tabaco.

—Hola, mamoncete.

Oliver se volvió con lentitud, como si las palabras pronunciadas por esa voz grosera fueran una orden. Estaba temblando.

Delante de él, la silueta imponente de su pesadilla cotidiana lo hacía sentir aún más pequeño de lo que ya era.

Abramo Viesel era el conserje de la escuela de Traveni. Era mayor que sus padres, aunque más joven que sus abuelos. Tenía un cuerpo tan ancho que le costaba moverse y cuando caminaba basculaba de lado a lado como un barco a merced de las olas. Oliver, sin embargo, no lo habría definido como gordo. La palabra que se le venía a la mente cada vez que lo veía y que sufría sus torturas era «poderoso». Como el malo de un cómic de superhéroes. Tan poderoso como para aplastarlo.

Le miró las manos: eran tan grandes como su propia cabeza. Se la imaginó prisionera de esos dedos rechonchos y peludos.

—Así que al final te has atrevido a venir hasta aquí tú solo —le estaba diciendo—. No ha sido una buena idea.

Oliver no respondió. Cualquier palabra habría sido un error; a esas alturas, ya lo sabía. El señor Viesel se divertía atormentándolo desde el primer día que pisó la escuela. Solo con palabras, sin rozarlo ni una vez siquiera, aunque Oliver sentía que pronto iba a hacerlo. Volvió a mirarle las manos y las vio sacudidas por breves espasmos, como si los músculos estuvieran respingando bajo la piel. Le recordaron los peces del río, cuando con rápidos saltos asomaban sobre la superficie para alimentarse de insectos.

Sabía que también el señor Viesel estaba buscando comida, la que saciaba su hambre más secreta: el miedo de Oliver. Desplazó su mirada hacia el abdomen hinchado del hombre. Ocupaba toda la vía de escape.

—Me están esperando —logró decir en un susurro.

El estómago del señor Viesel se sobresaltó, movido por una risa baja que se apagó casi de inmediato.

—Has venido a mear. Así que hazlo —le ordenó, sin moverse. Con un hombro bloqueaba la puerta.

Oliver cerró los ojos con fuerza. El peso que sentía gravar en su vejiga se estaba convirtiendo en dolor.

—Tengo que irme —dijo—. Por favor.

—No, tú te quedas. Firme como un soldadito hasta que te lo hagas encima. Oliver sintió que sus mejillas se mojaban.

—Oh, aquí está la niñita que llevas dentro —se burló el señor Viesel.

Oliver pensó que Lucia también era una niña y, sin embargo, ella era valiente y fuerte. Abrió los ojos. Veía la silueta del verdugo temblar entre sus lágrimas.

El hombre se inclinó hacia él.

—Sabes lo que haré si vas y lo cuentas por ahí, ¿verdad?

Oliver no respondió.

—Iré a buscarte una de estas noches mientras duermes, y...

Simuló el acto de agarrarlo. Oliver sofocó un grito y Viesel se echó a reír. Pero, de pronto, algo lo golpeó en la cara y cayó luego al suelo.

Viesel miró el objeto y Oliver siguió su mirada. Era un borrador. Había dejado una franja blanca de tiza sobre la mejilla del hombre.

El señor Viesel se volvió hacia la entrada y Oliver aprovechó la ocasión y se metió entre su costado y la puerta, y empezó a empujar con todas sus fuerzas para ganar la libertad.

—¿Adónde crees que vas? —oyó que le decía, pero ahora ya estaba a salvo.

Mathias y Diego se interponían entre él y el verdugo.

—Aquí están tus amiguitos que acuden a protegerte —gruñó el hombre—. ¿Cuándo dejarás de ser un cagón?

—¡Déjelo en paz! —dijo Mathias.

—¿Y tú qué quieres, Klavora? ¿Tu padre no te ha zurrado lo suficiente esta semana?

Abramo Viesel se limpió la cara de tiza.

—Y también está aquí el joven Valent —continuó, mirando a Diego. Recogió el borrador del suelo—. Tu viejo, en cambio, sí que ha tenido mal final.

—¡Cállese!

La orden de Mathias se apagó sin ser escuchada. Oliver lo vio agarrar a Diego por un brazo e intentar llevárselo de allí, pero el otro parecía haberse convertido en una estatua.

—¡Vámonos! —les suplicó.

—He oído lo que se decían los policías en el aparcamiento, antes de entrar para buscar a tu madre —susurró Viesel, como en una confidencia—. ¿Quieres saberlo?

Diego no respondió, mientras seguía mirándolo fijamente. Oliver pensó

que parecía hipnotizado.

—¿Quieres saber cómo ha muerto?

Ahora eran los tres quienes estaban escuchándolo.

Abramo Viesel levantó las manos, con sus dedos arqueados como imitando unas garras afiladas, y lentamente las acercó a la cara de Diego.

—Lo han llevado al bosque y le han arrancado los ojos. ¡Así!

La voz de la maestra que los llamaba en el pasillo interrumpió el relato. Oliver se sintió arrastrado por Mathias, que también estaba tirando de Diego.

Por detrás de ellos, Abramo Viesel se quejó con un tono plañidero de lo cansado que estaba de limpiar los baños después de las bromas de los niños mimados, con los problemas de salud que tenía él. Oliver no se volvió para mirarlo, pero estaba seguro de que con una mano agitaba el borrador y con la otra se sujetaba la espalda.

En cambio, miró a Diego y no lo reconoció. Estaba tan pálido que parecía muerto. Igual que su padre.

6.

En la habitación en penumbra, el proyector reproducía las fotografías tomadas en la escena del crimen.

Eran primeros planos de labios entrecerrados, cianóticos; detalles de los vasos sanguíneos que se ensanchaban bajo la epidermis como el delta de un río. Un esternón pálido. Los cráteres oscuros en la cara en lugar de los ojos.

Esas imágenes eran la materia prima de su trabajo. Una plastilina a la que iría dando forma hasta hacer que se convirtiera en un rostro, el del asesino, y ese rostro fuera asociado a un nombre. Era el perfil del asesino —el retrato de su psique— el que conducía hasta una identidad, nunca al revés.

Teresa observaba, hundida en la butaca, entre el comisario jefe Ambrosini y el ayudante del fiscal, Gardini: dos amigos, a pesar de que en el trabajo sus papeles permanecieran bien diferenciados. Detrás de ellos, su equipo.

Todos habían regresado hacia poco a la comisaría, después de horas de inspección y reconocimiento, con el frío metido en los huesos. El trabajo acababa de empezar y el día se fundiría con la noche en un *continuum*.

Los ojos de Teresa ardían debido al cansancio, pero permanecían atentos.

Más imágenes fijas, esta vez de naturaleza no domesticada por el hombre. Entre la vegetación despuntaban los carteles y las tablas para mediciones de la Científica. Estaban colocados al lado de cada hallazgo: restos de sangre, huellas, ramas rotas por la furia de una bestia con rasgos humanos.

Y luego, el plato fuerte de ese macabro repertorio: un tótem hecho con la ropa ensangrentada de la víctima.

Teresa sintió que la respiración de Gardini, el ayudante del fiscal, por un momento se había vuelto más pesada: era el efecto de la repulsa. Acababa de darse cuenta de que aquel no era un caso «normal» de asesinato. Había psicosis, y algo más peligroso que Teresa aún no era capaz de definir.

No iba a encontrar respuestas en un móvil al uso. La mente humana no engendraba una pesadilla como esa por celos, por venganza o por dinero. Ese

fetichismo entrañaba un significado mucho más complejo. Exigía atención porque tenía mucho que contar.

—Tal vez sea el detalle más inquietante —murmuró el comisario jefe.

Teresa había tenido la misma impresión, aunque ahora, al mirarlo, le pareció vislumbrar algo más. Todavía no podía asirlo, era solo un reflejo evanescente bajo la superficie, que aparecía a veces de pronto y que se apagaba apenas intentaba darle un nombre.

—¿Hay algo que no te convenza? —le preguntó el ayudante del fiscal.

No respondió de inmediato, le dio tiempo a la sensación para que tomara forma, pero esperó en vano. Al final negó con la cabeza y no dijo nada. No quería confundir también a los demás con una impresión que parecía colgar de la nada, y se trataba de que, de no haber sido por las circunstancias en que lo habían encontrado y por la sangre que lo embadurnaba, la apariencia del fetichismo habría hecho pensar en algo infantil, incluso jovial.

Teresa miraba los ojos hechos con bayas.

—Tenemos que descubrir dónde las obtuvo el asesino —dijo—. No he visto en los alrededores y no creo que sea un detalle que carezca de importancia.

El ayudante del fiscal asintió.

—¿Qué pueden significar? —preguntó.

Teresa aún no estaba del todo segura, pero tenía una sospecha.

—Para él era importante que estuvieran allí —dijo—. Si el tótem representa al asesino, entonces el asesino está observando algo.

Pero ¿qué? ¿A la víctima mientras estaba muriendo o al pueblo, no muy lejos de allí?

Durante la inspección, Teresa se había fijado en que, desde ese ángulo, el títere parecía estar mirando el campanario de la iglesia de Traveni, y ese detalle la inquietó.

—La ausencia de boca lo hace inexpresivo —señaló Gardini.

—De esa manera, el asesino oculta sus emociones —comentó ella—. Es imposible decir lo que sentía en ese momento, si se trataba de ira o de miedo, de tormento o de exaltación.

El ayudante del fiscal soltó un suspiro cargado de tensión.

—No ha dejado pistas sobre los resortes interiores que lo han empujado a actuar —murmuró.

—No ha *querido* dejarlas —dijo Teresa—. No creo que se trate de un

olvido casual.

—¿Qué te hace inclinarte hacia una hipótesis como esa?

—El hecho de que haya sido tan meticuloso en la preparación de la escena. Debe de haber fantaseado mucho. Es exactamente así como teníamos que encontrarla. Acordémonos de las trampas. Es un perfeccionista.

—Así que nos ha llevado hasta un punto determinado, pero luego ha optado por ocultarnos sus pensamientos.

Teresa asintió.

—Me pregunto si incluso la ausencia de la nariz es una ocultación inconsciente —dijo—. Un órgano de percepción más sensual que la vista, íntimamente ligado a la libido...

—Si es así, ¿qué deduces?

Teresa se frotó los ojos. No eran solo palabras lo que se le estaba pidiendo: a menudo eran predicciones atrevidas, confesiones de sospechosos que podrían dar lugar a condenas *in fieri*. En el peor de los casos, como lo era aquel, una elección sobre qué camino tomar en una encrucijada.

—Cualquier deducción sería prematura —dijo.

Gardini no se rindió.

—Solo dime lo que piensas —insistió, escandiendo las palabras. La amabilidad no se había desvanecido de su voz, pero estaba dando paso a la urgencia.

—No quiero descartar ninguna línea de investigación —le respondió en el mismo tono, sin mirarlo.

El ayudante del fiscal se inclinó hacia su oreja.

—No sucederá —le prometió—. Mantendremos todas las vías abiertas, hasta que lo consideres oportuno.

—No soy adivina —dijo Teresa, cuidándose de que el resto de la concurrencia no la escuchara.

—Nadie ha pensado nunca eso —intervino el comisario jefe—. Sin embargo, siempre aciertas. O casi. Por eso insistimos.

Ella suspiró. Nunca podrían percibir el peso de lo que le pedían.

—La imagen que veo todavía es tosca —dijo—. Si la ocultación de los sentidos realmente no es casual, me hace pensar en una personalidad fuertemente reprimida, que vive una sexualidad enfermiza. Pero aún es demasiado pronto para decirlo —volvió a dejar claro.

Las siguientes imágenes eran detalles del reloj de la víctima: había sido

abrochado al revés en la rama que hacía las veces de muñeca, con la esfera mirando hacia la madera. Teresa no tenía ni idea de lo que significaba aquello.

—¿Y los ojos de la víctima? —preguntó el comisario jefe en un susurro, con los dedos cruzados frente al bigote canoso. Teresa lo había visto martirizándose todo el rato.

—No los hemos encontrado —respondió—. Culpa de los pájaros, tal vez. O bien son un trofeo que el asesino se ha llevado consigo. Tienen un fuerte valor simbólico. Los ojos descubren el mundo, lo observan, lo miden —explicó gesticulando—. Ven y desean: ¿tal vez algo que no deberían? Son el espejo del alma, dicen. Algo cierto debe de haber, cuando los asesinos tan menudo se los cubren a las víctimas para no sentirse juzgados, para que su propósito de matar no disminuya.

Gardini se dio la vuelta. Teresa intuía su perplejidad.

—¿Trofeos? ¿Símbolos? No estamos hablando de un asesino en serie —respondió.

Teresa se encogió de hombros, su mirada clavada en las fotografías que seguían pasando.

—Hay algo patológico en esta muerte —observó—. Me hace pensar que el móvil no es elemental.

—La psicosis es relevante, estamos de acuerdo, pero...

—No es solo eso.

—Pues entonces, ¿qué?

Teresa no quería decirlo, todavía no, pero si el componente psicótico era tan fuerte como el tipo de agresión permitía suponer, entonces no se explicaba el nivel de organización que se desprendía de otros detalles.

O eres un loco, o un calculador frío y meticuloso. Una de las dos cosas.

—Sabremos más cuando hayamos hablado con el forense —se limitó a decir—. Me llevaré conmigo al nuevo, al inspector.

El comisario jefe asintió.

—¿Tienes intención de torturarlo? —le preguntó en voz baja, con la sombra de una sonrisa inmediatamente sofocada.

Teresa miró de reojo al recién llegado. Marini se había quedado de pie, apoyado contra la pared. Había intentado limpiarse la ropa, pero iba a necesitar algo más que un poco de agua y jabón para recuperar un aspecto presentable.

—No mucho —respondió, dándose la vuelta de nuevo—. Lo justo.

7.

El Instituto de Medicina Forense era un lugar que no dejaba indiferente, en especial si uno cruzaba su perímetro por la noche, cuando el personal se limitaba al médico de guardia y dos ayudantes, y las luces disminuían. Si durante el día tenía la apariencia de una sala de hospital, con pasillos recorridos por ruidosas idas y venidas y aulas frecuentadas por estudiantes de doctorado, a esa hora tardía mostraba su cara más angustiosa. El silencio levantaba la pátina de normalidad y exhibía su esencia: la de una solitaria estación final. Emanaba melancolía, como si el dolor de los familiares permaneciera adherido a los cuerpos depositados en las cámaras refrigeradas, y las lágrimas y los sollozos, a las paredes.

La muerte pertenece a la tierra, no al cemento, pensó Teresa, pasando por delante de las habitaciones hundidas en la sombra, donde la inmovilidad parecía haber contagiado aquello que en el resto del mundo, en cambio, se habría movido: no había ventanas que dejaran entrar la luz y renovar el aire, y las máquinas apagadas no tenían ningún flujo que monitorizar. Aquellos no eran lugares pensados para los vivos.

El soberano de ese reino desierto era Antonio Parri.

Teresa y Marini lo encontraron en una de las aulas; estaba preparando la clase para el día siguiente.

La comisaria llamó en la puerta abierta, sorprendiéndose como siempre de hasta qué punto ese pequeño hombre de pelo canoso y rebelde tenía la apariencia de un niño: todo él codos y rodillas, escrutaba el mundo desde detrás de las gafas, con sus ojos azules completamente abiertos. Un eterno curioso, un cerebro perspicaz. No era raro que fuera el primero en recibir las impresiones de Teresa sobre un caso.

—Comisaria, me haces trabajar horas extras —le reprochó, con un falso puchero que de inmediato se diluyó en una sonrisa. Dejó los papeles sobre los que estaba inclinado y le indicó con señas que entrara. Cuando se percató de

la presencia de Marini, lo saludó con un gesto de la cabeza. Lo escudriñó unos pocos segundos, pero podría haberlo descrito en todos sus detalles: era su trabajo, y lo hacía tanto con los muertos como con los vivos.

—Te estaba buscando —dijo únicamente Teresa, y esas pocas palabras ya significaban muchas cosas: la complejidad del caso, las peculiaridades que la torturaban, la necesidad de cotejar impresiones con una mente analítica capaz de ver lo que ella veía.

—Vamos —dijo el doctor—. Nos está esperando.

El cuerpo de la víctima estaba tendido sobre una camilla de acero, cubierto con una sábana blanca que olía a jabón. Parri trataba con respeto y un cuidado especial a sus huéspedes. En cierta ocasión, Teresa lo vio pedir que cambiaran una lona porque estaba manchada. Al cadáver aquello no le habría importado mucho, pero a sus familiares sí, y Antonio lo sabía. Mejor dicho, lo entendía, lo que todavía era más importante. Con su presencia hacía que ese lugar fuera menos opresivo: lo redimía con su humanidad.

La esposa de la víctima había realizado el reconocimiento del cuerpo unas horas antes, cuando todavía seguía dentro de la bolsa de la Policía Mortuoria, en medio del bosque. Ahora conocían su nombre, pero no aún su historia ni el final que lo había arrebatado del mundo demasiado pronto.

—Hemos realizado todas las pruebas rutinarias —dijo Parri.

—Exámenes, tampones, raspados bajo las uñas... Ahora tan solo nos queda hacer la autopsia y esperar los resultados.

Descubrió el cuerpo.

Teresa asintió, la mirada sobre el cadáver. Las cavidades oculares habían sido tapadas con gasas. Otra muestra de piedad.

—No tuvo relaciones sexuales antes de la muerte. Las heridas en la cara son profundas y permiten pensar en una acción mecánica violenta y brutal. No se utilizó ningún utensilio, en mi opinión. Lo hizo con sus propias manos, y de hecho dejó huellas.

Teresa vio que Marini se sobresaltaba. Hasta entonces había permanecido al margen, estirando el cuello de vez en cuando para observar el cadáver.

—No muerde —le dijo—. Acércate y míralo bien.

El inspector obedeció, pero estaba tenso y saltaba a la vista que no sabía cómo comportarse; Teresa lo intuyó viendo cómo de repente el joven policía

parecía encontrar farragoso su propio cuerpo. No sabía dónde poner las manos, hacia dónde moverse, qué hacer consigo mismo.

—No entiendo de estas cosas —confesó—. No puedo ser útil.

—¿No entiendes de asesinatos? Entonces cambia de trabajo, o aprende — Teresa desvió su atención hacia Parri—. ¿Quieres decir que le arrancó los ojos con los dedos?

—Yo diría que sí. La víctima no murió de inmediato, sino al cabo de unas horas, a juzgar por cómo algunos capilares han tenido tiempo de cicatrizar. Para decirte la causa exacta de la muerte, sin embargo, debemos esperar el análisis completo de la autopsia. En cualquier caso, se remonta al día de la desaparición. Descartaría de todos modos la asfixia: la tráquea aparece intacta y no hay hematomas bajo la piel de la garganta.

—¿Uno no se muere por heridas así?

Era Marini quien había hablado.

—¿El nuevo? —preguntó Parri a Teresa.

—Sí.

—No, uno no se muere por heridas así, chico.

—Si murió al cabo de unas horas, entonces el asesino se quedó velando su agonía —susurró Teresa, perdida en sus propios razonamientos—. O bien regresó para arreglar el cuerpo, para preparar la escena que tenía pensada.

—Hemos encontrado un pedazo de uña en una de las cavidades oculares —continuó el forense—. Ya la he enviado al laboratorio para el análisis del ADN.

Teresa estaba desconcertada y Parri se dio cuenta.

—¿Qué es lo que no te convence? —le preguntó.

—Todo. Nada. No lo sé... —Teresa se quitó las gafas y empezó a limpiar de forma compulsiva los cristales con el extremo de una manga—. Es como si el crimen hubiera sido cometido por dos personas diferentes. Una lúcida, metódica, que ha colocado el cuerpo para dejar un mensaje claro —pero ¿cuál?—; que ha preparado las trampas para hacer que llegara hasta nosotros lo más intacto posible y ocultado el coche para que no fuera localizado demasiado pronto. La otra, completamente desorganizada, casi animal: el modo en que mató, el hecho de hacerlo no lejos de un sendero, sin preocuparse de que pudieran verlo, sin el uso de ataduras ni de armas, como si el asesinato fuera el resultado de un arrebató de locura. Ha dejado huellas por todas partes, sin tomar las más elementales precauciones.

Volvieron a examinar el cuerpo.

—No hay mordiscos —dijo Teresa.

—Yo también me he fijado en eso de inmediato.

—Cuando la agresión se realiza con una intención sádica —explicó la comisaria por deferencia a Marini—, no resulta extraño encontrar señales de mordiscos; el asesino pierde el control y se abandona completamente a la brutalidad. Pero esta vez no los hay. Ni siquiera un rasguño. Ha dejado el resto del cuerpo intacto, como si tan solo estuviera interesado en la cara.

—Y eso tampoco te convence —sugirió Parri.

Teresa asintió.

—No soy capaz de encuadrarlo, y es la primera vez que me sucede. No soy capaz de hacerme una idea de a quién me estoy enfrentando.

—Tal vez esto no sea malo —intervino Marini—. La ausencia de ideas preconcebidas, me refiero. Es un poco pronto para entender ante qué clase de asesino nos hallamos.

Teresa lo miró. Tenía la misma expresión que cuando llegó a la escena del crimen, esa mañana: aguerrida y vehemente al mismo tiempo. No podía creer tanta ingenuidad reunida en la misma persona.

—Tú no sabes nada de lo que estoy hablando —le dijo.

—Pues en cambio yo creo que sí.

Ella negó con la cabeza.

—No, no era una pregunta, inspector.

—¿Perfil? —preguntó Parri, interrumpiendo el duelo.

Teresa vaciló.

—Venga, vamos —la exhortó el médico—. Puedo leer en tu cara lo que estás pensando.

—Solo tenemos un asesinato, Antonio. Los perfiles están hechos para otra cosa.

—Y tú estás pensando en ello, ¿verdad? Existe una ritualidad, te has dado cuenta de inmediato, y la ritualidad lleva a realizar de nuevo el acto. Es así como funciona, es así como nace un asesino en serie.

Teresa mordisqueó la patilla de las gafas. Estaba cansada, hambrienta y nerviosa. Parri la conocía demasiado bien y con él se sentía transparente.

—Entre los veinticinco y los treinta años —dijo al final—. Vive solo. Tiene un aspecto ectomórfico, o bien debe de estar dotado de una gran fuerza. La víctima no era delgada. Es desorganizado, aunque muestra signos de

lucidez. Tiene método, además de vigor. Es inteligente; no obstante, dudo de que haya obtenido buenos resultados en la vida debido a su psicosis; probablemente sacaba malas notas en el colegio y ahora, si trabaja, tiene un empleo por debajo de sus capacidades. Introverso. No tiene compañera. Creo que nunca ha podido acercarse a una mujer. Tal vez tenga problemas sexuales.

Marini suspiró. Un gesto inconsciente que ponía al descubierto su perplejidad, se percató Teresa.

—¿Hay algún detalle sobre el que te gustaría hablar? —le preguntó.

Él se abrió de brazos y los dejó caer en los costados.

—¿Usted qué cree? —dijo—. ¿O se piensa que estoy aquí para pasar el rato? Por supuesto que quiero hablar del tema, y confrontar ideas, y hasta discutir, si es necesario, pero sobre hechos reales, verdaderos.

Teresa sonrió. Ya estaba acostumbrada a determinadas reacciones.

—Tienes razón —convino—. Aquí la muerte es real. Notas el olor, ¿verdad?

La mirada del hombre se iluminó. Quizá estaba cansado de oírse a sí mismo gimotejar.

—Yo sí, ¿y usted? —la desafió.

Parri abrió la boca para intervenir, pero Teresa lo detuvo con una mirada. No era la insubordinación lo que la preocupaba. Por fin el chico estaba mostrando algo que no era únicamente un bonito traje y una carita enfurruñada; quizá, muy en el fondo, había carácter.

—¿Cómo puedo estar segura de lo que estoy diciendo? —le dijo mientras se le acercaba—. Me lo dice la experiencia. Pero también me lo dice la estadística. Me lo dicen cientos de perfiles de quienes, como él, han matado de determinada manera. De *esa* manera. No es magia. No juego a las adivinanzas. Yo estudio. Deberías hacerlo tú también.

El aire de la noche era penetrante, purificador. Teresa inspiró a pleno pulmón, como para lavarse el contagio de la tristeza que acababa de respirar. Salir del Instituto de Medicina Forense siempre le provocaba ese efecto, no importaba cuántos años hubieran pasado desde la primera vez, cuántas autopsias hubiera visto en su carrera. Era como volver a salir de una apnea demasiado prolongada.

Se encaminó con rapidez hacia el coche, oía por detrás de ella las suelas de Marini percutiendo la acera al ritmo de sus pasos. Sabía que estaba cabreado, ella también lo estaría. Era lo que quería de él en ese momento: un poco de ira saludable, de furor juvenil. Todo con tal de que fuera energía e ímpetu.

Él se colocó a su lado.

—¿Qué le he hecho yo? —le preguntó.

Teresa fingió no entender.

—¿De dónde sale toda esta animadversión hacia mi persona? ¿Por un retraso? Le pido disculpas, pero no creo que merezca esta humillación.

Teresa se echó a reír.

—¿Animadversión? Ni por asomo. Y por lo que se refiere a la humillación..., bueno, todo lo hiciste tú solito. Podías mantener la boca cerrada.

—¿Lo ve? ¡Y sigue! Me parece evidente que la ha tomado conmigo — insistió.

Teresa aminoró el paso hasta detenerse. Levantó la barbilla para mirarlo a la cara. Estaba descompuesto.

—Lo único evidente es tu incompetencia —le dijo—. ¿No estás de acuerdo? Si no es así, demuéstreme lo contrario. Espero tu informe sobre lo que has visto esta mañana. Date prisa, que ya se está haciendo demasiado tarde.

8.

Era el momento de los depredadores crepusculares. Salían de sus guaridas y emprendían el vuelo desde los nidos situados en las ramas más altas y escondidas. La nieve ocultaba los olores del bosque, haciendo que su sentido del olfato quedara inerte, pero al mismo tiempo amortiguaba los ruidos de fondo, ofreciendo al oído sensible el runrún de los pequeños roedores, ajetreados entre la maleza. Los carnívoros esperaban pacientes, y cuando las presas cruzaban los claros expuestos, saltaban sobre ellas destrozándolas con sus garras afiladas.

El bosque era muerte silenciosa, lucha desigual.

Las bestias eran territoriales, como él. Nunca modificaban su recorrido en exceso, de manera que había aprendido a conocerlas. Seguía sus huellas, escuchaba sus reclamos. Cuando tenía que hacerlo, cazaba. Cuando era necesario se transformaba en un halcón o un zorro y mataba, pero prefería utilizar las trampas y, en la medida de lo posible, despojar de la vida sin causar sufrimiento. No sabía por qué, pero las quejas de dolor de esas criaturas le procuraban un desasosiego en el centro del cuerpo que le impedía sentirse bien. Había aprendido cómo darles muerte: un gesto decidido de las manos, el cuello cedía y la respiración cesaba.

Era una noche clara, propicia para la caza. Las nubes se habían disuelto y la capa de hielo brillaba a la luz de la luna. Había colocado los lazos esa mañana, cuando los animales dormían en sus refugios. Tan solo tenía que recoger los frutos, esos cuerpos palpitantes. Avanzaba a sotavento hacia las trampas, abriéndose paso en la nieve con la poderosa musculatura de sus piernas. Ya podía ver la sombra de una presa agitándose, no muy lejos. Era grande, echada boca arriba; las patas largas, delgadas pero robustas, se movían en el aire buscando un punto de apoyo, pero los movimientos no hacían más que apretar la soga. El animal resoplaba con sus esfuerzos para escapar a la condena.

Se acercó con cautela, no quería asustar al ciervo. Le puso una mano en el cuello a la bestia, para calmarla antes de que el nudo la estrangulara. Vio contrariado que se trataba de una hembra.

Por un momento permaneció de rodillas, sin saber qué hacer.

Ese invierno iba a ser largo y riguroso, se había percatado por la cantidad de bellotas que las ardillas habían acumulado en sus guaridas. Las verificaba siempre al llegar los primeros fríos, como también las de los erizos, para deducir qué esperaban los animales de la helada en camino. Nunca se equivocaban y él sabía que al cabo de unas pocas lunas necesitaría carne para superar el frío.

Pasó una mano sobre el pelaje hirsuto gris amarronado. El ancho pecho del animal albergaba el latido de un poderoso corazón. El vientre era cálido, cubierto por una densa pelusa, y las mamas estaban hinchadas de leche.

Buscó con la mirada entre los árboles y la vio: la cría lo observaba con unos ojos enormes y líquidos. El morro estrecho acogía una nariz con las fosas nasales dilatadas, que se abrían y cerraban frenéticas, en un intento de descifrar su olor y descubrir si se trataba de un depredador. Si el cervatillo todavía estaba con su madre, ese debía de ser su primer invierno. De hecho, los cuernos acababan de esbozarse en los huesos frontales, recubiertos de terciopelo. En verano alcanzarían su tamaño máximo, para caer el invierno siguiente y luego volver a crecer, y así durante toda la vida, cada vez más grandes, hasta convertirse en una cornamenta majestuosa.

Era lo suficientemente grande para sobrevivir sin la madre, se dijo.

La hembra pareció entender y buscó sus ojos con la mirada. Ya no luchaba, solo la respiración seguía siendo jadeante. El cuello estaba abandonado entre sus brazos. La torsión tendría que ser decidida. Requeriría una fuerza brutal, pero él era capaz de hacerlo.

Las manos, sin embargo, en lugar de apretar aflojaron los nudos. Tuvo que estimular al animal para que se pusiera de pie: la hembra estaba desorientada ante esa repentina libertad. Acarició su fuerte lomo, sintiendo cómo corría por sus miembros esa energía primordial.

Gritó y la vio salir disparada hacia los árboles, con saltos ágiles y rápidos, y reunirse con su cría.

Permaneció arrodillado en la nieve, con el corazón alborotado, como cada vez que la vida se imponía a su instinto depredador.

Buscó una mancha de agujas de pino y, una vez sobre seco, apoyó la

espalda contra un tronco, con el estómago gorgoteando su protesta. Se sacó del bolsillo de la pelliza dos envoltorios de papel manchado. Del primero extrajo algunas tiras de carne seca y se las puso en la boca, masticándolas con fuerza. El otro contenía algo diferente. Algo valioso.

9.

La víctima se llamaba Roberto Valent. Era un ingeniero civil, nacido y criado en el valle. Se había alejado de allí en la época de la universidad y en los años siguientes, para regresar recientemente con esposa e hijo, cuando los excursionistas y los deportistas se dieron cuenta de la belleza de ese rincón del mundo y la industria turística empezó su despegue. Era el responsable de las obras para la apertura de una nueva pista de esquí.

La casa de Valent era una construcción de madera marrón y piedra caliza, en el pueblo de Traveni. Tenía las dimensiones de una villa y se levantaba en un prado inclinado, que se orientaba hacia el sur y que en los meses de verano debía de estar soleado como pocos. No había vallas ni muros de contención; tan solo algunos parterres de flores, desnudos por el invierno, delimitaban la propiedad.

Una anciana de aspecto triste estaba quitando la decoración navideña de las ventanas, como si la casa también se vistiera de luto. La mujer era delgada y llevaba un vestido negro. Cuando vio el coche de la policía avanzar por el camino de entrada, se retiró detrás de los postigos.

Teresa se preguntó si sería la madre de Valent. Tuvo la confirmación unos minutos más tarde, cuando tocó el timbre de la puerta. Fue la anciana quien abrió. Sus ojos estaban enrojecidos bajo los párpados hinchados. Les dijo que su nuera estaba esperándolos en la *stube* y les abrió camino, arrastrando los pies dentro de las zapatillas de fieltro sobre el parquet, que olía a cera de abejas. Teresa le dio su pésame, ella respondió con unas pocas sílabas ahogadas por un sollozo, la cabeza canosa encajada entre los hombros huesudos. Era la esencia misma de la fragilidad y, sin embargo, debía de tener una espina dorsal oculta en algún lugar, puesto que la pérdida de un hijo no la había destrozado.

—Siéntense. Marta vendrá de inmediato —dijo, antes de desaparecer para prepararles un café.

Teresa eligió el sofá; Marini, el sillón. Esa mañana se había presentado a trabajar temprano, vestido por fin con un par de tejanos y unos zapatos cómodos. No había renunciado a la americana, de todos modos, ni a un elegante abrigo. Al verlo, Teresa pensó con una pizca de diversión que el cambio ya había empezado. Habían pasado las primeras horas del día en la escena del crimen, ahora despejada de la parafernalia de la Científica, si bien aún seguía acordonada. Para descubrir quién había matado a Roberto Valent, primero tenían que establecer cómo lo había hecho —paso a paso, hasta el último acto— y responder a una pregunta: ¿por qué?

La solución, quizá, podía darla la familia, aunque Teresa lo dudaba. Estaba allí por las formalidades acostumbradas, que tenían el único propósito de bosquejar una primera impresión y asegurar a los supervivientes que la policía estaba haciendo todo lo posible por llegar hasta la verdad.

La habitación era de estilo montañés, como el resto de la casa; la madera, de color miel, crujía bajo los pies y recubría por completo las paredes y el techo artesonado, intercalándose aquí y allá con telas preciosas como el brocado, superpuestas a la lana y el fieltro. El mobiliario era refinado y estaba cuidadosamente elegido: cajas de marquetería en forma de corazón que ofrecían dulces de pan de jengibre y confitados; ollas antiguas de cobre y peltre utilizadas como macetas para mazos de hierbas aromáticas y de anís estrellado, que expandían en el aire aromas envolventes. Los cojines eran mullidos y estaban decorados con encaje de bolillos. Junto a la puerta de entrada, un pesebre de estilo y colores antiguos estaba colocado sobre una mesita de café. El punto focal del salón era la *stube*, la estufa de ladrillo que ocupaba gran parte de una pared, y que desprendía un calor agradable. Un banco forrado de tela corría a ambos lados. Era allí donde antaño las familias se reunían por la noche, después del trabajo en el bosque y en el establo.

La familia que actualmente vivía en esa casa había quedado huérfana de uno de sus integrantes. Las tardes ya no serían las mismas. Las noches sucesivas, infinitas y desesperadas. Y en Traveni, Teresa estaba segura de esto, las noches eran demasiado silenciosas; era uno de esos lugares donde las calles se quedaban desiertas en cuanto se anunciaba el ocaso. El pueblo se había despertado con la conciencia de que un asesino se estaba paseando por esas calles oscuras.

La viuda se reunió con ellos poco después. Marta Valent era una mujer agradable, que llenó la habitación con una inquietud silenciosa en cuanto

entró. Estrechó sus manos con suavidad, como si quisiera escabullirse, y aceptó las palabras de circunstancias con la mirada baja. Se sentó en el sofá, al lado de Teresa, pero en la esquina opuesta, casi en vilo sobre el cojín. Teresa se fijó en que la suya era una belleza anónima, la suma de rasgos regulares y colores apagados. Era un «nada que declarar», mientras que un defecto, una anomalía de la naturaleza, la habría hecho por lo menos interesante. La ropa que vestía recalcaba la imagen de ese cuerpo sin interés, con huesos finos y largos. Parecía llevarla con cansancio, casi como si pesara demasiado. Una fotografía en un estante de la librería, sin embargo, devolvía la imagen de una mujer rolliza y con una mirada vivaz, y había sido tomada no hacía mucho. Teresa se preguntó si estaría enferma.

La madre de Valent llegó con una bandeja tintineante y rompió el silencio que había seguido a las formalidades. El aroma del café llenó la habitación. La mujer ofreció las tacitas humeantes a Teresa y a Marini, la de la nuera se quedó en la bandeja.

—Nadie le deseaba el mal a Roberto. No tenía enemigos —dijo de repente la joven señora de la casa.

Teresa se acabó su café, antes de contestar.

—Por lo menos uno sí tenía —replicó.

—Quien le hizo... lo que le hizo no es un enemigo, es un loco.

—¿Y por qué no ambas cosas?

Marta Valent se retrajo igual que un caracol tocado por un dedo inoportuno. La reacción fue visible y le hizo pensar a Teresa que, en su mundo, las relaciones demasiado directas no eran bien recibidas. La había confrontado a pecho descubierto, llevándola a un duelo de réplicas como si tuviera alguna culpa que confesar. En realidad, al menos de momento, esa mujer era una víctima, había perdido de manera violenta al compañero que había elegido para su vida y al padre de su hijo.

—¿Cómo estaba su esposo esa mañana y en los días anteriores? —le preguntó con voz más suave, volviendo a las cuestiones de rutina.

—Como siempre: indiferente.

Teresa se sorprendió. Notó que el anular izquierdo de la mujer estaba enrojecido, como si lo hubiera estado mortificando durante horas, dando vueltas y más vueltas al anillo de bodas.

—¿Indiferente? —repitió.

—Perdone, quise decir atareado. Trabajaba demasiado, se lo decíamos

todos.

—¿Acostumbraba su marido acompañar a su hijo al colegio?

La mujer bajó la mirada, posándola sobre la tela de la falda, que alisaba con dedos temblorosos desde que se había sentado.

—No, generalmente me ocupo yo de eso —respondió—, pero ese día no me encontraba bien. Sufro violentas migrañas. Roberto se había olvidado el móvil en casa, pero yo sabía que regresaría para recogerlo al cabo de un rato, porque no puede prescindir de él.

—¿Por el trabajo?

La mirada se clavó sobre Teresa. Algo se había encendido en ella.

—Por el trabajo, claro —respondió—. Sin embargo, no regresó. Al cabo de un par de horas empecé a preocuparme y decidí ir a buscarlo a la obra. No había llegado.

Teresa se dirigió a la madre de Valent.

—Y usted, señora, ¿notó algo especial en su hijo? —le preguntó.

Los ojos de la anciana estaban ahora secos, apagados como viejas canicas deterioradas.

—¿En mi hijo? No, no había nada extraño. Trabajaba mucho, eso sí, pero no iba a ser por mucho tiempo. Unos meses, como máximo un año, y el proyecto se terminaría. Eso es lo que decía cuando me preocupaba.

Recogió las tacitas vacías y desapareció en la cocina. Una fuga precipitada. Desde allí llegaba el ruido de los platos en el fregadero y un parloteo en voz baja.

Teresa imaginó de quién podía tratarse.

—¿Hay alguien más ahí? —preguntó a la viuda.

—El niño.

El niño, reflexionó Teresa. Como si el hijo fuera de otra persona. Un pequeño extraño que vivía en su casa. Marta Valent acababa de dejar escapar una confesión involuntaria: ese nido acogedor e inmaculado que se sacrificaba en cuidar tal vez solo fuera una imagen de lo que los demás esperaban de ella. Teresa pensó que la realidad podía ser diferente, la de una madre emocionalmente distante de su propia criatura.

—Me gustaría verlo —dijo, y no sonó como una petición.

La mujer frunció el ceño.

—¿Es necesario?

Teresa le sonrió para tranquilizarla, y asintió.

Diego Valent era un niño obediente: bastó con que su madre lo llamara una vez, sin un tono particular en la voz, para que se acercara. Salió de la cocina con la carita enrojecida por el llanto, y toda la confusión del mundo en sus ojos.

Una criatura dócil y herida, pensó Teresa.

El niño llegó junto a su madre, quien le puso una mano sobre el hombro. Sus cuerpos ni se rozaron.

—Hola, Diego —lo saludó Teresa con dulzura—. Soy la comisaria Battaglia, pero tú puedes llamarme Teresa.

La miró sin decir ni una palabra. El temblor del llanto se le había pasado, dando paso a la curiosidad.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez —respondió su madre por él, sin darle tiempo a decidir si confiar en esa desconocida o no—. Diego es tartamudo.

Esa frase cayó sobre el niño igual que una condena, y Teresa lo vio estremecerse bajo el zarpazo de la humillación. Sintió rabia por él y pena por esa mujer que parecía vaciada de toda clase de emoción. La suya no era una aridez reciente, el luto no tenía nada que ver con eso.

Abraza a tu hijo, pensó, irritada y triste. Estréchalo entre tus brazos, llénalo de besos. Sostenlo en tu regazo, es para lo único que debería servir.

Las dinámicas de la familia Valent poco a poco iban aflorando. Ahora comprendía por qué Diego parecía un pequeño adulto, vestido como si lo fuera: pantalones azul marino de corte clásico, un jersey beis con cuello de pico y la camisa celeste almidonada. Una pequeña corbatita se ceñía en su cuello. Teresa estaba segura de que para él era una soga.

Sintió la necesidad de liberarlo, de despeinarlo, de echarlo sobre el sofá y hacerle cosquillas. En cambio, rebuscó en su bolsillo y le tendió una rueda de regaliz.

Diego miró a su madre.

—No come azúcar —dijo ella.

—Oh, pero este es un caramelo especial —le dijo Teresa—. Es dulce pero sin serlo.

—Los sustitutos de sacarina no son menos nocivos, inspectora —rebatía la madre.

—Comisaria, pero tú puedes llamarme Teresa —rectificó ella, dirigiéndose al niño.

La mujer pareció darse cuenta de su tono descortés.

—Discúlpeme —dijo—. Mi esposo era muy estricto al respecto —señaló las bomboneras repletas de dulces—. Diego sabe que no tiene que tocarlos.

Teresa se preguntó a cuánta disciplina había tenido que someterse. Esa era la manera de forjar a un adolescente rebelde y a un adulto castrado, pensó.

Se metió en el bolsillo nuevamente la rueda de regaliz. Ante ese gesto, el niño entreabrió sus labios. Anhelaba esa pequeña chuchería, tan miserable en comparación con las exquisiteces exhibidas en esa casa, pero con un significado infinitamente mayor.

Empezó a retorcerse las manos, en un gesto imitativo del de su madre, y Teresa se fijó en que había suciedad debajo de las uñas. Esa pequeña mancha en medio de tanta perfección hizo que sonriera de esperanza: todavía había vida en él, un poco de sana rebeldía. El niño se percató y las escondió detrás de la espalda. Teresa le guiñó un ojo: tenía toda su aprobación.

Luego se levantó, imitada por Marini. El inspector se había quedado en silencio todo el rato —empezaba a aprender—, pero no se había perdido nada del drama que acababa de representarse. Su expresión era elocuente: estaba del lado de Diego, a la misma altura que Teresa.

En el umbral de la casa Valent, los dos policías intercambiaron las últimas palabras rituales con la viuda.

—Pronto tendrá noticias nuestras —dijo Teresa—. Para cualquier pregunta o duda, estamos a su disposición. Y si se acuerda de algún detalle, aunque le parezca trivial, pero que cree que pueda ser de utilidad, llámenos enseguida.

—Gracias —respondió la viuda—. Sé que harán todo lo posible para encontrar al culpable.

Diego se había armado de valor y permanecía cerca de Teresa, con la nariz hacia arriba, para no perderse nada de esa comisaria que debía de parecerle tan extraña.

Ella lo acarició antes de marcharse. Demasiado rato, tal vez. Notó la mirada de Marini sobre su mano y se apresuró a quitarla.

Olvida los recuerdos, se dijo.

Tras subir al coche, Teresa tuvo dificultades para apartar su mirada de la casa de los Valent. Siguió su silueta hasta que la vivienda desapareció de su vista. El techo puntiagudo que se mostraba opaco al sol, las ventanas oscuras,

las sombras que imaginaba moviéndose tras los cristales. Todo parecía estar esperando algo, algo que recolocara las vidas de sus habitantes.

Pensó en el más pequeño de ellos, en el soldadito de dedos sucios. Estaba segura de que él también la había observado largo rato, mientras se estaba marchando. Diego sentía curiosidad, era avisado. Una chispa de vida que sus padres trataban de embridar con prohibiciones sin sentido, casi como si fuera necesario poner a prueba su voluntad, como con los dulces ofrecidos a la mirada, pero imposibles de tocar.

Diego estaba acostumbrado a ver cada día su objeto de deseo y a no poder tender las manos para cogerlo, pensó Teresa. ¿Podía haber algo más dañino para la psique de un niño?

Sí. Una madre fría como el mármol.

Teresa se preguntó si también su padre habría mostrado una afectividad agarrotada con respecto al niño. Tendía a pensar que sí, a juzgar por lo que le había contado Marta Valent. Había definido a su marido como «estricto». Incluso se le había escapado un «indiferente».

¿Cuánto? ¿Lo bastante como para ser desafecto?

No es asunto tuyo, se dijo, pero inmediatamente descartó esa advertencia; tal y como lo veía ella, los niños deberían ser un poco hijos de todos.

Buscó un caramelo en su bolsillo y se dio cuenta con asombro de que el regaliz había desaparecido.

Tras un momento de confusión, se echó a reír.

Lo había subestimado: el pequeño Valent sabía cómo sobrevivir.

10.

Los días eran cada vez más cortos. Para Lucia resultaba fácil percibirlo, porque se pasaba muchas tardes encerrada en su habitación. De manera que la única cosa interesante que podía hacer, después de haber cantado todas las canciones infantiles que conocía, era observar el bosque fuera de la ventana, más allá del césped.

Conocía cada fronda, cada sombra proyectada sobre la hierba. Veía cómo se alargaban, cada hora un poco más, cada día más cerca de la casa.

Sabía por qué sucedía: dependía de la danza de la Tierra alrededor del Sol. En la escuela prestaba atención a las clases de la maestra, aunque no entendiera todo lo que decía. Lo suplía con su imaginación. Lucia había intuido que no era inteligente como los otros niños, pero conocía el movimiento de las sombras y sabía que pronto comenzarían a acortarse de nuevo. Le fascinaba esa eterna lucha entre la luz y la oscuridad, era una espectadora complacida. Desde hacía algún tiempo, sin embargo, a la fascinación se le había unido una apremiante necesidad: la de ver que se acababa ese invierno recién empezado y, con él, las horas de crepúsculo demasiado tempranas.

Miró el bosque. Se había levantado viento y las copas de los abetos se balanceaban. Algunas hojas secas arrancadas de las ramas de los robles se arremolinaban frenéticamente. Era solo la tarde, pero la luz ya había cambiado de aspecto. Un par de horas más y el mundo se habría oscurecido, hasta sumirse en las tinieblas.

Lucia temía ese momento: era la hora en que los fantasmas se asomaban desde la maleza. Le había dicho a su madre lo que estaba sucediendo en la linde de la pineda, pero ella no la había creído.

—Las mentiras son algo malo —le dijo, regañándola, y luego la encerró en su habitación.

Pero los fantasmas no eran mentira. Lucia había visto uno. Su rostro era

blanco como la nieve que en esos días había cubierto de hielo el pueblo, como el cráneo de perro que el verano anterior Mathias, Diego y ella pescaron en el arroyo, mientras Oliver permanecía mirando.

A eso se parecía el espectro cuando la observaba desde el bosque: a un cráneo blanco y lustroso.

Lucia estaba segura de que Mathias también había visto uno el día anterior. Era el líder del grupo, el más valiente, aunque en la última reunión parecía asustado: observaba los árboles igual que ella ahora, como si estuvieran vivos y le devolvieran su mirada.

Bajo la ventana, Lucia había dejado un cuenco lleno de leche. Todavía estaba intacto, pero sabía que a la mañana siguiente lo encontraría vacío, como ocurría desde hacía algunas noches, aunque el gato llevaba días sin aparecer por casa.

Otra persona salía a rastras del bosque, hasta la casa. Alguien que tenía un cráneo en vez de cara.

Lucia se lo dijo a su madre, pero ella no la creyó.

11.

Austria, 1978

—Mira, observa, olvida.

Era la regla de la Escuela. Un mandamiento no escrito que se transmitía entre los empleados, de veteranos a novatos. A Magdalena se lo había explicado la enfermera Braun, con una voz que era casi un susurro, como si temiera romper el carácter sagrado de un secreto. Y es que ese lugar suspendido entre las afiladas cumbres y el lago parecía tener muchos secretos.

Magdalena seguía a su superiora a lo largo de pasillos que parecían laberintos. La mujer la instruía sobre todos los rincones de ese edificio descuidado, sobre todas las tareas que le correspondían al haber entrado en el servicio. El entrenamiento había sido bastante extraño: encerrada siempre en una habitación, transcribiendo unos apuntes que no entendía, Magdalena no había podido ver nada de lo que ocurría en el resto de la Escuela, excepto el comedor comunitario y el dormitorio que la esperaba por la noche.

Había entendido que en la Escuela trabajaban un puñado de personas: el director, al que solo había visto una vez, cuando fue contratada; la enfermera Braun, dos asistentes de mantenimiento, la cocinera y Marie, una lavaplatos con quien Magdalena compartía habitación. Marie, de todas formas, era muda y en las largas veladas dedicadas a leer no le había dirigido más que un par de miradas tímidas, casi asustadas. Magdalena había renunciado a hablar con ella, limitándose a saludarla por la mañana y a desearle buenas noches cuando la luz se apagaba.

No eran muchas las personas que se adaptaban a vivir en un lugar tan aislado; pero, sobre todo, ser contratado por la Escuela implicaba poseer una cualidad de la que muchos carecían: la discreción. La reserva debía haber sido manifestada a lo largo de toda la vida.

Fue su tía quien le encontró ese empleo en un momento de graves dificultades para su familia.

—La Escuela espera mucho de ti. No la decepciones —estaba diciéndole la enfermera Braun mientras subía los desgastados peldaños de la escalera principal. Caminaba por delante de ella, el cuerpo rígido, los hombros tan rectos como los brazos del crucifijo que las observaba desde el entresuelo. La luz púrpura de la puesta del sol penetraba por el rosetón, esculpía el rostro triste de Cristo e incendiaba la sangre que brotaba desde el costado herido. La sombra de la corona de espinas se proyectaba sobre el revoque, ampliada y deformada.

Como los tentáculos de un ser monstruoso, pensó Magdalena, encogiéndose en el jersey de lana.

Braun hablaba siempre de la Escuela como un organismo vivo y sensible, casi como si esas paredes tuvieran ojos y oídos. La Escuela escuchaba, y también juzgaba. Las primeras veces, Magdalena encontró inquietante su forma de expresarse.

Llegaron al primer piso, donde estaba el Nido. Parecía deshabitado, hasta tal punto era silencioso. Sus cuerpos movían el aire como si hubiera estado inmóvil durante siglos y hubiese tenido tiempo de absorber las vidas e historias de quienes pasaron por él. Tenía peso, Magdalena podía sentirlo: en el esternón, en la garganta. La oprimía hasta robarle espacio a la respiración.

—Mira, observa, olvida.

Significaba que todo lo que sucedía dentro de la Escuela no iba a traspasar nunca el umbral. Era posible, le había dicho Braun, que viera prácticas en apariencia anómalas. Tendría que observar los efectos y transcribirlos meticulosamente en el cuaderno que le habían entregado junto al uniforme.

Y luego tenía que olvidar. Todo.

Magdalena la vio sacar un manojo de llaves del bolsillo del uniforme, meter una en la cerradura de la puerta y detenerse.

—Te ocuparás de su higiene y su nutrición, pero nunca, nunca, debes atenderlos o decirles ni una palabra —resumió sus funciones—. El contacto físico debe limitarse a lo estrictamente imprescindible.

Magdalena asintió, preguntándose si los residentes estarían afectados por alguna enfermedad en particular. No tuvo valor para pedir explicaciones.

—Y ten cuidado con el individuo del puesto número 39 —continuó la jefa. La inquietud de Magdalena se convirtió en preocupación.

—¿Por qué? —preguntó al final.

Braun miró hacia otro lado y respondió mientras observaba el lago en el exterior desde una de las ventanas.

—Ya lo entenderás —le dijo únicamente. Con un gesto, le dio a entender que debía colocarse la tela que sujetaba en una mano. Juntas se pusieron las capuchas blancas sobre la cara.

—Y recuerda —murmuró, antes de bajar el tirador—. Mira, observa, olvida.

12.

Había algo mezquino en regresar a la rutina de un día cualquiera, después de haber posado los ojos en un muerto: una especie de vigor infame, el alivio de no estar en su lugar.

Había algo inicuo en sumergirse en la vida cotidiana, cuando el cuerpo destrozado de otro ser humano era encerrado entre paredes de acero, dentro de un depósito de cadáveres.

La gente muere todos los días, se recordó a sí misma Teresa. Era la vida, pero en una forma distinta. Ser testigo de ello, sin embargo, resultaba incómodo. Significaba disfrutar de tu propia respiración cuando había alguien que lloraba a otra persona que había dejado de respirar. Ineluctable y cruel: humano.

Cerró la puerta tras de sí, se liberó del bolso en bandolera y se descalzó en dos patadas. La calidez de la madera bajo los pies le recordó que eran las cosas sencillas las que daban alivio al alma, como cuando siendo niña corría descalza entre los viñedos, en verano, levantando polvo y risas. Aún podía sentir el aroma mineral de la tierra tostada por el sol, de las piedras salinas, la acidez de las parras verdes y el dulce de las acacias en flor. El sudor, las flores amargas del diente de león, las gotas de vino en los labios, robadas del vaso de su abuelo. La sustancia de la felicidad.

Tiempos inmóviles en su mente, que sonaban como un eco con fuerza en la tranquilidad de la casa, un silencio intacto desde que lo había dejado horas antes. La soledad era una discreta compañera de piso que nunca invadía los espacios y lo dejaba todo tal y como estaba. No tenía olor ni color. Era una ausencia, una entidad que se definía en contraposición, como el vacío, pero que existía; era ella la que hacía temblar la taza de la infusión entre las manos de Teresa algunas noches, cuando el sueño no tenía ninguna intención de aportar alivio alguno. Ese tintineo se extendía por las habitaciones sin toparse con ningún otro cuerpo cálido. La soledad envolvía a Teresa igual que un

vestido demasiado ajustado, un corsé de otra época, que en público le hacía enderezar la espalda, pero que en la intimidad le robaba la respiración.

Había aprendido a tratarla como un antídoto contra el veneno; la absorbía en pequeñas dosis, todos los días. No la evitaba, no buscaba distracciones; permanecía quieta y se dejaba morder por ella. De esa forma, su alma había aprendido a producir los anticuerpos y había dejado de morir por su causa.

La casa la saludó con las sonrisas en blanco y negro de las gigantografías colgadas en las paredes: alegres, a veces insolentes, a menudo con un velo de melancolía que las hacía más intensas. Pertenecían a los amigos que le hacían compañía por las noches, cuando se hundía en el sofá con un libro en las manos: Louis Armstrong, Ella Fitzgerald, Duke Ellington, Jeff Buckley... Voces y progresiones de notas que despertaban el alma del letargo de la vida cotidiana con una sacudida de placer. La ausencia de color de las imágenes resaltaba entre los tonos vivos y caóticos de la sala de estar, iluminándola. Las había comprado en un mercadillo, cuando los fines de semana aún tenía ganas de subirse al coche y recorrer kilómetros en busca de objetos que entraran a formar parte de su nido. Un nido que nunca se había convertido realmente en eso, que la había visto sola la mayor parte de su vida. Liberarse de la tristeza le había costado mucho tiempo. Un paso tras otro, Teresa había seguido caminando, respirando, permaneciendo en pie a pesar de todo. Sin extraviarse, perdonándose. La vida era aterradora, si uno miraba directamente a la cara lo que de verdad podía llegar a ser, pero seguía siendo sagrada, inviolable, una aventura extraordinaria a la que debía hacerse frente con el corazón a mil y un sentido de lo maravilloso que no podía apagarse siquiera ante el dolor más insoportable.

Tenía que creer en ello, o ya se habría vuelto loca.

—Nunca estamos realmente solos —murmuró al silencio.

Ni siquiera sabía si ella estaba de verdad convencida o si se trataba tan solo de un recurso para no dejarse ir a la deriva.

Sus manos rozaron la caja de música sobre el arcón de la sala de estar. Era el único objeto en esa casa que a lo largo de los años no había cambiado nunca. De cerámica azul, con pequeñas estrellitas amarillas y los rasgos de un ángel dormido, acogía a Teresa y sus tormentos entre las alas de arcilla cocida al fuego.

Podía sentir el olor a talco y a sueños rotos. Le dio cuerda.

La melodía se liberó con notas parecidas a toques de una campanilla.

Siempre le había parecido de una belleza conmovedora. Un canto fúnebre que hacía pensar en estrellas sumergidas en un mar color índigo, más allá de nubes evanescentes con reflejos plateados: el misterio del universo, un arcano enigma con millones de años de antigüedad. Parecía provenir de un mundo lejano, espiritual, como las almas de los niños recién nacidos.

Teresa no era religiosa, no sabía en qué creía, pero de haber tenido que señalar un indicio —solo uno— de alguna forma de presencia divina en su vida, habría sido ese ángel dormido, que la hería con dolorosos recuerdos y, al mismo tiempo, la llenaba con una dulzura que prometía consuelo.

Se preguntó si algún día, cuando muriera, toda esa pena adquiriría algún significado: minúsculos dedos para apretujar y una piel dulce para besar, un ángel cálido al que mirar por fin a los ojos y al que mantener muy cerca del corazón.

No, ella nunca estaba sola de verdad.

Dejó que la agridulce melancolía acompañara sus pasos por las habitaciones, junto con esa conmovedora canción de cuna. Se desnudó en el cuarto de baño, evitando mirar ese cuerpo deteriorado que se reflejaba en el espejo. Después de una rápida ducha, se preparó para el rito nocturno: sacó del armario la caja con el glucómetro y el dispositivo de punción. Insertó la aguja, cerró el capuchón. Seleccionó la profundidad necesaria para perforar la piel y pinchó a un lado de la yema del dedo. Una gota de sangre oscura en la tira para medir la glicemia. Unos segundos y un número tranquilizador en la pantalla. Cogió un lápiz de insulina. Más agujas. Tras años de torturas cotidianas, eran como una corona de espinas. Se palpó las caderas en busca del punto menos doloroso y pinchó.

Se quedó mirando los azulejos de la pared durante unos segundos, sentada en el borde de la bañera; luego ordenó el lavabo, haciendo desaparecer detrás de un armario los signos de la enfermedad. Se vistió con dificultad, como si de repente el peso de las últimas horas la hubiera hecho más corpulenta de lo que realmente era.

Fue hasta la cocina y comenzó a preparar la cena: un refrigerio rápido, para ser consumido en el sofá mientras hojeaba un libro. A lo mejor acompañado con un vaso de buen vino, para relajar la tensión y conciliar el sueño.

Abrió la nevera y de repente fue como flotar en un mar de objetos sin identidad. Junto con la luz que se había encendido al abrir la puerta, había aparecido algo más: la nada. Ya no era capaz de dar un nombre a las cosas.

Miró a su alrededor, confusa, pero el cerebro le devolvió imágenes sin sentido, formas cuyo propósito y funcionamiento ignoraba.

Trató de hablar, pero la lengua parecía corrugada, la mandíbula se había vuelto rígida por el pánico.

Era su mundo, pero ya no lo reconocía.

Se percató de que la canción de cuna había terminado. Justo cuando más lo necesitaba, su ángel se había vuelto a dormir. Estaba sola de nuevo. Sola y asustada.

13.

Massimo no había dormido. Las pocas horas que la comisaria Battaglia le había dado de descanso al equipo, se las había pasado escribiendo el informe que ella le había solicitado. Había borrado y reescrito varias veces párrafos enteros antes de sentirse satisfecho, hasta que al final se quedó convencido de que había hecho un buen trabajo. Se lo envió por correo electrónico, a esa hora en que la noche ya comienza a desvanecerse, y se sorprendió al recibir la confirmación de la lectura pocos instantes después.

Teresa Battaglia todavía estaba despierta, como él, y también como él probablemente estaba pensando en el asesinato acaecido en un bosque, entre montañas impenetrables, a más de cien kilómetros de allí. Massimo comprendía la dificultad para liberar la mente de las cadenas psicológicas de la crueldad, porque a él le sucedía lo mismo. Había pensado que con el paso del tiempo, con las víctimas sucediéndose frente a sus ojos, el efecto se atenuaría, pero cambió de opinión. Había visto a hombres asesinados por unas pocas monedas, a mujeres maltratadas por quienes deberían haberlas amado, a niños crecidos en la miseria más angustiante; pero su alma aún estaba en carne viva, no había desarrollado el cuerpo calloso de la indiferencia, y sufría por las criaturas caídas.

Llegó a la comisaría muy temprano esa mañana y no se mintió a sí mismo: lo hacía por ella. Quería hacerse perdonar su primer encuentro desastroso, tal vez o, más probablemente, impresionar a esa mujer volitiva, quien parecía considerarlo cualquier cosa salvo un policía competente.

La esperó en el despacho con un regalo y una sorpresa. El primero, estaba seguro de que lo recibiría con agrado. La segunda, lo dudaba mucho.

La comisaria Battaglia entró acompañada por Parisi y De Carli, otro agente del grupo que parecía ser su sombra. Discutían sobre algo que ella estaba leyendo en un papel, con el rostro tenso. Los dos hombres asentían concentrados, a veces añadiendo alguna palabra. Eran una tríada: tres

elementos que juntos constituían un todo. Massimo lo intuía a partir de las dinámicas subyacentes a sus gestos. La comisaria era el pivote alrededor del que giraban los dos brazos de un mecanismo bien engrasado. Teresa se expresaba con frases secas, a menudo sin acabarlas; no era necesario, los otros ya habían entendido. Ellos las concluían por ella, se apresuraban a asegurarle que cuanto se les pedía ya se había realizado. Su actitud no dejaba entrever adulación, sino un profundo respeto.

Massimo, con el paquete entre las manos, se sintió de pronto como un tonto. Lo depositó en el escritorio de la comisaria, alejándolo de sí con un dedo, como en un intento extremo de tomar distancias con el objeto. Incluso el hecho de haberse sentado le parecía ahora un gesto incauto.

El pequeño movimiento y el crujido del papel llamaron la atención de los tres. Massimo vio cómo la expresión de la comisaria cambiaba igual que la de un felino al ver su territorio usurpado por una presa de escasa calidad; al principio sorprendido, arredrado. Luego molesto.

—¿Y tú qué haces en mi despacho? —le preguntó, escandiendo las sílabas en pequeños mordiscos. No era una buena señal.

Massimo no sabía cómo anunciar la sorpresa. Habría preferido empezar por el regalo. Al final, decidió soltarla como una bomba: rápida e indolora.

—Ahora también es mi despacho —dijo.

Ella ni se inmutó.

—No te he oído —respondió.

Massimo tenía la sensación de que lo había oído perfectamente.

—Hay una tubería de agua rota en el mío —aclaró, con un tono resuelto únicamente en la intención—. Voy a quedarme aquí un tiempo. Con usted. El jefe Ambrosini lo ha decidido así.

Massimo vio que Parisi y De Carli intercambiaban una mirada. A juzgar por sus expresiones, a la comisaria aquello no iba a hacerle ninguna gracia.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella, echando un vistazo al paquete.

—Para usted —respondió Massimo, recuperando el valor. Tal vez las cosas aún podían empezar a mejorar entre ellos.

La comisaria se sentó en su sitio. Miró el paquete. Lo abrió.

—Mierda.

—Comisaria... —comenzó a decir Parisi, alisándose la perilla de geometrías perfectas, pero ella lo hizo callar. Aferró una de las berlinesas y hundió los dientes cerrando los ojos. La crema se desbordó descontrolada.

—También hay de chocolate —susurró Massimo, incitador, ofreciendo a sus compañeros. Ellos, sin embargo, estaban mirando preocupados a la comisaria.

Teresa asintió, lentamente, con los ojos aún cerrados. Estaba en éxtasis.

—Hacía siglos que no las comía —murmuró.

Massimo sonrió. Por fin había vislumbrado en ella algo humano que no fuera solo irritación. Había sido fácil, después de todo.

—Sería mejor que no siguiera comiéndoselas —era De Carli quien había hablado, y parecía nervioso.

La comisaria Battaglia abrió los ojos y miró a Massimo: dos rendijas que parecían estar desafiándolo.

—Soy diabética.

Él no captó de inmediato lo que aquello suponía, luego maldijo en voz baja e intentó recuperar el paquete, pero ella colocó encima una mano con determinación.

—¿Estás intentando matarme? —le preguntó.

Él sentía que su rostro estaba ardiendo.

—Aprende a no sonrojarte, inspector. Y cuando sientas la necesidad de maldecir, ¡hazlo, por Dios! —le dijo, soltando el paquete. Con un gesto, ordenó a Parisi y De Carli que salieran y se lo llevaran. Los dos se marcharon cerrando la puerta, como para contener una reacción en cadena de comentarios que podría haber desencadenado la ira de la comisaria. Massimo ya la imaginaba: palabras disparadas como proyectiles que retumbaban en los oídos y la furia que estallaba.

Se sentía como una fibra tensada más allá del punto de ruptura.

—¿Qué he de hacer para llevarme bien con usted? —preguntó, sin polemizar. Tan solo quería entender.

La comisaria ya no le prestaba atención, se dedicaba a ir pasando las fotografías del asesinato en la pantalla.

—Tienes que hacer tu trabajo, siempre y cuando seas capaz de hacerlo —respondió—. He leído tu informe esta noche.

—¿Y bien?

Ella volvió a mirarlo.

—Lo tiré a la basura. Tienes que empezar desde el principio.

Massimo sintió el cansancio de las últimas veinticuatro horas asaltándolo de repente, como si una masa informe y sólida se hubiera colgado de su

espalda e intentara derribarlo al suelo, y más allá de este.

Se dio cuenta, sin embargo, de que no era el único de los dos en sentirse en el infierno. Si a primera vista había definido la cara de la comisaria como tensa, ahora veía más allá de la máscara. Había algo muy parecido al dolor que rebullía por debajo de la superficie y, se percató de ello con sorpresa, tal vez al miedo.

—No he dormido para poder escribirlo —dijo. Quería sondearla y, al mismo tiempo, llevarla por otros caminos. No sabía por qué, pero lo que había vislumbrado en ella lo turbaba.

—Te has equivocado, entonces. Deberías haber descansado y escribirlo con la mente despejada.

Había depuesto las armas, de momento. El tono de la voz era casual, como si estuvieran hablando del tiempo.

—Pensé que había hecho un buen trabajo —le dijo.

Teresa Battaglia dejó el bolígrafo que estaba mordisqueando.

—Bueno no es bastante —respondió—. No puedo ir a ver a la familia de la víctima y decirle que estamos haciendo un buen trabajo. Quieren que escupamos sangre, ¿entiendes? Lo necesitan.

Él asintió. Quizá ahora lo entendía realmente.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó.

—Tienes que estudiar. Cosas que en los pupitres de la universidad no se enseñan: el arte de matar.

La comisaria no esperó su respuesta. Se levantó y se acercó a la pizarra que colgaba delante del escritorio.

—Pensé que era joven, pero tal vez tengamos que revisar esa valoración —murmuró—. Creo que tiene unos años más.

Massimo la alcanzó, intrigado.

—¿Por qué?

—Porque el grado de sadismo es elevado —le dijo, escribiendo notas con una caligrafía destartalada—. Ha tenido tiempo, muchos años, para perfeccionar sus fantasías. Creo que tiene unos cuarenta, cuarenta y cinco años. Gran fuerza física. Es del lugar, o un amante de la montaña. La conoce. Ha hecho desaparecer sus huellas entre las rocas, y no es casualidad; probablemente sea cazador. A juzgar por el modo en que mató, su psicopatía es tal que dudo que conduzca un coche.

Massimo no pudo contener una mueca que la comisaria interceptó al vuelo.

Dejó de escribir y lo encaró.

—¿Hay algo que no te convence? —le preguntó.

—No, en absoluto.

—Puedes hablar con libertad.

—Sí, por supuesto.

Ella se quitó las gafas y lo observó.

—Marini, no me hagas perder el tiempo. Si tienes algo que decir, dilo sin hacerte rogar. De lo contrario, ahórrate el sarcasmo.

Massimo señaló la pizarra.

—¿No le parece un poco... excesivo?

La comisaria siguió su mirada y frunció el ceño.

—¿Excesivo? —la oyó repetir.

Massimo tabaleó con un dedo las notas recién escritas.

—Todos estos detalles —dijo—, desplegados sin asomo de dudas. ¿No será presuntuoso? ¿Cómo puede saber si conduce un coche o no?

Teresa Battaglia lo miró de soslayo, pero con media sonrisa.

—¿Presuntuoso? Ni lo más mínimo. Y sobre las dudas, bueno, tengo muchas, pero forman parte del juego, son fisiológicas. Cuando no las tenga, comenzaré a preocuparme. ¿No estás de acuerdo?

Massimo cruzó los brazos sobre el pecho y no replicó.

—Vaya, vaya, pero si eres un tipo duro —se burló de él. Luego se puso seria de nuevo, se acercó, hasta que tuvo que levantar la barbilla para mirarlo a los ojos—. Te voy a decir algo más. Ni siquiera tiene carnet. No conduce y no tiene carnet porque no puede hacerlo. Lo intentó, probablemente, pero fue un fracaso, uno de los muchos. Su mente perturbada no se lo permite. ¿Cómo lo deduzco? Por lo que le hizo a la víctima, por cómo lo hizo. Alguien que le saca los ojos a otra persona con sus uñas tiene graves problemas mentales, imposibles de ocultar. No puede sacar provecho de ningún curso. Ni siquiera el de la autoescuela. No puede mantener un trabajo por mucho tiempo. No tiene constancia, ni concentración.

Massimo se dio cuenta de que había contenido la respiración. Ella le tendió el rotulador.

—Ánimo, escribe —ordenó, y prosiguió dictando sin esperar su reacción—. Vive solo, a pocos kilómetros de la escena del crimen. Tenemos que delimitar el área.

Massimo obedeció, aunque aún dudaba.

—¿Por qué está tan segura de que vive solo? —preguntó.

—Nadie soportaría la convivencia con un individuo como ese: descuida de forma alarmante la higiene personal y no sabe lo que es el orden. «Psicosis» es la palabra clave; su grado nos dice mucho sobre él. El hecho de que haya matado con sus propias manos y sin usar ataduras, ¿qué nos dice?

—Que el crimen no fue premeditado.

—Error. El crimen no fue *organizado*. Es diferente. Sin embargo, muchos detalles nos hacen pensar lo contrario. Son particularidades inexplicables. Contradicciones. Algo que no cuadra.

—¿Por ejemplo?

—La puesta en escena. Es decir, la forma en que colocó el cuerpo, no abandonado, sino preparado; las trampas... Entonces, inspector Marini, experto por tu licenciatura en...

—Jurisprudencia.

—Virgen Santa..., y basándote en tu experiencia adquirida en una gran ciudad, dínoslo tú, desvélanos ese arcano: ¿este asesino es organizado o desorganizado?

Silencio.

La expresión de la comisaria se aplanó en una línea que significaba compasión.

—Me lo imaginaba. Tienes que empezar desde cero: justo donde ahora te encuentras.

14.

Lucia se despertó con un repiqueteo insistente sobre su cabeza. Algo raspaba el techo con sus garras, rasguñaba la piedra de las losas y las hacía chocar unas con otras.

Eran los cuervos; volaban por allí encima para destrozar a sus presas o intentar abrir las bellotas golpeándolas con su robusto pico contra las tejas. Se lo habían explicado Mathias y Diego, cuando Lucia les confesó sus miedos por esos ruidos misteriosos, que se manifestaban en las primeras horas de la mañana, cuando el aire y la luz eran siempre fríos, incluso en verano.

Los dos amigos, junto con Oliver, eran desde hacía unos meses el centro de su mundo. Lucia se apoyaba en ellos con confianza. Por ese motivo los últimos acontecimientos la habían dejado triste y dolorida. El padre de Diego había muerto. Lo habían encontrado en el bosque, después de dos días sin aparecer por su casa.

Lucia se quedó inmóvil, la bola de comida detenida en la garganta, cuando su padre comentó la noticia durante la cena. Aún no había podido hablar con su amigo, aunque le escribió una nota que le haría llegar de la forma en que solían intercambiarse los mensajes: metida entre los postigos de su habitación, detrás de la maceta de espino blanco. En la hoja arrancada de un cuaderno, había escrito solo tres palabras: «Hermanos de sangre».

Diego entendería que su familia —la que él había elegido— estaba a su lado, dispuesta a conllevar una parte de su dolor, como había hecho Jesús con la cruz. A Lucia le gustaban las historias que don Leandro relataba en catequesis, porque hablaban sobre el perdón y el paraíso, y así los sacrificios, la vida de cada día, parecían más soportables. La suya también.

Se besó la piel en la parte interior de la muñeca: la cicatriz se estaba desvaneciendo, pero el recuerdo del juramento era vívido y vibrante.

Se frotó los ojos, todavía sumida en el sueño. Esa mañana parecía haber más luz en la habitación. Se subió las sábanas por encima de la cara y la

punta helada de la nariz se encontró con el calor de su respiración. El colegio estaba cerrado en señal de luto y ella podía demorarse en ese duermevela. Esa noche la habían atormentado aterradoras pesadillas. Había soñado con el padre de Diego: no tenía ojos. Alguien se los había arrancado, como a santa Lucia, la beata cuyo nombre llevaba ella. Se lo había oído decir a su padre, mientras mordía un trozo de carne al punto. Lucia observó ese jugo rojizo goteando en el plato y se sintió mal.

El repiqueteo se volvió más insistente. Parecía que los animales fueran presa de una euforia feroz. Lucia se agitó entre las sábanas y se dio cuenta de por dónde llegaba la luz: las contraventanas estaban abiertas de par en par, aunque ella estaba segura de haberlas cerrado antes de acostarse. Apartó las mantas y apoyó los pies en el frío suelo. Se apresuró en ponerse los calcetines de lana y taparse todo lo que pudo con la camisola de franela, que durante el sueño siempre se le enroscaba alrededor de la cintura.

Los cuervos se estaban exhibiendo en danzas aéreas excitadas por encima del césped nevado. Trazaban círculos y planeaban cayendo en picado, con graznidos agudos y roncós. Lucia se acercó a la ventana. Nunca había visto tantos: eran decenas y parecían sentirse atraídos por la casa. Uno de los pájaros se lanzó directo hacia ella y chocó violentamente contra el cristal. Lucia se sobresaltó. Lo vio jadear en el suelo, las alas revueltas; luego, recomponerse y emprender el vuelo nuevamente. En el cristal había quedado una mancha de sangre y algunas b rbulas del plumaje, movidas por el viento.

Lucia acercó su rostro y miró el mundo a través de la mancha rojiza: la nieve parecía una extensión de *fondant* rosada. Un moteado más oscuro e irregular la cruzaba. Una delgada línea de sangre. La siguió con la mirada: llegaba hasta el pie de su ventana, donde el cuenco con leche estaba vacío. Una sombra colgaba de uno de los postigos.

Cuando se dio cuenta de lo que era, Lucia gritó.

15.

El archivo de la comisaría era un sótano de hormigón armado y luces de neón, enterrado en la planta subterránea y habitado por polvo y filas paralelas de estanterías de acero.

El ascensor no bajaba hasta allí, como si el subterráneo no formara parte del edificio y fuera un mundo aparte. Era necesario utilizar las escaleras, donde las luces no funcionaban nunca; a veces parpadeaban como un estroboscopio, aunque más a menudo eran ojos ciegos, completamente inútiles. El responsable de mantenimiento decía que era por la humedad: estropeaba las bombillas. Había quien, sin embargo, no se avergonzaba de defender que era culpa de alguna presencia sobrenatural, evidentemente hostil a las actividades de archivo.

También era conocido como el Purgatorio, porque allí abajo se enviaba a los que tenían alguna culpa que expiar.

Teresa había mandado allí a Massimo Marini. Le había ordenado que buscara casos similares de homicidio entre los expedientes y los documentos digitalizados.

El joven inspector necesitaba disciplina, pero Teresa había querido, sobre todo, mantenerlo lejos de su vista durante unas horas. Había percibido en él un destello alarmante; en un momento determinado, la miró como si fuera consciente del miedo que ella estaba sintiendo.

Solo había sido un episodio, se dijo a sí misma. No significaba nada.

Durante unos instantes, la noche anterior no fue capaz de recordar el nombre de los objetos que utilizaba todos los días; y durante las horas sucesivas, aunque se recuperó, se sintió confundida, como recién salida del vórtice de un tornado. No le había sucedido nunca, pero temía que aquel fuera solo el primero de muchos episodios que vendrían.

No había hablado con nadie al respecto. Las confidencias no formaban parte de su manera de ser; sin embargo, se preguntó con preocupación hasta

qué punto era capaz de valerse por sí misma. Era su pesadilla: depender de alguna persona.

Descartó esos pensamientos nefastos, bajó los últimos peldaños en la oscuridad y se encontró de nuevo en el Purgatorio. Su único habitante estaba al fondo de esa gran habitación, sentado a un escritorio con los bordes comidos por el uso. Tan solo la luz azulenta del monitor lo iluminaba.

—Así te vas a estropear la vista —le dijo.

Marini no apartó los ojos de su trabajo. Teresa depositó sobre el escritorio el informe que le había enviado poco antes del amanecer y que ella había imprimido para llenarlo con correcciones.

El inspector lo miró unos segundos.

—¿No lo había tirado a la basura? —preguntó.

Teresa se sentó delante de él.

—No hiciste un buen trabajo. Decirte lo contrario sería mentirte —le dijo.

Él hizo una mueca.

—No son cumplidos gratuitos lo que busco.

—Entonces, ¿qué has venido a buscar aquí?

Marini no respondió.

Teresa continuó presionándolo.

—Pensé que habías huido del final de un amor —dijo—. Pero me equivocaba, ¿verdad? Tu búsqueda de la perfección y el modo en que mendigas mi reconocimiento me hace pensar más en un padre demasiado invasivo y exigente, incluso ahora que ya te has hecho hombre. Una figura incómoda. ¿Tu padre?

—No sabía que había estudiado usted Psicología.

—Bastaría con mucho menos para comprenderte.

Finalmente la miró. Había rabia dibujada en sus mejillas, pero también una docilidad que la enterneció.

—No es ningún drama, venga —lo animó.

—Si ahora me dice que hay cosas peores, tendré que cambiar de opinión sobre usted. Sería demasiado banal.

—Claro que hay cosas peores, pero a nadie le importa nada. Has hecho bien en buscar tu destino en otro lado.

—¿Espera que le dé las gracias?

—Por favor —replicó ella.

Massimo señaló una pila de carpetas.

—¿No me pregunta qué he encontrado?

—Nada, supongo.

—Y usted lo sabía.

Teresa se encogió de hombros.

—De haber habido un caso similar, me habría acordado.

Ella ya sabía que no iba a encontrarlo. Conocía el contenido de ese archivo como su abuelo el de la libretita en la que anotaba los resultados de las partidas de morra. Cientos de fechas y puntuaciones. Cuando era niña, se sentaba en sus rodillas y se divertía haciéndole preguntas; el abuelo Pietro nunca se equivocaba. El archivo era el pan de cada día para Teresa desde hacía casi cuarenta años. Un credo. No había página, entre esos miles, en la que no hubiera aprendido algo. En la cara de Marini solo se enarcó una ceja.

—No esperaba tener que trabajar con una *profiler* —dijo.

Ella se echó a reír.

—Percibo ironía en tu tono, pero si queremos ser exactos —respondió entrecerrando un ojo— la que está trabajando soy solo yo. Tú estás creando confusión.

Marini volvió a mirar el monitor y movió el ratón. Documentos que hablaban de muertes violentas empezaron a pasar por delante de sus ojos. Teresa podía ver los reflejos sobre los iris oscuros.

—Sigo pensando que un caso se resuelve buscando pistas y pruebas, no intentando adivinar qué cara tiene el asesino —dijo él al cabo de un rato.

Teresa empezaba a encontrarlo divertido.

—El único que intenta adivinar eres tú, a juzgar por lo que he leído —dijo. Se inclinó hacia él—: La criminología no es una ciencia exacta, cierto. No hay nada matemático y cada caso es singular. La criminología es un arte. El arte de aprender a observar atentamente cosas que alguien como tú ni siquiera es capaz de ver. Pero no es magia: es interpretación. Es probabilidad, estadística. Nunca certeza.

Marini la miró largo rato.

—Usted está realmente convencida —murmuró al final.

A Teresa se le escapó un suspiro.

—¿Crees que aquí jugamos a ser policías? —preguntó.

—Pienso que...

—No, tú no piensas. Es obvio. Déjame que te cuente una historia.

—¿Es necesario?

—Yo diría que sí.

Abrió los brazos y los dejó caer a los costados.

Teresa no se dejó desarmar por su falta de entusiasmo. Se había acostumbrado a eso cuando las nuevas promociones entraban en contacto con una realidad difícil de digerir.

—Nuestro protagonista vive en un pequeño pueblo de provincias —comenzó a explicar—. Unos cientos de almas en total. Empezó su carrera criminal como profanador de tumbas. Los pies de los cadáveres le volvían loco, los coleccionaba. Hay quienes sueñan con un vestidor lleno de zapatos y él lo tenía lleno de pies. Lo sé, dicho así suena divertido, pero quien lo ha visto no es de la misma opinión.

—Comisaria...

—De niño le gustaban los zapatos de mujer, pero su madre lo castigaba metiéndole los pies en agua hirviendo, cuando lo descubría probándose los suyos. Ya de adulto, quería cambiar de sexo, pero se contentó comprándose docenas de zapatos de mujer. Dejó de profanar tumbas y comenzó a matar a mujeres jóvenes. Las elegía durante el verano, cuando podía ver sus pies. Los cortaba y los metía en los zapatos que guardaba en casa. La policía estuvo a punto de detenerlo varias veces, pero él, hay que admitirlo, siempre iba un paso por delante de ellos. ¿Te parece interesante esta historia?

—Sería un buen tema para una película.

—Sí, solo que eso en verdad sucedió, no muy lejos de aquí. Fue en los años noventa, el protagonista se llamaba Igor Rosman y las víctimas fueron reales.

La sonrisa sarcástica de Marini había desaparecido.

—¿Cómo terminó la historia? —preguntó.

—Lo detuve.

Él no replicó. Teresa sostuvo sin problemas su mirada perpleja.

—Es estudiando mentes criminales como la de Rosman y la de cientos iguales a él como ahora sabemos algo acerca del funcionamiento de la psique de un asesino —le dijo—. Y si conocemos cómo y en qué piensa, también sabremos hacia qué lado mirar para encontrarlo. Por eso es importante entender qué clase de asesino es: si es desorganizado, tenemos que buscar una mente lóbrega, un inadaptado que vive al margen de la sociedad.

—¿Y si no lo es?

—Entonces tenemos un problema, porque los que son como él se esconden

detrás de existencias en apariencia perfectas. ¿Entiendes? Podría ser ese maestro guapito y algo tímido, o el vecino de aspecto aburrido y altivo, exactamente como tú —Teresa se levantó—. Venga, que nos esperan dos horas de coche.

—¿Adónde vamos?

—Volvemos a la escena del crimen. Él ha dejado un mensaje.

Marini la miró con extrañeza.

—¿Él? —preguntó.

Teresa le lanzó las llaves del coche.

—El asesino —dijo.

16.

—¿Cree usted que ha sido su forma de marcar la casa?

Marini susurró apenas la pregunta, casi como si sintiera pudor al exteriorizar la inquietud que lo había asaltado delante de esa carne expuesta. El cadáver de una liebre aún colgaba de una de las ventanas de la vivienda. El animal tenía el hueso del cuello roto y había sido desollado. Privado de su piel, la expresión parecía feroz: las fauces estaban completamente abiertas en el cráneo surcado por músculos duros y magros.

Teresa no respondió. Había tenido la misma sensación, aunque aún era prematuro hablar de eso.

El jefe de la policía local se la llevó a un lado. Hugo Knauss era un hombre fornido, no muy alto, que parecía sonreír siempre, incluso cuando estaba serio. Eso dependía de la manera en que fruncía sus agrietados labios y mantenía los ojos entrecerrados, como tensos sobre la piel comida por el frío. El rostro era el típico del eritrismo: tez clara y pelo cobrizo.

—Fue la niña, Lucia Kravina, quien nos llamó. Estaba sola en casa —dijo.

Teresa asintió, con los ojos fijos en el cadáver del animal.

—¿Ha sucedido otras veces? —preguntó.

—No, nunca he oído nada semejante, y llevo trabajando aquí casi toda la vida. A veces hay algún gamberro que roba la ropa tendida para secarse, pero nada más. En la última semana, en cambio, el pueblo ha visto un asesinato y ahora esto... —el hombre escupió al suelo—. ¿Esto qué es? ¿La obra de un malhechor? ¿Un aviso, tal vez?

Teresa creía que se trataba de algo más peligroso, si era posible.

—No —respondió—. Dudo que tenga que ver con la delincuencia. ¿Qué tipo de familia son los Kravina?

El hombre resopló.

—Él es un vago que salta de un trabajo a otro. Ella es camarera en una pensión del centro y redondea sus ingresos sirviendo en las mesas del pub por

la noche. Hay gente mejor, pero ellos son inofensivos.

Teresa se contuvo y no le respondió que a menudo las existencias aparentemente más planas eran, por el contrario, propicias para la fermentación de un humus siniestro, una mezcla malsana de insatisfacción y de rabia.

—Inofensivos —repitió, removiendo las sílabas en la lengua como si tuvieran mal sabor—. La naturaleza no ha dotado a ninguna de sus criaturas con la capacidad de ser completamente inofensivas, jefe Knauss, o habría fracasado.

El hombre dejó de masticar el chicle que empujaba de un lado a otro de la boca desde que llegaron. Parecía irritado, pensó Teresa, como si quien estuviera siendo examinado fuera él y no los padres de la niña.

—No somos salvajes —le dijo—. Aquí en Traveni nadie haría nada parecido.

Teresa lo entendió ahora. Era un sentimiento erróneo de pertenencia a la comunidad lo que le hacía sentirse obligado a exonerar preventivamente a sus habitantes de todas las sospechas posibles.

—No puede ser alguien del lugar porque es del lugar. Interesante reflexión, jefe —respondió, sin estar convencida de que captara la ironía.

Knauss se despidió con un gesto y Teresa se quedó mirando la pared de la casa. Sangraba. Lágrimas purpúreas bajaban por el estucado y llegaban hasta la nieve. Ahora ya estaban congeladas, pero el animal debía de haber sido asesinado poco antes de ser colgado del gancho sujeto en el postigo.

Teresa era consciente de la presencia silenciosa de Marini detrás de ella.

—Están en todas partes —dijo.

Las huellas de las manos responsables de esa acción estaban impresas por docenas en la casa.

—¿Qué te traen a la mente?

Lo vio vacilar.

—Vamos, inspector. Sin pensarlo demasiado. Sé que has pensado en algo.

—Pinturas rupestres —dijo entonces, y viendo lo pegados que parecía tener los labios quedaba claro hasta qué punto se sentía incómodo.

Teresa asintió.

—Exactamente.

También a ella le había causado esa impresión, y tenía ante sus ojos una imagen vista quién sabe dónde, ¿tal vez un documental en la tele?, de cuevas

cubiertas con huellas similares. Más de diez mil años de historia las separaban y otros tantos kilómetros; sin embargo, las unía algo insondable, que a Teresa le costaba un gran esfuerzo sugerirse incluso a sí misma; por un momento, había pensado en un ritual del Yo, en el deseo de una personalidad infantil de afirmarse y de entrar en la edad adulta.

Pero la mano que las había imprimido no tenía nada de infantil. Superpuso la suya encima de uno de los signos primitivos, teniendo cuidado de no tocarlo: la huella era mucho más amplia, la palma ancha y los dedos fuertes. Teresa sintió un escalofrío atravesándole el cuerpo. Por un momento fue como haber rozado al autor.

—También las huellas de los zapatos están por todas partes. Vienen de bosque —dijo Marini, rompiendo el hechizo del momento.

Siguieron con la mirada la ordenada sucesión de pasos. Teresa imaginó una figura cruzando el césped nevado, la noche, los ojos fijos en la casa y un pequeño cadáver en la mano.

¿Por qué?

—Las huellas se detienen debajo de la ventana —observó—. Pero no las hay de regreso.

Vio que la expresión de Marini cambiaba, volviéndose terrosa y determinada al mismo tiempo. El inspector miró la casa de los Kravina.

—Aún está aquí —dijo, buscando la pistola en la funda oculta por el abrigo.

—Calma, inspector. Observa mejor —ordenó Teresa, inclinándose—. Unas huellas son mucho más pronunciadas que otras. Volvió tras sus propios pasos.

Se incorporó.

—Es inteligente. Apuesto a que estas huellas también desaparecen en el bosque en algún momento.

Marini parecía abrumado por demasiados detalles. Teresa lo entendía.

—No eres capaz de encuadrarlo, ¿verdad? —le preguntó—. Bueno, yo tampoco.

—¿Por qué cree que el asesino de Valent es el autor de esta obra? Cualquier sádico podría hacerlo.

—¿Cualquier sádico? Ni por asomo. Pero has dicho lo correcto: es una obra. Una representación, como lo era el cuerpo de Valent. Tiene un significado profundo que tarde o temprano descubriremos.

—¿Qué opina del cadáver? ¿Una amenaza?

Teresa negó con la cabeza.

—No es así como funciona. La violencia contra los animales es un rasgo común en muchos asesinos reincidentes, pero por regla general es un acto que se realiza en privado. Para ellos es como dar los primeros pasos en las fantasías que los atormentan y que piden ser llevadas a cabo.

Marini miró a su alrededor.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Ahora quiero hablar con la niña.

Lucia Kravina ya era una mujercita. Con ocho años había sido ella la encargada de preparar el café para los policías, mientras que su madre, que había regresado a casa, era la más desorientada de las dos. Ni siquiera había abrazado a su hija para consolarla. Teresa pensó, a juzgar por su aspecto, que debía de haber sido madre muy joven, tal vez incluso cuando aún no estaba preparada para abandonar el papel de hija. Parecía una adolescente demasiado crecida, con el esmalte de color negro desportillado en las uñas mordisqueadas, un mechón rosa de pelo entre mechas viejas y raíces, *leggings* demasiado ajustados y una chaqueta de cuero que le llegaba hasta un poco más abajo del pecho. Parisi ya estaba interrogándola, pero, por una señal que le hizo, Teresa se dio cuenta de que no iban a sacar nada de ella.

Ella era la niña, la que tenía la mirada perdida, mientras que Lucia estaba acostumbrada a valerse por sí misma. Teresa estaba segura de que se ocupaba de la casa, en vez de hacerlo su madre. La vivienda era humilde, pero estaba ordenada y limpia.

Aún no se había acercado a la niña, pero la había mirado de lejos, fingiendo estar ocupada en impartir órdenes. Mientras tanto, se preguntaba cómo actuar para no asustarla, para ganarse su confianza sin pedirle un sacrificio a cambio. Su día ya había estado demasiado lleno de violencia: ese pobre animal colgado de su ventana, pero también la de esos extraños que habían invadido su nido. Y Teresa era una de ellos.

—Lucia es fuerte. Una niña que creció demasiado pronto, pero que no ha perdido la dulzura de sus años.

Teresa se dio la vuelta.

El hombre que había hablado estaba mirándola con una sonrisa. Tenía la

cara medio cubierta con una bufanda de lana a cuadros y un sombrero de fieltro en la cabeza, decorado con una vuelta de cordel y una composición de pequeñas plumas sedosas. Envuelto en un abrigo de lana verde, no era mucho más alto que Teresa.

—Discúlpeme —le dijo el extraño—. He visto cómo la miraba y he intentado adivinar sus pensamientos.

—Es un excelente observador —dijo Teresa.

Él sonrió y le tendió la mano. El iris de sus ojos era de un azul clarísimo.

—Carlo Ian —se presentó—. Soy el médico del pueblo. Conozco bien a los Kravina, he visto los coches de policía y me he preocupado.

El hombre debía de haber superado ya hacía algunos años la edad de jubilación, tal vez incluso una docena. Teresa le estrechó la mano.

—Comisaria Battaglia —contestó—. Investigo el caso Valent.

Ian frunció el ceño. La mirada saltó hacia la ventana, hacia la silueta que aún colgaba allí. Un fotodetector estaba inmortalizándola desde diferentes ángulos. El médico no podía verla, pero su presencia era tangible para todos.

—¿Cree usted que ha sido el mismo hombre el que ha hecho esto y ha matado a Roberto? —preguntó.

Teresa no tuvo tiempo de responder.

—¡Doctor!

Lucia Kravina se echó a los brazos del médico, que se agachó para acoger la cara de la niña en la curva de su cuello. Los dos hablaron en voz baja, las caras muy juntas. Parecían dos amigos dedicados a intercambiar confidencias. Teresa se sintió aliviada. La alegraba que esa mujercita tuviera a alguien con quien volver a ser una niña. La oyó sollozar, vio cómo él le secaba las lágrimas y le robaba una sonrisa, haciendo surgir de la nada una colorida piruleta.

Teresa sintió que casi estaba de sobra. Fue el médico quien salió en su ayuda.

—Lucia —le dijo a la niña—, esta señora está aquí para descubrir quién hizo esa maldad.

La niña observó a Teresa sin dejar de rodear con sus brazos el cuello del médico.

Teresa le sonrió.

—Hola, Lucia. Mi nombre es Teresa —le dijo.

La niña se mordió el labio. Parecía indecisa sobre si responder o salir

huyendo.

—Está aquí para ayudarte —le dijo Ian—. ¿Confías en mí?

La niña asintió.

—Entonces también puedes confiar en ella. Yo respondo por ella —le guiñó un ojo.

A Lucia se le escapó una sonrisa. Era una niña guapa, tal vez demasiado delgada, pero con dos ojos tan negros y luminosos que las estrellas parecían verse reflejadas en ellos.

Cuando la niña les habló sobre el cuenco de leche que encontraba vacío todas las mañanas y los fantasmas que poblaban el bosque, la expresión del doctor Ian se volvió preocupada. La de Marini, en cambio, se percató Teresa, era irónica. Parecía sugerirles que no perdieran el tiempo con las fantasías de una niña.

En lo que a ella respectaba, ya sabía cuál iba a ser la siguiente pregunta.

—¿Dónde sueles ver al fantasma, Lucia?

La niña señaló sin titubeos un punto específico en la linde del bosque.

—Allí. Siempre me mira, escondido entre los árboles.

17.

Austria, 1978

Un nuevo amanecer estaba levantándose sobre la Escuela. La luz era la de un sol enfermo: no calentaba, no vivificaba. Avanzaba lenta sobre la piedra de la pequeña capilla conquistando las sombras, aunque ella misma fuera una sombra disfrazada.

Sentada en un banco delante del altar sin ornamentos, Magdalena la escrutaba, sintiendo crecer la sensación de rechazo. Había algo equivocado en la Escuela, que contaminaba a quien ponía el pie allí y a la naturaleza que la rodeaba; cada ser vivo, cada guijarro, cada brisa helada estaban impregnados por una dureza punzante. Incluso la pequeña iglesia de delante del refectorio carecía del calor que uno esperaría de un lugar que acogía oraciones y almas penitentes. Solo el Cristo en la Cruz que colgaba en el ábside mostraba una expresión repleta de humana congoja. Todo lo demás eran líneas grises y severas.

Magdalena lo miró, incapaz de dedicarle sus propias oraciones. Nunca en toda su vida se había sentido tan angustiada. Lo que había visto en esas habitaciones volvía por las noches para atormentarla en forma de pesadillas que la despertaban entre lágrimas.

Había allí algo equivocado, se repetía. Algo, sin embargo, tan sutil que no tenía forma, que no era fácil definir, por eso no lo había descubierto de inmediato y se había convertido en cómplice de ese ultraje a la vida.

Se miró las manos, se las llevó ante los ojos. Las veía sucias.

Nadie en la Escuela entendía sus sufrimientos. Habían empezado a mirarla con recelo, a seguir sus actos con más atención, hasta el punto que Magdalena se había preguntado si no sería ella la nota discordante en una sinfonía perfecta.

Levantó los ojos nuevamente en el momento exacto en que un rayo daba

sobre una de las cristalerías decoradas con esmaltes. La luz se tiñó de rojo y se clavó sobre el crucifijo a la altura del costado abierto. La sangre pareció cobrar vida y brotar de la herida. Era la segunda vez que veía esa señal. La primera había sucedido mientras Agnes Braun le explicaba la regla de la institución: «Mira. Observa. Olvida».

Magdalena se sobresaltó, impresionada.

No había esperanza en esa representación, ni la idea de la salvación. Era la imagen de una tortura. Cristo le devolvía su mirada con la expresión angustiada de quien está seguro de que no va a recibir ayuda. No había acusación más feroz que la de esos ojos desesperados.

Magdalena se levantó, siendo consciente por fin de lo que tenía que hacer: llevar el cambio.

Se apresuró a cruzar los pasillos vacíos de la planta baja hasta la entrada, casi como si no pudiera esperar más para reparar lo que había hecho. Subió los primeros peldaños de la escalera y se detuvo.

Agnes Braun estaba mirándola desde el entresuelo, las manos entrelazadas sobre el vientre cóncavo. Algo en su sonrisa inquietó a Magdalena. Parecía capaz de leer sus pensamientos, de escudriñar cada pliegue del alma y de ensancharlo, hasta hacer que vacilaran los fundamentos de su ser.

—Tengo que subir a verlos —dijo, como para convencerse de no retroceder.

Agnes negó con la cabeza lentamente.

—Los pacientes del primer piso ya no están bajo tu responsabilidad —le dijo amablemente—. Te encomendaré otras tareas más apropiadas a tu temperamento.

Magdalena asió la barandilla de mármol fuertemente con los dedos. Estaba segura de que estaban más fríos que la piedra inanimada.

—¿Pacientes? —espetó—. Tengo que subir a verlos —repitió con más energía.

La sonrisa de Agnes se apagó.

—La Escuela te ha acogido como a una hija, Magdalena. No está bien morder la mano que te da de comer.

—No quiero morder, yo solo quiero ayudarlos.

Agnes levantó los ojos al cielo y con la barbilla dibujó una media luna en el aire.

—¿No estamos todos nosotros aquí para eso? —preguntó.

Magdalena respiró profundamente.

—Las cosas que hacemos no los ayudan. Son... extrañas —contestó—. No es eso lo que necesitan. Tenemos que...

Agnes Braun recibió sus dudas sin estupor.

—Aquí no hacemos más que aplicar los principios de la medicina —respondió, tranquila—. ¿Quién eres tú para poder decir que hay algo desatinado en un método científico?

Magdalena se calló. Se dio cuenta de que ya no estaban solas. Los otros empleados de la Escuela se habían reunido en la entrada y asistían con rostros severos a su afrenta a las Reglas.

—¿Alguno de los individuos presenta señales de maltrato? —le preguntó Agnes.

Magdalena volvió a mirarla.

—No, señora Braun.

—¿Acaso no nos ocupamos de proporcionarles buena comida y unas condiciones higiénicas impecables?

Magdalena tragó amargura.

—Sí, señora Braun.

—Entonces, en el nombre de Dios, ¿de qué estamos hablando?

Parecía haber pronunciado esas palabras otras veces. Estaba acostumbrada a manipular la mente de las personas, Magdalena ahora era consciente de ello.

—Solo falta una cosa. Una sola, enfermera Braun: el amor —dijo.

Ante esa palabra, la cara de Agnes mostró, por primera vez desde que la conocía, un genuino estupor.

—El aislamiento puede tener extraños efectos en quienes no están acostumbrados —respondió la mujer—. Estoy preocupada por tus nervios. Vete a la habitación y descansa. Por hoy ya no te necesitaremos.

Magdalena buscó la mirada de la cocinera y de uno de los empleados, pero no encontró sombra de comprensión. Marie la observaba desde detrás de la puerta que llevaba a la cocina, el delantal mojado con el agua de lavar los platos.

—¿Magdalena? —la llamó de nuevo Agnes—. Vete.

Era una orden dada con una tranquilidad que la heló más que la respuesta que acababa de recibir.

Las paredes de la Escuela parecían estrecharse a su alrededor, el frío

hacerse más intenso y su voluntad escaparse como las gotas de agua de las manos de Marie. Tampoco ella mostraba emociones.

Magdalena retrocedió. No por miedo, sino por la conciencia de encontrarse sola e indefensa ante una fortaleza que aguantaría cualquier asalto.

La Escuela era un organismo, se recordó a sí misma, y estaba rechazándola igual que a un cuerpo extraño que podía convertirse en peligroso.

Se marchó de allí huyendo de esas miradas hostiles. En su habitación, bajó la maleta de encima del armario y empezó a llenarla sin ton ni son con las escasas cosas que poseía. Ese sueldo tan alto, que le había parecido una bendición, iba a echarlo mucho de menos, pero ahora sabía lo que realmente era: el precio del silencio.

Se detuvo, con el abrigo entre sus manos.

El silencio siempre da alas al verdugo, nunca a la víctima, se dijo a sí misma. ¿Y qué era su fuga, si no el enésimo acto de silencio culpable acaecido entre esas paredes?

Colgó de nuevo el abrigo y se sentó en la cama. Los muelles crujieron bajo su peso.

No iba a dejarlos solos. De la Escuela se marcharía únicamente con ellos, y no huyendo. Necesitaba tiempo. Tiempo y pruebas.

18.

El bosque milenario de Traveni resonaba con goteos de agua y suaves murmullos, los producidos por la nieve que se deslizaba desde las ramas demasiado cargadas de los abetos. Todo lo demás era silencio. La helada parecía haber suspendido la vida, posponiendo su canción algunos meses.

Teresa avanzaba prestando atención a dónde ponía los pies, siguiendo el camino marcado por los hombres de la Científica, para no correr el riesgo de poner en peligro algunas huellas. Por detrás de ella, Marini hacía lo mismo. Un par de veces intentó sujetarla cuando a punto estuvo de resbalar sobre placas de hielo traicioneras, pero Teresa rechazó su ayuda con un pequeño manotazo.

—Tal vez no sea el mismo hombre. Podría ser un maníaco y no el asesino —le escuchó decir.

Ella no perdió el tiempo en rebatirle. Estaba segura de que no era así, y pronto la comparación de las huellas dactilares con las halladas en el cuerpo de Valent lo confirmaría. El hecho de que observara —mejor dicho, de que espicara— a sus posibles presas no significaba que existiera un componente sexual en su conducta. Era mucho más sencillo: quería decir que su instinto homicida se había despertado. Siempre había una forma de voyeurismo en casos de ese tipo: el asesino visita su territorio de caza, entra en las casas cuando no hay nadie, roba algún objeto... Fetiches con los que alimenta sus propias fantasías. Hugo Knauss lo había dicho: en el pueblo se habían producido robos de ropa puesta a secar. Teresa encontró que aquello era un detalle interesante. El aspecto más alarmante, sin embargo, era que Traveni tenía tan solo unos mil habitantes, sin contar a los turistas; era muy probable que el asesino fuera conocido de la víctima y quizá también de los Kravina. La idea de la pequeña Lucia sola en casa la inquietó. Daría órdenes para que vigilaran la vivienda, así como la de Roberto Valent.

El crepúsculo ya estaba descendiendo sobre el bosque, aunque solo fuera

media tarde. Los días más cortos del año estaban cerca; era una pésima época para perseguir a un asesino que se movía entre senderos de montaña.

—Alertemos a la administración municipal, pero sin que cunda el pánico —le ordenó a Marini—. Y vayamos con pies de plomo con la prensa: no debemos alimentar la fiebre criminal del asesino extremando su ego.

—¿Tiene miedo de que lo conviertan en un personaje de primera página?

No era miedo, sino una certeza. Ya había sucedido y la bibliografía al respecto estaba llena de ejemplos de asesinos que habían empezado un juego morboso con los medios de comunicación, un juego que satisfacía a ambas partes.

—Sucederá, es inevitable —dijo—. La gente sigue con aprensión noticias de esta clase, pero también con algo que secretamente les excita. Es la fascinación del mal. Es el mismo motivo por el que tu corazón también en este momento está fibrilando, ¿no es cierto? Te preguntas cómo sería encontrarte delante de él, justo detrás de ese árbol. Te preguntas qué cara debe de tener alguien como él y cómo te examinaría.

—No tengo miedo.

Teresa se detuvo para mirarlo.

—Pero antes he notado que te temblaba la mano, inspector —lo torturó.

Él la ignoró y señaló el arroyo que rebullía entre los arbustos de hiedra.

—La Científica dice que las huellas mueren allí —dijo.

Una vez más, el asesino se había guarecido. Teresa nunca había visto nada semejante: el asesino no tenía ningún miedo a exhibirse, a diseminar su ADN por todas partes, a pisotear la nieve y dejar la huella de sus pasos, ni a enseñarles, impresa decenas de veces, la mano con la que le había arrancado los ojos a la víctima. Pero cuando decidía que había llegado el momento, era capaz de desaparecer como un animal en el bosque.

—Lúcido y demente a un mismo tiempo. Lúcido y demente —repitió en un susurro, observando el curso del agua que fluía en chorros cristalinos.

—Si es como dice usted, hay un monstruo que se pasea entre las casas del pueblo —observó Marini.

Teresa sopló aliento caliente sobre sus dedos entumecidos. Había quedado hielo atrapado en la lana de los guantes.

—Tarde o temprano alguien tendrá que explicarme qué es un monstruo —dijo—. Los llamamos así, pero mientras tanto nos quedamos mirando, no podemos cambiar de canal porque sabemos que son como nosotros: humanos.

Es esto lo que nos subyuga: reconocer en nosotros una parte de ellos.

Marini miró el bosque inmóvil. Quizá se estaba preguntando qué secretos guardaba, de qué otros horrores sería, tal vez, pronto testigo.

—En su opinión, ¿el monstruo está en cada uno de nosotros? —preguntó. Parecía escéptico.

—Estoy convencida de ello. Si tienes suerte, si el destino te aporta, al menos, una vida decente, continuará durmiendo hasta tu último aliento. En ellos, por el contrario, ha sido alimentado por los maltratos y los traumas.

La mirada de Marini volvió a sondear su rostro.

—¿Cree que son víctimas? —le preguntó, con una mezcla de estupor y de repulsión. Teresa sabía que sus convicciones a menudo desencadenaban reacciones de rechazo. No era tarea fácil humanizar el horror, creer que se trataba de algo ajeno resultaba tranquilizador.

—Siempre lo son —dijo, convencida—. Condenados a alimentarse con lo único que puede calmar por un tiempo el hambre violenta que los atenaza.

—¿Qué quiere decir?

—El poder. El poder absoluto sobre otro ser humano.

Marini dio un paso y una rama se rompió bajo la suela de su zapato. Más arriba, entre los árboles, el mismo ruido sonó en eco. Ambos miraron en esa dirección. Parecía que la niebla estuviera descendiendo desde la cima.

—Un animal —dijo Marini.

Teresa le hizo una señal para que se callara. Desde que había dado el primer paso en el bosque habría jurado que alguien la observaba. Se dijo que tan solo era una sugestión, aunque no creía que también provocara alucinaciones auditivas. Recogió una rama y la rompió entre sus manos. Más arriba, a unos veinte metros al este, resonó el mismo ruido.

—No es un animal —dijo, con el aliento entrecortado—. Es mimesis.

Había alguien allí arriba, escondido entre la niebla y las sombras que se estaban alargando. Alguien que acababa de empezar un juego con ellos y que sabía que estaba a salvo. Gargantas y barrancos hacían imposible comenzar una cacería, con la oscuridad acercándose.

Así, protegido por la montaña y la oscuridad, él mientras tanto los miraba.

19.

La nieve había cambiado el aspecto de la quebrada del Sliva. La garganta por la que discurría el torrente se había convertido en un reino de hielo. El verde de las ramas había dado paso a una blancura de cristales brillantes y las figuras lanceoladas de los abetos se habían transformado en mullidas almohadas. La voz del agua había cambiado: del lecho transparente ya no salía el gorgoteo de las burbujas, sino un murmullo tenue. El hielo frenaba los rápidos, congelaba los pequeños saltos y las pozas más tranquilas.

También la cascada por encima de la gruta, y en la que el Sliva se arrojaba en un manantial profundo entre bloques de roca tallados por el tiempo, permanecía inmóvil; solo débiles regatos se deslizaban entre las estalactitas brillantes y transparentes.

A Diego le parecía una escalera que llevaba al cielo. Se había preguntado si su padre habría ascendido por peldaños tan bonitos cuando murió. La abuela le repetía que ahora él los miraría desde el cielo, pero para el niño esa perspectiva no suponía ningún consuelo: la única mirada que su padre había tenido en su vida, cuando la posaba sobre él, estaba cargada de severidad. Nunca le había pegado, no recordaba ni una sola vez que le levantara la voz. No era necesario: a su padre le bastaba con una mirada para hacerle entender hasta qué punto estaba decepcionándolo. Diego sabía que ahora su cuerpo descansaba en un depósito de cadáveres, sin ojos. Esa noche, sin embargo, soñó con él en su integridad: vestido solo con una sábana blanca, lo miraba con una expresión de gran enfado. Ni muerto se sentía satisfecho de él. Todo lo contrario: ahora, desde allí arriba, iba a descubrir todos sus secretos y las mentiras con las que vivía.

Se reunió con los demás dando un último salto para superar un viejo tronco caído. Mathias y Oliver estaban lanzando guijarros contra el hielo de la orilla. Cuando lo vieron, sus cuerpos se pusieron rígidos. Diego había notado esa reacción en todas las personas con las que se había encontrado en las últimas

horas, excepto con esa policía pelirroja. Era como si el luto alejara a la gente en lugar de acercarla. Asustaba con un olor reconocible, como les sucedía a los animales con el cazador.

Jadeante, los miró con una súplica en los ojos.

—Si-sigo sien-do-do yo —dijo, tropezando con las palabras. Le salían con dificultad, mientras los pensamientos se perseguían con rapidez. A veces los odiaba.

La mano de Mathias lo agarró de la cabeza y lo atrajo hacia sí.

—Tenía miedo de que no fueras a venir —dijo su amigo, estrechándolo con fuerza. Oliver, con un año menos y también menos altura, se unió al abrazo.

—Me he es-ca-cap-a-pado —dijo. Su madre no quería que saliera.

En ese círculo de brazos, Diego parecía encontrarse en un nido, hecho de olores familiares y respiraciones compartidas. Pero faltaba alguien.

—¿Lu-lucia? —preguntó.

Mathias se encogió de hombros.

—A lo mejor hoy no viene —dijo.

Diego notó una sombra en su cuello. Estiró un dedo para bajar el plumífero, pero Mathias lo interceptó antes de que lo rozara. En sus ojos, la conciencia de que ya sabía cuál iba a ser la próxima pregunta.

—Mamá no puede hacer nada —dijo—. O también ella tendría problemas.

Diego y Oliver intercambiaron una mirada triste.

—¿Te duele? —preguntó el más pequeño.

Mathias se encogió de hombros, como para liberarse de ese dolor que no quería admitir.

—Me preocupa mi hermano Markus, no yo —dijo, soltando su abrazo. Cogió una piedra y la tiró con fuerza al agua. El hielo estalló y se levantaron salpicaduras gélidas que les dieron sobre sus mejillas sonrosadas. Recogió otra piedra, más grande, pero la mano permaneció suspendida en el aire.

Diego lo vio mirando los árboles del otro lado del arroyo, los ojos entrecerrados de quien intenta enfocar un detalle lejano.

—¿Qu-qué-qué miras? —le preguntó.

—Alguien nos espía desde el bosque —respondió Mathias.

Diego siguió su mirada, pero no vio nada.

—Habrá sido un ciervo —dijo Oliver—. Mi padre dice que con el frío han bajado al valle y se acercan al pueblo.

—Si se trata de un animal —dijo Mathias—, esto lo hará huir.

Cargó su brazo y arrojó el guijarro. La piedra silbó en un arco tenso y desapareció entre las ramas, tragada por la nieve.

Se quedaron mirando el lugar en que la vieron desaparecer.

—No-no-no era na-nada —dijo Diego. No sabía por qué, pero ahora era capaz de respirar mejor.

Mathias se echó a reír.

—¡Qué caras! —dijo—. ¡Os lo habéis creído!

—¡Idiota! —protestó Oliver.

—I-i-idiota.

El objeto aterrizó no lejos de sus pies, el tintineo sordo tapado por las risas que se apagaron al instante. Rodó sobre una roca plana que en verano utilizaban como trampolín para sus saltos y allí se detuvo, mirándolos.

Al unísono, se volvieron para observarlo. Quien lo había lanzado tenía buena puntería.

Era blanco, algo más grande que un puño.

El cráneo de una ardilla.

20.

La comisaría de policía de Traveni parecía un hotel de montaña. Hasta hacía veinte años, la frontera no quedaba muy lejos y había mucho movimiento, por lo que los agentes asignados para los controles eran casi unos cincuenta. Con la caída de las barreras aduaneras había empezado su decadencia y ahora las habitaciones estaban casi todas vacías y el comedor, abandonado. Hugo Knauss y sus hombres se las apañaban cocinando las comidas ellos mismos, o llevando algo de casa ya preparado por las esposas. Había quien dormía aún allí y, los fines de semana, si no le tocaba guardia, bajaba a pie de valle.

Teresa había decidido convertirlo en el lugar de referencia durante la investigación. Había ordenado que le prepararan una sala lo bastante grande para las reuniones, y la primera reunión entre el equipo móvil y la policía local ya estaba en marcha. No había empezado de la mejor de las maneras.

Teresa estaba mirando a Knauss por encima de la montura de las gafas de lectura.

—¿Me está diciendo que tenemos un grupo de posibles sospechosos con muchos nombres y apellidos? —le preguntó, escandiendo las palabras. Quienes la conocían sabían que eso no era una buena señal.

Knauss sostuvo su mirada, con la habitual sonrisa de soslayo que Teresa empezaba a encontrar exasperante.

—La situación está bajo control, comisaria —le aseguró.

Ella se masajeó los ojos por debajo de las gafas.

—Me alegra saberlo, jefe Knauss, porque yo nunca lo habría dicho —respondió.

—Ahora se lo está tomando como algo personal.

—No, pero si continúa, ya llegaré.

Knauss no replicó.

—Entonces —insistió Teresa—, ¿tenemos o no tenemos a esos posibles

sospechosos?

Él se rindió, por el momento.

—Los tenemos —confirmó.

Teresa se quitó las gafas, las colocó sobre la mesa delante de ella y cerró las patillas.

—¿Y por qué diablos no nos lo ha dicho antes? —preguntó.

Él sonrió, esta vez de verdad.

—Son todos buenos chicos. Pongo la mano en el fuego por ellos —dijo.

Teresa miró a Parisi, de pie junto a ella, luego a De Carli y finalmente a Marini. Era como si estuviera hablando con ellos: esa danza de miradas era el equivalente a una secuencia infinita de imprecaciones. Querría haber gritado; en cambio, se limitó a suspirar, con la cabeza entre las manos. Se sentía cansada de un modo que no era el habitual. El cuerpo reaccionaba, era la mente la que se quedaba por detrás. Le costaba un gran esfuerzo seguir las conversaciones, aferrar las palabras que tenía en la cabeza e imponerles un orden.

Estás trabajando demasiado, se repetía, exigiéndose no dejarse vencer por el temblor que la sacudía por dentro. Trató de unir sus ideas, se humedeció los labios para dejar salir las frases con más facilidad. Respiró hondo y volvió a concentrarse en el caso.

—Tienen un móvil y hay un precedente de actos vandálicos contra las propiedades de la víctima —dijo.

Knauss se revolvió incómodo en la silla, su mole redimensionada de nuevo, como si el examen al que se sentía sometido hiciera que se retrajera en su propia carne.

Teresa no esperó la respuesta.

—Quiero los datos de todos y cada uno de ellos —ordenó.

El hombre intentó hacer valer de nuevo sus razones.

—Son lugareños..., a algunos los conocemos de toda la vida.

—Me importa muy poco si toma o no el café con ellos si se los encuentra en el bar —le soltó Teresa.

Inmediatamente lamentó el tono con el que había hablado. Desde que se había despertado esa mañana, se sentía inestable. Sus emociones parecían tambalearse y esa oscilación continua de su estado de ánimo la desestabilizaba.

—Son jóvenes idealistas, comisaria. No quieren que el valle sea

desfigurado por la enésima pista de esquí.

—Los idealistas sueñan con los ojos abiertos y marchan por la paz, jefe Knauss, no van por ahí armados con bidones de gasolina y cócteles molotov —dijo—. ¿Las denuncias?

Knauss hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres. Los archivos fueron empujados ante los ojos de Teresa. Le bastaron solo unos pocos minutos para comprender la situación. La estación de esquí que estaban construyendo contemplaba la tala de un tramo considerable de la ladera de una montaña; podía imaginar lo mal que habría sentado ese proyecto a una parte de la población del valle. El área de interés estaba dividida en parcelas. Las del norte, en la cresta, se habían sometido a inspecciones aleatorias; los análisis hidrogeológicos habían dado resultados positivos y los trabajos empezarían en la primavera siguiente, con el deshielo. Las parcelas más al sur, hacia el pueblo, habían sido valladas y los primeros trabajos ya estaban en marcha. Eran las que habían sufrido los actos intimidatorios del grupo de ecologistas; el más grave, que se remontaba a un par de semanas antes de la desaparición de Valent, fue un incendio provocado por el cual ya habían sido detenidas e incriminadas tres personas del lugar que pertenecían al movimiento de protesta.

—Parisi, ocúpate de esto mañana por la mañana —dijo Teresa, con problemas para respirar, señalándole en la hoja los nombres de los sospechosos—. Una charla informal, solo para empezar, nada más.

—¿Por qué la esposa no nos habló de esto? —preguntó Marini.

Teresa levantó la cabeza, lo miró y no fue capaz de responder. Le parecía tener la boca empastada. Sentía que todos los ojos estaban puestos en ella.

—¿Comisaria?

Caras. Caras con las que, en la mayoría de los casos, le resultaba imposible asociar un nombre.

La incomodidad se mezcló con la confusión. Alguien le ofreció un vaso de agua. La llamaba comisaria, parecía preocupado. Teresa intuyó que lo conocía, pero el nombre no quería asomarse a sus labios.

Teresa se metió las patillas de las gafas en la boca y empezó a mordisquearlas. Era un gesto recurrente que repetía a menudo, pero que en ese momento se llenó con un nuevo significado: darse tiempo a sí misma, contener la dificultad y esperar a que las palabras volvieran a fluir.

¿Cómo diablos se llama?

No funcionó.

—Disculpadme —dijo, levantándose. Fue solo un murmullo incomprensible.

Se refugió en el baño, cerró la puerta y giró la llave. Había llegado hasta allí sin preguntar cómo hacerlo: se dio cuenta de que conocía ese lugar.

Se tranquilizó y se miró en el espejo: vio a una anciana asustada.

Es solo un momento de confusión, se dijo.

Pero era mentira. Sabía muy bien lo que le estaba sucediendo.

21.

En esa época del año, el valle se parecía a un nido de termitas invadido por lluvias torrenciales: era un hervidero de actividades frenéticas y de un ir y venir de ordenadas hileras por las laderas de la montaña. Al contrario que los insectos, que en invierno se enterraban en las profundidades del nido, esos seres no se veían ralentizados por la helada. Desde su punto de observación, eran manchas de color que se agitaban en la nieve.

Semejantes a él y, al mismo tiempo, diferentes. Se preguntaba a menudo cuál sería su utilidad. Las termitas estaban dotadas con mandíbulas robustas con las que digerían la materia viva. Dejaban espacio para nuevos brotes; sin su laboriosidad, el bosque habría muerto ahogado.

Esas criaturas, en cambio, devoraban a sus semejantes; se alimentaban de la vitalidad de los individuos más débiles. Eran como parásitos para los miembros de su propia manada, algo que la Naturaleza no había contemplado y que tenía un sabor repelente, como el de una hierba de llanura soleada crecida demasiado a la sombra.

Los observaba, los oía mientras asociaban sonidos con cosas, los imitaba, aprendía a través de su experiencia. Entraba en sus casas.

La mujer no se había percatado de su presencia, seguía con sus tareas de una habitación a otra. Él la seguía, se refugiaba en los rincones cuando ella volvía la vista, inspiraba su olor, miraba su cuerpo.

Cuando perdió el interés por ella, subió las escaleras hasta la planta de arriba. Había un niño jugando en su cuna. Sus ojos se encontraron y el pequeño sonrió. Parecía estar sano y bien alimentado. Olía a leche.

Avanzó, atraído por las mantas extendidas en la cama. Eran gruesas, suaves y cálidas como el vellón de una oveja. Tiró de ellas hacia sí y el gato que estaba acurrucado encima se despertó. Bufando, salió a la carrera de la habitación.

El niño lanzó un gritito excitado. La madre, desde las escaleras, lo llamó

por su nombre.

Cuando entró, cogió a su hijo entre los brazos, hablándole en voz baja y tranquila, y se sentó sobre la cama. Un crujido de tela precedió al sonido de una succión ávida. La madre emitió sonidos melódicos, como el canto de los pájaros en primavera.

Él podía oírla moviéndose sobre su cabeza. La cama crujía bajo el peso de los dos cuerpos.

Un objeto cayó al suelo y ella dijo su nombre.

—*Ju-gue-te* —la imitó, en un susurro cubierto por la canción que había reanudado. Había aprendido una nueva palabra.

Pasó ese tiempo observando su piel: la tela que cubría las piernas y los pies dejaba al desnudo una pequeña zona a la altura de los tobillos. Era rosada y suave. Podía notar su calidez. Sintió el fuerte impulso de tocarla.

Extendió un dedo, pero no la rozó.

Desde la puerta, parado en la jamba, el gato lo miraba con ojos amarillos y asustados.

22.

Un puño entre los dientes. Teresa había pasado muchos años de su vida mordiéndose el puño en un intento de sofocar los sollozos. Aprendió que era una buena técnica para esconder la desesperación, cuando no podía dejar que la oyeran. Le había sucedido a menudo, en un pasado que nunca estaría demasiado lejos. Lo había quemado en una pira funeraria de viejas fotos, pero nunca se había engañado pensando que se había liberado de él. Tan solo tenía la esperanza de no volver a sufrir de forma tan violenta y la vida parecía haberla contentado: el dolor se había convertido en una parte de ella, ya no hostil. Era casi un amigo fraternal, una carga que era necesario llevar para no renunciar a los recuerdos.

Un puño entre los dientes, apretándolo con fuerza. Teresa había abierto el grifo y dejado que el agua chapoteara en el fregadero, para tapar los hipidos rebeldes. Se miraba en el espejo mientras lo hacía, no quería perderse ni un detalle de ese momento, como si afrontarlo sin red de seguridad pudiera, de alguna forma, abreviarlo. Tenía la esperanza de que el miedo y la desesperación la atravesaran deprisa, para dejarla luego agotada pero libre, con un agujero en el lugar del corazón. En cambio, parecían no tener fin.

Se miraba a los ojos, para sentirse menos sola, para verse confusa, con una profunda compasión por sí misma. Era la única que podría tenerla. Era una criatura desorientada, que se amaba con un sentimiento tierno que la edad y las vicisitudes le habían otorgado, pero que no podía salvarse. Esta vez no, porque no dependía de ella.

No quería darle un nombre a sus sospechas, pero se preguntó qué futuro le esperaba, cuánta fuerza iba a necesitar para afrontarlo, y cuánto tiempo le sería concedido.

El último sollozo se apagó en un suspiro. Teresa se sacó la mano de la boca. Su rostro estaba devastado. Lo enjuagó varias veces con agua fría y se secó largo rato con las toallitas. Nadie tenía que saber nada sobre el miedo

que la había asaltado, ni tampoco sentir pena por ella. Tenía que disfrazar el desconcierto y rogarle a un dios caritativo que no volviera a suceder demasiado pronto.

Había una investigación en marcha y hombres a los que guiar. Había víctimas que reclamaban justicia y un asesino al que encontrar. El momento de debilidad que se había concedido a sí misma había terminado.

23.

—Yo no lo haría.

Simone De Carli lo miraba con los brazos cruzados. Tenía treinta años, pero parecía mucho más joven, con esa cara de rasgos regulares en la que asomaban escasos pelos de barba. Con tatuajes en los antebrazos, bajo de estatura e incluso demasiado delgado en sus tejanos ceñidos, parecía casi un adolescente.

Massimo ni siquiera tomó en consideración su consejo.

—Puede que se encuentre mal. Lleva ahí encerrada una eternidad —dijo.

El otro no parecía convencido.

—Más razón aún para no buscarse problemas —replicó. Estaba casi susurrando—. Si quisiera ayuda, nos habría llamado. No lo hag...

Massimo llamó. Al otro lado de la puerta se oía un ruido de chorro de agua y toallitas arrancadas del dispensador. Teresa Battaglia, al parecer, no estaba muerta.

—¿Todo bien, comisaria? —le preguntó.

La puerta se abrió de golpe y Massimo se encontró mirando dos ojos enfurecidos.

—¿Por qué cojones no te ocupas de tus cosas, Marini?

Battaglia estaba viva y no dimitía de su pésimo carácter. Massimo se volvió hacia De Carli, pero se dio cuenta de que su compañero se había batido en retirada.

—Estaba preocupado —dijo, mirándola de nuevo—, pero ya me he arrepentido.

Su rostro estaba trastornado, como después de un llanto desesperado. Algunas gotas transparentes se habían enredado entre los hilos del cabello, cerca de las orejas. Massimo pensó en el ruido del agua que había oído largo rato del otro lado de la puerta y se dijo que esos toques fríos con la esponja que probablemente se había esmerado en darse no habían logrado ocultar su

secreto. Se preguntó qué podía haberla dejado en tal estado, tan sin previo aviso.

—Le he dicho al jefe Knauss y a sus hombres que la reunión había terminado —le informó.

Ella lo miró de reojo.

—¿Desde cuándo te crees que puedes dar órdenes?

Lo esquivó y se encaminó por el pasillo. Lo único que pudo hacer Massimo fue seguirla, con grandes deseos de enviarla a paseo y, al mismo tiempo, una sensación de preocupación que no sabía explicarse.

—¿Qué he hecho mal ahora? —preguntó.

—¿Esperas una medalla?

—Ser ignorado en vez de ser mortificado ya me parecería un paso adelante.

—¡Santo Dios, Marini! Ahora mismo te escribo dos líneas de disculpas en tu agenda y se las envió a tu mamá.

—¡A tomar por culo, comisaria!

Ella se detuvo. Massimo se avergonzó al instante de su falta de respeto.

—Lo lamento —se apresuró a decir.

Teresa Battaglia frunció los labios en una expresión contrariada.

—Qué lástima, con lo bien que estabas yendo y ahora me sales con esas disculpas tan cobardes. Un «a tomar por culo» nunca le ha hecho daño a nadie, recuérdalo —dijo.

Él no supo qué contestar. Teresa Battaglia parecía volver a ser la misma de siempre: insoportable y determinada. Si había que reconocerle algún mérito, en todo caso, era el de no servirse de su posición para ahorrarse críticas y, al parecer, ni siquiera improperios.

—Recuérdale al jefe Knauss que ponga bajo vigilancia la casa de los Valent, y también la de los Kravina —ordenó—. Mañana escucharemos de nuevo a la viuda.

—¿Usted adónde va?

—A la ciudad.

—La acompaño.

—No. Aún sé conducir, por si lo has olvidado.

Massimo guardó silencio. Ella abrió de par en par la puerta que daba al aparcamiento. La nieve había empezado a caer de nuevo en grandes copos que brillaban bajo la luz de las farolas.

—¿Así que es verdad que el asesino siempre regresa al lugar del crimen?
—le preguntó con ironía, antes de que ella se marchara.

Eran las cinco de la tarde, pero ya parecía de noche. Teresa Battaglia miró la oscuridad antes de contestar.

—Sí, si no se controla. Regresa al lugar del crimen. Asiste al funeral de la víctima y visita su tumba. Llama por teléfono a la familia. Se hace el encontradizo, con las excusas más variadas. Casi nunca para comprobar la situación, sino para alimentar sus fantasías. Para saborear largo tiempo la muerte que ha infligido, y el placer que ha recibido con ella.

24.

Austria, 1978

La tempestad tapaba el sonido de las sirenas con rugidos que parecían sacudir el edificio desde sus cimientos hasta la última buhardilla. La noche estaba siendo cruzada por una tormenta que Agnes no recordaba haber visto en tantos años de servicio en la Escuela.

Tropezando con su falda larga, atravesó corriendo la cocina desierta y verificó que la puerta de entrada estuviera atrancada, como le habían ordenado que hiciera. Las luces se apagaron al unísono después de que un relámpago iluminara por completo la escalera. Llegó al primer piso. La violencia del viento había hecho añicos el cristal de una ventana y la lluvia golpeaba de través en el suelo del pasillo. Otra ráfaga aterradora hizo que el marco diera golpes, restallando delante de la cara de Agnes, a la que arrancó un grito. Sentía que estaba perdiendo el control, tanto de sí misma como de su propia vida. Lo que parecía sólido se estaba desmoronando bajo sus pies y revelaba un abismo difícil de vencer. La Escuela se estaba hundiendo, y Agnes con ella.

Se deslizó a lo largo de la pared y estiró el cuello para mirar hacia abajo, en el patio. Las luces de emergencia de la policía proyectaban rayos azulados en la pared que tenía detrás. Alguien estaba gritando con un megáfono la orden de abrir la puerta. Entre las caras foráneas y mojadas por regueros de lluvia, Agnes reconoció la de Magdalena.

Ahí está la traidora, pensó con rabia. La remisión que la chica había demostrado en los últimos tiempos debería haberle hecho sospechar: solo estaba esperando el momento más oportuno para atacar por la espalda a quien se fiaba de ella. Agnes querría haber gritado, despotricar contra su falta de agradecimiento, pero la tormenta se habría superpuesto a su furioso alarido.

Las dos mujeres se miraron con odio antes de que Agnes lograra

recuperarse.

Aún quedaba una última orden que ejecutar.

Ya empapada, abrió la puerta del Nido y se dio cuenta de que alguien la había precedido. Se pasó una mano sobre los ojos para liberarlos de las gotas que le nublaban la vista. En la oscuridad, iluminada a intervalos por relámpagos aterradores, una figura que conocía bien estaba agachada sobre uno de los individuos. Los brazos del hombre levantaron al niño por encima de su cabeza, en un gesto que tenía el sabor de una adoración pagana. Un relámpago más terrorífico que los demás iluminó la habitación, haciendo visible, durante un abrir y cerrar de ojos, la expresión enajenada del hombre. El trueno que siguió hizo temblar los cristales de las ventanas.

Agnes se sobresaltó y se persignó. Por primera vez, desde que tuvo conocimiento de los secretos de la Escuela, sentía miedo.

Con el alma sumida en la confusión, cerró de nuevo la puerta. Los golpes en la entrada se volvieron más violentos: estaban tratando de echar la puerta abajo. Sentía que ahora ya todo estaba perdido, aunque tal vez para ella todavía había esperanza. Aferró en el bolsillo el manojito de llaves y corrió escaleras abajo. Intentaría llegar a los sótanos y desde allí al túnel que llevaba hasta los viejos establos. Era consciente de que estaba abandonándolo a su destino, pero también sabía que no se trataba de un niño cualquiera.

El hombre se había agachado hundiéndose sus manos en una cuna que no era como las demás. Era la cuna número 39.

25.

—Por desgracia no existe una prueba específica para ello. Tenemos que llegar al diagnóstico por exclusión y evaluar cuidadosamente las condiciones físicas y mentales.

Teresa escuchaba, sentada en una silla tan pequeña que le apretaba en las caderas, en una clínica de temperatura sofocante y luces agresivas. Tenía la garganta reseca por las ganas de salir huyendo, pero no sentía miedo. Tampoco sentía dolor, ni tristeza. Estaba vacía. Tan solo quería irse a casa.

—Hay algunos exámenes que podemos hacer. En cualquier caso, quiero que sepas desde el principio que la evolución es subjetiva: puede durar unos pocos años como alargarse hasta la treintena.

Carmen Mura era su doctora de confianza desde hacía veinte años, pero Teresa aún no había llegado a comprender por qué utilizaba el plural cuando hablaba de desgracias.

La mujer deslizó un papel hasta debajo de sus ojos. Con la mano rozó la suya en una breve caricia.

—Solo te pido que firmes el consentimiento para que tus datos clínicos puedan consultarse en todas las estructuras hospitalarias. Es importante, especialmente si la presencia de la enfermedad fuera confirmada: posibles estados de confusión podrían hacer que te resultara difícil explicar tu situación en caso de necesidad. No debemos olvidarnos de la diabetes.

Teresa asintió. Notó que su mano temblaba al coger el bolígrafo que Carmen le estaba ofreciendo. Tal vez no estaba tan tranquila como quería decirse a sí misma. Garabateó una firma que se parecía solo de forma remota a la habitual: era un cardiograma de su alma destrozada, que Teresa se imaginaba como una niña con el rostro de una anciana, confusa, como si acabara de despertarse, despeinada y con mocos en la nariz. Le habría gustado quererla más que nunca, consolarla; en cambio, solo podía mirarla como si no fuera suya.

Carmen continuó:

—Yo diría que podemos empezar con los análisis de sangre y de orina, y luego continuar con una resonancia magnética. Nos permitirá obtener una imagen de la estructura del cerebro muy detallada. Dentro de unos meses te haremos otra y veremos si ha habido cambios. También un TAC puede sernos útil para identificar posibles adelgazamientos de los hemisferios. ¿Estás de acuerdo?

Teresa asintió. Eran medidas inútiles, pero no se sentía con fuerzas para resistirse.

—Hay una cosa, sin embargo, sobre la que debo ser clara, y perdona mi crudeza: a día de hoy, no existe cura.

Teresa hundió sus uñas en el bolso que tenía colocado sobre las rodillas.

Al fin lo había dicho. Había necesitado una buena dosis de valentía y casi una hora de charla.

—Gracias por haberme visitado siendo tan tarde —le dijo, levantándose.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerme?

La única que le interesaba no tenía respuesta. Tenía que ver con la vida y con la muerte y con todo lo que permanece entre ambas cosas y que ella, en una semana, unos meses o un año, iba a perder. Para siempre.

26.

Cuando el sonido del timbre atravesó la noche, Lucia ya estaba despierta. Estaba esperándolo, en medio del pasillo, con los ojos clavados en la puerta de entrada. Una pesadilla la había despertado y no había logrado conciliar el sueño de nuevo. De manera que fue hasta la ventana para ver caer la nieve y lo que vio fue llegar al hombre.

Escuchó caer un objeto y a su padre imprecara, mientras abría por completo la puerta de su habitación. Llegó hasta ella tambaleándose, con la expresión confusa y un olor que Lucia ya identificaba: el de eso que fumaba y que lo hacía sentirse bien y reír sin razón, para hacerle caer luego inconsciente donde se encontrara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —la increpó—. Vete a tu habitación.

—Hay un hombre, papá... —intentó decirle, pero él no la escuchó y la empujó hacia su cuarto.

—Tu madre ha olvidado las llaves, como siempre.

Lucia lo vio llegar a la entrada sosteniéndose en la pared, buscando a tientas con las manos un punto de apoyo para mantener el equilibrio. Lo miraba, escondida detrás de la puerta. Sabía que la consideraba rara porque creía en los fantasmas, y que intentaba evitarla cada vez más a menudo. El espectro que quería entrar en su casa, sin embargo, era de verdad.

El timbre sonó de nuevo. Un trino breve, perentorio.

Su padre giró la manija y en ese momento el gallo del vecino cantó. Esa bestia era como un reloj: uno podía estar seguro de que eran las cuatro de la mañana, siempre, en cada tiempo y en cada estación. Pero si eran las cuatro, pensó Lucia, su madre ya debía de haber vuelto a casa hacía rato.

Cuando la puerta se abrió, vio que el desconocido llenaba todo el umbral. Era un gigante, cubierto hasta los pies con un abrigo. Por la capucha calada sobre su rostro solo se podía entrever la larga barba.

—¿Qué pasa? ¿Necesita ayuda? —preguntó su padre.

El fantasma levantó la cabeza. Su cara era blanca como la de un muerto.

Lucia cerró la puerta de su habitación y se refugió bajo las mantas, pero luego cambió de opinión, volvió tras sus pasos de puntillas, la abrió de nuevo y asomó la nariz.

Sentía miedo, pero también curiosidad por el desconocido. Se armó de valor y se atrevió a avanzar un poco por el pasillo. Lo vio levantar una mano, algo le colgaba de los dedos. El fantasma pronunció palabras incomprensibles.

—No entiendo. ¿Necesita ayuda? —preguntó su padre de nuevo.

A duras penas conseguía mantenerse de pie.

El desconocido lo miró, inclinando la cabeza.

—¿Ne-ce-si-ta a-yu-da? —lo imitó, como en un juego.

Su padre maldijo e intentó cerrar la puerta, pero el fantasma la bloqueó. Lucia se asustó al oír el impacto de su puño contra la madera. La escena se congeló, con su padre observando el objeto en la mano del fantasma. Lucia aguzó la vista, parecía un collar.

El espectro se retiró y regresó a la niebla de la que había surgido. Su padre por fin logró cerrar la puerta.

Cuando se volvió, Lucia vio que estaba temblando.

27.

Teresa miró la luz en su habitación. No un objeto, ni tampoco un reflejo. La luz. En las últimas horas la había visto como lo que era: una entidad palpitante que llenaba el aire, que cambiaba de color y se extendía por paredes y cosas, las acariciaba y luego se retiraba. La oscuridad era luz negra. Era una onda de frecuencias, una marea.

Ahora la oscuridad estaba dentro de ella.

Teresa no había dormido. Había pasado las horas reflexionando, aferrándose a los recuerdos con una urgencia que no era propia de ella.

—Veinte de mayo de 1958 —murmuró.

Todo empezó ese día. Su primer día en el mundo. De haber sabido cómo iba a terminar, ¿habría nacido otra vez con una sonrisa?

Se lo contaba siempre su madre. Teresa no había gritado en las manos de la comadrona: había abierto los ojos y sonreído. Claro que se trataba solo de encías desdentadas en su carita arrugada, un reflejo provocado por el aire que por primera vez se posaba sobre su piel hasta entonces intacta.

Pero a su madre le gustaba pensar que Teresa había sido bendecida por una felicidad congénita. Le había puesto ese nombre porque creía que significaba «tesoro». Nunca le dijo que en realidad quería decir «cazadora». Y Teresa realmente se había convertido en una cazadora, en cierto sentido.

Si me vieras ahora, mamá, pensó.

Había depuesto las armas, se había refugiado en su guarida. Intentaba lamerse heridas que nunca sanarían. Demasiado profundas, más allá de lo imaginable.

Estaba acostumbrada a sentirse traicionada por su propio cuerpo, y también a traicionarlo. Ella había llegado a un acuerdo con su forma, que cambiaba, que se hacía más pesada y tiraba de ella hacia abajo. Con arrugas en una cara que los ojos masculinos ya no buscaban cuando se cruzaban con ella. Con diabetes y bajadas de tensión, con hambre y cansancio que a veces la

atacaban en cuanto se despertaba. Con los pies doloridos ya a medio turno y la vista que se le empañaba cada año un poco más. Incluso con la cicatriz que le marcaba el vientre y le recordaba todos los días lo que le había sido arrebatado.

Podía soportarlo todo, pero no la última traición. No tenía fuerzas para llevar una carga semejante.

Había pasado la noche acurrucada en la cama, en posición fetal, con la necesidad de volver a ser hija de alguien y no solo de un recuerdo, con la urgencia de recibir consuelo y no solo de llorar sin que nadie la escuchara. Se imaginaba caricias sobre su pelo mojado de lágrimas y en su rostro hinchado. Se preguntaba cuánto tiempo hacía que no había recibido un beso; ni siquiera era capaz de recordarlo.

El amanecer estaba cerca. Se percataba de ello porque el negro se estaba convirtiendo en azul a través de las rendijas de las persianas bajadas.

Nuevamente la luz cambiaba. La oscuridad se estaba marchando. Teresa tenía que encontrar fuerzas para expulsarla también de su interior, una vez más, pero habría sido más fácil si hubiera tenido alguien a su lado. Nunca había sido romántica, pero tras algunas décadas pasadas apañándose sola, empezaba a encontrar atractiva la idea de un salvador.

El teléfono móvil vibró en la mesita de noche. Tuvo que mirar el nombre en la pantalla varias veces para poder enfocararlo. Se incorporó para sentarse, y se aclaró la garganta para hacer que le saliera la voz.

—No estaba pensando precisamente en ti —dijo.

—Eso mismo me lo dicen muchas, pero luego cambian de opinión.

Marini, por lo menos, era de respuesta rápida.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Novedades sobre el caso Valent. Voy de camino para recogerla.

28.

La comisaría de Traveni se había llenado con una animada actividad: había llegado un aviso sobre un sospechoso que había que verificar de inmediato. Lo habían encontrado fuera de la casa de la viuda Valent, mientras intentaba abrir la puerta de entrada. Cristian Luser no sabía que estaban siguiéndolo. Era uno de los tres denunciados por el incendio desatado en las obras donde trabajaba la víctima.

También era el que se ajustaba más al perfil, pensó Teresa. La otra era una mujer pequeña que no habría tenido ninguna ventaja sobre Valent. El tercero, un señor de mediana edad afectado de esclerosis múltiple.

Una vez más, Hugo Knauss había ocultado informaciones fundamentales para la investigación: cuando Teresa le preguntó sobre los tres sospechosos, no dijo nada sobre el hecho de que dos de ellos de ninguna manera podían ser el asesino. No entendía si su actitud se debía a una especie de negligencia con la que desempeñaba su cargo o si, en cambio, era una muestra evidente del obstruccionismo de la pequeña comunidad de montaña. En ambos casos, Teresa ya no estaba dispuesta a aceptarlo.

Luser era un individuo de treinta y cinco años, con un físico entrenado durante años de escalada y de esquí fuera de pista. El suyo era un cuerpo nervioso, esculpido por el esfuerzo, el sudor y el aire a gran altitud. Su pelo rizado de color canela delimitaba un rostro cuadrado de mirada azul y desconfiada. No parecía estar asustado.

Teresa llevaba un rato observándolo, a través de la puerta entreabierta de la salita en la que él estaba esperando. Aún no le habían dicho por qué motivo estaba retenido, pero estaba segura de que podría imaginárselo.

Era un pirómano que deambulaba por los alrededores de la casa de la víctima. Las manos de escalador mostraban en sus formas carnosas y en las venas que las atravesaban una fuerza extraordinaria. Parecía un sospechoso perfecto, pero Teresa estaba segura de que la comparación de sus huellas

dactilares con las encontradas en el cuerpo de Valent —que también coincidían con las de la casa de los Kravina— lo descartaría. No significaba que fuera inocente, sino que no había sido él, materialmente, el que mató a la víctima.

—Sácalo de ahí —le dijo a Marini.

Él la miró sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó.

—Sácalo de ahí y llévalo a la habitación en la que espera Marta Valent. Tráela a ella hasta aquí, pero asegúrate de que los dos se crucen.

—Las explicaciones son superfluas, supongo.

—Si no lo has entendido, te lo explicaré por tercera vez: sácalo de ahí.

Marini finalmente obedeció. Teresa fue con De Carli y Parisi al despacho de Hugo Knauss. La pantalla encendida retransmitía las imágenes de la cámara de vídeo: la viuda Valent caminaba arriba y abajo, mordiendo las uñas. Estaba preocupada porque alguien —alguien que había amenazado tiempo atrás la vida de su marido— había intentado introducirse en su casa. O tal vez no.

La puerta se abrió. Apareció Marini e, inmediatamente después, Cristian Lusar. La cara de la mujer se puso aún más tensa, casi asustada. La mirada huyó a otra parte, luego bajó, cuando Marini la invitó a salir. Ella pasó junto a Lusar sin mirarlo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Una actitud de cierre total. Él se metió las manos en los bolsillos con cierto nerviosismo.

No sabe dónde ponerlas para no traicionarse.

Lusar miró a Marta Valent, luego se volvió hacia la pared.

Parisi se apoyó en el respaldo de la silla de Teresa.

—Comisaria, ¿lo ha visto? —susurró.

Teresa levantó una mano, pidiendo silencio. Se había fijado en el gesto, pero la respuesta a lo que quería saber estaba en otro detalle.

—Proxémica —explicó a los dos agentes, señalando la pantalla—. La ciencia nos ayuda a comprender el valor de la distancia que las personas interponen entre sí. Siempre hay un significado psicológico en esos centímetros. Esta vez no son una excepción.

Los miró.

—Marta Valent y Cristian Lusar no son unos perfectos desconocidos como aseguran ser.

Lo decían esos diez centímetros escasos que los dos habían dejado entre

sus cuerpos y que en un momento dado se habían reducido a cero en un roce de aspecto involuntario. Un espacio no obligado por las circunstancias, sino por la trayectoria inconsciente que los dos habían elegido al intercambiar su posición. Una distancia definida como íntima, que se reserva a una persona conocida, de confianza, no a un ladrón nocturno ni, mucho menos, a un potencial asesino. Era la distancia de brazos que se estrechan y de respiraciones que se tocan.

Teresa recordó la manera en que la viuda daba vueltas y más vueltas de una forma obsesiva al anillo de bodas alrededor del anular, cuando se reunió con ella en su casa. Ese anillo, ahora lo entendía, era el sello de una unión que a esas alturas era solo superficial.

Marta Valent se reunió con ella poco después, acompañada por Marini, quien cerró la puerta después de que salieran Parisi y De Carli.

—Son amantes, ¿verdad? —le preguntó Teresa a quemarropa.

Ella abrió la boca para replicar, luego la cerró. Estaba decidiendo si mentirle o no.

—No empeore la situación —le advirtió—. Ya lo sé.

Teresa ahora entendía por qué la foto que había visto en su casa mostraba a Marta Valent como una joven mujer lozana y alegre, mientras que ahora era la sombra de sí misma. Cuando se fijó en ese cambio, mirando la fotografía, Teresa pensó que la mujer estaba enferma. Ahora había descubierto el nombre de su malestar: sentimientos de culpa.

Los ojos de la mujer brillaron con lágrimas.

—Cristian no lo mató —rompió a llorar—. Ni yo tampoco.

—¿Cómo puedo confiar en usted? Ya me ha mentido antes.

—Estaban mi hijo y mi suegra en casa, ¿cómo iba a decírselo?

—Habría tenido otras oportunidades, bastaba con que se decidiera a hacerlo. Podría haberme llamado cuando quisiera.

La mujer estaba retorciendo entre sus dedos un pañuelo de papel, ahora completamente destrozado. Teresa le ofreció otro y la dejó que desahogara su llanto. Cuando se calmó, la mujer la miró con resignación.

—¿Ahora se enterará todo el mundo? —preguntó—. Me preocupa el niño.

Teresa tenía la esperanza de que no sucediera.

—Solo lo sé yo, por el momento —dijo, sin saber bien por qué estaba tranquilizándola.

—¿Me van a tener detenida aquí?

—Necesito una confesión completa, tendré que pedirle que nos cuente todos los detalles de la relación. Los que pueden ser inherentes al caso, por supuesto.

—¡Nosotros no lo matamos!

—No dudo de que no lo hicieron, Marta, pero también debo establecer que no le hayan pedido a otra persona que lo hiciera por ustedes.

—¡Oh, Dios mío!

—Un compañero se reunirá con usted para hacerle unas preguntas.

—¿Y Diego? Mi hijo dentro de poco saldrá del colegio.

—Pensé que lo habían cerrado por unos días.

—Han celebrado una misa de responso por su padre organizada por las maestras y por sus compañeros. No me encontrará esperándolo.

Teresa pensó de nuevo en el pequeño ladrón de ruedas de regaliz.

—Ya iré yo —dijo—. Discretamente.

29.

El tráfico en el exterior de la escuela primaria de Traveni era el del centro de una ciudad en hora punta. Los automóviles se desafiaban para obtener el estacionamiento más cercano a la entrada, salpicando nieve sucia sobre los padres más aprensivos, los que se habían bajado de los coches y esperaban bajo los paraguas.

Teresa se preguntó si el miedo sería el motor de tanta exasperación, o bien el mal tiempo. La temperatura había subido unos grados y desde el cielo pesado caía una lluvia mezclada con aguanieve incierta.

También Marini y ella esperaban de pie frente a la verja. Él sujetaba un paraguas tan negro como su estado de ánimo; ella tenía las manos metidas en los bolsillos y las sacaba solo para desenvolver caramelos que se metía despacio en la boca, consciente de su desaprobación. Al parecer, el joven inspector también era saludable, además de terriblemente aburrido. Ese día estaba bastante taciturno y Teresa no encontraba satisfacción en atormentarlo.

—Has perdido tu función fundamental —le dijo en cierto momento.

—¿Cómo dice?

—Olvídalo.

Los niños salieron del colegio como una manada al aire libre a la conquista de la vida. Indiferentes a la lluvia y a la papilla negruzca que recubría la calle, saltaban y se perseguían gritando. Ya habían olvidado cuál era el motivo que los había llevado a la escuela esa mañana: la misa por el padre difunto de un compañero suyo ahora era ya un recuerdo archivado.

Los niños sabían ser despiadados como solo la naturaleza podía serlo. Era su extraordinario impulso hacia la vida lo que los hacía así. Parecía una contradicción, pero para Teresa no lo era; saboreaban cada instante como si fuera la más increíble de las aventuras y no podían permitirse el lujo de malgastar el tiempo por unos formalismos estériles que ni siquiera comprendían. Estaban vivos. Entonces, ¿qué otra cosa podían hacer? Vivían.

Diego Valent fue de los últimos en salir. No iba solo; caminaba al lado de un niño más pequeño de aspecto demacrado. Charlaban el uno con el otro y cuando se despidieron, Teresa vio a Diego tocarle la mejilla con una mano. Lo encontró un gesto inusual entre dos amigos a esa edad. Parecía que el pequeño Valent sentía un notable instinto de protección hacia su amigo. Cuando Diego se percató de la presencia de la comisaria, vaciló hasta que se detuvo.

Teresa salió a su encuentro, seguida de Marini, quien intentaba mantenerla protegida con el paraguas.

—Hola, Diego —lo saludó—. ¿Te acuerdas de mí?

El niño los escudriñaba a ella y a Marini, alternativamente, con ojos llenos de ansiedad, sin responder. Parecía asustado, hasta el punto de que empezó a temblar. Teresa se agachó a su lado para estar a su misma altura.

—No te preocupes, no ha pasado nada —le dijo—. Hemos venido a recogerte para llevarte a casa. A tu madre le ha surgido un compromiso y nos ha pedido que lo hiciéramos. ¿Te parece bien?

Diego la miró con asombro.

—¿N-no es-estás aquí p-por la chu-chuchería? —preguntó. El nerviosismo empeoraba su tartamudeo. Teresa sintió el deseo de abrazarlo.

—El regaliz era un regalo para ti —le dijo—. Hiciste bien en cogerlo.

Diego sonrió. Una breve sonrisa, pero era más de lo que Teresa podía esperar.

Le tendió la mano y él la aceptó.

—¿Qué le pasaba a tu amigo? —le preguntó mientras se encaminaba hacia el coche—. Parecía triste.

—O-oliver llo-llora a me-menudo en el co-colegio.

—¿No le gusta venir?

—E-el co-conserje se po-porta mal c-con él.

Teresa se detuvo. Miró a Marini y se dio cuenta de que a él también le había chocado esa confesión inesperada. Para Diego, debía de ser normal ver a su amigo en ese estado, lo que significaba que sucedía a menudo.

—¿Cómo de mal? —le preguntó, pero enseguida se arrepintió de la pregunta. Era de personas adultas, desencantadas: ¿de verdad importaba si era poco o mucho, si el niño estaba mal?

Diego soltó lentamente la mano de la suya; era la confianza que había depositado en ella la que se estaba desbaratando. No respondió y Teresa se

percató de que ya no volvería a hacerlo, al menos durante ese día.

Un todoterreno negro se acercó a gran velocidad y frenó justo a tiempo, logrando por un pelo no atropellar a una niña y a su madre en el paso de peatones. Del habitáculo salía música a todo volumen y risas despreocupadas. Era un grupo de chicos mayores de edad desde hacía poco, a juzgar por sus caras. Habían decorado el capó y las puertas con una calavera blanca. Un hombre, un transeúnte que parecía haber salido de la nada, se lanzó con un grito gutural contra la carrocería del todoterreno.

El hombre tenía la apariencia de un viejo montañés de otros tiempos y de él solo podía verse una barba larga que surgía de la capucha del tabardo. Era alto y corpulento, pero parecía encorvado bajo el peso de la ropa. Las manos tapadas por una especie de guantes seguían golpeando contra el metal. Del todoterreno se asomaron dos jóvenes gritándole improperios.

—Pero ¿qué hace? —dijo Marini.

El hombre lanzó un último puñetazo poderoso contra la carrocería, luego se dio la vuelta para marcharse, abriéndose paso entre los curiosos que se habían parado para asistir a la escena.

Teresa intentó seguirlo con la mirada.

—Voy a ver —dijo—. Tú quédate aquí con el niño.

—¿Yo?

—Sí, tú mismo.

Se encaminó a paso rápido para poder mantenerse tras él. Entre la aguanieve, la silueta del desconocido era una mancha negra imponente, incluso a distancia. A pesar de su volumen, parecía ágil y el hielo que cubría la calle no le hacía disminuir su velocidad. A Teresa, en cambio, a veces le parecía estar patinando sobre el fondo liso de un recipiente.

Dejaron atrás el centro de Traveni avanzando por la calle que llevaba hasta la antigua estación. Más allá, estaba el bosque.

El hombre no disminuyó la velocidad y Teresa se preguntó adónde iría. Aceleró el paso. La lluvia helada se había hecho más intensa y algunos copos sólidos empezaban a mezclarse con la capa acuosa. Cuando superaron también el ferrocarril, Teresa se decidió a llamarlo.

—¡Alto! —gritó, por encima del silbido del viento.

Se quedó sorprendida cuando el desconocido obedeció sin hacérselo repetir. Estaba segura de que ni siquiera se había percatado de su presencia, pero ahora tenía la impresión de que lo sabía desde el principio.

También ella se detuvo, la mirada clavada en la espalda del hombre, con el corazón latiendo, inexplicablemente, cada vez con más fuerza.

No se había dado la vuelta, permanecía inmóvil a unos metros, con los brazos a los lados. Esperaba. Había un detalle inquietante en esa escena, en él, algo salvaje.

Teresa se desabotonó el chaquetón.

—Dese la vuelta, por favor —le dijo—. ¿Me ha oído?

El hombre se echó a un lado y empezó a correr.

—¡Eh!

Tras un instante de sorpresa, Teresa salió en su persecución, luchando contra el instinto de buscar la pistola en la funda. Lo vio saltar una empalizada, no muy lejos, y continuar a buena velocidad. Una vez más tuvo la impresión de que estaba jugando con ella; podía dejarla plantada cuando quisiera; en cambio, a ratos parecía casi estar esperándola. Teresa pasó bajo la empalizada y se apresuró para darle alcance.

Iban avanzando a lo largo de las vías de la vieja línea ferroviaria. Los rieles corrían paralelos sobre traviesas caídas, medio arrancadas por los años y el mal tiempo. A los lados de la vía férrea, edificios en desuso de estilo Habsburgo se asomaban por entre cascadas de hiedra. La naturaleza estaba invadiendo ese espacio humano, reconquistándolo metro a metro con el avance de raíces y de pequeños arbustos. El bosque no quedaba lejos, unos años más y recuperaría lo que siglos atrás le había sido arrebatado.

El desconocido dejó el sendero de balasto y con un salto superó un canal de drenaje para regresar a la carretera que llevaba al pueblo.

Teresa maldijo, agotada. Tuvo que detenerse para recuperar el aliento, doblada sobre las rodillas. Lo veía alejarse, pero todas las articulaciones le suplicaban que lo dejara estar.

Eres vieja, le estaba diciendo su cuerpo.

—¡A tomar por culo! —le respondió.

Se enderezó y corrió hacia el canal.

—¡Alto te digo! —gritó de nuevo, pero la alfombra de helecho se abrió bajo el peso de su cuerpo, descubriendo un barranco.

No tuvo tiempo de gritar. La sensación de vacío le tapó la boca, mientras agitaba los brazos en el intento de aferrarse a la vegetación, pero todo se derrumbaba al mismo tiempo que ella. Notó una punzada de dolor en la mano derecha y se imaginó la carne al desgarrarse.

Una sacudida repentina revirtió la marcha de la caída, cortándole la respiración. Nuevas sacudidas la levantaron. Teresa se encontró de nuevo en la vía férrea, echada sobre el balasto de bordes afilados.

Abrió los ojos y lo vio. El desconocido se alzaba por encima de ella, con el rostro cubierto por la capucha. La barba larga le llegaba justo hasta el pecho, que era delgado, y podía ser tanto blanca como rubia. Algunas agujas de pino estaban atrapadas entre los pelos.

Teresa intentó levantarse, pero el dolor en la espalda la obligó a doblarse sobre un costado. Cuando por fin logró sentarse, estaba sola. No había rastro del desconocido. Se preguntó si habría regresado al pueblo o si habría buscado refugio en el bosque. Se apartó el pelo de la cara y miró a su alrededor, aturdida. Tal vez se había golpeado en la cabeza. Hizo un inventario rápido de sus huesos y le pareció que estaba entera. Solo entonces se acordó de la punzada en la mano y se la miró: la palma sangraba profusamente. Maldijo, sintiéndose vieja y tonta. Se quitó la bufanda y la envolvió alrededor de la herida.

—Quieres jugar a hacerte la heroína y acabas con el culo por los suelos —murmuró.

Apoyó los codos sobre las rodillas. Todavía no se sentía con fuerzas para levantarse. Se preguntó por qué no se le había ocurrido enviar a Marini. Era más joven, más ágil, más fuerte.

¿Más adecuado que ella para realizar ese trabajo?

Teresa no quería imaginarse detrás de un escritorio, dando órdenes sin estar en primera línea, elaborando teorías y perfiles sin verificarlos sobre el terreno. No quería creer que ya no podía utilizar su cuerpo como mejor le parecía.

Por eso no le ordenó a Marini que persiguiera a ese hombre. La suya era una resistencia desesperada ante la duda de no ser capaz de seguir siendo policía.

—¡Comisaria!

Marini apareció a su lado sin que lo oyera llegar. El inspector se arrodilló y la rodeó con el brazo sobre los hombros.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Teresa se liberó de su mano con una mueca.

—Vaya mierda de pregunta —le dijo—. ¿A ti qué te parece?

Lo vio titubear.

—¿Quiere seguir sentada o la ayudo a levantarse?

—Puedes ayudarme quedándote callado.

Teresa se limpió lo mejor que pudo la tierra y las hojas que se le habían metido en el pelo.

—¿Dónde está Diego? —preguntó. Casi se había olvidado de él, pensó con un escalofrío—. Te dije que te quedaras con él.

—Lo dejé con un profesor.

Teresa maldijo.

—Has desobedecido una orden. Hazlo otra vez y te envío de vuelta al archivo.

Marini no replicó.

—¿Fue ese hombre? ¿La ha empujado? Los vi correr desde lejos —preguntó.

Teresa no respondió de inmediato. Resultaba difícil decir lo que estaba pensando.

—No, no ha sido él. Creo que al final me ayudó —acabó confesando.

—¿Eso cree?

Lo fulminó con la mirada.

—Era un poco difícil poder distinguir bien la escena mientras la cabeza me rebotaba en el suelo.

Marini se incorporó y observó el bosque.

—¿Por qué ha huido? ¿Podría ser el asesino que estamos buscando? —preguntó.

Teresa también se puso en pie, con más lentitud y con mucha menos elegancia. Al menos el dolor de espalda se le había pasado.

—Y entonces, ¿por qué me ayudó a no abrirme la cabeza ahí? —dijo, asomándose para mirar el barranco—. El asesino al que estamos buscando carece de empatía. Se habría quedado mirando, disfrutando de la escena.

—Así que es solo un montañés al que no le apetecía nada de nada responder a sus preguntas, supongo.

—Bueno, el ambiente moldea el espíritu de quienes viven ahí y estas montañas no son un lugar nada fácil, mis carnes ya se han percatado de ello.

Marini dio unos pasos, con la mirada clavada en el suelo.

—No hay huellas —dijo—. Debe de haber caminado por la zona de balasto. Pediré que hagan algunas indagaciones, pero...

Teresa lo miró.

—¿Que tú pedirás qué? —le preguntó.

Él se dio cuenta de su metedura de pata y cerró los ojos por un instante.

—No quería decir...

—Olvídalo, Marini.

—Obviamente es usted quien da las órdenes.

—Obviamente, claro.

—Entonces, ¿cómo procedemos?

Teresa se desempolvó los pantalones.

—Pues pide que hagan las indagaciones, ¿no? —le dijo, encaminándose hacia la carretera—. Pero ¿es que tengo que decírtelo yo todo?

Cuando llegaron al colegio, vio a Diego despidiéndose del maestro y dirigirse andando hacia ellos.

—¿Nos vamos? —le preguntó con una sonrisa, tendiéndole la mano sana. Él miró con curiosidad su ropa sucia, pero no formuló preguntas. De todas formas, aceptó la mano. Teresa se dio cuenta de que tenía la manga sucia de blanco. Pasó un dedo sobre la mancha.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Marini.

Él se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—C-caca.

Ambos se volvieron hacia el niño.

—Tiene razón —dijo Marini, olfateando la mancha—. Parecen excrementos de pájaro.

Teresa miró a Diego y le guiñó un ojo.

—La conclusión perfecta para una búsqueda perfecta —se rio.

30.

Lucia estaba acostumbrada a quedarse sola. El silencio no la asustaba. La tristeza de esa mañana se debía a otra cosa: no había podido ver a sus amigos. Antes de marcharse, hacia el amanecer, su padre le ordenó que limpiara y lo colocara todo, y que no saliera por ningún motivo. Iba a estar fuera bastante tiempo, tal vez un par de días.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó ella.

Le respondió que se había marchado. Lucia aceptó esa simple verdad, porque no era la primera vez que su madre los dejaba, aunque siempre había vuelto.

No insistió con más preguntas, sabía que él se cabrearía. Sabía cuándo era el momento de callarse en función de cómo la mirase. De esa forma se transformaba en una mujercita que sabía cuidarse por sí sola y la casa se convertía en su palacio.

Aquella había sido una noche extraña. Después de que un desconocido llamara a la puerta, Lucia oyó cómo su padre hurgaba en todos los cajones y los armarios de la casa. Por la mañana, se los encontró abiertos y su contenido desparramado por el suelo. Fueron necesarias varias horas para recoger todas las cosas y colocarlas ordenadas en su sitio.

Así fue como encontró el regalo, debajo de una almohada lanzada por su padre en el pasillo.

Se quedó mirándolo largo rato antes de reunir el valor para recogerlo. Sabía que era para ella. Sabía que el desconocido lo había dejado delante de la puerta de su habitación. Había encontrado una manera de llegar hasta ella mientras su padre, enloquecido, estaba ocupado registrando las otras habitaciones.

La muñeca de trapo ahora la miraba, sentada en el porche que Lucia estaba limpiando. Era rara y por eso mismo le gustaba. No era como ninguna otra muñeca en el mundo. Alguien la había cosido con cordel, con puntadas

gruesas bien visibles en la tela de yute. El pelo estaba hecho con crines de caballo y tenía el olor que el desconocido había dejado por mucho tiempo en la casa: el de un animal, intenso pero no repulsivo. Era el olor de la naturaleza y de sus ciclos de vida y muerte. Salvaje, caliente. Lucia lo inspiró largo rato, preguntándose el porqué de ese regalo. Acarició el vestidito hecho de trapos y de flores secas de aciano: pétalos delgados de un azul profundo que una mano grande y buena —así la imaginaba— había cosido para ella en la falda. El mismo azul que ella había visto en los ojos del desconocido, cuando entreabrió la puerta y miró.

El rostro de la muñeca tenía dos bayas moradas como ojos y nada más. Su creador no había pensado en darle una boca. Como él, no tenía expresión. Quizá, pensó, era debido a su forma de hablar. Lo había oído, mientras escuchaba a hurtadillas.

Lucia cogió un rotulador y dibujó una sonrisa en la cara, con forma de corazón. Mirándola, había sentido cómo le nacía el deseo de que también su creador pudiera sonreír como ella hacía ahora.

El viento cambió de dirección e hinchó el vestido de la muñeca, llevando su olor hasta Lucia. Fue como una llamada.

—Acabo de prisa —le dijo la niña—. Así luego jugamos.

Frotó las tablas del porche con más fuerza. La sangre había penetrado en la madera y ni siquiera la lluvia ni las ráfagas de la tormenta la habían lavado.

31.

Para Massimo, regresar a la ciudad se estaba convirtiendo en una experiencia enajenante, después de pasar días enteros en Traveni, rodeado por una naturaleza salvaje y solemne. El tráfico de la noche lo desorientaba y los faros de los coches hacían que se sintiera como un animal deslumbrado en medio de la carretera.

Era culpa del cansancio, se dijo, de los turnos de trabajo que se enlazaban unos con otros y le dejaban tan solo un puñado de horas para el descanso.

Pero no estaba muy convencido de ello. Era como si el cuerpo hubiera encontrado un nuevo equilibrio en la altitud y a duras penas lograra asentarse de nuevo al volver a la vida cotidiana. Se había acostumbrado a alturas vertiginosas y a espacios abiertos, a vientos que arrancaban la piel de la cara a tiras y a la repentina calidez de fuegos crepitantes. Era una realidad de una belleza violenta, que sacudía los sentidos dormidos de la vida domesticada.

Massimo regresó al apartamento alquilado que a duras penas conseguía llamar casa con el tiempo justo para una ducha y un bocadillo preparado con lo poco que encontró en la nevera. Se puso ropa cómoda y zapatillas de deporte, y salió a pie. La biblioteca municipal cerraba tarde. Aprovechó la ocasión para dar un paseo por las calles del centro que aún no había tenido tiempo de visitar. Eran las de una pequeña ciudad de provincias a la que no le faltaba nada de una verdadera ciudad, ni siquiera los aspectos negativos. Sin embargo, todo estaba a escala, redimensionado. En pequeñas dosis, uno podía sobrevivir.

Massimo se sentía solo, pero libre. La naturaleza de esa noche de invierno, con las siluetas esqueléticas de los árboles contra el cielo, era como su vida en ese momento: despojada de todo lo que a esas alturas ya no resultaba necesario, un tronco desnudo, guardián de una savia lista para generar nuevos brotes en el momento oportuno. Massimo se había convertido en un esqueleto de sí mismo. Había dejado todo atrás, su zona de confort hecha de rutina,

control y certezas.

Teresa Battaglia se había dado cuenta. Había mirado en su interior como nadie lo había hecho nunca. Había sido desagradable y también un poco deprimente darse cuenta de que en el fondo no era tan complicado.

No sabía por qué seguía pensando en ella. Era la unidad de medida con la que últimamente sopesaba cada uno de sus pensamientos y acciones. Un tormento, pero también un impulso prodigioso. Se había percatado de hasta qué punto todo el equipo gravitaba a su alrededor y ahora comprendía el motivo: la energía. La gente la percibía y se sentía atraída hacia ella. Teresa Battaglia tenía la insólita virtud de hacer que cualquiera que caminara a su lado se sintiera más fuerte. En su caso, sin embargo, también terriblemente inoportuno.

Teresa Battaglia y la sensación de impropiedad que despertaba en él eran los motivos de ese paseo en la helada. Massimo tenía intención de ponerle remedio al abismo que sentía abrirse entre ellos, y lo haría de la manera que precisamente ella le había sugerido.

La biblioteca municipal estaba ubicada en un edificio del siglo XVII, entre mármoles y estucos blancos. El interior era cálido y olía a la madera de las *boiseries* y de las mesas de escritorio alineadas en el centro de las salas. El olor a papel, el leve crujido de las páginas al ser pasadas y las luces difusas eran un anestésico para los movimientos del alma, pensó.

Massimo caminó entre los estantes de las diferentes secciones, llevando en la mano un pedazo de papel que miraba de vez en cuando.

—¿Puedo ayudarte?

Se volvió y se topó con una cara agraciada. La chica se había puesto sobre su blusa la identificación de los empleados de la biblioteca.

—Creía que iba a ser más fácil orientarme aquí dentro —le dijo.

—Para eso estoy yo aquí —respondió ella—. Tenemos más de un millón de textos, entre volúmenes, revistas y materiales multimedia.

Él pensó que estaba hablando como la actriz de un anuncio, pero de todas formas seguía siendo atractiva. No llevaba alianza, ni anillo de compromiso, advirtió.

Le sonrió.

—Entonces me has salvado —respondió, y se esforzó por poner una pizca de malicia en la mirada.

La chica respondió de una manera que Massimo no dudó en descifrar: estaba interesada. Él también podía estarlo. En la ciudad no conocía a nadie. Había visto un bar de copas agradable a la vuelta de la esquina, tal vez la invitaría a tomar algo después del trabajo, una de esas noches.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —le preguntó ella, sonriendo tras su asombro—. El acento —aclaró.

Massimo hizo una mueca, siguiéndole el juego.

—¿Se nota mucho? —preguntó.

Ella negó con la cabeza y los rizos claros bailaron en las líneas delicadas de las sienes.

—No, no mucho —respondió.

Massimo esperaba que no le preguntara sobre su vida anterior, porque no estaba preparado para hablar de eso con una desconocida y, sobre todo, sin sentirse juzgado.

La chica señaló la lista que todavía tenía en la mano.

—Parece larga —dijo—. Dime que no eres un estudiante repetidor —se burló.

Massimo se rio.

—No, no lo soy.

—Entonces, ¿es por trabajo?

Él titubeó. ¿Realmente quería hablarle sobre asesinatos e incluso de ojos que no se encontraban?

—Digamos que me estoy documentando —respondió.

Ella movió sus largas pestañas de color dorado.

—Ah, entonces hablamos de una pasión —murmuró—. Déjame ver.

Massimo no tuvo tiempo de responder cuando ella ya había cogido su papel y estaba recorriendo la lista.

La sonrisa de la chica desapareció. Massimo pensó que ni siquiera se habían presentado.

—¿Crees que son libros disponibles? —le preguntó—. La mayoría los encontré en la red y...

No lo dejó terminar y ni siquiera respondió. Sus modales se hicieron más resueltos.

—Si te sientas allí, los busco y te los llevo —le dijo.

—Voy contigo, hay muchos —propuso Massimo.

La chica lo miró, más seria aún.

—No puedes llevártelos todos. Hay un límite para los préstamos. Ahora, si eres tan amable de sentarte... Voy más rápido yo sola.

Massimo intuyó el motivo de su repentina aversión: *Mato con mis propias manos, Fetiches de carne, El sabor de la sangre...* Esos eran solo algunos de los títulos que estaba buscando.

—No me propongo matar a nadie —la tranquilizó, pero ella ya había desaparecido detrás de una estantería.

Massimo se vio invadido por una extraña sensación de incomodidad. Esa chica no era nada para él, sin embargo, su abierto rechazo lo había sorprendido. Habían bastado unos títulos de manuales de psicología criminal y de psicopatología forense para hacerla decidir que no era alguien de fiar. Quizá incluso lo consideraba peligroso.

Una vez más, Massimo pensó en la comisaria Battaglia. Sabía que ella tampoco tenía a nadie que la esperara en casa. Se preguntó si la soledad le pesaba; si buscaba, como él, una mirada alentadora entre la multitud con la que se cruzaba cada día.

Tal vez sí, pero no dejaba de luchar, fuera cual fuera la guerra secreta que le iluminaba los ojos.

Massimo miró al pasillo. De la joven bibliotecaria no había ni rastro. Se la imaginó buscando los volúmenes que había solicitado con una expresión enojada.

Pensó que tal vez había buscado la compañía equivocada. En la ciudad ya había una mujer que captaba su atención y que ciertamente no se sentiría horrorizada por su curiosidad. Pero no podía presentarse ante ella sin un pequeño regalo. Una ofrenda a la diosa destructora que ella era, para calmar su ira y propiciar su benevolencia.

Ante ese pensamiento, sonrió. Miró el reloj: tal vez el jardín botánico todavía estuviera abierto.

32.

El hilo era brillante y resistente, de un material que en el bosque él nunca había visto crecer. Los aldeanos lo usaban para capturar a los animales del lago y también los del río. Las primeras veces que lo observó, con los peces saltando fuera del agua, luchando suspendidos, pensó que era un prodigio. Luego lo vio brillar, herido por los rayos del sol, y entendió: carecía de color, como el aire de los días tersos.

Lo humedeció entre sus labios para hacer que se deslizara mejor a través del minúsculo agujero, y tiró. Los huesos tintinearón, atados los unos con los otros. Ennegrecidos por el tiempo, parecían trozos de madera seca. Les había limpiado el polvo y había pulido los mordiscos de las ratas. Se había olvidado de ello durante mucho tiempo, pero el silencio del invierno restituía el deseo de no seguir estando solo.

A veces se sentía como el zorro y creía que necesitaba de una compañera y su manada. El animal pelirrojo y ligero tenía mucho en común con él: se adaptaba a las situaciones más extremas, sobreviviendo invierno tras invierno. No era miedoso, sino timorato. Se acercaba a los hombres y seguía a menudo sus pasos, buscando comida, cuando en el bosque escaseaba.

Otras veces, pensaba que era libre y solitario como un lince. El felino estaba dotado de garras tan afiladas como para dañar la madera de los árboles a los que trepaba sin esfuerzo. Se miró las manos. Las uñas sobresalían de una piel tan gruesa que parecía corteza. Eran largas y duras. Las afilaba todos los días con el esmeril, como hacían los campesinos con las cuchillas de las hoces en los campos dorados por el sol de verano.

Las suyas eran manos que no estrechaban otras manos desde tiempo inmemorial.

Rozó los huesos recolocados en su posición original con el hilo. Eran sedosos bajo la yema de los dedos y tenían el aroma de la tierra seca. Los sostuvo en la palma de su mano y fue como acariciar otra vez lo que en otro

tiempo había sido una mano.

33.

—¿Un nuevo intento de ablandarme?

Teresa Battaglia miraba el café que Massimo acababa de depositar sobre su escritorio. Él no se dejó intimidar. Ya empezaba a entender que a la comisaria le gustaba ladrar, pero nunca la había visto morder de verdad.

—¿Debería tener alguna esperanza? —le preguntó.

Ella arrojó su bolso al suelo y lo empujó con un pie debajo del escritorio. Decir que carecía de encanto era un eufemismo.

—Ninguna —respondió—. ¿Le has puesto azúcar?

—No puede tomar.

—¿Qué coño quieres, si se puede saber?

Massimo encontraba horrible su forma de expresarse.

—No es capaz de formular una pregunta sin insertar en ella un...

—¡Mierda! Me he manchado. Vamos a ver, ¿qué quieres? —lo interrumpió ella, en busca de un pañuelo que él le ofreció diligentemente. La comisaria lo miró un momento, luego lo aferró.

—¿Tú no tienes vida social? —le preguntó.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El mero hecho de que hagas de *cavalier* servidor a una vieja como yo. Vete pensando que no soy yo quien decide sobre los ascensos aquí.

Massimo no perdió tiempo en rebatirle. A esas alturas ya se había percatado de que eso era precisamente lo que ella quería: un poco de disputa, con los nervios crispados, solo para descargar la tensión. Esperó a que terminara el café.

—Me preguntaba por qué ha elaborado el perfil de un asesino en serie cuando únicamente tenemos un asesinato —dijo—. El otro día no caí en ello.

Teresa Battaglia pareció haber encajado un golpe por fin. Por primera vez lo miraba atentamente y no como a un imbécil. Se relajó reclinándose contra el respaldo de la silla.

—Has estudiado, ya veo —murmuró, buscando un caramelo en el cajón del escritorio. Se lo tiró.

—¿No era eso lo que quería? —respondió Massimo, agarrándolo al vuelo. Ella se echó a reír.

—Yo no quiero nada. El caso podría resolverlo yo sola. Era un consejo para que mejoraras.

Marini pensó que no tenía ninguna esperanza; no era capaz de ser amable ni siquiera unos segundos.

—Y lo he seguido. Entonces, ¿no me contesta? —insistió.

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—Ritualidad. Mutilación. Puesta en escena. ¿Debo continuar? Parece... parece un inicio.

—¿Un inicio de qué?

Ella lo miró como si fuera obvio.

—De una historia de muerte —dijo.

Massimo se sentó frente a ella.

—¿Cree que va a matar de nuevo?

La vio vacilar. Teresa Battaglia quizá se estaba preguntando si era digno de sus confidencias.

—Claro que lo espero —respondió finalmente—. Por eso no pego ojo por la noche y me sobresalto cada vez que suena el teléfono. Va a ocurrir.

Massimo esperaba esa respuesta y pese a todo sonó siniestra.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó.

—¿Y adónde te gustaría ir? ¿A peinar veinte mil hectáreas de bosque? ¿A registrar cientos de viviendas e interrogar a un millar de personas? Porque es de esto de lo que estamos hablando.

Massimo se sintió estúpido por plantear su objeción.

—No hay forma de evitarlo —dijo.

—Tal vez sí, si da un paso en falso.

—¿Y lo hará?

—Me estás pidiendo que mire dentro de una bola de cristal e intente adivinar.

—Le estoy preguntando hasta qué punto él es bueno.

Ella negó con la cabeza.

—No es bueno, es feroz. Pero ¿realmente hay diferencias entre ambas cosas? Yo no lo sé. ¿Es quizá bueno un lobo que devora a su presa o

simplemente es él mismo?

Massimo recordó la conversación iniciada en el bosque, en la parte de atrás de la casa de los Kravina.

—Está diciendo que él es así y que no puede evitarlo —dijo—. Suena mal, muy mal.

Ella sonrió. Parecía cansada o tal vez tan solo estaba aburrida de charlar con alguien al que consideraba un neófito, ni siquiera demasiado hábil.

—Quizá ven el mundo mejor que nosotros —dijo en un susurro—. Ven el infierno que tenemos bajo nuestros pies, mientras nosotros contemplamos las flores que crecen en el suelo. Su pasado les ha privado de un filtro que a nosotros, en cambio, nos ha sido concedido. Esto en absoluto quiere decir que al matar tengan la razón, o que yo los justifique.

—Entonces, ¿qué significa?

—Que en un pasado remoto sufrieron y ese sufrimiento los transformó en lo que son. Yo esto no puedo olvidarlo.

Era la primera vez que esa mujer decía algo personal y le dejaba vislumbrar su experiencia vital, aunque fuera de una manera muy nebulosa. Massimo se aferró a esa cuerda que ella le había lanzado desde su mundo, seguro de que pronto se arrepentiría, retirándola.

—¿No puede olvidarlo? ¿Qué quiere decir? —le preguntó, temiendo ir demasiado lejos, pero incapaz de contenerse.

Ella, sin embargo, parecía perdida en otros pensamientos.

—Porque yo, como ellos, veo más allá de las flores. Veo el infierno —murmuró.

Las palabras se apagaron en el silencio. El tictac del reloj colgado en la pared detrás de ellos parecía decir que el tiempo de las confidencias estaba llegando a su fin.

Massimo entendió que era hora de darle el regalo que había buscado para ella. Lo sacó de su bolsillo y se lo dejó sobre el escritorio.

La vio fruncir el ceño. Teresa Battaglia se puso las gafas y acercó a su cara el ramito con hojas lanceoladas y coriáceas, adornado con bayas rojas.

—En Japón lo llaman *Nan-ten*, o bambú sagrado. Lo utilizan para las ceremonias en los templos budistas. Nosotros lo llamamos nandina doméstica. Es un árbol de hoja perenne que crece en jardines.

La comisaria lo miró.

—No es ningún matorral —dijo.

Él asintió, intuyendo sus pensamientos.

—Los ojos del fetiche provienen de algún jardín de Traveni —confirmó Massimo—. Si descubrimos de cuál, tal vez también podamos saber por dónde se movió el asesino entre las casas.

—A quién ha observado —continuó Teresa—. A quién ha deseado.

34.

A Lucia no le gustaba desobedecer, pero había otra cosa que aún le molestaba más: permanecer lejos de sus amigos.

Había recibido la señal secreta para reunirse con ellos en el arroyo: dos timbres telefónicos seguidos de una pausa y de nuevo otro timbre. Estaba reservada para las emergencias.

Se vistió y salió sin pensar demasiado en la posibilidad de que su padre llegara a casa cuando ella no estuviera. En la puerta, la recibió un paisaje de cuento con un no sé qué inquietante: la niebla era tan compacta que cambiaba los rasgos del mundo y lo hacía irreconocible. Entraba por la boca, la empastaba con un sabor húmedo. Lucia pensó que si alguien se hubiera escondido en esa blancura, no se habría dado ni cuenta hasta que sintiera su respiración sobre la cara.

Llegó al centro de Traveni a paso ligero. Las calles estaban desiertas y a duras penas lograba vislumbrar las luces dentro de las casas y de las tabernas. Aquella no era época de turismo y los residentes permanecían encerrados en el calor. Continuó a lo largo de la calle principal que dividía el pueblo en dos, hasta la plaza con la iglesia parroquial y la torre de la Edad Media. Allí fue donde los caballeros rechazaron el avance de los turcos. Cuando la maestra lo explicó, Mathias le preguntó si aún había en el suelo muchos huesos enterrados. La clase se rio, y la maestra le respondió que determinadas curiosidades eran morbosas. Lucia no sabía qué significaba esa palabra, tendría que preguntárselo a Diego. Mathias le comentó que su padre también veía con desagrado su pasión por los cuerpos, vivos y muertos, y que un día le dijo que era un psicópata. Significaba que su mente no funcionaba bien. Lucia no veía en él nada enfermo.

Pero ese día, al pensar en los restos de esa antigua batalla bajo sus pies, la asustó.

Aceleró el paso, enfilando la carretera que iba desde el centro hasta los

lagos gemelos de Flais y luego hasta la frontera. Se detuvo mucho antes, donde el camino se bifurcaba en las inmediaciones de la estación de tren. El sendero que llevaba al monumento al granadero austrohúngaro estaba allí, en algún lugar entre la niebla.

Para encontrarlo, Lucia se orientó con el sonido de sus pasos. Cuando oyó el crujido de la grava bajo sus pies, lo siguió hasta la cuesta. Cuanto más subía, más se diluía la bruma. De aquel manto emergió como una sombra gigantesca el perfil de la estatua de bronce. Al otro lado del promontorio empezaban el bosque y el camino que descendía hasta la quebrada.

Entre los humos de la niebla, Lucia vio una bufanda de color indefinible envuelta alrededor del cuello de la estatua y el miedo desapareció como por ensalmo. Recorrió los últimos metros a la carrera y llegó a la cima con la respiración ardiendo en su garganta. A sus pies, el mundo era una nube baja.

Las sombras se volvieron más nítidas. Alguna se movió y voló sobre el hombro del granadero. Otras permanecían a las orillas de ese reino hecho de grises y evanescencias, inmóviles como un círculo de guardianes a su alrededor.

Fue entonces cuando el repiqueteo vibró en el aire como una ráfaga de piedrecitas arrojadas a la grava, para quedar luego en silencio.

Lucia no estaba sola. Se dio la vuelta, escrutando la niebla, que cambiaba de forma y consistencia continuamente. El ruido siguió aumentando y de repente se apagó. Procedía de la estatua, a pocos pasos de ella.

Eran dientes. Dientes que castañeteaban.

Lucia observó el perfil del monumento y se percató de esa figura acurrucada en su base. Estaba encorvada como nunca la había visto, y sucia y delgada, como si hubiera estado ausente del mundo semanas en vez de un día nada más.

—¡Mamá! —gritó, corriendo hacia ella. Se acurrucó contra su cuerpo y la abrazó. Estaba fría y su olor era diferente.

—¿Mamá? —la llamó de nuevo, pero ella no respondió. Le seguían castañeteando los dientes.

Lucia le apartó el pelo de la cara. Casi no se dio cuenta de que había abierto la boca en un grito mudo. Le había fallado la voz, derramada en su interior.

Unos metros más abajo, en la quebrada, también gritaron sus amigos, pero Lucia no tuvo tiempo de preguntarse por qué.

35.

En el policlínico de Traveni había varios coches de la policía haciendo guardia. Teresa y Marini acababan de llegar al pueblo, tras haber recibido la llamada telefónica de Hugo Knauss. El policía les avisó del hallazgo de una mujer desfigurada y en estado de shock.

La víctima de la agresión era la madre de Lucia Kravina. No había sido posible localizar al padre de la niña. Había sido precisamente la hija quien había encontrado a la mujer.

Había llegado al lugar una ambulancia desde un pueblo a pie de valle, pero dada la naturaleza de las heridas, el médico responsable decidió solicitar la intervención del helicóptero de socorro y hacer que la llevaran a la ciudad. Estaban esperándolo.

—La mujer desapareció el día anterior, pero no hay denuncias —le estaba informando Knauss a Teresa—. La pareja había sido objeto de seguimiento en el pasado por los servicios sociales, debido a problemas de adicción a las drogas. Parecían haberse librado de eso. Por lo menos la mujer.

—¿Y la niña? —preguntó Teresa.

—Se está ocupando de ella el doctor Ian.

Teresa recordó al viejo médico del pueblo. Se sintió aliviada al saber que él estaba con la pequeña.

—¿Ha dicho algo la madre?

—Nada. Estaba en un estado catatónico cuando la he visto y entiendo por qué. Debe de haber vivido el infierno y mirado al diablo a los ojos. Dios Santo.

Teresa estaba de acuerdo.

—Sí, Melania Kravina ha visto al diablo de cara —dijo—. Por eso es tan importante hablar con ella. Es la única capaz de trazar el retrato robot.

Knauss se rascó la cabeza bajo la gorra. Era evidente que quería evitar la conversación por miedo a que Teresa realmente tuviera la intención de

molestar a la moribunda.

—La han sedado muy profundamente —murmuró—. El doctor que la atendió en primera instancia ha dicho que en cuanto llegue al hospital le inducirán un coma farmacológico. Durante días, o incluso semanas. ¿Tenemos todo ese tiempo?

No, no lo tenían.

El ruido de las palas del helicóptero que estaba llegando se hizo ensordecedor. La explanada fue iluminada por potentes faros y la aguanieve empezó a girar en remolinos. Teresa se quedó mirando la camilla que estaban empujando al exterior. La cara de Melania Kravina estaba cubierta con una máscara antiséptica para traumas faciales por la que salía un respirador conectado a su boca. La vio desaparecer en el interior del helicóptero, que se elevó antes incluso de que el portón trasero fuera cerrado.

Se dio cuenta de que Marini estaba observándola.

—Usted sabía que lo haría de nuevo —le dijo.

No era una pregunta. Sí, Teresa lo sabía y por eso se sentía responsable.

—Hay varias incongruencias —dijo—. Desde el principio se ha movido como un asesino en serie; sin embargo, la ha dejado con vida. ¿Por qué?

—Puede que haya escapado.

Ella le miró fijamente un momento, para ver si de verdad lo creía.

—Le ha arrancado la nariz y las orejas a mordiscos —murmuró, para no ser oída por los curiosos que habían comenzado a llegar—. De una bestia como esa no se escapa. Es lúcido, pero deja huellas. Ataca como un animal, pero tuvo un cuidado casi exquisito al colocar el cuerpo de la primera víctima. Esta vez, sin embargo, no lo ha hecho. Roberto Valent era un hombre de cuarenta y tres años. La madre de Lucia, en cambio, es una chica de veinticinco. Los asesinos en serie eligen a sus víctimas según unas fantasías muy concretas, por eso siempre tienen evidentes rasgos comunes. Sin embargo, aquí no veo ningún *modus operandi*. No lo hay, o bien está enterrado tan profundamente que ni siquiera puede distinguirse. Parece que se mueve al azar, pero no es así. No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? ¿Por las estadísticas?

Teresa advirtió una nota de sarcasmo en su voz, pero estaba tan cansada que cuando habló su tono era monocorde.

—Porque el subconsciente se mueve por caminos definidos, Marini.

—¿Y si esta vez no fuera así? ¿Y si tuviéramos delante de nosotros a una

mente en cierto modo diferente?

Teresa apenas lo escuchaba.

—Sería una mente no humana, inspector. Bastaría con que hubiera un elemento común, un patrón reconocible...

—Les roba los sentidos.

—¿Cómo?

—Vista. Olfato. Oído. Es eso lo que les ha arrebatado a las víctimas.

Teresa se quedó muy sorprendida. No había vislumbrado ese posible vínculo. Se preguntó si la teoría de Marini era capaz de explicar lo que estaba sucediendo en Traveni, si el monstruo —como empezaban a llamarlo los periodistas y los habitantes del pueblo— iba en busca de algo que no tenía: la capacidad de *sentir*.

Sería una hipótesis aterradora, de ser verdadera: por esos lugares vagaba una criatura capaz de concebir un plan homicida complejo con un propósito específico. Significaba que no iba a detenerse hasta que lo hubiera llevado a cabo.

Vista. Olfato. Oído. Se los ha arrancado y se los ha llevado. ¿Qué quiere hacer con ellos? ¿Para qué necesita los sentidos?

Miró a Marini.

—Quizá hayas tenido una intuición decente —dijo.

Él giró los ojos.

—¿Intuición? A lo mejor se trata de un razonamiento sutil.

Teresa ni siquiera lo oyó, su mente trabajaba con exaltación para obtener una imagen coherente a partir de los nuevos fragmentos que habían logrado recuperar.

—Los sentidos. Partes de la cara. ¿Una forma de identificación? —preguntó, más a sí misma que a Marini.

—Creo que «ladrón de sentidos» es una descripción mucho más pertinente para el caso —respondió él, todavía picado.

—La identificación es la forma más primitiva de apego afectivo, según el psicoanálisis. Es el amor primordial —dijo Teresa.

Marini dejó que se le escapara una risa amarga.

—Entonces él ama a las víctimas, por eso las devora —dijo.

—No ama a las víctimas. No es así como funciona. Él desea algo. La identificación es siempre ambivalente: se orienta tanto hacia la ternura como hacia el deseo de supresión.

—No la sigo.

—Piensa en la fase oral de la libido en los niños: según Freud, incorporan el objeto deseado comiéndoselo, suprimiéndolo.

Knauss se reunió con ellos, interrumpiendo la argumentación.

—El doctor Ian dice que ahora la niña ya puede hablar.

A Lucia le resultó difícil confiar en ellos. Necesitó su tiempo, un tiempo que Teresa logró abreviar. No quería acometerla con preguntas que la asustaran e hicieran que se encerrara más en sí misma.

La sostuvo sobre sus rodillas hasta que el cuerpo de la niña dejó de temblar. Entonces hizo que se diera la vuelta.

—No te preocupes. Puedes hablar conmigo, todo seguirá siendo un secreto entre nosotras —la tranquilizó. Sabía que Lucia tenía miedo de traicionar a su padre.

—¡Júramelo!

Teresa no se echó para atrás.

—Te lo juro —dijo, con una mano sobre el corazón.

Entonces Lucia le habló sobre el desconocido que había llamado a la puerta de su casa la noche anterior, sobre la sangre que había aparecido en el porche a la mañana siguiente y sobre la locura con que su padre había vuelto la casa del revés.

Teresa tuvo la esperanza de que la niña no se enterara nunca de que esa sangre era la de su madre. Sospechaba que el hombre le había ordenado a su hija que limpiara a fondo la casa para que desaparecieran todas las huellas de algo que le preocupaba.

—En tu opinión, ¿quién le ha hecho daño a tu madre? —le preguntó al final.

Lucia no lo dudó.

—El fantasma que vive en el bosque —dijo.

—Ah, el fantasma. ¿Alguna vez has hablado con él?

La niña negó con la cabeza.

—Él me mira, pero nunca se acerca. A lo mejor no quiere hablar, porque no sabe hacerlo. Menos ayer por la noche. Fue él quien llamó al timbre.

Teresa sintió que un resorte saltaba en su interior.

—¿El fantasma que te mira a menudo desde el bosque es el mismo que

ayer fue a tu casa? —le preguntó para que lo corroborara.

La niña asintió.

—¿Y qué aspecto tiene? —le preguntó—. ¿Me lo puedes describir?

—Tiene una calavera en vez de cabeza.

36.

Un nuevo animal estaba corriendo por el bosque, rugiendo con ferocidad. La vestimenta era brillante y negra, con una calavera y las tibias cruzadas en los lados. Rompía ramas y pequeños arbustos, levantando piedras del suelo. Los nidos destruidos caían a la tierra con un batir de alas asustadas. Del vientre de la bestia llegaba una cacofonía de ruidos y sonidos estridentes.

El todoterreno iba lanzado en una carrera histérica por caminos apenas marcados. Se abrió paso por donde no había espacio, entre humaradas de diésel quemado. Cruzó un vado, levantando paredes de agua y astillas de hielo. Avanzaba a través de la maleza encontrando de vez en cuando las señales del nuevo avance humano: claros ganados talando árboles y desarraigando matorrales, en los que descansaba la maquinaria para los movimientos de tierra. Parecían paquidermos metálicos dormidos. El proyecto de la nueva estación de esquí empezaba a tomar forma, y era la de la deforestación.

Los cuatro muchachos a bordo gritaban y bebían cerveza, borrachos de alcohol y de una salvaje exaltación.

—¡Más rápido! —gritó uno de ellos, con la ventanilla bajada y un puño levantado contra el cielo.

Se sentía como un dios colérico y exterminador, con la fortaleza de una juventud que despreciaba todo límite y toda belleza.

El vehículo trepó rabioso por una pendiente, resbalando y resoplando. Los neumáticos arrancaron musgo y se adhirieron al suelo. El todoterreno dio un bandazo y aterrizó con un salto en la pista forestal.

Los muchachos se rieron y arrojaron latas estrujadas por la ventanilla. El que conducía cambió de marcha, las revoluciones del motor aumentaron. La pista ascendía en curvas cerradas que recorrieron a una velocidad demencial.

Al salir de una curva, un obstáculo los hizo dar un volantazo y acabar contra el lateral de la montaña. Gritaron. El todoterreno rebotó en el camino,

giró noventa grados sobre sí mismo y se detuvo, con el motor apagado.

Se hizo de nuevo el silencio, roto por respiraciones jadeantes.

—¿Qué coño era eso? —preguntó uno de los jóvenes, tratando de abrir la puerta. La plancha se había doblado y tuvo que dar empujones con el hombro para lograr que cediera. Rodó por la carretera, borracho; luego, con gran esfuerzo, logró ponerse de pie. De un desgarrón en los tejanos brotaba sangre.

Los otros se rieron, excepto uno de ellos.

—Mi padre me va a matar —espetó mientras abría otra lata.

—Tengo que mear —dijo otro.

Alguien estaba observándolos, parado en medio de la carretera. Se percataron solo unos momentos más tarde de esa silueta oscura, inmóvil en el límite de su campo visual, imponente incluso en medio de una naturaleza grandiosa. Ahora recordaban lo que habían visto un momento antes del choque: un hombre, los brazos tendidos hacia ellos en el acto de detenerlos, como si fuera posible parar un tren en marcha.

Llevaba un tabardo que recordaban haber visto solo en viejas fotografías. La cara, cubierta con un trapo que también envolvía la cabeza, era una mancha de oscuridad donde debía encontrarse la vida de una mirada humana.

Los muchachos que se habían quedado en el todoterreno lograron ponerlo otra vez en marcha y empezaron a tocar la bocina, gritándole que se apartara. El extraño se tapó las orejas, como herido por un estruendo inesperado.

El chico que estaba en la carretera se echó a reír.

—Pero ¿quién coño eres? —preguntó, escupiendo en su dirección—. ¡Oye, te estoy hablando a ti! —se le acercó, tratando de golpearlo con una patada.

El hombre lo agarró por el cuello y apretó. El chico jadeó, cerrando sus dedos alrededor de una mano enorme, dura y despiadada. Apenas podía oír los gritos de sus amigos. El brazo que lo mantenía apresado era fuerte, y la mano que apretaba su garganta no lo era menos. Presionaba sobre la piel sin titubear, cerrando el camino al aire.

El trapo que ocultaba la cara del extraño se deslizó unos centímetros sobre la piel, lo suficiente para revelar su secreto.

El chico hundió su mirada en una cara de calavera. Los párpados estaban pintados de negro y la piel, de blanco. Eran los ojos de un guerrero, pensó, sintiendo que se le escapaba cualquier voluntad de oponerse. Eran hipnóticos, malévolos. El joven tendió una mano hacia esa cara, la rozó y se dio cuenta de que era real. La boca del hombre se abrió mostrando dientes fuertes y

anchos, un marfil que hacía pensar en las fauces de una bestia, y esa bestia gritó, colérica.

El chico sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas. Sabía que iba a morir, que el hombre que lo sujetaba como si fuera una ramita quería matarlo.

En cambio, el desconocido aflojó la presión sobre su garganta hasta liberarlo. Lo sacudió como si fuera una muñeca de trapo, pero no le hizo daño.

El chico consiguió por fin respirar. Tosiendo y llorando se atrevió a levantar la mirada una vez más, sus ojos trémulos por el llanto. Vio que le estaba escrutando el rostro. Parecía haber visto algo que había cambiado su propósito. Algo que lo turbaba profundamente.

37.

El coche de Melania Kravina, la madre de Lucia, estaba aparcado en un área de estacionamiento en la carretera provincial que desde los lagos Flais bajaba a Traveni. Era una serpiente de asfalto negro en un paisaje sideral. Esa cuenca natural entre el pueblo y los Alpes era uno de los lugares donde se registraban las temperaturas más bajas del país. Los cristales de hielo recubrían todas las formas vivas y minerales.

Antes de desaparecer, la mujer había llevado a una compañera hasta su casa. La nevada nocturna había recubierto el coche.

La Policía Científica estaba completando las tareas de reconocimiento, pero el responsable ya le había dicho a Teresa que no habían encontrado huellas dactilares, ni una siquiera. Únicamente podía significar una cosa: alguien lo había limpiado.

—¿El marido? —preguntó Marini.

Teresa asintió, buscando con la mirada huellas que la nieve había borrado.

—Puso la casa manga por hombro y le pidió a la hija que la limpiara —dijo—. Salió e hizo lo mismo con el coche. Sabía dónde encontrarlo, porque conocía la ruta que su esposa habría hecho esa noche para llevar a su compañera hasta su casa. Algo le preocupaba mucho.

—Un secreto.

La nieve en el borde de la carretera se veía atravesada por huellas de animales de diversas formas. Ungulados, plumíferos, roedores... Cuando nadie lo observaba, el bosque se movía como un organismo. Toda forma de vida dejaba las huellas de su paso.

En el asfalto, bajo el hielo raspado por los técnicos, se veían señales de frenadas recientes.

—Aquí fue donde el asesino la cogió —murmuró Teresa, representándose ante sus ojos la escena que estaba imaginando—. Salió de la oscuridad. Ella frenó y para evitarlo terminó en el estacionamiento. Es así como se acerca a

sus víctimas. No hay seducción.

Marini se agachó para verificar las marcas negras.

—¿Seducción? —preguntó.

—Siempre hay un patrón, un ciclo, en el modo en que un asesino en serie ejecuta su danza con la víctima —le explicó Teresa—. La primera es la fase auroral: el asesino poco a poco se retira de la realidad a un mundo de fantasías cada vez más nítidas, más articuladas, que tarde o temprano lo empujarán a la acción. La fase de apuntamiento es el inicio de la caza de la presa: la ha visto y ha empezado a desearla. La tercera fase sería la llamada de «seducción», que es el acercamiento a la víctima. En este caso, no la hay. Ha pasado directamente a la siguiente: la captura. Y luego va la agresión. La última es la fase totémica: el asesino trata de prolongar el placer el mayor tiempo posible.

—¿Y cómo? —preguntó el inspector, levantándose y golpeando los tacones para quitarse el hielo.

—Fotografía el cuerpo. O lo descuartiza. Lo conserva... El asesino se queda con sus trofeos, porque cuando desaparece la ilusión proporcionada por las fantasías, se da cuenta de que todo vuelve a ser como antes y la sensación de omnipotencia es reemplazada por la frustración, por la inadecuación. Es un círculo que nunca termina. Tendrá que matar de nuevo para hacer que su tormento se silencie.

—Pero él no ha matado a Melania Kravina —le indicó Marini—. Técnicamente no es un asesino en serie.

Teresa sonrió.

—Te equivocas. Lo es. Lo que ocurre es que está aprendiendo a hacerlo.

Alguien entre los árboles pidió refuerzos. Teresa y Marini se reunieron con él. Por un momento, todos permanecieron en silencio. La sangre manchaba la nieve y había quedado atrapada en un charco de agua helada. Melania había sido devorada allí.

De Carli se acercó a Teresa.

—Comisaria, se ha recibido una llamada de Traveni. Un grupo de chicos se presentaron en urgencias por una agresión. Están aterrorizados.

38.

Teresa llegó al policlínico del pueblo sin ser capaz de decir ni una palabra. Tenía la boca empastada por algo muy parecido al miedo. Miedo a no llegar a tiempo si el asesino decidía volver a matar. Y eso iba a suceder, aunque fuera difícil decir cuándo.

Cuatro jóvenes habían salido casi ilesos de un accidente provocado por lo que definieron como un «loco». Uno de ellos fue agredido y dijo que había escapado de la muerte por un pelo. El desconocido lo había aferrado por el cuello hasta casi asfixiarlo, aunque luego, sin saber por qué, lo soltó. El joven se llamaba David y era hijo de Hugo Knauss.

En cuanto llegó, Teresa quiso interrogar inmediatamente a los amigos del chico, que había sido ingresado por una herida causada por el accidente. Estaban reunidos en una de las salas de espera, vigilados por Knauss.

Teresa fue hacia él.

—Lo siento —dijo—. ¿Cómo está su hijo?

El hombre le dio las gracias con un gesto.

—Lo que ahora le duele es más el miedo que otra cosa —respondió.

Teresa se fijó en que su sonrisa había desaparecido. Se preguntó si sentiría vergüenza, aparte de preocupación: era el jefe de la policía local y su hijo, el matón del pueblo.

—Si prefiere estar con él... —le propuso.

—Prefiero encontrar al responsable, comisaria.

Teresa asintió y se volvió hacia los chicos. Eran poco más que adolescentes. Están aterrados, pensó. De matones se habían convertido en víctimas. Una nueva experiencia para ellos; estaban conmocionados. Miró las caras, las observó. El miedo los volvía niños, les dilataba las pupilas y torcía su boca hacia abajo. Pero también había algo más en ellos que no fue capaz de definir de inmediato. Un sentimiento que, a diferencia del terror que generalmente inmoviliza, a ellos los agitaba, hacía que sus movimientos

fueran desmadejados y que se retorrieran las manos, y se manifestaba en un intercambio continuo de miradas preocupadas. Intentaban recomponer el grupo.

Se preguntó qué podría ser tan perturbador como para superar incluso al miedo. La respuesta le salió espontánea. Tal vez ella también, en el pasado, se había visto afectada por ello.

El sentimiento de culpa, se dijo.

Se acordó de que ya los había visto antes, fuera del colegio de Diego, en el todoterreno que casi había atropellado a una niña. De prepotentes que llegaban a las manos con facilidad se habían transformado en chiquillos aterrados.

—Soy la comisaria Battaglia —se presentó—. Estos son mis colaboradores.

La mirada de los jóvenes era de súplica. Teresa intuía el motivo de su preocupación: habían estado bebiendo durante todo el día y habían dado positivo en la prueba de alcoholemia.

Pero ahora parecían sobrios. El miedo había eliminado cualquier rastro de ebriedad.

Había leído sus declaraciones, recogidas cuando todavía se encontraban en un estado de confusión. No quería robar tiempo a las investigaciones con preguntas cuya respuesta ya conocía. La mecánica de los hechos había quedado clara y una inspección ya en marcha estaba verificándola. Quería profundizar solamente en un aspecto, con una premura que aceleraba el latido de su corazón.

—La cara. ¿Cómo es su cara? —preguntó, con los ojos clavados en ese público que apestaba a alcohol y miedo.

Los chicos parecían confusos. Sus declaraciones al respecto eran discordantes, pero ella no podía permitirse salir de esa sala sin una respuesta definitiva. Podría haberlos separado y escucharlos de uno en uno, pero creía que el efecto habría sido contraproducente. Necesitaban estar en grupo, porque solos no soportarían la tensión.

Interrogar a un testigo era un arte que requería autocontrol, para no sugerir ideas que habrían alejado, y no acercado, el descubrimiento de la verdad. Teresa esperó con paciencia a que alguien hallara el valor y la palabra. Junto a ella sentía a Marini, temblando de impaciencia. De haber podido, el joven inspector habría borrado la distancia entre él y los chicos, los habría agarrado

por las chaquetas y sacudido como manzanos para hacer caer alguna información.

—No lo vi —dijo por fin uno de los jóvenes. Aún tenía voz de niño y una ortodoncia que desentonaba con la chaqueta de cuero en la que se había cosido un rostro demoníaco.

—Llevaba la cara tapada —dijo otro, animado por el primer paso dado por su amigo.

—¿Tapada de qué manera? —preguntó Teresa.

Él hizo el gesto de envolverse la cabeza.

—Una tela clara, envuelta así, alrededor de la cara y de la cabeza. También le caía sobre los hombros.

—¿Un vendaje?

—No. Parecía...

—Un turbante —dijo el primero.

—No, hombre, no, qué dices, un turbante... —intervino el tercero—. Era una especie de bufanda, envuelta alrededor de la cabeza y de la cara. Dejaba los ojos al descubierto —aclaró, haciendo el gesto de ponérsela.

Los compañeros asintieron.

—¿Estáis seguros? —preguntó Teresa.

—Sí —respondieron al unísono.

La descripción sugería el *tagelmust*, el tocado tradicional de los tuaregs, una larga banda de algodón que dejaba tan solo al descubierto una rendija para los ojos.

—Pero, en un momento dado, la boca también quedó destapada —dijo el chiquillo de la ortodoncia—. Y parecía... Parecía que quería morder a David, ¡lo juro!

Estalló en un llanto que ninguno de los amigos consoló. Fue el jefe Knauss quien le puso al joven una mano sobre el hombro, atrayéndolo hacia sí.

Teresa reflexionó sobre la descripción, sobre el perfil físico que estaba apareciendo, tratando de interpretar los detalles que aún resultaban toscos. Un hombre con una cara vendada y un abrigo largo hasta las pantorrillas. Los pies envueltos en calcetines gruesos y botas. Imposible concretar su edad. Estaba perpleja.

Recordó al desconocido que había perseguido junto a la vieja línea férrea. No podía decir con certeza que el perfil coincidiera. Ella tampoco habría sabido describirlo con precisión, tal vez debido a las prisas, o tal vez porque

su cabeza ya no era de fiar.

—¿Se corresponde con alguien que haya sido ya visto en Traveni? —le preguntó a Knauss, más por costumbre que por la esperanza de oír un sí como respuesta. El policía negó con la cabeza.

—No, yo nunca lo he visto.

—¿Está seguro?

—Todavía veo bien, comisaria.

—No es de su vista de lo que dudo, jefe.

Knauss suspiró nerviosamente, como para deshinchar el pecho de la tensión acumulada.

—Mi hijo está en una cama de hospital —dijo—. Creo que eso es garantía suficiente para mi colaboración.

Teresa no estaba tan segura, pero por el momento no se lo dijo.

—Está bien —le hizo una señal a Marini—. Escuchemos a su hijo.

El chico permanecía acostado en la cama, la pierna herida unida a un sensorio. A su lado, el doctor Ian estaba terminando el vendaje. Cuando vio a Teresa y a Marini, el médico sonrió.

—¿Cómo está? —le preguntó ella.

—Algunos puntos de sutura y un analgésico. En un par de horas lo envío para casa.

Ian terminó el vendaje, lo aseguró con un broche y se despidió haciendo un gesto con la cabeza.

Teresa se acercó al joven, que había mantenido la cabeza vuelta hacia la ventana todo el rato. No la había mirado en ningún momento.

—Soy...

—Ya sé quién eres —la interrumpió—. Lo sabe todo el pueblo.

Ella cogió una silla y se sentó al lado de la cama. Marini se quedó en la puerta.

—¿Te duele? —le preguntó.

—¿El qué, la pierna? No.

El chico tenía hematomas en el cuello, pero Teresa estaba segura de que tampoco eso era la causa de su dolor.

—A uno no le resulta fácil escapar de la muerte y permanecer intacto por dentro —le dijo—. Algo se rompe.

Por fin la miró.

—¿Y tú qué sabes?

Teresa no respondió, consciente de la presencia de Marini a sus espaldas. Se volvió y le hizo señas para que saliera. Él respondió con una mirada entre la decepción y la molestia. Podía entender su reacción, pero no tenía ni tiempo ni ganas de explicarle que en su trabajo, a veces, era necesario también saber dar un paso atrás y desaparecer unos instantes. Esperó a que la puerta se cerrara de nuevo antes de volver a concentrarse en David.

—Venga, ¿y tú qué sabes? —le preguntó de nuevo el chico. Había olfateado su herida y no tenía intención de soltar la presa.

Teresa se sentó en la cama. El colchón cedió bajo su peso, acercándolos. Notó la mano del chico rozándole una pierna, pero no se retiró. Él tampoco.

—Yo también estuve a punto de morir, hace mucho tiempo —le confesó—. Sé cómo se siente uno.

David la observó largo rato.

—¿Un accidente? —preguntó.

Teresa frunció los labios y negó con la cabeza.

—Un accidente que tenía brazos y piernas muy fuertes —respondió—. Pegaba fuerte.

—¿Quién era? ¿Alguien a quien tenías que detener?

—Mi marido.

El chico la miró. Estaba impresionado, tal vez dudaba. Teresa se preguntó si se decidiría a confiar en ella.

—¿Cómo terminó la cosa? —le preguntó David en un susurro.

Teresa sonrió.

—Muy mal, pero aún estoy viva —respondió.

Él bajó la mirada.

—La manera como te sientes ahora tiene, de todas formas, un lado positivo —le dijo—. Sirve para verlo todo en su dimensión real.

—¿A qué te refieres con todo?

—Las alegrías de la vida, como también sus dramas.

David volvió a mirar la nieve de fuera a través de la ventana.

—El doctor Ian ha dicho que he tenido suerte —lo oyó decir—, pero yo no lo creo. No fue suerte.

—Pues entonces, ¿qué fue?

Esta vez fue el turno del chico de quedarse callado.

—¿Qué fue, David?

—Él lo decidió. No fue suerte. Si estoy vivo es porque él me perdonó la vida. Ya había leído en su cara que iba a morir, pero luego algo cambió.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros. Teresa sentía su emoción. Era poderosa, una energía que había saturado la estancia.

—Lloré —murmuró—. Lloré y él me dejó vivir.

Teresa no se esperaba una confesión semejante.

—¿Por qué estás tan convencido de que esa es la razón por la que te perdonó la vida? —le preguntó.

—Porque me miró a la cara, observaba mis lágrimas y... Y cambió, algo cambió en él, y ahora yo estoy vivo por eso.

Teresa no sabía qué pensar, pero de una cosa estaba segura: David creía profundamente en lo que estaba diciendo.

Puso en su regazo el informe con la descripción proporcionada por sus amigos.

—¿Se corresponde con él? —le preguntó. Nadie mejor que él podía contestar. Lo vio leerlo con atención y luego apartar la mirada.

—Sí.

—¿Añadirías algún detalle más?

—Tiene los ojos azules, o tal vez verdes. ¡Dios mío, no lo recuerdo! —se echó las manos a la cabeza—. Lo miré bien, ¡pero no puedo recordarlo!

Parecía trastornado. Teresa le dio un golpecito en la mano.

—No te preocupes —dijo—. Es el shock. Tenías otras cosas en las que pensar en ese momento. ¿Cuántos años le echarías?

—Treinta, tal vez cuarenta. Llevaba la cara pintada.

—¿Recuerdas algo más? Es importante, David. Eres el único que lo ha visto bien.

—No, no soy el único. Tú también lo viste —dijo—. Fuera del colegio. Iba vestido de manera distinta, pero era él, estoy seguro.

Teresa pensó en el montañés que se había lanzado contra el todoterreno, liándose a puñetazos contra la carrocería. Recordó la persecución por el bosque. Así que realmente se trataba de él.

Ahora entendía con qué se había ensuciado la chaqueta. El hombre se pintaba la cara con excrementos.

—Ese es solo el medio, no su propósito —murmuró para sí misma—. Se

pinta la cara para parecer una calavera.

39.

Las luces de los generadores iluminaban el bosque como un amanecer precoz e innatural. Algunas aves habían empezado a lanzar su canto en el aire atravesado por escasos copos de nieve.

En el sendero aún eran visibles las marcas dejadas por el todoterreno. Algún añico de vidrio caído de los faros rotos señalaba el punto exacto del impacto contra la roca.

Las huellas de los zapatos confirmaron la mecánica descrita por los chicos. Las del desconocido, en un primer examen, parecían encajar con las huellas dejadas en la escena del crimen del caso Valent.

—Posiblemente es él —dijo Marini.

Teresa estaba convencida de eso. Se percató de que el comisario jefe y el ayudante del fiscal Gardini estaban del otro lado de la cinta que delimitaba las pistas. Los saludó con un gesto.

—Los chicos lo asustaron. ¿Por qué? —reflexionó.

—Atacó movido por la ira —dijo Marini.

Teresa no estaba de acuerdo. Por el relato de los chicos, parecía que el desconocido había tendido las manos como para detener el avance del vehículo. Quería proteger algo.

—No. Atacó para defenderse, porque se sintió amenazado —replicó.

—¿Cree que vive en el bosque?

—¿Es eso posible, en tu opinión?

—No, no completamente aislado.

—Quiero los mapas catastrales de todos los *stavoli*, ya sean graneros o cuadras, que se encuentran en la zona. Tal vez los use solo como base.

Una manada de venados atravesó con saltos ágiles y poderosos el sendero frente a sus ojos. Alguien del equipo gritó por la sorpresa. Era un espectáculo con un encanto siniestro: no se trataba de una conducta natural.

—Algo los ha asustado y los ha hecho bajar al valle —Knauss expresaba

en voz alta los pensamientos de todo el mundo.

Teresa miró el negro entre los árboles.

—Está aquí. Nos está observando. Una vez más —murmuró.

De nuevo, la oscuridad y el bosque lo protegían. Era impensable lanzarse a una cacería humana.

—Y a saber dónde estará mañana.

40.

El único pub de Traveni era El Oso Dormido. Ocupaba el sótano de un edificio medieval que daba a la plaza. Se bajaba por unos pocos peldaños esculpidos en la piedra para entrar en el local, con unas paredes gruesas como brazos y el techo abovedado, recubierto con un estuco espeso e irregular. Las paredes de piedra vista acogían reliquias de un pasado rústico y silvestre. Las únicas ventanas eran unos rectángulos estrechos y altos, decoradas con vitrales policromados de tonos vivaces. A juzgar por las burbujas de aire que se entreveían, Teresa dedujo que eran antiguos o bien reproducciones rigurosas. Incluso a pleno día, dudaba de que la luz del sol pudiera llegar hasta allí abajo, salvo en forma de un arcoíris estridente. Encima de la barra de pino colgaba una colección de jarras de cerveza de diversas formas y tamaños. En una esquina, la cabeza de un diablo con unos cuernos enormes y curvados observaba a los parroquianos con ojos amarillos y malignos. Tenía una cresta de cerdas negras y dientes afilados.

Teresa lo miraba fijamente, hundida en un incómodo asiento, con una pinta de cerveza entre las manos a la que apenas había dado unos sorbos y un platito de cacahuets, que de vez en cuando se metía en la boca sin mucha convicción. De Carli y Parisi estaban ocupados en una partida de billar, Marini los observaba encaramado en un taburete. Los otros muchachos del equipo, llegados como refuerzo desde la ciudad, ocupaban un par de mesas más alejadas y eran los únicos que habían logrado comer algo. Esa noche Hugo Knauss y sus hombres se encargarían de la patrulla.

El bar estaba medio vacío. Teresa sabía que de eso tenía ella la culpa, y también debía de pensarlo el dueño, a juzgar por las miradas que de vez en cuando le lanzaba. Ella le respondía del mismo modo y en ese desafío de miradas quien salía siempre derrotado era él. Teresa no entendía por qué se obstinaba en continuar.

Un vocerío concitado anunció la llegada de otros clientes. El grupito de

cuatro personas se dirigió hacia Teresa. Uno de ellos en particular tenía un aspecto belicoso que la molestó en cuanto se percató. Lo conocía, ya lo había visto en un par de ocasiones, y también sabía el motivo de su descontento.

—Buenas noches, alcalde —lo saludó, cuando se detuvo delante de su mesa.

—¿Un asesino en serie? —le espetó el hombre, sin responder al saludo—. ¿Sabe lo que esto significa para el pueblo? La ruina.

Estaba temblando de rabia. Teresa no se dejó impresionar. Comprendía su preocupación, pero la nota de prensa enviada por el comisario jefe por sugerencia suya era obligada para la seguridad pública.

—Nunca he mencionado nada semejante —dijo—, pero no podemos ocultar la peligrosidad de la situación.

El hombre apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella con agresividad.

—¿Quiere saber lo que es *realmente* peligroso? —le preguntó, con el rostro en llamas—. ¡Un forastero que viene aquí a decirnos de qué debemos tener miedo!

Ella hizo saltar su mirada desde la pinta de cerveza hasta los ojos del hombre.

—¿Y se supone que ese forastero soy yo? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta. Para la gente del valle, el resto del mundo era un lugar ajeno, lleno de insidias, habitado por ineptos y estafadores sin escrúpulos. Su pequeño mundo encarnaba una perfección que debía ser protegida, incluso a costa de alguna vida; pero esa perfección, Teresa lo había visto, empezaba a presentar fisuras. Dejaba entrever una cara cualquier cosa menos benigna.

—Traveni no les necesita ni a ustedes ni sus lecciones sobre cómo estar en el mundo —silbó el hombre—. Sobrevivimos durante siglos sin la ayuda de los de la ciudad. Continuaremos haciéndolo.

Teresa pescó un cacahuete del platito y se lo metió en la boca. Estaba rancio, aunque tal vez solo fuera su bilis, que empezaba a subirle.

—¿Que saben ustedes cómo sobrevivir? —repitió—. Pues entonces vaya a decírselo a la viuda Valent, porque parece que su marido no lo entendió.

El alcalde se le echó encima y con un gesto lleno de ira volcó lo que había encima de la mesa. La jarra chocó contra el suelo, salpicando espuma y cerveza, y se hizo añicos mientras los cacahuetes rodaban entre las sillas y los bancos.

Teresa se puso en pie de un salto y con solo una mirada disuadió a su equipo de que interviniera.

—Jamás vuelva a permitirse hacer algo así —silabeó bien las palabras—. Otro gesto violento como este y no tendré más paciencia con usted. ¿He sido clara?

Había algo en su voz o tal vez en su expresión que le hizo entender al hombre que lo mejor era no seguir por ese camino. Teresa sabía que podía llegar a ser más dura de lo que la gente pudiera imaginarse al verla. Si había algo que no toleraba —ya no más— era la violencia.

El hombre pareció calmarse, pero su respiración seguía siendo jadeante. Los amigos que lo acompañaban le rodearon el pecho con sus brazos, susurrándole que se fueran.

—La temporada de esquí acaba de comenzar y las vacaciones de Navidad están al caer —dijo entre dientes—. Un daño a nuestra imagen significa hoteles vacíos y pistas de esquí desiertas.

Estaba tratando de explicar su gesto. Una retirada parcial. Teresa dejó que se desahogara.

—No falta mucho para la noche del 5 de diciembre; Traveni celebrará la fiesta de San Nicola, los figurantes disfrazados de demonios bajarán al pueblo desde la montaña. Es una celebración importante, que acoge a cientos de visitantes en el valle, pero ¿qué sería del evento si no hubiera nadie para verlo?

Teresa escuchó, paciente. La preocupación del alcalde sin duda era fundada, pero el interés de los investigadores se centraba en proteger a la gente y desalentar a los turistas curiosos.

—Un hombre ha sido asesinado a plena luz del día, en uno de los caminos transitados por los excursionistas —dijo—. Era fuerte y, sin embargo, no logró defenderse. Ni siquiera tuvo tiempo para intentarlo. El asesino le sacó los ojos, y no los hemos encontrado. Una mujer fue agredida mientras volvía a su casa desde el trabajo. También a ella le falta una parte de la cara.

Se había hecho el silencio en el bar.

—¿Sabe lo que eso significa? —prosiguió—. Que el atacante se la comió, o bien se la metió en el bolsillo y se la llevó. En ambos casos, yo creo que este lugar ya tiene su diablo, aunque por desgracia de carne y hueso. De manera que ahora me pregunto, alcalde, ¿este pueblo tiene la intención de colaborar o bien espera a que pase alguna otra desgracia antes de hacerlo?

La mirada del alcalde y de los hombres que lo acompañaban se posó sobre la máscara infernal que estaba junto al surtidor de cerveza. Ahora veían de manera diferente su mueca famélica.

—Nadie ha pensado nunca en no colaborar —dijo el alcalde.

Teresa negó con la cabeza.

—Ustedes ven a todo el mundo como un intruso, incluso a nosotros, que estamos aquí para encontrar al responsable. Se encierran en su comunidad pensando en la salvación, pero así lo único que hacen es condenarse.

El alcalde no reaccionó. Él y los demás se marcharon sin decir ni una palabra más, todavía airados, quizá, pero sin duda alguna asustados.

Teresa se sentó, entre cristales rotos y cacahuetes dispersos. El dueño, con la mirada gacha, se apresuró a llegar hasta su lado y limpiar la mesa y el suelo. Una chica llevó una nueva jarra llena hasta el borde y con cierto apuro le dijo que invitaba la casa.

Poco a poco, el vocerío se reanudó, aunque más bajo. Teresa bebió un sorbo de cerveza. Solo en ese momento se fijó en el hombre que estaba sentado a una mesita, en la esquina opuesta del bar. El doctor Ian levantó su jarra en una señal de brindis a la que Teresa correspondió. Lo vio levantarse para reunirse con ella, llevándose consigo el sombrero y la cerveza.

—¿Puedo? —le preguntó.

—Claro.

El doctor se sentó.

—No se lo tome a mal —dijo—. El alcalde es una buena persona, con unos modales discutibles. En estos pagos, menos turismo significa no llegar a final de mes para muchas familias. Aquí se vive de poca cosa más.

—No me gusta asustar a la gente, doctor, ni tampoco crear alarmismo, pero esta vez no he podido evitarlo. El miedo, a menudo, supone la diferencia entre vivir y morir. Salva.

—Ya, lo comprendo. Nace en la parte más primitiva de nuestro cerebro, la que tenemos en común con los reptiles. Millones de años de evolución y su centro todavía sigue aquí, en un pequeño cuerpo con forma de almendra —dijo, dándose un golpecito en la cabeza—. Dios debe de haberlo considerado fundamental, si nunca se ha planteado modificarlo.

Teresa sonrió. Le pareció extraño que un hombre de ciencia esgrimiera a Dios y no la evolución al hablar de anatomía.

—Hasta hace no muchas décadas el pueblo estaba aislado y la gente estaba

acostumbrada a luchar únicamente para poder comer dos platos calientes al día —comentó el médico—. Eran campesinos, pero sobre todo leñadores que vivían de la caza y de la madera. No era raro que durante los inviernos más duros las mujeres abortaran o abandonaran a las puertas del convento de abajo a un recién nacido demasiado débil para sobrevivir. Eran otros tiempos, tiempos desesperados. Por suerte, son un recuerdo lejano, pero creo que el hambre ha permanecido en el ADN de los habitantes del valle.

—No creía que la situación fuera tan dramática —dijo Teresa.

—Lo era. Las vías de comunicación modernas han ayudado a erradicar la miseria y recientemente el turismo ha mejorado la vida de muchas personas. Pero no todo el mundo acepta los cambios.

—¿Se refiere al grupo de activistas que boicotean la nueva estación de esquí?

Él asintió.

—Las transiciones nunca son fáciles —respondió luego.

Teresa le dio vueltas a la jarra en sus manos.

—Hablando de niños —dijo—, me gustaría preguntarle una cosa.

—Pregunte, pregunte.

—La primera víctima, Roberto Valent, ¿era un padre más bien frío?

Ian frunció el ceño.

—No, no, en absoluto —respondió rápidamente—. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Hay algún indicio de que...?

Teresa negó con la cabeza. No sabía por qué se lo había preguntado.

—Era solo una hipótesis, doctor, que no tiene relevancia alguna para los fines de la investigación. No hay ningún indicio. Solo quería hacerme una idea más clara de quién era Valent.

—Roberto era un profesional apreciado y un esposo modélico. Nunca lo vi sin su esposa en su tiempo libre. Por lo que se refiere a la relación con su hijo, diría que era óptima. Diego es un niño perfecto.

Teresa estaba empezando a comprender la vara de medir del doctor Ian. No era la suya.

—Perfecto —repitió, asintiendo—. Justo como quería papá.

—Roberto también trabajaba como voluntario, ¿sabe?

Teresa no replicó. Le preguntó si en el pueblo alguien había dado muestras de desequilibrio mental, particularmente agravadas en los últimos meses. Él lo negó.

—El aislamiento puede hacer que una mente vacile, comisaria, pero matar es otra cosa. He visto nacer a casi todo el mundo, aquí en el pueblo, y estoy seguro de que ninguno de ellos puede haber llegado a tanto.

Teresa miró el crucifijo que colgaba de su cuello. Evitó decirle que los asesinos eran hijos de su Dios tanto como lo eran los santos, y que aparecían en todas partes, incluso en Traveni.

41.

—Quédate donde estás.

Parisi le había hablado sin mirarlo, mientras continuaba la partida de billar con De Carli. Estaba ganando sin demasiado esfuerzo, pero el compañero no estaba dispuesto a renunciar y de vez en cuando anotaba algunos puntos dignos de mención.

Marini se preguntó cómo había podido Parisi intuir sus intenciones. El policía pareció percibir su perplejidad.

—Sabe apañárselas ella sola —dijo con una sonrisa—. Si te acercas, solo conseguirás que se cabree.

—Y se cabrea por poca cosa —subrayó De Carli, mientras buscaba el ángulo correcto para la jugada. No lo encontró y falló el tiro.

Massimo miró a Teresa Battaglia. Acababa de salir de un encontronazo con el alcalde que había hecho que todos los presentes se volvieran en su dirección. Había estado a punto de unirse a ella para hacer que ese tipo autoritario comprendiera que no estaba sola.

—Ni siquiera me he movido —dijo—. ¿Cómo te has dado cuenta? —le preguntó.

Parisi se encogió de hombros. Anotó otros puntos.

—Porque no eres el primero. Todos hemos pasado por esa situación, pero ella nos ha hecho comprender que no es esto lo que necesita —lo miró—. Si hasta nosotros mismos la tratamos como si fuera débil, no podemos pretender que los que no la conocen actúen de manera diferente.

—Para una mujer es más difícil —dijo De Carli—. Tiene que demostrar de forma continua que no está a punto de derrumbarse y que nos mantiene a todos bajo control.

Massimo bebió un trago de cerveza.

—Conmigo no hay riesgo de que la infravalore —dijo—. Me pasa por encima todos los días como un tanque.

Parisi se echó a reír.

—Se nota que eres su favorito. Un servidor fue ignorado durante casi dos años antes de que se acordara de mi nombre.

—Será porque él le lleva bollos —se burló De Carli.

Massimo hizo una mueca.

—Es una mujer —dijo—. Por regla general, les gustan.

—¡No! —dijo Parisi—. Eso es exactamente lo que debes evitar con ella: no la consideres una mujer, sino tan solo una persona, de lo contrario sería ya como si la discriminaras, ¿entiendes?

Marini estaba bastante confundido respecto a todo lo que gravitaba alrededor de la comisaria Battaglia.

—Nunca me había sentido machista por una zalamería —protestó.

Los dos compañeros se miraron y se rieron.

—Ella es tu comisaria —dijo De Carli—. Completamente asexuada. Una entidad superior que podría hacerte la vida muy complicada y, entre paréntesis, se moriría de ganas de hacerlo.

—Me he dado cuenta. ¿No tiene familia?

Massimo notó que la expresión de sus compañeros cambiaba. Un pensamiento comprometido los había turbado.

—La tenía —respondió De Carli, pero su compañero lo fulminó con la mirada.

Massimo no entendía su comedimiento.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Parisi anotó otro punto.

—La cosa no acabó bien —murmuró nuevamente De Carli—. Olvídalo.

—¿Qué pasa? —preguntó, cada vez más sorprendido—. ¿Se trata de un tema tabú? Si la cosa terminó y está sola, habrá un porqué, tal vez debería reconsiderar su forma de tratar con los demás.

Parisi dejó el taco sobre la mesa.

—La comisaria Battaglia tiene una familia. Somos nosotros.

De Carli lo imitó.

—Aunque nunca se lo digamos, para ella siempre estaremos ahí.

Massimo se quedó impresionado con su reacción. Miró a la comisaria. Se preguntó cómo se las había apañado para ganarse tanta devoción. Parecía no ser consciente de las reacciones que despertaba a su alrededor, o tal vez no le importaban demasiado. A él, sin embargo, le parecía una persona que estaba

sola. Era esto lo que más lo sorprendía, porque sentía que no se trataba de una condición tolerada, sino obstinadamente deseada, y Parisi y De Carli protegían su secreto. Acababan de hacerle entender que no debía formular preguntas, que no debía ir por ese camino. Massimo se preguntó una vez más qué sería de su familia. Más allá de las bromas cáusticas y del carácter intratable, había visto en ella un lado humano profundo y sensible. Se había dado cuenta al verla tratar con el pequeño Diego Valent, y luego cada vez que había posado su mirada sobre una víctima. Como con el chico del hospital al que acababan de interrogar. Una profunda empatía, que la hería.

Parisi le puso una mano sobre el hombro.

—¿Otra cerveza? —le preguntó, con una sonrisa.

Marini asintió.

—Algún día lo entenderás —le dijo De Carli, volviendo a concentrarse en la partida.

—¿El qué? —le preguntó.

—Por qué ella nos importa tanto. A ti también te pasará.

42.

Bosque de Traveni-Aberlinz, 1988

El sol de la tarde ya entrada iba calentando las tablas arqueadas del *stavolo*^[2] y desprendía el aroma de la madera envejecida, una mezcla de miel y heno. El bosque refulgía con un verde luminoso y reluciente, movido por una cálida brisa. Puntos brillantes giraban por entre las briznas de hierba: eran insectos laboriosos y pólenes impalpables. El canto de los pájaros era una melodía que desde el amanecer hasta la puesta de sol se alternaba con la de los grillos.

El niño aprehendía el mundo a través de una grieta entre las vigas de carga de la pared. La había abierto con el tiempo la alternancia de veranos calurosos e inviernos duros. Los pequeños dedos se asomaban del otro lado de la barrera y bailaban en el aire, libres. Los animales del bosque habían aprendido a conocerlos y ya no les tenían miedo. Se acercaban, a veces, para lamerlos y rozarlos con su pelaje. Entonces él buscaba ese contacto estremecedor y sentía, por debajo de su piel, latir un corazón parecido al suyo. La primera vez se quedó sorprendido, una noche de dos primaveras atrás. Había presionado su cuerpo contra la pared para extender el brazo tanto como fuera posible a través de la abertura. Una palma de la mano posada sobre el pecho del ciervo y la otra sobre el suyo: había reconocido la vida. La había sentido palpitando junto a la noche, acompañada por el canto de los búhos y el fragor del arroyo. Se quedó así, observando el cielo, con el animal inmóvil pastando a su lado, al otro lado de la barrera.

Conocía ahora el movimiento de las estrellas y de la luna, la geografía del mundo sobre su cabeza, la danza del tiempo y de las estaciones, la alternancia de la vida y de la muerte en el bosque.

A través de esa rendija había visto nacer a los animales y por allí también los había visto quedarse dormidos para siempre, consumirse y mezclarse con

la tierra. Los había visto mientras las hembras elegían a los machos y se había preguntado de dónde vendría él.

Enrolló el hilo entre sus dedos, hizo un nudo y lo metió por la grieta. Apoyó la oreja en las tablas y escuchó el sonido de las patas de las lagartijas que iban a calentarse al sol. Le llevó su tiempo elegir el momento apropiado, pero disponía de mucho, y había aprendido del zorro a ser paciente. Tiró del hilo y el lazo se cerró alrededor de la lagartija. La atrajo hacia sí a través de la hendidura. El animalito se retorció entre sus manos, casi sin peso. Lo apretó con delicadeza mientras tendía los brazos hacia el rincón más oscuro de la habitación.

La criatura que desde hacía algún tiempo lo acompañaba se guarecía siempre allí, donde la luz no podía llegar. El mundo exterior la asustaba, aunque no tenía ningún motivo. Él la protegería, como veía hacer a las madres con sus cachorros.

La llamó en voz baja, pero no salió de su refugio. Lo intentó lanzando en su dirección algunos trocitos de comida, pero tampoco eso la llevó a abandonar la oscuridad.

Entonces depositó la lagartija en el suelo y la dejó correr atada al hilo, arriba y abajo. Algo finalmente se movió con un crujido.

Desde la oscuridad, se asomó una pequeña mano.

43.

Con el permiso del comisario jefe, Teresa había transferido a su equipo a la comisaría de la policía local de Traveni. Coordinar las investigaciones desde el pueblo ahorraría tiempo y recursos. La verdad, sin embargo, era que presentía que pronto iba a suceder algo. La muerte aún no había terminado con ese lugar, Teresa estaba segura de ello.

Aireó la habitación e hizo la cama con las sábanas y las mantas que el jefe Knauss había repartido para todos ellos. Después de una ducha caliente, se inyectó la insulina y colocó sus pocos efectos personales llevados desde la ciudad.

Fuera de la ventana, las lámparas del patio iluminaban la nevada más abundante que Teresa había visto en los últimos años. Se quedó largo rato mirando cómo caían los grandes copos, en busca de una paz que no sentía desde hacía mucho tiempo. Recordaba los inviernos de cuando era niña, las casas cubiertas casi hasta el techo con suaves montículos moldeados por el viento como olas, los descensos de la colina con el trineo, las batallas sobre la nieve y el peso tierno de los cristales que se posaban sobre la cara vuelta hacia el cielo.

En las últimas horas se había preguntado repetidas veces si era oportuno seguir con el caso. Sentía que ya no podía llevar su cuerpo hasta los extremos que esa investigación exigía. No obstante, él continuaría a su servicio, a pesar de sus peticiones irracionales, del coraje llevado al límite, del cansancio y del miedo. De los músculos doloridos, del frío, del calor, de la falta de sueño.

Era ella la que ya no quería seguir pidiéndoselo, pero la decisión no le correspondía únicamente a Teresa. Las voces de las víctimas la acompañaban en cada momento del día y en la oscuridad de la noche cobraban mayor altura. No la dejarían descansar nunca hasta que se encontrara al culpable y el círculo de la muerte se cerrara.

Como una guerrera cansada, Teresa echó las cortinas sobre sus recuerdos y

sus necesidades. Era como recoger las armas y volver a levantarse. Sacó un diario del bolso. Lo había comprado esa mañana, aún estaba envuelto. Desenvolvió el paquete, lo abrió y acarició las páginas.

Tenía que reorganizar su vida cotidiana, ser más metódica todavía, guardiana de sí misma. Anotaría allí los momentos más destacados de su vida; esa misma noche empezaría, desde el pasado, y algún día llegaría hasta el futuro, porque quería recordar también los sueños que aún no se habían hecho realidad, las aspiraciones, los proyectos y todo para lo que todavía quedaba espacio en su vida, más allá de lo que el destino quisiera concederle. Teresa también quería poner a prueba su memoria en los días venideros y darse cuenta de si iba a perder algo de lo pasado. No quería rendirse a la idea de estar enferma.

En la primera página, escribió ese nombre que aún no había tenido el valor de pronunciar: esa enfermedad que —tal vez— había empezado a atacarla demasiado pronto.

Escribirlo le supuso el esfuerzo de admitirla en su vida. Ahora ya formaba parte de esta, era un personaje en su historia, pero sus labios aún se negaban a darle vida a ese sonido, como si dejarlo dormir entre las páginas pudiera suspender la condena. Era un hechizo en el que desearía haber creído con toda su alma.

Dos golpes en la puerta reclamaron su atención. Cerró el diario, pero inmediatamente volvió a abrirlo y borró ese nombre con gestos febriles. Todavía no estaba preparada para mirarlo a los ojos. Fue a abrir. Se encontró a Marini apoyado en la jamba. Él le sonrió con un paquete de galletas en las manos. Empezaba a convertirse en un vicio.

—No ha comido nada —le dijo.

Teresa las cogió y leyó la etiqueta. Se lo esperaba.

—Son para diabéticos —protestó.

—Si no le apetecen, me las llevo.

Teresa se las quedó.

—Te envío a casa por unas horas y tú, en lugar de dedicarte a lo tuyo, ¿vas a comprarme galletas? —preguntó.

Él no respondió.

—¿Cuándo dejarás de buscar mi aprobación? No soy tu madre —le dijo, sin animosidad. Estaba empezando a encontrarlo tierno. Molesto, pero tierno.

—Es mi superiora. Y hace bien su trabajo —respondió.

—Vaya, ahora me han ascendido. Hasta ayer era una adivina de feria.

—No, eso nunca lo he pensado.

—¿En serio? Bueno, tal vez deberías haberlo hecho; las investigaciones están en un punto muerto.

Nunca olvidaría la sonrisa que se abrió en el rostro de Marini; borró de golpe días de cansancio y de tensión.

—Tenemos un nombre, comisaria. Coincide con el perfil que usted hizo.

44.

Lucas Ebran, treinta y nueve años. El hombre vivía con su madre en un pueblecito del valle, en la carretera que llevaba a Traveni. Con apenas trece años había prendido fuego a los lavabos del colegio y recientemente se había peleado con sus vecinos. Estaban convencidos de que había matado a su gato. También el perro había desaparecido después de ser visto con él y nunca más lo habían encontrado. Sospechaban de Ebran porque decían que era raro y habían empezado a temer sus miradas alucinadas y los silencios con los que respondía a sus saludos.

—Episodio de piromanía y sospechoso de violencia sobre animales. Muy buen trabajo, Parisi —dijo Teresa.

—Su padre era cazador —continuó el agente—. Se suicidó pegándose un tiro en la boca cuando su hijo era adolescente. Fue Lucas quien encontró el cuerpo en el sótano.

Teresa intentó imaginar lo traumático que debía de haber sido aquello, en un período de la vida tan delicado como ese en el que uno se asoma a la madurez, pero los movimientos internos y las inseguridades son todavía los de un niño. Lo vio bajar las escaleras que llevaban al sótano, respirar el olor de la muerte, abrir la puerta en la oscuridad y encontrar el cuerpo destrozado de su padre.

—¿De qué trabaja? —preguntó.

—Está en el paro. Conocía a la primera víctima, comisaria; había trabajado en las obras de la estación de esquí como albañil. Lo despidieron dos semanas antes de la muerte de Valent porque no era capaz de llevar a cabo las tareas que se le encomendaban, ni siquiera las más elementales.

Teresa sintió que un hormigueo recorría su cuerpo. Fue una emoción que tuvo que mantener bajo control.

—Su psicosis no se lo permite —dijo, absorta.

—Lo han visto a menudo deambular por la linde del bosque —continuó

Parisi—. Espiaba las casas. Alguien incluso se asustó, porque pensaba que estaba acosando a su hija adolescente. Estamos buscándolo.

Teresa sabía que todo el equipo estaba mirándola, a la espera de su respuesta. Tenía que tomar una decisión que iba a cambiar la vida de un hombre. Ebran podría ser tanto un brutal asesino como un inadaptado que vivía al margen de la sociedad, pero inofensivo.

Tal vez el gato había sido envenenado por otra persona y el perro se había escapado, pensó. Tal vez Lucas Ebran había sido un adolescente difícil, porque sufrió debido a la desaparición del padre, y detestaba a sus vecinos porque sentía el peso de sus juicios. Observaba a las familias porque las envidiaba y habría deseado algo de ese calor para sí mismo, y las adolescentes eran bellezas que debían ser observadas, porque nunca había tenido novia.

A lo mejor Ebran era todo eso, pero no un asesino. Teresa, sin embargo, no podía permitirse dudas. Se detestaba a sí misma cuando se veía tan intransigente, y la única manera de soportarse era repetirse que alguien, tal vez, estaba a punto de morir y vivía los últimos instantes de su vida en el absoluto desconocimiento de que se encontraba a un paso de perderla.

—Está bien —dijo—. Dentro de cinco minutos ponedme con el ayudante del fiscal. Mientras tanto, voy a resolver un problema.

45.

Teresa encontró a Hugo Knauss en la cocina, preparándose un té. La tetera borbotaba en el fogón y el sobrecito ya estaba listo sobre la mesa, con una rodaja de limón en un platito.

—Deje esa taza y dese la vuelta —dijo secamente.

Se vio tan sorprendido que obedeció.

—¿Algo va mal? —preguntó. La luz le esculpía el rostro. Con la piel oscurecida y consumida por el frío, parecía una máscara de madera, obra de un artista burlón: las orejas demasiado grandes, la nariz demasiado pequeña, esos ojos tan juntos...

Teresa no se dejó engañar por su expresión bonachona. Estaba segura de que no perdería esa media mueca sonriente ni siquiera delante de la mayor de las tragedias. Era su marca registrada, una especie de pliegue en la textura de la cara. Tenía que volver a ponerlo en su lugar de inmediato, o ese hombre no mostraría más respeto por su puesto.

—¿Algo? Digamos que aproximadamente, y calculando por encima, todo lo que ha hecho desde que llegamos aquí —respondió—. Lucas Ebran: ¿no le dice nada este nombre?

Knauss bajó por un instante la mirada, antes de contestar: sabía que se había equivocado. Quedaba por ver si lo había hecho con el propósito de poner palos en las ruedas de la investigación o no.

—Ebran —suspiró el policía, apagando el gas—. No puede haber sido él.

Teresa tenía ganas de liarse a bofetadas con él. No había entendido la pregunta.

—El problema no es Ebran, quizá. El problema, jefe Knauss, es que yo tengo que fiarme de mis colaboradores —dijo—. Tengo que estar segura de que los ojos y los oídos de quienes trabajan conmigo también son los míos, y con usted esta certeza no la poseo. ¿Es capaz de imaginarse el porqué?

Inclinó la cabeza y esperó la respuesta.

Knauss se humedeció los labios, dejó que sus ojos vagaran por la habitación, como si buscara las palabras apropiadas que decir. No las había. Teresa no estaba allí para buscar explicaciones o recibir disculpas. Estaba allí para restablecer la jerarquía, un orden desagradable, tal vez ingrato, pero necesario. A veces se sentía como un viejo ciervo que desafiaba a golpes de cornamenta a los más jóvenes para conservar su propio territorio y el liderazgo de la manada. Solo que ella había nacido mujer y no tenía muchas ganas de descornar a los otros. Lo encontraba extenuante e innecesariamente agotador, pero si servía para hacer mejor su trabajo, entonces estaba dispuesta a embestir con más fuerza que nadie.

—¿Y bien? —lo apremió.

Knauss suspiró de nuevo. Quizá estaba empezando a comprender que no iba a sacársela fácilmente de encima.

—No volverá a suceder —dijo el hombre—. Se lo contaré todo.

Teresa asintió, pero a pesar de que su hijo se había visto implicado en el asunto, no estaba segura por completo de que Knauss se encontrara situado en realidad en el lado justo.

—David terminó en el hospital porque es muy probable que se topara con el asesino al que estamos buscando y usted todavía está aquí jugando a no dar su brazo a torcer conmigo —le dijo—. Su hijo está vivo por pura casualidad. Recuérdelo bien, jefe, la próxima vez que le entren ganas de llevar las pesquisas en mi lugar.

Lo vio tragar en vano.

—Ebran es un desgraciado —dijo el hombre—, y su madre está enferma.

—Y el padre está muerto y no tiene amigos —canturreó Teresa. Se acercó a él, levantó la barbilla para mirarlo a los ojos—. Me importa un comino si usted cree que este no puede ser el hombre que estamos buscando. Me importa un comino si usted es un incompetente. Pero no vuelva a obstaculizar mis investigaciones.

Knauss ni siquiera parecía respirar.

—Nunca quise obstaculizarlas —dijo.

Teresa no retrocedió ni un milímetro.

—Si vuelve a callarse una información importante, o vuelve a decirme una sola palabra incorrecta, le juro que lo echaré a patadas del caso.

46.

El mundo ya no tenía sonidos, salvo el apacible crepitar de la nieve virgen que se unía a la que ya había caído. La noche había transformado los primeros y tímidos copos en un temporal silencioso. Era un invierno impresionante. El bosque era una extensión de cristales, de cálidas madrigueras que acogían a animales acurrucados y de ramas cargadas con una blancura pesada que de vez en cuando se sacudían de encima, inclinándose hasta el suelo. Alguna bestia vagaba aún en busca de comida, los ojos iridiscentes en la oscuridad, el pelaje blanquecino y el hielo adherido al pelo del hocico. Resoplaba vaho por las fosas nasales.

Observaba el bosque desde el escondite al pie de un abeto centenario, las manos apretadas alrededor del cuerpo en busca de calor. Esperaba, paciente.

Estaba dando caza a una presa a la que había seguido durante semanas. Había observado sus costumbres, los recorridos que hacía, los encuentros fortuitos con sus semejantes. Sabía que tarde o temprano esa noche pasaría por allí y se había preparado para recibirla. Ni siquiera el temporal iba a apartarla de su propósito: era un animal de costumbres.

La vio llegar poco después. Las luces del vehículo metálico que utilizaba para desplazarse penetraron la densidad del bosque e iluminaron su escondite por un momento, cuando giraron en la primera curva cerrada.

Se levantó y siguió el trayecto, agachado sobre la maleza. El vehículo avanzaba lentamente. La oscuridad lo había sorprendido en un tramo difícil, donde la montaña se volvía severa y el hielo tan denso que no se disolvería hasta la primavera. Avanzaba con dificultad, dando bandazos, esparciendo por el aire humos de olor acre.

La presa estaba nerviosa. Se daba cuenta incluso desde la distancia, escudriñando su perfil tenso. Los ojos estaban hundidos, entrecerrados en el acto de encontrar una concentración que le faltaba. Los labios parecían haber huido de la boca. Estaba incómoda, probablemente también asustada. Se

sentía fuera de lugar allí, donde, por el contrario, él reinaba. Ya era suya.

En la tercera curva en horquilla, tal y como se esperaba, el vehículo metálico se detuvo. Se paró durante unos largos instantes en medio de la carretera sin que ocurriera nada, luego la puerta se abrió y la presa se bajó. Al contacto con el aire helado, la vio apretujarse dentro de su ropa y colocarse mejor la gorra sobre la cabeza, con toquecitos de la mano.

Delante de ella, iluminada por los rayos de luz amarilla, una silueta oscura esperaba echada sobre un costado. La nieve aún no la había cubierto y el pellejo hirsuto brillaba en la noche.

La presa se acercó al cadáver del jabalí que poco antes él había colocado en el suelo, en ese punto exacto. Tal vez ya estaba pensando en cómo cargarlo y llevárselo, para alimentarse con su carne.

Él la miró, listo para atacar. Se desplazó por detrás, salió de entre la maleza. La nieve amortiguaba el ruido de sus pasos. Imaginó que era como caminar sobre las nubes.

Sus manos temblaban. El corazón, en cambio, se mantenía en calma. No había ímpetu, no había urgencia. Tan solo el deseo de arrebatarse su vida, igual que el invierno se llevaba la de las flores y la hierba.

A pocos pasos de ese cuerpo que desprendía mal olor, se detuvo. En medio del temporal, esperó a que la presa se percatara de su presencia y lo mirara con esos ojos que en los últimos tiempos había aprendido a conocer, ojos que en ningún otro animal había visto, solo en los de su misma especie: le hacían pensar en el agua sucia del río después de una avenida. Eran turbios y traicioneros, y cenagosos.

La presa inclinada sobre el cadáver enderezó la espalda. Había reparado en él. Volvió la cabeza, miró entre las ráfagas de nieve la silueta que le cerraba el camino hasta su vehículo. Se levantó. Por su expresión, aún no entendía qué pasaba.

No entendía que quien desprecia la vida tarde o temprano tendrá que pagar prenda con la suya.

No entendía que quien atormenta a los más débiles tarde o temprano encontrará a alguien más fuerte en su camino.

Sobre todo, no entendía que ya estaba muerta.

47.

¿A qué punto he llegado? Me pierdo incluso cuando mi cabeza funciona. Así que ya te puedes imaginar lo que hago cuando se presenta la verdadera confusión (he decidido llamarla así). Sospecho que el cansancio de estas últimas horas empeora mi estado, en vez de estimular las sinapsis y mantener despiertas las neuronas que me han quedado, las que no están moribundas. A las ya fallecidas ni les presto atención.

Este diario no debía ser un muro de las lamentaciones; en cambio, parece que me he convertido en una vieja llorica, además de una tocachuevos.

Veamos, ¿a qué punto había llegado? Al crucial.

Lucas Ebran: principal sospechoso.

Después de días de luz metálica y de noches precoces, esa mañana los tejados y las calles de las aldeas del valle brillaban bajo un sol refulgente. El temporal parecía haber mondado todo. No había rastros de aguanieve sucia a los lados de las calles, de las ventanas manchadas de lluvia y de la naturaleza en putrefacción por los canales de drenaje. Todo estaba blanco y cubierto de formas redondeadas. Olía a hielo y a madera ardiendo en las chimeneas.

Cuando Teresa y Marini llegaron delante de la casa de Lucas Ebran, el coche del jefe Knauss ya estaba aparcado en el camino de entrada. El policía se había ofrecido a anticipárseles para no contrariar a la madre del individuo, anciana y enferma. Estaba convencido de que encontraría mejor que ellos las palabras para explicar esa invasión. Por teléfono, un poco antes ya le había anticipado a Teresa que Ebran no estaba en casa y que su madre no sabía dónde se encontraba.

Cuando se bajó del coche, Teresa se percató de que había alguien asomado a la ventana en la casa colindante. La sombra se retiró inmediatamente.

—Los vecinos son gente curiosa —dijo Marini.

Teresa evitó mirar de nuevo en esa dirección.

—Quieren volver a sentirse seguros —dijo—. Quemarían en la hoguera a cualquier bruja con tal de liberarse del miedo.

Fue Hugo Knauss quien abrió la puerta de Ebran. Después del encontronazo de unas horas antes, el policía tenía que hacer esfuerzos para sostenerle la mirada a Teresa. Ella ya no se fiaba de él. Su actitud de cerrazón podía resultar peligrosa. También lo había notado en la viuda Valent. La comunidad de Traveni era protectora con respecto a sus vecinos y desconfiada hacia el exterior. Se había encerrado en sí misma. Nadie respondía de buena gana a las preguntas de los investigadores. Si era posible, evitaban cualquier contacto con ellos, aunque se tratara solo de una mirada. Preferían proteger a un asesino que sentirse objeto de observación y de juicio por parte de quienes consideraban, a todos los efectos, como forasteros. Teresa se había dado cuenta solo en ese momento de la forma en que la población trataba a los turistas: como un mal necesario al que no debería ser revelado su propio pensamiento al respecto. Había comprendido que, en el interior de ese núcleo antiguo e inviolable, forjado por siglos de aislamiento, nunca obtendría ayuda ni colaboración. Ordenó a Parisi que investigara la dinámica del pueblo sin que Knauss se enterara de ello. Tenían que encontrar algún eslabón débil dispuesto a hablar; un marginado, como ellos, que por descontento o ganas de llamar la atención estuviera dispuesto a contar los pecados del pueblo. Teresa conocía determinadas comunidades, ya había tenido que vérselas con otros casos semejantes, y sabía que siempre hay alguien rechazado en los márgenes que incuba cólera y deseos de venganza. Lo encontrarían. Lo que ella quería era un nombre, un perfil compatible: el asesino conocía esos lugares. También esos lugares debían de conocerlo a él.

La madre de Ebran era mayor de lo que Teresa esperaba, o tal vez solo estaba deteriorada por una vida difícil. El cuerpo con sobrepeso permanecía empotrado en un sillón raído y con manchas. Sobresalían de la falda unas piernas hinchadas que hacían pensar en una enfermedad en evolución. El pelo despeinado caía sobre una cara con expresión perdida. La mujer parecía asustada y enfadada, y apenas respondía a las preguntas de Knauss. La respuesta era siempre la misma: ella no sabía nada, no entendía. Arremetió contra Parisi, quien estaba mirándola.

—¡Ustedes vienen aquí a buscar a mi hijo, cuando este pueblo está plagado de secretos! ¡Gente que llena la iglesia durante el día y que por la noche

ocupa la cama de otra persona! ¡Hipócritas! Váyanse a contar los hijos bastardos de Traveni. ¡Son cientos!

Teresa apartó la mirada, por pudor, para no ofender con una curiosidad morbosa a esa criatura en dificultades. Sentía pena por ella y miedo por sí misma. Temía que esa imagen en poco tiempo pudiera ser también la suya.

—Haz que se calle —le dijo a Marini. Cuatro palabras que resonaron como una oración. Se dio cuenta de ello y se marchó de la habitación.

El resto de la casa era como el salón: olvidada, detenida en un tiempo lejano, tal vez el de la esperanza y la felicidad, cuando la familia parecía serlo todo.

La habitación de Lucas era la de un adolescente: viejos carteles con las esquinas gastadas en las paredes, una guitarra apoyada en un rincón, la cama deshecha y ropa tirada por el suelo.

Teresa escuchó a Marini detrás de ella. Del salón ya no llegaba ninguna voz.

El inspector se puso un par de guantes y recogió un zapato.

—Cuarenta y cinco —dijo—. Encaja con el perfil.

Debajo de la cama y en el armario encontraron montones de revistas pornográficas.

—Al chico le gustan las prácticas violentas —dijo Marini, hojeando algunas de ellas.

Teresa se las arrebató de las manos y las arrojó sobre la cama.

—Si fuera tan fácil deducir un perfil psicológico, hasta tú serías capaz de hacerlo —le dijo.

Por alguna razón, se sentía triste por ellos, por esa madre y ese hijo que en un momento determinado de sus vidas habían acabado a la deriva. Se esforzó por mantenerse lúcida y distante.

—El hecho de que a su edad esté buscando satisfacción en el papel y no con una mujer real es bastante indicativo —dijo—. No creo que haya tenido nunca una relación sentimental. Vive con una madre que es la imagen de la decadencia física y psicológica. Y es muy probable que ni siquiera tenga amigos.

—Hacía años que no veía publicaciones de estas. ¿Es que no sabe que la Red es más cómoda y barata?

En ese momento repararon en la ausencia en toda la casa de dispositivos electrónicos. No había ordenadores, móviles y ni siquiera un televisor.

Parecía que la casa hubiera salido del pasado, al menos un par de décadas atrás.

Teresa le señaló a Marini la fecha de la revista.

—Probablemente eran de su padre.

Los muebles y el resto de los objetos hablaban de condiciones económicas difíciles. Había un estante lleno de libros sobre la fauna silvestre del lugar. También los había sobre la mesita de noche. Ebran estaba fascinado por los animales salvajes, al parecer. En la pared colgaba un mapa geográfico del mundo con varios puntos marcados con un rotulador. La melancolía que sentía Teresa le salió en un suspiro:

—Todos los viajes que nunca podrá hacer —murmuró.

Sintió la mirada de Marini sobre ella.

—Parece que sienta compasión por él.

—Se llama empatía.

—Podría ser el asesino.

—Sí, podría serlo.

—¿Eso no significa nada para usted?

—Pues claro. Que cada asesino en serie, antes de superar el punto de no retorno, era un ser humano que sufría. Muy a menudo, víctima de abusos. Sin duda alguna solitario.

Sonó el móvil de Marini. Habló brevemente con la central de Traveni antes de finalizar la llamada.

—Se ha denunciado la desaparición de un hombre. Se llama Abramo Viesel —le dijo—. Anoche no se presentó a cenar en casa de su hermana y el teléfono no da señal desde hace horas. Ella se ha quedado aislada por la nieve y se muestra preocupada. Dice que nunca ha sucedido algo así.

Teresa apartó las cortinas de encaje amarillento y miró hacia afuera por la ventana. En el jardín cubierto de nieve podía verse un penacho de hojas lanceoladas y bayas rojas.

48.

Abramo Viesel trabajaba como conserje en el colegio de Traveni. Estaba divorciado, no tenía hijos. Una vez a la semana cenaba en casa de su hermana Caterina, quien vivía con su familia en una cabaña a las afueras del pueblo, en una llanura bastante aislada.

Para llegar hasta allí, Teresa y Marini tuvieron que esperar a la llegada de una quitanieves. Iban siguiéndola a velocidad de a pie por la carretera que serpenteaba en una serie de curvas en horquilla difíciles de trazar. Marini estaba concentrado en la conducción y no había dicho ni una palabra desde que se habían puesto en marcha. Teresa observaba el paisaje. En cuanto empezaron a subir fueron tragados por nubes bajas que rodeaban la montaña como una corona. El mundo había cambiado de nuevo: era un limbo suspendido entre bruma, hielo y la ausencia de luz.

Después de algunas curvas cerradas, la quitanieves se detuvo. Desde la ventanilla bajada, el conductor llamó su atención con el brazo levantado. Pararon el coche y se bajaron. El aire era denso, cargado de minúsculas partículas de agua. Estaban respirando nubes.

El hombre les señaló algo inmóvil en medio de la carretera. A unos cien metros de ellos, dos luces intermitentes perforaban la niebla.

—Cierre por dentro y no baje por ningún motivo —le dijo Marini al conductor. El hombre no se lo hizo repetir dos veces.

Teresa y él desenfundaron sus armas y empezaron a aproximarse. El motor del jeep estaba encendido, el gas del tubo de escape se mezclaba con la niebla.

Avanzaron vigilando las sombras a sus lados, sobresaltándose cuando de una rama demasiado cargada caía la nieve.

—Hay alguien dentro —dijo Marini.

Por la parte trasera del vehículo se podía ver la cabeza de un hombre, tocada con un gorro. La matrícula coincidía con la que estaban buscando.

Marini llamó a Abramo Viesel, pero la figura del habitáculo permaneció inmóvil.

Teresa señaló la nieve bajo la puerta del conductor. Era roja. Gotas de sangre aún seguían cayendo. Cerró los ojos por un instante.

Una vez más, demasiado tarde, pensó.

Marini abrió la puerta y maldijo. El cuerpo estaba colocado en el asiento del conductor, las manos atadas al volante con una cuerda.

—La piel está cubierta de sangre, pero la ropa está limpia —dijo.

Teresa sintió temblar la mano que aún sostenía la pistola. La bajó.

—No es piel. Se la ha arrancado. Luego le ha vuelto a poner la ropa.

Tuvo que alejarse para recuperar el control. Observó la escena. Los faros iluminaban un montículo en la carretera. En un radio de un par de metros, el suelo había perdido su blancura. La nieve en polvo parecía una extensión de helado de fresa. Ante esa instintiva comparación, Teresa sintió que le entraban náuseas: lo que la teñía era hemoglobina. Sangre. Era ahí donde el asesino había celebrado su rito.

Se agachó y barrió la nieve. Debajo del montículo apareció el pellejo de un animal.

—Tal vez así es como hace que se detengan —dijo en voz alta, para hacerse oír por Marini.

Este llegó a su lado. Tenía la cara tensa y la mirada inquieta. Quitó el resto de la nieve y giró el cadáver con dificultad. Era un jabalí.

—Las piernas están atadas con una cuerda —dijo—. Lo cazó con una trampa. No le disparó. Y el hueso del cuello está roto... Se necesita una fuerza enorme.

Teresa asintió.

—A nuestro asesino no le gustan las armas. Mata y caza con sus propias manos.

—Es infinitamente más caro en términos de energía.

—Y arriesgado. Nunca subestimes la fuerza de que es capaz una víctima desesperada. Pero a ellos no les importa.

Marini la miró.

—¿Ellos? —preguntó.

—Los que son como él. Están fascinados por la sangre. Ed Kemper diseccionaba los cadáveres de sus víctimas para jugar con los órganos internos.

—¿Puedo vomitar?

—No encima de mis pruebas, inspector.

—¿Usted cree que el asesino está haciendo esto?

—¿Qué quieres decir?

—No veo la piel. ¿Se la ha llevado también?

Teresa suspiró. Estaba cansada y abatida. No había rastro de la rabia que tanto le habría gustado tener.

—Llama a la central —ordenó—. Que venga la Científica.

Se levantó de nuevo con esfuerzo y notó que en el suelo, aparte y lejos de las huellas, había una piedra ensangrentada. Protegida por el follaje de un abeto, no había sido cubierta por la nieve. El asesino tal vez la había utilizado para aturdir a la víctima, a lo mejor golpeándolo en la nuca.

Regresó al cuerpo, se acercó para examinar la cabeza. Intentó mirar debajo del gorro de lanilla, sin tocar nada: también el cuero cabelludo había sido arrancado.

Un ligero soplo le hizo cosquillas en la cara. Era cálido. Miró los ojos abiertos de par en par del cuerpo, sin entender. Cuando la idea se abrió camino en su mente, sintió que se quedaba sin fuerzas.

—¡Está vivo! —gritó.

49.

*Bergdorf, 12 de noviembre de 1978
Día de observación n.º 94*

En un primer examen, los sujetos están sanos, no presentan molestias o patologías más graves, a pesar de que continúan manifestando los síntomas de lo que mi colega René Spitz llamaba «depresión anaclítica». Definiría su estado como una especie de letargia de vigilia.

Resulta interesante señalar cómo un único individuo ha tenido en cambio una reacción parcialmente distinta. El sujeto, a diferencia de los demás, muestra una animada reactividad incluso en ausencia de estímulos. A pesar de que también está libre de mímica facial, en dos ocasiones su mirada ha sido definida como «consciente» por la trabajadora.

Como me esperaba, ha empezado a rechazar el contacto físico, mostrándose agresivo ante un intento de aproximación. La trabajadora está convencida de que ejerce sobre los demás cierta influencia negativa.

Aunque carece de base científica y está influenciada por supersticiones, su intuición refuerza de manera indirecta mi teoría: en él se encuentra presente el «componente alfa primitivo». Él, para decirlo con las palabras de Freud, es un «Padre»: el macho poderoso, el individuo dotado de un poder extraordinario capaz de predominar sobre la multitud y someter a la horda primitiva, la forma más primigenia de la sociedad humana.

El «Padre» está dotado de una fuerza misteriosa que se puede llamar magnetismo animal. Como un hipnotizador, sugestiona con la mirada. En la hipnosis, si uno se fija atentamente, hay algo turbador: un llevarse sin pedir, un entrar sin ser invitado.

Bueno, el sujeto en cuestión tiene lo que Freud denominó Maná.

Movido por las consideraciones aportadas por la trabajadora, observé las conductas de los sujetos que estaban junto a él.

Lo que puedo decir, por el momento, es que los más próximos al macho Alfa empeoran a menor velocidad que los demás, como si una especie de comunicación los hiciera superar el aislamiento y recurrir a una fuerza mayor (¿del «Padre»?).

Llegados a este punto, resulta lícito estar de acuerdo con las observaciones finales de Spitz: las interacciones sociales son esenciales para la supervivencia humana.

A los que puedan objetar que el sujeto es demasiado joven para manifestar las actitudes de un «Padre», yo les respondo con las palabras de Freud:

«El hombre primitivo sobrevive en nosotros, del mismo modo que todo grupo humano puede reconstituir la horda primitiva».

Es esto lo que está sucediendo.

50.

La comisaria Battaglia quiso seguir a la ambulancia que llevaba a Abramo Viesel al hospital hasta la ciudad. Massimo insistió en acompañarla, lanzando el coche a una velocidad demencial tras la estela de las sirenas desplegadas. Durante el trayecto ninguno de los dos dijo una sola palabra. Él fingía estar concentrado en la conducción, mientras ella miraba afuera por la ventanilla y comía los caramelos que tanto lo irritaban. No entendía cómo Teresa podía tomarse su salud tan a la ligera. Se los metía lentamente en la boca, uno tras otro, y estaba seguro de que lo hacía a propósito para darle tiempo a protestar. Massimo, sin embargo, no picó el anzuelo. La desazón que sentía era demasiado profunda para dejar espacio a algo que no fuera el silencio. Conocía los pensamientos de la comisaria, y sospechaba que ella hacía lo mismo con los suyos. Algo, por fin, los unía ahora, aunque se tratara de algo trágico: habían sido testigos de una violencia que aniquilaba el alma. Habían compartido la oscuridad más profunda y habían salido de ella con el estómago encogido y el corazón más pesado.

Llegaron al servicio de urgencias cuando los paramédicos ya estaban descargando la camilla, en un frenético ajeteo. Poco después las puertas automáticas se tragaron a Viesel y restituyeron de nuevo la calma.

—Márchate —le dijo la comisaria.

Massimo abrió la boca para protestar, pero ella no le dio tiempo.

—Ya me quedo yo aquí. Vuelve a casa y descansa un par de horas. Ya te llamaré.

No era una invitación. Era una orden, aunque dada con una voz tan cansada que apenas resultaba audible.

Massimo la miró mientras se encaminaba hacia la entrada, agotada en cuerpo y alma. Era evidente que algo en ella había empezado a ceder. Debía de existir alguna grieta dentro de ella que la hacía vacilar. A pesar de todo, sin embargo, permanecía en pie.

Volvió al coche, puso en marcha el motor y se dio cuenta de que no tenía ganas de encerrarse en el apartamento que aún no conseguía considerar como su casa.

Vagó por el centro sin una meta, con la esperanza de que conducir lo relajara. Por el contrario, el tráfico y los peatones distraídos no hicieron más que aumentar su nerviosismo. Parado en un semáforo, reparó en que no estaba lejos de la biblioteca municipal.

¿Por qué no?, se preguntó.

Al ponerse verde, en lugar de proseguir, giró.

Había devorado ya los volúmenes sacados en préstamo, robando horas al sueño, en pausas cortas para el almuerzo y la cena, y se sorprendió al encontrarlos interesantes. Quería continuar ese viaje a la psique de un asesino, porque en parte era también como entender el trabajo de Teresa Battaglia: qué pensaba, *por qué* lo pensaba.

La biblioteca a esas horas era frecuentada por muchos estudiantes universitarios. Massimo se confundió entre ellos y no buscó con la mirada a la chica que la vez anterior lo había etiquetado como desequilibrado. Fue directo a la sección que le interesaba y empezó a recorrer los títulos con la mirada.

Se preguntó si también la comisaria Battaglia habría estado allí, años antes que él, con su nariz levantada y un fuego dentro que la empujaba a saber, a ver más allá. Era así como se la imaginaba, con las patillas de las gafas entre los labios y el flequillo rojo sobre los ojos, que desplazaba siempre con algún resoplido.

—Lo lamento.

Se volvió. Era ella, la bibliotecaria, y esta vez lo miraba sonriendo.

—Hola —la saludó.

—Lo lamento —repitió ella, mordiéndose un labio.

Massimo se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que lamentas? —preguntó.

—Haberte confundido con un maníaco asesino.

Él se rio.

—¿Y quién te dice a ti que estabas equivocada? —la provocó.

—Te vi en la tele, en las noticias.

—Ah. ¿Y los maníacos asesinos no salen en la tele?

Ella también se rio.

—Podrías haberme dicho que eras de la policía.

Él fingió estar sopesando la cuestión.

—Bueno, no me diste tiempo —respondió.

La vio mirar hacia abajo por un momento. Sentimiento de culpa.

Oh, joder, ya estoy empezando a pensar como la comisaria.

No sabía si sentirse satisfecho o preocupado.

—Me llamo Sara.

—Massimo.

—Tenía la esperanza de que volvieras, porque quería arreglarlo —le dijo, quitándole de la mano el volumen que estaba examinando—. Este no es para ti.

—¿No?

—No.

La vio examinar los otros títulos en los estantes. Parecía segura de lo que estaba buscando. Cuando lo encontró, se puso de puntillas para cogerlo.

—Este —dijo, entregárselo.

Massimo lo escudriñó, crítico.

—*Los caminos de la mente y sus desviaciones* —leyó—. *Manual de psicología.*

—Entró el otro día. Inmediatamente pensé en ti.

—Qué raro. No habla de cadáveres descuartizados ni de víctimas torturadas.

Sara lo miró de soslayo, pero pronto triunfó la sonrisa.

—Para capturar al asesino, primero debes entender cómo razona, ¿verdad? —preguntó.

—Hum. Ya he oído estas palabras.

—Y este es mi número.

Massimo miró la notita y luego sus mejillas se pusieron coloradas. Pensó que era deliciosamente anticuado.

Era uno de esos momentos en que Teresa se preguntaba cómo podía amar su trabajo; era un punto de observación incómodo sobre el alma humana y sobre las crueldades de las que era capaz. No entendía por qué la gente temía a la muerte y no a la vida. Vivir era un acto feroz, una lucha fratricida que siempre dejaba muertos en el campo de batalla.

Abramo Viesel también estaba luchando en una de las habitaciones de esa planta. Teresa quiso quedarse allí hasta que un médico la puso al día sobre su estado. Era crítico.

La sala de espera del hospital era sofocante. Había abierto una ventana y se había quedado asomada al parque, buscando aire y tranquilidad.

—¿Café?

Se volvió. Marini había regresado. No había obedecido: llevaba puesta la misma ropa y el mismo cansancio que cuando se separaron.

—No, gracias —dijo.

—¿Y ahora qué hacemos?

La respuesta era trivial. Tenían que encontrar al asesino y detener esa estela de sangre que estaba trazando. De palabra resultaba fácil decir lo que era más justo hacer. En la realidad, en cambio, él seguía golpeando y ellos no eran capaces de evitarlo.

Teresa miró hacia el parque de nuevo.

—La madre de Lucia Kravina, el chico del todoterreno y ahora Viesel... No entiendo por qué ha dejado con vida a tres víctimas —reflexionó en voz alta.

—Cuatro.

Ambos se volvieron hacia Parri. El forense los saludó con un gesto, se acercó a Teresa y le reservó a ella un rápido roce en el brazo, demorando la mirada en su cara.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Teresa sonrió. Sabía que para él esa no era una pregunta rutinaria. Estaba haciendo un diagnóstico al vuelo de su grado de agotamiento.

—Ahora no me preguntes si en las últimas veinticuatro horas he comido y dormido lo suficiente —le respondió, escabulléndose.

Parri la observó mejor por encima de la montura de las gafas.

—Te está consumiendo —dijo, lapidario.

Teresa notó el estupor de Marini ante esa sinceridad despiadada, pero ella estaba acostumbrada. Su amigo llevaba toda la vida preocupándose por ella. Teresa todavía recordaba una frase que le dijo una noche de muchos años atrás, delante del cuerpo de una víctima a la que no llegó a tiempo de salvar: este trabajo, algún día, tarde o temprano, te va a herir en exceso.

Teresa pensó que quizá ese día ya había llegado. Se reflejó en el cristal de la ventana.

—¿Cómo lo has deducido? —preguntó, observando sus ojeras—. ¿Por mi aspecto de mierda?

Parri se echó a reír, pero su mirada aún estaba cargada con una sincera preocupación.

—Estaba a punto de llamarte —le dijo—. Han llegado los resultados de los análisis del cuerpo de Roberto Valent.

Ella prestó atención.

—¿Y qué dicen?

—Murió de un paro cardíaco, un par de horas después de la mutilación, diría yo. Tuvo un infarto.

Teresa lo miró, sorprendida.

—Significa que se quedó junto a él todo ese tiempo.

—Sí, es increíble.

—No mata. Nunca ha sido ese su propósito. La muerte es solo accidental... —reflexionó Teresa.

Parri asintió.

—¿Qué te sugiere? —preguntó.

—¿Rechazo por lo que acaba de hacer? Pero ese es un detalle incongruente. Uno de los muchos que hay. Los asesinos en serie no se dan cuenta de la gravedad de sus acciones. Ven a las víctimas como objetos. No sienten empatía, un trauma infantil les ha impedido desarrollarla. Y no muestran arrepentimiento, porque para ellos matar es necesario.

—Un asesino en serie atípico —sugirió Marini.

Teresa estaba desorientada y no trataba de ocultarlo.

—La negativa del acto violento no es compatible con el perfil psicológico de un asesino en serie —dijo—. Infligir la muerte es el resultado final de su trabajo. Es la única manera de encontrar alivio y de silenciar el dolor.

—La única que podría aclararte la situación, tal vez, es la mujer, la madre de Lucia Kravina —dijo Parri—, pero no creo que la saquen pronto del coma inducido.

Marini miró a Teresa.

—Me contó la historia de Igor Rosman y de su colección de pies —dijo—. ¿Y si nuestro asesino estuviera haciendo lo mismo?

Teresa contempló los hechos desde un nuevo punto de vista.

—Él no colecciona extremidades de seres humanos, sino algo distinto —dijo—. Se llevó los ojos...

—Nariz y orejas.

—Y ahora la piel. ¿Qué se llevará la próxima vez?

Marini le tendió su chaqueta y se puso la suya.

—Todavía no hemos encontrado a Lucas Ebran y hoy es cinco de diciembre, San Nicola —dijo—. Cuando oscurezca, los figurantes bajarán hasta las calles de Traveni vestidos de diablos. Es la noche ideal para matar sin ser molestado.

51.

Era la noche de invierno en que el pueblo cambiaba de cara, como cuando la luna se veía oscurecida por una sombra que poco a poco la conquistaba, aunque el cielo estuviera despejado.

Él había buscado esa sombra, sin encontrarla. Había mirado hacia las montañas y más abajo, a pie de valle. Había escudriñado la bóveda celeste y la tierra que sentía bajo sus pies. Nada. Entonces se dio cuenta de que esa oscuridad venía de más allá, de lo inescrutable.

Un pequeño pedazo de esa oscuridad también la sentía dentro de sí mismo. Se alargaba cuando arrebatava una vida y le producía una sensación de frío. Se agitaba como un animal cautivo, pero desaparecía cuando él se ponía a la escucha.

Se miró las manos. El olor a sangre le subió a las fosas nasales. Se preguntó el motivo de ese desasosiego. A su alrededor la vida y la muerte bailaban juntas todos los días, como una mariposa y una polilla en la hora en que la puesta de sol se convertía en crepúsculo.

Esa noche los habitantes del pueblo mirarían cara a cara a sus miedos, disfrazados de medio hombres y medio bestias. Se pondrían largos cuernos que él nunca había visto en la naturaleza y pieles de animales, blandiendo palos y antorchas. Se pintarían las caras de color, hasta hacer que dieran miedo. Esa noche, iban a ser como él.

Se puso la zamarra de piel de oveja, se la ciñó en la cintura con una tira de cuero. Se caló el gorro sobre la cabeza; los majestuosos cuernos de ciervo proyectaron la sombra de un árbol desnudo en las paredes.

Mojó los dedos en el cuenco y se pasó las yemas de los dedos sobre la piel. Reflejado en el plato de peltre, vio cómo su cara iba poniéndose blanca.

Se quedó así por un momento, los ojos en sus propios ojos, luego cogió el libro que desde hacía algún tiempo había cautivado su atención con palabras que al principio le había costado entender, pero que ahora evocaban imágenes

precisas en su mente. Lo había encontrado en el pueblo, abandonado. Hojeó unas páginas, se detuvo en la marcada por una hoja de roble.

Abrió la boca varias veces, como un pajarito que prueba sus alas antes de lanzarse al vacío. Entonces, las palabras comenzaron a fluir.

—Así tienes que ser, so-soberana de encantos, tras aquel sa-sacramento que es el último, cuando bajo la hierba y el mantillo del campo, enmohezca tu cuerpo entre los huesos.

Miró la calavera que tenía al lado. Ahora tenía ojos, tenía una cara, pero aún le faltaba el calor de la vida.

Había atrapado una lagartija para él, para que no se sintiera solo durante su ausencia y la noche no lo asustara. La había buscado en los rincones más profundos y despertado del letargo. No se acurrucaba como los otros animales que duermen durante el invierno, porque su cuerpo no necesitaba buscar calor. Ese pequeño animal siempre tenía la sangre fría, incluso en verano. Lo había atado con un hilo a su mano. Le tocó su minúscula cabeza antes de marcharse y la caricia también cayó sobre las falanges. Por un momento tintinearón y tuvo la esperanza de que esa existencia estuviera despertándose como había hecho la lagartija, pero se quedó esperando para nada.

52.

¿Aún soy capaz de desempeñar este trabajo?

No es la fatiga del cuerpo lo que me asusta. Estoy acostumbrada a arrastrar a este amigo-enemigo por las calles del mundo, a soportar sus quejas incluso cuando me hacen apretar los dientes por el dolor.

No son los pies hinchados los que me avergüenzan, las manos que a veces parecen fallar la presa o los ojos que confunden las palabras y se empañan.

Es el eclipse de la mente lo que me quita el sueño, porque no soy más que mis pensamientos, mis recuerdos, las esperanzas vinculadas a los sueños. No soy más que estas emociones y mi dignidad.

Pero está claro que sigo malgastando estas páginas con tormentos que no valen ni la tinta con la que los escribo.

¿Hasta qué punto he llegado? A estas alturas me lo pregunto a menudo.

Punto 19 del orden del día: medidas de seguridad en Traveni para la fiesta de San Nicola. Es la noche de los Krampus. A saber si nuestro diablo dará señales de vida. Yo estoy lista. Lo espero.

Traveni había dejado el luto y se había puesto el traje de las grandes ocasiones: las calles estaban decoradas con iluminaciones de plata que reproducían las formas de los cristales de nieve, e hileras de luces que corrían de un edificio a otro en la calle principal. Las ventanas y las terrazas estaban adornadas con decoraciones navideñas. Detrás de cada cristal brillaba una vela encendida, como era tradición. En la plaza de la catedral se había erigido un abeto gigante que olía a pez. Al atardecer se habían encendido en él miles de luces. En la punta brillaba una estrella de Oriente.

Se encendieron los braseros. Los puestos callejeros se iluminaron y esparcieron por el aire aroma de *vin brûlé* y de castañas asadas. El vocerío pasó a ser de tímido a alegre, animado por algunos tragos de alcohol y por los

primeros turistas que llegaban. Un altavoz difundía las notas de los villancicos. Del pub y de las posadas llegaba el aroma de las comidas calientes y succulentas. Las calles se llenaron de una multitud pacífica.

Los temores del alcalde habían resultado infundados, pensó Teresa. Había sucedido lo que más le preocupaba: el horror había sido un reclamo para la multitud, en vez de un repelente. En Traveni, esa noche, no solo se representaría un espectáculo de máscaras infernales y de cencerros, sino algo aún más seductor: el miedo excitante de saber que entre las caras de la gente también estaba la de un asesino. Para Teresa era un mecanismo psicológico difícil de entender, pero ya lo había visto con anterioridad.

Repasó mentalmente las medidas de seguridad activadas con el fin de cerrar las posibles rutas de escape al asesino. En teoría, funcionaban, pero ¿lo harían en la práctica? Los agentes estaban entre la multitud, muchos de ellos de paisano. Teresa había elegido coordinar las operaciones desde la calle. Quería estar allí en medio, respirar el mismo aire que el asesino, mirar con sus ojos a las posibles víctimas. Sabía que él iba a estar presente, era una oportunidad a la que su ego no podía renunciar: la de ver el efecto que causaba, las masas a las que había convocado.

Teresa tenía la esperanza de que eso fuera bastante para satisfacer su necesidad de omnipotencia por esa noche, de manera que el monstruo que anidaba en él no reclamara otro sacrificio.

—Comisaria, ¿puedo hablar con usted?

Teresa se dio la vuelta, sorprendida. El jefe Knauss la miraba con una expresión afligida. Ya sabía lo que la había provocado: la llegada de refuerzos desde la ciudad solicitados por Teresa. Había cuestionado una vez más su papel y su autoridad.

—¿Por qué no está en su puesto? —intentó deshacerse de él, volviendo a mirar la fiesta que cobraba vida.

—Cuando llegó aquí dijo que para todos los problemas podíamos dirigirnos a usted y yo solo estoy...

Teresa lo interrumpió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El policía se miró la punta de los zapatos, sus manos colocadas en las caderas y la horrible costumbre de mascar un chicle con la boca abierta.

—Nací en estas montañas —empezó a decir— y también la mayoría de mis hombres. Conocemos estos lugares mejor que cualquier otra persona y

también a sus habitantes. Estamos acostumbrados a apañárnoslas solos aquí, desde siempre. Somos...

—Son excepcionales, jefe, estoy segura de ello —le dijo Teresa—, pero este caso queda fuera de su alcance.

Él la miró con asombro, como si no pudiera creer tamaña franqueza.

—De manera que hágame el favor de volver al puesto que le asigné y permanecer allí durante las próximas dos horas al menos —continuó ella—. Y asegúrese de que sus hombres hagan lo mismo.

Knauss dejó de mascar.

—No estoy bajo su mando —dijo.

Teresa lo fulminó con la mirada.

—Tiene razón —rebatió—, porque si lo estuviera ya le habría insultado aquí delante de todo el mundo, por el tiempo que me está haciendo perder a mí y el que le roba a una posible víctima.

El hombre enmudeció.

Teresa le señaló un punto por detrás de ella. Dos hombres del equipo de Knauss estaban intentando con escaso éxito retirar un puesto no autorizado para recoger firmas contra la construcción de la nueva estación de esquí. Los ánimos se estaban calentando.

—Conoce usted a sus polluelos —dijo Teresa—. Pues entonces métase en ese sarao e intente resolver el problema.

Knauss escupió el chicle y se fue sin replicar.

Teresa miró el reloj. Faltaba poco para el inicio de la representación, pero cuando vio quién estaba yendo hacia ella, pensó agotada que aquella iba a ser una noche larga.

—Por Dios Santo, ¿qué les pasa a todos esta noche? —murmuró.

El hombre la alcanzó sosteniendo en la mano una hoja de papel que Teresa no dudó en reconocer. La había escrito ella y se la había hecho firmar al comisario jefe.

—¿Es a usted a quien hay que darle las gracias por esto, señora comisaria? —la increpó.

—Buenas noches, alcalde.

El hombre ignoró el saludo, señalándola con la hoja.

—¿Qué es esta tontería de que no podemos suspender el alumbrado público?

Teresa ni siquiera lo miró.

—Una medida de seguridad ciudadana, alcalde —respondió.

—En su opinión, ¿cómo puedo hacer bajar a los figurantes y encender las hogueras si el pueblo está iluminado como a plena luz del día?

—Estoy segura de que será un espectáculo sugerente en cualquier caso y que nadie tendrá nada que criticar. Ahora, si me permite, tengo que trabajar.

El hombre rompió la orden en pedacitos y desapareció entre la multitud. Teresa se sintió aliviada.

La radio colgada de su costado graznó.

—Aquí nada de lo que informar —dijo la voz de Parisi. Estaba controlando la zona frente al patio de la catedral, entre las barracas y los puestos de dulces de los vendedores ambulantes.

Aún no habían encontrado a Lucas Ebran. El hombre había desaparecido. La madre había comentado que no era un episodio aislado, pero no sabía decir adónde iba su hijo cuando desaparecía de casa durante días. En la vivienda no se habían detectado huellas, salvo las de la mujer. Parecía que Ebran era solo un personaje de ficción y que en la realidad no existía; sin embargo, los vecinos decían que lo habían visto espiándolos desde detrás de las ventanas hacía no más de dos semanas.

Todo lo que tenían de él, por el momento, era una vieja foto desenfocada. Debían lograr que les resultara suficiente para identificarlo entre cientos de caras cubiertas con gorras y bufandas.

Teresa vio a Marini al otro lado de la calle. Intercambiaron un gesto de entendimiento sobre los tañidos de la campana de la catedral. Al octavo, las luces del pueblo se apagaron y de la multitud se elevó un murmullo de asombro, quizá solo un poco asustado.

Teresa maldijo e inmediatamente llamó a Parisi por la radio.

—¡Encuentra al responsable! —dijo—. Haz lo que quieras, ¡pero enciende esas luces otra vez!

Cerró la comunicación. Aparentemente, el alcalde se había tomado la orden como una simple sugerencia y la reenvió de vuelta al remitente.

Traveni resplandecía con el brillo trémulo de antorchas y velas. Un espectáculo sugerente en el corazón de los Alpes, escenario irresistible para un asesino a la caza de presas.

Marini se reunió con ella.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora a esperar.

Teresa no sabía qué responder. Mantenía los ojos fijos en la multitud: familias, parejas de enamorados, grupos de jóvenes y comitivas de turistas. Y, sin embargo, él tenía que estar por allí, en algún lado. Probablemente estaba observándolos.

Una procesión formada por monjas desfiló por delante de la multitud. De los velos negros tan solo se asomaban las barbillas de las caras inclinadas, entre las manos sostenían una pequeña luz. Silenciosas y ordenadas, desaparecieron dentro de la catedral.

—¿Y estas, de dónde salen? —preguntó Teresa por la radio.

—Son las monjas del convento de Rail —respondió Knauss—. Se reúnen en oración para que los demonios no tomen la delantera. ¿Quiere controlarlas a ellas también? —preguntó irónicamente.

—Me lo estoy pensando. Quizá lo envíe a usted.

El sonido de un cuerno resonó en el valle.

—Ya llegan —dijo Marini.

El cono de oscuridad estrellada enmarcado entre dos colinas, por detrás de la iglesia, se iluminó con un resplandor rojizo, que creció de intensidad hasta revelar su naturaleza: una fila de antorchas llevadas por figuras oscuras y encorvadas. La sucesión de diablos avanzó hasta ser claramente visible, luego se disolvió y los figurantes se dispersaron por el anfiteatro natural.

La colina se incendió, ardiendo con hogueras primitivas, llamas movidas por danzas paganas. Una larga línea de fuego ardía en el horizonte, entre humo negro que ascendía al cielo y nieve batida. Los diablos bajaban al pueblo, bajo una lluvia de cenizas y flashes de cámaras fotográficas.

Krampus era su nombre. Teresa había oído que eso significaba «garras». Lo encontraba apropiado para las agresiones sangrientas que habían manchado el valle en los últimos días.

Eran máscaras aterradoras. Los detalles y los acabados eran tan verosímiles que hacían posible imaginar que se estaba en el infierno. Un infierno rural, con un encanto primitivo. Los diablos-cabríos de Traveni vestían con pantalones y túnicas de lana pesada, sobre las que llevaban pieles de animales hasta los pies. De la cintura colgaban cencerros que anunciaban su llegada. Las manos empuñaban palos y vergas con las que golpeaban al público. Sus caras eran terroríficas, adornadas con cuernos curvados y puntiagudos, ojos que brillaban en la oscuridad y colmillos listos para desgarrar.

Algunos niños rompieron a llorar, inmediatamente consolados por sus

madres. Otros, en cambio, aplaudieron excitados.

—Parecen reales —murmuró Marini—. Son impresionantes.

Estaba fascinado.

—Ecos de cultos paganos de fertilidad —dijo Teresa, encogiéndose de hombros—, relacionados con el solsticio de invierno y que han sobrevivido al cristianismo. Según la leyenda, la noche de San Nicola los *Krampus* vagaban en busca de niños malos. Eran siervos del santo, y le obedecían a él y solo a él. Una manera como otra de no despertar las iras de la Inquisición.

Marini se giró para mirarla.

—Es extraordinario, siempre logra reconducir todo hacia una cuestión pragmática —dijo.

Ella no apartó los ojos de los figurantes. No lograba verlos de otra manera.

—Noto un punto de sarcasmo —musitó.

—¿Mío? No, no. Es algo que valoro sinceramente.

—Ya vale, Marini.

Cuando los demonios comenzaron a mezclarse con el público, la calma dio paso a una euforia desordenada.

—¿Qué está haciendo Parisi? —espetó Teresa—. ¿Por qué no se encienden de nuevo las luces?

Se sentía nerviosa. Se preguntaba si debajo de esas máscaras estaba el asesino y si estaba ya enfilando a su próxima víctima. Teresa y su equipo habían examinado los perfiles de todos los figurantes, los habían revisado mientras se preparaban para la ceremonia, pero ahora le parecía que nunca los había visto.

La plaza era un torbellino y ella empezaba a sentirse como succionada por él. Rostros, olores, sonidos, luces..., todo giraba demasiado rápido y se confundía. Cerró los ojos.

Tenía miedo de no poder acabar su trabajo. Sentía que había envejecido unos cuantos años en las últimas horas.

Mantén la calma, se dijo. Respira.

El sospechoso estaba allí afuera, más allá de los miedos que la cegaban. Para encontrarlo tenía que superar sus propios límites. Intentó recordar su cara, la enfocó en su memoria. Estudió los detalles, los hizo familiares.

Cuando se sintió preparada, abrió los ojos. No cometió de nuevo el error de dejarse arrastrar por la urgencia de encontrarlo. Trabajaba metódicamente, manteniendo la vista firme: eligió los puntos de referencia, primero controló a

los hombres parados en las casetas y en las esquinas de la plaza, pasó sus ojos sobre los que se encontraban fuera de las hosterías. Luego dividió la multitud de personas en movimiento en flujos y empezó a examinarlos a medida que pasaban por delante de ella.

Método, pensó. Solo necesito método.

Y fue así como entre cientos de caras encontró lo que estaba buscando.

Lucas Ebran era diferente a la fotografía que Teresa se había llevado de su casa. No tenía nada del somatotipo ectomórfico: no era la figura delgada y alta con un andar torpe que se esperaba. El tiempo lo había ensanchado, aunque le había dejado la cara sin alterar. El cuerpo parecía hinchado, no gordo. Era una extraña combinación de juventud y decadencia. El pelo sucio le caía sobre una cara imberbe, con un color casi transparente. El abrigo gastado que llevaba se desplegaba por el abdomen y por los hombros y parecía obstaculizarlo.

El hombre estaba nervioso. Teresa lo percibía en los movimientos desordenados y en la mirada febril con que observaba a su alrededor. Algo minaba su autocontrol, tal vez la excitación ante todos esos cuerpos a su alrededor y la necesidad de matar de nuevo.

Vagaba por entre los tenderetes de la plaza, realizando siempre el mismo recorrido. Era metódico, buscaba algo o a alguien.

Teresa lo observaba desde la escalera que descendía a la explanada abierta delante de la torre medieval. Lo veía escudriñar los rostros de la gente, investigar las miradas.

—Pero ¿qué está haciendo? —preguntó Marini, a su lado.

—Está eligiendo.

El desfile de los *Krampus* alcanzó su punto álgido cuando los diablos empezaron a perseguir y golpear a los chiquillos más valientes que se les acercaban desafiándolos. Creaban desorden y aglomeraciones de gente que hacían difícil seguir los movimientos de Ebran.

—Me voy a acercar —dijo Teresa—. Quédate aquí y no lo pierdas de vista.

Lo siguió a unos metros de distancia. Podía ver su cara entre la gente, de vez en cuando. A veces el hombre desaparecía de su vista, para surgir unos pasos más adelante, o a un lado. Teresa se preguntó cuánto tiempo iba a continuar con su danza.

Hubo unas explosiones ensordecedoras entre la multitud y por un momento se desató el pánico. Entre gritos y empujones, la masa presionaba para salir de la plaza. Teresa se vio superada y como nadando contra corriente.

—Alguien ha tirado unos petardos —dijo De Carli por la radio.

Marini fue a mezclarse entre la gente e intentó restablecer el orden, explicando en voz alta lo ocurrido, pero de todas formas aún pasaron unos minutos antes de que volviera la calma.

Teresa, mientras tanto, había perdido de vista al sospechoso.

—Ya no lo veo —dijo por la radio, entre un juramento y otro.

—Tal vez yo sí —dijo Marini—. Está caminando hacia la iglesia. Se está marchando. Creo que ha robado algo. Tiene un bulto debajo del abrigo y lo sujeta con fuerza.

Teresa se puso de puntillas para mirar en la dirección indicada, pero todavía había demasiada gente a su alrededor.

—¡Síguelo! Llegaré en cuanto pueda —exclamó.

Pidió refuerzos y ordenó que no dejaran salir a nadie del pueblo. Los puntos de control ya se habían establecido horas antes. Buscó de nuevo a Marini.

—¿Lo alcanzaste? —preguntó.

—Casi. Está detrás de la iglesia.

—No corras. No lo asustes. Ya voy.

La multitud se estaba dispersando gracias al trabajo de Hugo Knauss y de sus hombres. Teresa logró llegar hasta Marini. Lucas Ebran iba caminando una docena de metros por delante de ellos. Su paso era rápido, tenía prisa. Un par de veces se volvió para comprobar la calle detrás de él.

—Nos ha visto —dijo Teresa.

Ebran empezó a correr. Marini saltó tras él y en pocos segundos se le echó encima. Atrapó a Ebran por el cuello del abrigo y el hombre tropezó, cayendo de rodillas. Tenía la mirada alucinada. Teresa lo vio mirarse el abultado vientre. El abrigo demasiado apretado escondía algo.

—¡Comisaria!

De Carli, sin aliento, se reunió con ellos.

—Ha desaparecido un niño —dijo—. Se lo han llevado del carrito, mientras la madre estaba distraída.

Teresa miró a Ebran y a su vientre antinatural. Abrió el abrigo del hombre y por unos momentos no reaccionó.

—Me lo he encontrado en el suelo, lo juro —dijo.

Había robado una cámara fotográfica y un bolso de mujer. No había rastro del niño.

53.

Teresa se despertó gritando, la respiración jadeante y el cuello rígido, como el resto del cuerpo. Delante de sus ojos tenía las páginas del diario, abierto debajo de la mejilla. Levantó la cabeza, con el corazón todavía agitado en el pecho. Una punzada atravesó los músculos de su espalda: se había dormido mientras estaba sentada. Le costó tragar saliva, su garganta y sus labios estaban resacos. Ansiaba un vaso de agua.

Tardó unos instantes en saber dónde se encontraba. Miró a su alrededor, confusa: la sala de reuniones de la central de Traveni estaba vacía, las luces bajas. Reconoció el sombrero del jefe Knauss colgado de un perchero y el chaquetón de Marini que pendía de un colgador allí al lado.

Atónita, miró el reloj. Hacía pocos minutos que habían dado las diez de la noche y ella se había quedado dormida durante casi media hora. Alguien le había puesto la chaqueta sobre los hombros.

Sintió rabia consigo misma por esa imperdonable debilidad y vergüenza por lo que podrían haber pensado sus hombres. Miró el diario abierto y se sonrojó. Si alguien había leído el contenido y deducido su estado físico y mental, supondría un daño irreparable. Sin embargo, vio con alivio que en la página por donde estaba abierto solo había unas pocas líneas anotadas deprisa y relacionadas con el caso.

Con un suspiro, se pasó las manos por la cara y la sintió mojada. Se percató con asombro de que había llorado. De repente, recordó la pesadilla que la había despertado y sintió que le subían las náuseas, junto con las lágrimas.

—Dios mío... — murmuró, exhausta.

Sus manos se dirigieron a su estómago, buscaron ese antiguo contacto que nunca se había apagado y que seguía pidiéndole que no olvidara.

¿Cómo podría hacerlo?

En el sueño, había sentido a su bebé moverse por dentro de ella con suaves

caricias. Respondía a sus toques, se acurrucaba en su calidez. Era una sensación real, como si alguien le rozara la piel de verdad. Habría dado todo lo que tenía por que fuera realidad.

El sueño se había convertido en una pesadilla cuando la sensación de que alguien estaba allí con ellos y quería llevarse al bebé se había vuelto apremiante. En ese momento se despertó gritando.

Teresa se levantó, mientras la angustia todavía era demasiado fuerte como para poder respirar bien. Enjugó las últimas lágrimas con la palma de la mano y respiró profundamente.

No era el momento de darse por vencida debido a un pasado maldito por la mayor de las desgracias.

Solo en ese momento se dio cuenta de que había agitación en el pasillo. Un vocerío concitado y luego un llanto que estalló de repente, arrancándole los últimos retazos del sueño.

Sabía a quién pertenecía esa voz, ronca debido a la desesperación. Era la madre del niño secuestrado.

Teresa apoyó la frente contra la pared y cerró los ojos. Esos gritos eran una herida que sentía dentro de su corazón. La atormentaban sin darle tiempo para defenderse. Eran los mismos que ella había lanzado en la pesadilla.

El niño secuestrado no era suyo, sino de otra mujer. Que estaba allí, que estaba desesperada, que —Teresa lo sabía por experiencia— habría preferido morir en lugar de perder a su criatura.

Solo en ese momento se dio cuenta de que llevaba una mano vendada. Se la puso delante de los ojos, incrédula. No tenía ni idea de cómo se había hecho la herida y ese olvido le heló la sangre en las venas.

Llamaron a la puerta. Esta se abrió lentamente y Marini metió dentro la cabeza. Cuando la vio despierta, su expresión se relajó.

—Comisaria, ha llegado el ayudante del fiscal.

54.

—El perfil de Lucas Ebran encaja perfectamente con el del asesino —dijo Gardini, hojeando el informe de Teresa. El ayudante del fiscal se había presentado en Traveni en cuanto supo de la detención y del secuestro del recién nacido.

Teresa, por el momento, había elegido permanecer en silencio. Sabía que las palabras que ella misma había escrito llevaban a pensar que se estaba cerca, muy cerca, de la solución del caso.

Ebran conocía las técnicas de caza con trampas, porque se las había enseñado su padre. Sabía cómo despellejar un animal y la gente a menudo lo veía pasearse alrededor de las casas, espiando a las chicas y a las familias. Era un marginado. Probablemente albergaba un profundo sentimiento de frustración, que alimentaban las condiciones de indigencia en las que vivía y el deterioro físico que intentaba ocultar constantemente, manteniendo las manos debajo de la mesa. Teresa sospechaba que era un individuo psicótico, pero para estar segura tendría que solicitar un informe psiquiátrico.

Los chicos que habían tenido el accidente en el bosque dijeron que podía ser el desconocido que había agredido a su amigo. Pero el maquillaje de la cara, la ropa que había ocultado la corpulencia y el estado mental alterado que tenían en ese momento dificultarían el reconocimiento.

Cuando David Knauss vio la ficha policial de Ebran no pudo ocultar sus dudas y su decepción.

—Estos no son los ojos del desconocido —dijo, pero él también sabía que no podía estar seguro al respecto.

No lograba recordar los detalles, ver con claridad en su mente la circunstancia en la que, probablemente, había escapado a la muerte. Lo que le turbaba, sin embargo, era otra cosa. Hablando con él, Teresa lo entendió: se dio cuenta de que su agresor en la realidad podría no ser ese guerrero mitológico que se había imaginado. Sospechaba que el chico había

desarrollado una especie de síndrome de Estocolmo. Estaba agradecido a su agresor por «haberle devuelto la vida» y se sentía en deuda con él.

—El perfil de Lucas Ebran encaja con el del asesino, pero él no es el asesino —murmuró Gardini, leyendo las últimas consideraciones de Teresa. Su expresión dejaba entrever decepción y desánimo.

—No es él. Es evidente. Solo es un inadaptado —dijo entonces Teresa.

Las manos de Ebran estaban cruzadas por profundas cicatrices, dejadas por el fuego que había prendido a la escuela cuando era un adolescente. Por eso no habían encontrado sus huellas dactilares en la casa: no las tenía. Las yemas de los dedos eran carne lisa y tumefacta, endurecida por el tiempo y el uso.

Habían perdido tiempo y todavía no tenían ni rastro del niño. Nadie había visto a nadie sacarlo del carrito y llevárselo. En las mantitas, sin embargo, había quedado un rastro: unas huellas blancas. Para hacer más difícil el día, una hora antes llegó la noticia de la muerte de Abramo Viesel.

Teresa miraba el bosque milenario que rodeaba el pueblo.

—No utiliza las carreteras —dijo—. Los puntos de control son inútiles.

—Comenzaremos con los registros —le aseguró Gardini.

Teresa cerró los ojos y dejó correr sus pensamientos. Delante de ella vio miles de hectáreas de bosques, de gargantas, de barrancos. Él estaba allí, junto con el pequeño. No en una casa, no en Traveni.

¿Ahora qué hago?

Sentía su cuerpo sacudido por un íntimo temblor. En la otra habitación estaban los padres y el hermano del bebé secuestrado. Teresa no había querido verlos aún, había preferido leer sus declaraciones. Eran como un objeto incandescente que se acercaba a la piel. Los sentía arder a distancia y temía que su lucidez sufriera por ello. Solo había algo peor que dar caza a un asesino y era dar caza a un secuestrador de niños.

—Teresa, ¿va todo bien? —la llamó Gardini.

Ella no respondió, prisionera de un infierno personal.

Aún está vivo, se dijo. Tenía que creerlo, aunque en su vida nunca se había fiado de la esperanza. Apenas se dio cuenta de que se había puesto una mano en el vientre otra vez, donde en el sueño había sentido moverse una vida, donde sentía nuevamente que le quemaba la cicatriz. No era posible y, sin

embargo, sucedía. Ese vínculo que nunca había visto la luz no quería morir y se oponía, invencible, a la racionalidad, al tiempo y a las leyes físicas del universo.

Teresa estaba segura de que la madre del niño secuestrado sentía lo mismo. Sus gritos la habían atormentado, su llanto la había aturdido. Ahora entendía, sin embargo, que no eran la señal de la resignación, sino una llamada, para mantener vivo ese vínculo con su pequeño e incitarlos a ellos a que lo encontraran. Era su lado más instintivo el que se movía por ella. Teresa no podía darse el lujo de tener miedo.

Miró a Gardini.

—Necesito más hombres —dijo.

—Los tendrás.

—Y al ejército. Hay montañas que peinar a fondo.

Gardini asintió, su rostro relajado con alivio.

—Me pongo en marcha de inmediato —prometió—. Voy a llamar a Ambrosini. Debemos hablar con el prefecto.

Al quedarse sola, Teresa respiró hondo. Las próximas horas iban a ser decisivas.

—Tengo los mapas —dijo Marini, mientras entraba—. Están marcados todos los *stavoli* de la zona hasta la frontera.

Dejó los mapas sobre la mesa y los extendió. Teresa no necesitó mirarlos para saber que los equipos de búsqueda deberían desplegarse por un área demasiado grande como para poder peinarla en pocos días.

Necesitaban una pista para orientar los registros, o sería como lanzar una moneda en el mar y tratar de encontrarla con una red de pescar.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—Algo más de cien.

—¿Y los deshabitados? Vamos a centrarnos en esos.

—Son la mayoría.

—Necesitamos drones. Mira a ver qué nos dicen en la central, cuándo pueden llegar.

—Ahora mismo me pongo en contacto con ellos.

Hablaban como si las preguntas y respuestas no supusieran un ataque a su determinación. Ambos sabían, sin embargo, que era el momento de ignorar toda clase de miedos. Aunque fuera uno solo del equipo el que expresara su perplejidad sobre la posibilidad real de lograrlo, la duda contagiaría a los

demás y debilitaría esa cadena que, por el contrario, tenía que extenderse por el valle, a través de las montañas, hasta el niño, y llevarlo de vuelta a casa. Teresa los necesitaba a todos y cada uno de ellos, a cada uno de los eslabones.

Miró a Marini.

—Lo encontraremos —dijo.

Él asintió: un gesto brusco, definitivo. Había entendido.

Teresa cogió su diario. Tenía que continuar con sus anotaciones, aunque a veces lo consideraba un inconveniente, casi una pérdida de tiempo. Tenía que ser metódica, marcarse unas reglas y respetarlas, si quería entender hacia dónde se encaminaba su mente y a qué velocidad. Solo gracias a esas notas había logrado recordar cómo se había herido la mano. No quería pensar en que ya había llegado al punto de olvidar su vida y se repetía, con una fuerza que no era más que desesperación, que la auténtica causa era el agotamiento de los últimos días.

Cuando se despertó sobresaltada, se sintió aturdida, pero no llegó a adivinar si era tan solo el cansancio lo que la hacía vulnerable. Tal vez su cuerpo le estaba pidiendo únicamente que redujera la velocidad y se tomara el tiempo necesario para vivir también más allá del trabajo.

Se quedó con el cuaderno entre las manos, sus ojos en las últimas reflexiones escritas. Eran poco más que garabatos, anotados entre la vigilia y el sueño.

No los recordaba. No había guardado en su memoria esas palabras. Le producía un extraño efecto leerlas, como si pertenecieran a alguien que vivía dentro de ella. Ese alguien había querido ayudarla.

—¿Algo va mal? —le preguntó Marini.

—Muchas cosas, pero no esta —respondió, sintiendo que se le asomaba una sonrisa. El latido del corazón se había acelerado. Por primera vez, lo que le estaba sucediendo no le daba miedo.

—Los niños —dijo. Eran las últimas palabras que había escrito antes de dormirse.

—No entiendo.

Tampoco lo había entendido ella en cuanto lo había leído, pero ahora tal vez intuía la correlación que su subconsciente había captado en el duermevela.

—Al parecer esta noche he hecho algunas reflexiones —le dijo, cerrando

el diario—. La primera víctima es el padre de Diego Valent. La segunda es la madre de Lucia Kravina. Diego y Lucia son compañeros de clase, supongo.

—Creo que en Traveni solo hay un grupo por curso. ¿Cree que existe una conexión? El chico asaltado en el bosque, sin embargo, no guarda ninguna relación.

—Abramo Viesel era el conserje del colegio. Diego nos contó que se portaba mal con su amigo.

—El niño secuestrado tiene un hermano mayor. Se llama Mathias. De la misma edad que Diego y Lucia —dijo Marini.

—¿Una casualidad? Tal vez sí, en un pueblo pequeño.

—Pensándolo bien, David Knauss también tiene una especie de vínculo con el colegio: vimos a esos chicos en la salida. Casi atropellaron a esos niños.

Era verdad, pero Teresa no creía que formaran parte de la conexión.

—El atacante ha desfigurado los órganos de los sentidos solo a la primera, a la segunda y a la cuarta víctima —dijo—. Está claro que el encuentro con el hijo de Knauss fue un imprevisto. No forma parte de su visión.

Fue a la ventana, abrió el diario otra vez. Lo cerró. Su mente trabajaba, frenética.

—Un asesino en serie puede permanecer latente durante años. En un momento determinado, sin embargo, un hecho como la pérdida de trabajo, un abandono, una humillación desata su furia homicida, que nunca es un arrebató —reflexionó—. Siempre hay un recorrido, pero que nos falte un móvil canónico y que en cambio haya una psicopatología hace que sea difícil verlo.

—Tal vez debemos preguntarnos cuál es el factor desencadenante, en el caso de nuestro asesino, que ha puesto en marcha la serie de crímenes —razonó Marini.

Teresa se volvió, asombrada.

—Inspector, por fin te oigo hablar como un policía —se burló de él—. ¿Has estudiado?

Él la miró con impaciencia.

—¿Lo dejamos?

De Carli los llamó desde la puerta.

—Comisaria, hemos encontrado al padre de Lucia Kravina. Había cruzado la frontera. Lo están trayendo para aquí.

Dante Kravina era un muchachote de montaña con los vicios de uno de ciudad. Durante el interrogatorio le contó a Teresa que había huido porque tenía antecedentes penales por tráfico de drogas.

—No quería que me metieran dentro por poca cosa —dijo, como si el hecho de abandonar a su hija no fuera mucho más grave.

—¿Hizo que Lucia limpiara la casa para eliminar los rastros de droga? —estaba preguntándole.

—Sí.

—Y usted hizo lo mismo con el coche de su esposa.

—Sí.

—¿No estaba preocupado por ella?

Se encogió de hombros, con la mirada perdida.

—¿Qué podía hacer?

Muchas cosas, pensó Teresa. Buscarla, evitar que vagara sola por el bosque y en estado de shock. Cuidar de su hija y protegerla.

—Hábleme del hombre al que abrió la puerta esa noche —le dijo en cambio.

—Estaba colocado. No le entendí mucho. Vi que llevaba el collarito de Melania en la mano. Pensé que ella había tenido un accidente y en el hecho de que en casa y en el automóvil había droga. Tenía que hacerla desaparecer.

—¿Cree que podría ser alguien a quien conoce? ¿Tiene algún asunto pendiente, alguna dosis que aún no haya pagado? —preguntó Teresa, por práctica.

—No, las drogas no tienen nada que ver con esto. Ese hombre..., no sé cómo decirlo. El hombre parecía venir de otro mundo.

—Describámelo.

—Yo no estaba fino, ya se lo he dicho. Solo sé que era pálido y que me miraba con los ojos muy abiertos. Nunca he visto una cara así: no tenía expresión. Estaba inmóvil como un muerto.

Las últimas palabras hicieron que saltara en Teresa una conexión.

—¿Un fantasma? —le preguntó.

—Sí. Parecía un fantasma.

Teresa vio de nuevo a los personajes de esa historia. Giraban en su mente junto con palabras que, si las aproximaba, empezaban a tener sentido.

Recorrió los hechos de los últimos días como en una película. Los protagonistas eran diferentes y todos interactuaban, de manera más o menos consciente, para llegar hasta el epílogo de ese asunto, aún por escribir.

Las víctimas. El colegio. La comunidad. El bosque. El desconocido con la cara pintada. Y luego *ellos*. Teresa encargó a De Carli que continuara y ampliara la relación. Se llevó a Marini a un lado.

—También la hija, Lucia, siempre habla sobre el fantasma del bosque — dijo.

—¿Cree que lo conoce?

Teresa creía mucho más. Por fin había descubierto el vínculo entre el asesino y las víctimas. No se trataba de un móvil, ni tampoco de un trastorno psicopatológico. Era algo que no había visto nunca y que por el momento no era capaz de definir más que como la «lógica de la manada».

—Creo que lo que relaciona a las víctimas son ellos —dijo—. Los niños.

55.

El niño lloraba. Era un reclamo desesperado e incesante, como el de un pequeño mirlo caído del nido. Sin plumas, vestido solo con su propia piel, abría completamente su suave y rosado pico en el aire. Nada podía distraerlo de su pretensión: recién venido al mundo, ya sabía que en algún lugar su madre estaría haciendo lo mismo. Estaba buscándolo y si él dejaba de gemir, nunca lo encontraría. La cara diminuta estaba sonrojada por el esfuerzo y por el miedo atávico de haber sido separado de su fuente de vida.

Frente a él, el hombre admiraba la lucha más poderosa por la supervivencia que había presenciado en toda su vida. Rozó las mejillas rellenas y suaves del cachorro, tocó las gotas de agua que le caían de los ojos, y se reconoció en él. Se quitó el tocado de cuernos y crines y se frotó la cara para sacarse la pintura. El niño lo miraba entre sollozos, todavía desesperado, pero con un destello de curiosidad en los ojos.

Lo envolvió en el vellón de un cordero y lo mantuvo caliente contra el pecho. Le rozó una mano que se abrió al tacto. Los minúsculos dedos se aferraron a los suyos. Era fuerte, para ser tan pequeño.

El niño gritó de nuevo y entonces él lo imitó. Ante ese sonido, lo vio abrir bien los ojos y mirarlo fijamente. Continuaron durante un rato intercambiando sonidos, ambos deseosos de saber quién era el otro.

El niño poco a poco calmó su llanto, vencido por el sueño. Él siguió velándolo, escuchando su respiración y ese pequeño corazón que latía acelerado contra el suyo.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, ya no se encontraba solo.

56.

Diego y Lucia estaban sentados el uno al lado de la otra. Oliver, a la derecha de Diego. Mathias se había quedado de pie, entre ellos y la puerta.

Él era el líder, pensó Teresa. Estaba protegiéndolos, se ponía a sí mismo, y no a ellos, delante de lo desconocido. Sentía sobre sus espaldas la responsabilidad del grupo, incluso ahora que su hermano había sido secuestrado. Había llorado y tal vez se avergonzaba de ello, pero no había abandonado su papel. Casi todos habían sufrido una herida profunda en los últimos días y, sin embargo, juntos aparecían serenos. Doloridos, pero no perdidos.

Ni siquiera parecían asustados por ese viaje nocturno hasta la comisaría. Eran casi las dos de la madrugada y no había rastro de sueño en sus caras. Hugo Knauss les había preparado tazas de chocolate caliente y dispuesto una bandeja de pastas en la mesa de la salita. Faltaba casi la mitad y Teresa pensó que eso era una buena señal.

Los saludó y ellos respondieron atemorizados. Ignoró las sillas y se sentó en el escritorio, con las piernas colgando. Invitó a Marini a tomar asiento en el suelo con la mirada. Asombrado de primeras, obedeció, cruzando las piernas.

Teresa había reflexionado mucho sobre las palabras que debía utilizar, pero al final pensó que la sinceridad era la única forma de ganarse su confianza.

—Necesito ayuda —les dijo—. Tengo que encontrar a quien les ha hecho daño a vuestros padres y se ha llevado al hermanito de Mathias.

Los niños la observaron, atentos. No estaban acostumbrados a que un adulto se mostrara tan inerme.

—¿No sabes cómo hacerlo? —le preguntó Lucia.

—No, no tengo ni idea.

—¿Y por eso estás asustada?

—Mucho.

La niña buscó la mirada de sus amigos, pero Teresa se dio cuenta de que lo que les pedía era otra cosa: permiso para continuar.

—Yo también tuve miedo una vez —dijo de sopetón.

Mathias la miró y ella se calló. No había ofrecido ninguna muestra de agresividad u otra cosa que pudiera inhibirla. Había sido una mirada, nada más, pero fue suficiente: él era el líder.

Teresa fingió no darse cuenta.

—¿Ahora ya no tienes? —preguntó a la niña.

Ella negó con la cabeza, con los ojos bajados hacia las manos que sostenían un pequeño bollo en la palma, pero no respondió. Estaba obedeciendo una orden.

—Quiero encontrar al responsable de esas malas acciones —dijo entonces Teresa—, pero sobre todo quiero encontrar a tu hermano, Mathias.

Él le sostuvo la mirada sin decir ni una palabra.

—¿No quieres que vuelva a casa? —le preguntó.

Los labios del niño temblaron.

—Tal vez esté mejor donde ahora está —lo oyó decir.

Teresa vio que Marini se ponía tenso y tuvo la esperanza de que él también obedeciera su orden y no dijera ni una palabra.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó al niño.

Empezó a mordisquearse las uñas. Se había puesto nervioso. No quería hablar con ella del tema y Teresa respetó su decisión.

—Entiendo que quieras protegerlo, pero siendo tan pequeño tendría que estar al lado de su madre —le dijo—. Y también al tuyo. Os necesita.

Teresa no mencionó al padre. Había reparado en las marcas en el cuello que el niño se tocaba constantemente, sin darse cuenta siquiera. Se preguntó si era una forma inconsciente de dárselo a entender. El cuello de la camisa no bastaba para ocultarlas. Eran hematomas parecidos a los que su madre tenía en los brazos.

El niño no daba muestras de abrirse y Teresa podía entenderlo: ella era una desconocida que pretendía que le confesara su secreto más grande y doloroso. Se sintió egoísta y falta de delicadeza.

—Una vez hubo alguien que me hacía daño —empezó a contar, sin detenerse mucho a pensar cuál iba a ser la reacción de Marini.

Los niños la miraron con atención.

—Era una persona a la que quería mucho —continuó—. Cuando lo hacía,

siempre me preguntaba qué había hecho yo mal para que él se enfadara tanto.

—¿Y qué era? —preguntó Lucia. Sin duda era la más valiente.

—Nada —le respondió—. Ningún error que cometamos puede justificar a quien nos hace daño, pero es algo que necesité tiempo para entender.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Oliver.

—Lo mandé lejos.

—¿De una patada?

Teresa se rio.

—Ya me gustaría a mí habérsela dado —confesó.

—Yo se la habría dado.

Teresa alborotó el cabello del niño.

—No tenemos necesariamente que alejarnos de aquellos a quienes amamos para protegerlos —dijo, mirando a Mathias—. Pero tenemos que pedir ayuda para mantener alejados a quienes *hacen* daño.

Se quedó en silencio, esperando su reacción. Mathias se mordisqueaba los labios, como para contener las palabras que querían salir.

—¿Markus volverá solo con nosotros, conmigo y con mamá? —le preguntó por fin, con los ojos húmedos. Le estaba pidiendo protección, para él, para su hermano y para su madre.

—Te lo prometo.

Mathias miró a sus amigos. Teresa percibió con claridad la muda comunicación que se estaba produciendo entre ellos y que era propia de criaturas unidas por una afinidad electiva. Esos niños eran una familia el uno para el otro, por eso protegían su secreto. Un secreto inocente, que no obstante ponía a prueba cada día su capacidad de excluir al mundo de su grupo. Teresa recordó lo importante que era la lealtad a esas edades y cómo, increíblemente, nos volvíamos frágiles ya de adultos.

Habían aprendido a protegerse y, para hacerlo, constató Teresa, no habían cedido nada de su alma, ni renunciado a la magia de la infancia. Habían conseguido mantenerse puros cuando a su alrededor nada lo era. A pesar de aquellos paisajes sublimes, del aspecto de cuento de hadas y de los silencios de las cumbres, en el corazón de las casas de sus habitantes Traveni guardaba secretos inconfesables con los que Teresa ya se había tropezado demasiadas veces en el curso de su trabajo. Era turbador, una caquexia que aturdiía.

Como mirar a Dios y ver a Satanás con cuernos, pensó.

De todas formas, lo que más le importunaban no eran tanto los pecados

como los esfuerzos de la comunidad por encubrir a los pecadores y dejar a las víctimas en manos de sus verdugos, con tal de salvaguardar la integridad del grupo. Pensó con ira en los panfletos colgados por todas las esquinas del pueblo que incitaban al levantamiento popular contra la nueva estación de esquí —la invasión— mientras que nadie había movido un dedo por los niños.

Unidos contra el mundo exterior y ciegos, por comodidad, ante sus propias culpas.

Lucia llamó su atención, tirando de sus pantalones.

—Nosotros no tenemos miedo porque estamos juntos. Nos encontramos en el bosque, casi todos los días —le dijo, feliz de poder hablar con su nueva amiga—. Tú también deberías probarlo, si tienes miedo.

Teresa le sonrió.

—¿Tendría que hablar con algún amigo?

—Sí.

—¿Como hacéis entre vosotros?

La niña asintió.

—Hablamos de las cosas malas que nos asustan —dijo Oliver—. Así son menos terroríficas.

—Esa palabra no existe —le dijo Lucia.

—¡Sí que existe, claro que sí!

—¿Tú también hablas de esto, Mathias? —le preguntó Teresa al niño.

Él asintió.

—Pero yo no tengo miedo por mí —dijo.

—Solo confesabas tus miedos por tu hermano, ¿verdad?

—Sí.

—Es un hermoso gesto —dijo Teresa—. Los fuertes siempre deben proteger a los más débiles.

Él sonrió, satisfecho por ese reconocimiento. Miró a Lucia y asintió.

—Tenemos un lugar secreto, abajo en la quebrada, pasada la cueva. Queda cerca de la cascada —reveló entonces la niña.

—¿Os lo pasáis bien allí? —preguntó Teresa.

—Mu-mucho. Es-estamos bi-bien.

Diego también había decidido mostrarle su confianza.

—¿Y estáis vosotros solos allí?

Los niños se miraron.

—Ese hombre nos espiaba —dijo Mathias—. Yo ya me había dado cuenta.

—Yo también —dijo Oliver.

—¿Qué hombre? —preguntó Teresa.

—El que vino a vernos, cuando Lucia encontró a su madre. Nos asustamos y gritamos, pero luego nos dimos cuenta de que tan solo quería jugar.

—¿Jugar?

—Sí, se había pintado la cara como un payaso.

Lucia miró a Teresa.

—Yo ya les dije que era un fantasma, pero no me creen —le dijo.

—¡No-no, no e-era un-un fantasma!

—¿A qué quería jugar? —preguntó Teresa.

—Caminaba sobre sus rodillas, como si él también fuera un niño —relató Oliver—. Pero ya lo habíamos visto antes y se movía como un viejo: fuera del colegio, tapado con la capucha, igual que un mago de los cuentos.

—¿Os dijo algo? ¿Os pidió que hicierais algo? —preguntó, aparentando tranquilidad.

—No. No sabe hablar. No volvimos a verlo —explicó Mathias.

—Yo no estaba cuando vino —dijo Lucia—, pero me trajo esta a casa.

Se bajó la cremallera de la chaqueta y sacó de allí una muñeca de tela cuyos ojos eran bayas.

Teresa miró a Marini. Para ella era suficiente.

—Gracias —les dijo—. Ahora me siento mejor. Ya no tengo miedo.

—¿Ves como funciona? —dijo Lucia.

Teresa le acarició la cabeza.

—Acabad vuestro chocolate —dijo—. Luego pediré que os lleven a casa.

—¿Con las sirenas encendidas? —preguntó Oliver.

—¡Claro!

Teresa se retiró con Marini. Trató de ignorar la mirada inquisitiva de él. Seguro que estaba preguntándose si la historia que había contado era verdadera o falsa. Aún no tenía la sensibilidad, o tal vez la experiencia, para comprender que a los niños no se les puede mentir: tienen un sexto sentido infalible para descubrir las mentiras y, cuando eso sucede, su confianza se pierde para siempre.

—Los niños —susurró—. Él los venga.

—Escuchaba sus confesiones.

—Sí. Ha castigado a los adultos que los atormentaban. Cada uno de ellos

tenía una figura a su lado que lo hacía sufrir. Diego: un padre castrador y falto de afectos. Lucia: una madre drogadicta y ausente. Oliver: un conserje sádico —Teresa buscó al cuarto niño con la mirada—. Y Mathias: un padre violento. El animal desollado que dejó delante de la casa de la niña no era una amenaza. Era un regalo para la cría. Alimentamos a quien amamos.

—Pero ha secuestrado al hermano de Mathias, no ha castigado a su padre —objetó Marini.

Teresa no tuvo tiempo de replicar.

—El hombre del bosque nos trajo regalos —los interrumpió Oliver—. ¿Queréis verlos?

57.

La quebrada del Sliva era un agujero negro entre el pueblo y la vieja estación de tren. Un hondo pozo en el bosque, con casi cien metros de profundidad. Esa noche, el sendero que descendía a través de la nevadura boscosa era recorrido por las linternas de la policía. Como luciérnagas invernales, los puntos luminosos bailaban en la oscuridad, descendiendo en fila india a medida que zigzagueaban hacia el fondo.

Los niños precedían a Teresa y a Marini; detrás de estos iban los hombres del equipo móvil y los de Hugo Knauss.

Lucia, Mathias y Diego saltaban como pequeños íbices, sin perder nunca el equilibrio en aquel terreno irregular. Oliver, en cambio, se había decantado por poner su mano en la de Teresa y no la soltaba en ningún momento. Ella se llenaba con ese contacto tierno y cálido, que tanto contrastaba con el paisaje glacial que los rodeaba. La quebrada era una cavidad empinada que llevaba a la orilla pedregosa de un arroyo casi inmóvil. El frío era tal que incluso había ralentizado el agua, con placas de hielo aferradas a las orillas. La niebla se movía serpenteando sobre el lecho del río. De las rocas y de las ramas colgaban estalactitas esculpidas por el viento. Parecía el último rastro de un mundo extinguido. A Teresa le daba la impresión de que sus corazones eran los únicos que latían allí abajo. Era una sensación enajenante, un pensamiento sugestivo que por primera vez en su vida le hizo comprender qué era la claustrofobia.

Los niños los guiaron a través de puentes colgantes y escaleras resbaladizas. Se movían con seguridad, no había asomo de miedo en ellos. La oscuridad no tenía poder sobre sus mentes. Eran uno con esa naturaleza todavía salvaje, tampoco ellos lo suficientemente domesticados para temerla.

En esas horas dramáticas, Teresa los miraba mientras se enfrentaban a la oscuridad y a la muerte con una serena fuerza que era la de los grandes espíritus.

Los seguía confiada, velaba sus pasos, pero estaba segura de que únicamente los suyos eran inciertos.

Pensó en los miedos que la habían angustiado en los últimos días y de repente ya no le parecieron tan insuperables. Podía elegir cómo vivir la vida que se le estaba planteando por delante y había dos formas de hacerlo: ir apagándose poco a poco o afrontarla con valor.

Atravesaron una abertura en la roca y en esa negra humedad de olor penetrante Teresa vio su existencia estancada. La pequeña mano de Oliver apretó la suya con más fuerza.

—No tengas miedo —oyó su voz, amplificadas por el túnel natural.

—No lo tendré —respondió, y las palabras se llenaron con un significado que se prolongaba más allá de ese instante.

Cuando aparecieron del otro lado, Lucia, Mathias y Diego estaban esperándolos debajo de una cascada de cristal. Los niños le señalaron el recoveco que quedaba detrás de los chorros inmóviles.

Teresa dejó ir la mano del niño y se acercó con Marini. Iluminaron el musgo con las linternas. Un objeto cuadrado brilló bajo esa almohada natural. Él lo cogió: era una caja de metal. Los dibujos de la tapa habían perdido su color, pero aún se reconocían unos conejitos blancos que iban en bicicleta.

—Puedes abrirla —dijo Lucia.

Marini retiró la tapa y fue como si se hubiera detenido el tiempo. Miró a Teresa, pero ella tampoco era capaz de reaccionar. El contenido de la caja era un detalle incoherente en el seno de una historia aún por descubrir.

58.

16 de septiembre de 1993

El sujeto Alfa está en activo y es consciente de sí mismo. Sin embargo, resulta difícil decir qué percepción tiene de su persona. Me pregunto si es consciente del paso del tiempo y, en consecuencia, de la existencia del futuro, entendido este como visión y proyección de uno mismo en otro momento todavía por venir. Me pregunto si se pregunta quién está al otro lado de la pared, ofreciéndole todo lo necesario para vivir. Al no haberme presentado nunca delante de él, salvo como unas manos enguantadas que le ofrecen comida y ropa, no creo que sea consciente de mi presencia. Para él, el mundo se encuentra en su totalidad dentro de esa habitación. El Alfa no conoce más vida que la que yo le he dado; no obstante, parece adaptarse sin sufrimiento a sus considerables límites. Me he preguntado una y otra vez cómo una criatura puede sobrevivir tanto tiempo: la respuesta es que su mundo interior es tan rico y profundo como para compensar la escasez de experiencias exteriores. Su fuerza de vida no necesita nada más que a ella misma.

El Omega, en cambio, depende por completo del Alfa, el «Padre». Es un sujeto pasivo que se dejaría morir de inanición. Se pasa todo su tiempo acurrucado en el rincón que ha elegido como refugio y parece no existir, si no es reflejado en el Alfa: creo que en su mente está convencido de que solo es un retoño del «Padre». Vive porque el otro vive.

Desde hace algunas semanas he introducido ejercicios para el desarrollo del lenguaje, para descubrir si se trata de una capacidad innata o no, si el retraso manifestado en ambos sujetos es permanente o recuperable. Como era previsible, Alfa resultó ser el más dotado de los dos y más predispuesto al aprendizaje.

Aunque esté interesado en la evolución de esta nueva perspectiva, teniendo en cuenta la edad de los sujetos, me pregunto acerca de la oportunidad de

continuar con el experimento y, si no es así, sobre la mejor forma de terminarlo.

59.

La caja de metal estaba depositada sobre la mesa, en el centro de la habitación. Estaba abierta y su contenido resultaba visible para todos los presentes, ninguno de los cuales era capaz de apartar su mirada de lo que custodiaba.

Teresa se puso unos guantes de látex y sacó los dos objetos. Depositó el más pequeño en la palma de la mano. Bajo las luces de neón la medalla brillaba. Le dio la vuelta: en la parte posterior, había un grabado.

—«W. Wallner» —leyó Teresa en voz alta. También había una fecha: 1 de septiembre de 1936.

En la sala de reuniones de la comisaría de Traveni, nadie tuvo valor para hacer ninguna pregunta. Incluso Hugo Knauss había perdido la expresión afable que lo distinguía.

—¿Son objetos para misas satánicas? —preguntó Parisi, frunciendo el ceño. Se atusaba la perilla. Cuando estaba nervioso no lograba apartar las manos de su mentón.

A Teresa se le escapó una sonrisa.

—No. Esta es la cruz de Hipócrates, representada con el bastón de Asclepios. Es el símbolo de la medicina —le explicó, mostrándole la silueta decorada con una serpiente enroscada en un bastón.

Teresa giró la reliquia entre sus dedos, tratando de descifrar su significado. Pero era una tesela a la que no sabía qué lugar asignar.

—Wallner —repitió Marini—. Ya he oído antes ese nombre. ¿Le dice algo?

—Es un apellido bastante común en los países de lengua alemana —dijo—. Sin embargo, dudo que localizar al propietario original pueda ayudarnos.

¿Por qué regalar un objeto semejante a unos niños?, se preguntó, colocándola de nuevo en una bolsita de plástico.

—¿Y ese otro? —preguntó Parisi—. ¿Ese también es símbolo de algo?

Teresa miró el otro objeto. No, no podía definirlo como inofensivo, aunque le habría gustado. Si bien ignoraba su función, sentía que no lo era.

La capucha blanca era un sencillo cono de algodón, con dos agujeros para los ojos, cubiertos por una redecilla delgada. Estaba sucio y, en algunos puntos, las costuras habían cedido. Su aspecto recordaba el tocado utilizado por los penitentes durante las celebraciones de Semana Santa en algunos pueblos del sur. O incluso los del Ku Klux Klan.

A la luz de esa última reflexión, Teresa lo encontraba inquietante. No comprendía su mensaje.

El perfil del asesino estaba adquiriendo unos rasgos indefinidos y discordantes. Teresa nunca se había encontrado en un texto especializado ni observado en persona un cuadro psicológico tan contradictorio. El hecho de que atacara con un grado de sadismo tan elevado no era coherente con la motivación que lo llevaba a elegir a sus víctimas. Protegía a los niños, pero, al mismo tiempo, destruía a sus familias. Probablemente había manifestado sentimientos de culpabilidad, por eso se había presentado en casa de Lucia con un objeto de su madre, y le había llevado un regalo a la niña. Por eso había recompuesto el cuerpo de la primera víctima, había dejado escapar a Melania Kravina y vuelto a vestir a Abramo Viesel, como para ocultar el haberlo desollado.

Teresa se preguntó qué representaban para él los trofeos que les había arrebatado, qué fantasías lo animaban.

—¿A usted qué le sugieren estas cosas? —le preguntó a Hugo Knauss, quitándose los guantes y tirándolos a la basura.

—Nada, comisaria.

—¿Seguro? ¿No cree que algunos habitantes del valle tienen intereses cuando menos discutibles?

—¿Sectas que prediquen el racismo, quiere decir? No, en absoluto.

Él también había tenido el mismo pensamiento. Teresa sospechaba que era una impresión generalizada.

—De lo contrario, ¿me lo diría?

—¿Qué pretende insinuar?

—Yo nunca insinué nada, jefe Knauss.

—¿Comisaria? —los interrumpió De Carli al entrar. Cuando vio el objeto se quedó quieto, mirándolo, olvidando lo que había ido allí a decir—. ¿Es eso lo que creo? —preguntó.

—¿A ti qué te pasa por la cabeza? —le preguntó Teresa.

—Racismo, cruces en llamas, sectas, violencia... ¿Estoy en el camino correcto?

—¿Y eso quién puede saberlo? —respondió Teresa—. Si tienes alguna intuición brillante al respecto, compártela con nosotros.

—De momento, solo tengo un informe para entregarle. El interrogatorio al padre de Lucia.

Dejó el archivo sobre la mesa. Teresa lo hojeó distraídamente.

—No quiero que ese hombre vuelva a casa demasiado pronto —dijo—. La niña será entregada a sus abuelos los próximos días.

—Cargos para imputarlo ya los tenemos, comisaria. Y, además, ya se escapó una vez, podría hacerlo de nuevo.

—Espero que el juez opine lo mismo que tú.

No dijo que ya había hablado personalmente con Crespi y que se había asegurado de que el hombre no regresara demasiado pronto al lado de la niña. Tenía que ser controlado por los servicios sociales y rehacer una relación que había estado a punto de destruir, además de su propia vida.

Teresa miró el reloj y le volvió a la cabeza el de Roberto Valent, atado del revés en el brazo del muñeco. Aún no había entendido el significado de ese símbolo. Faltaban pocas horas para el amanecer y entonces ya podrían ponerse en marcha. Solo tenían que esperar a que las condiciones climáticas fueran favorables. Nadie había sido capaz de descansar. La idea del pequeño Markus en manos del asesino hacía imposible cerrar los ojos siquiera unos instantes.

Releyó las declaraciones de Dante Kravina, con la cabeza entre las manos y la espalda destrozada.

—Ausencia de mímica facial —murmuró, recorriendo de nuevo la descripción del asesino ofrecida por el padre de Lucia.

Marini se acercó.

—¿Son esas sus palabras? —le preguntó a De Carli.

—Más o menos. Pero ha sido claro sobre el concepto. Le impresionó mucho.

—Ausencia de mímica facial, imitación y dificultades en el lenguaje —resumió el inspector, leyendo el informe.

Teresa levantó la vista para mirarlo. Parecía concentrado en pensamientos que despertaban su interés.

—¿Te dice algo? —le preguntó, sin esperar una respuesta afirmativa.

Él la miró sorprendido. Parecía el primero en no creer lo que estaba a punto de decir.

—El caso del niño número 39 —dijo.

Teresa no entendió.

—¿El niño número 39? —repitió.

Marini se sentó a su lado. Comenzó a teclear en el ordenador.

—Estoy leyendo un manual de psicología —dijo—. Habla de un montón de cosas inútiles, pero esta me llamó la atención porque resulta... increíble. Es realmente impensable que sucediera de verdad. ¡Ya lo tengo! Johann Albert Wallner —leyó en voz alta el título de un artículo en línea.

Teresa estaba empezando a marearse. Wallner, pensó. Como el nombre grabado en la cruz de Hipócrates.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un médico y psiquiatra austríaco expulsado de la profesión —respondió Marini—, por un experimento criminal realizado hace casi cuarenta años. Wallner —murmuró. Miró la reliquia nazi—. Su padre era Wolfgang Wallner, un oficial médico de las SS. La medalla debe de ser algo relacionado con su profesión.

—Tal vez un recuerdo de la graduación —formuló como hipótesis Teresa, echando cuentas en su mente. Intentaba mantener la calma, controlar la respiración, pero le resultaba difícil. Había empezado a hacerse una pregunta incómoda: ella, que pensaba que había leído todo lo posible en materia de psicología, ¿por qué no recordaba nada al respecto? Y, sin embargo, por lo que el artículo exponía ante sus ojos, el caso del niño número 39 había tenido una enorme resonancia, hasta el punto de ser reproducido en el manual que Marini estaba leyendo.

¿Lo he pasado por alto o mi mente lo ha borrado?

—¿De qué experimento estamos hablando? —preguntó Knauss.

—Una prueba aberrante sobre la privación materna, que se llevó a cabo a unos pocos kilómetros, al otro lado de la frontera —explicó Marini—. Wallner se inspiró en un estudio de René Spitz, otro psicoanalista austríaco, nacionalizado estadounidense, pero fue más allá.

—¿Qué hizo? —preguntó De Carli.

—Dirigía un hogar de acogida para huérfanos. Ordenó a las puericultoras que se ocupaban de los recién nacidos una privación total de cuidados de tipo

materno respecto a esos niños. Los pequeños no eran identificados por medio de un nombre, sino solo con un número colocado sobre la cuna. Lo llamaron «despersonalización».

—Pero ¿algo así era legal? —preguntó Parisi.

—Yo diría que no —respondió Marini—, pero Wallner y sus colaboradores no tuvieron escrúpulos. Las enfermeras no podían hablar con los niños, ni establecer contacto visual con ellos. Llevaban una capucha con dos agujeros para los ojos, para impedir que la expresión de la mirada fuera reconocible.

Por un instante, nadie habló. Todos los ojos estaban puestos en la capucha, y Teresa intuía los pensamientos que los acompañaban: quién la había llevado, con qué insano propósito, y, sobre todo, quién la había visto durante mucho tiempo, desde abajo, ante sus ojos.

—Los recién nacidos eran alimentados y lavados, pero privados de cualquier otra clase de atención —continuó Marini—. Pronto mostraron los primeros síntomas del «tratamiento»: insomnio, rechazo del contacto físico, deterioro, retraso en el desarrollo motor y ausencia de mímica. Todos menos uno: el bebé de la cuna número 39. El recién nacido se mostraba reactivo y no se deterioraba, sino todo lo contrario: crecía. Wallner creyó que había identificado en él al «Padre», según las hipótesis de Freud: un líder natural dotado de una fuerza interior extraordinaria.

—¿Qué pasó con esos niños? —preguntó De Carli.

Marini llevó el ratón hasta el final de la página web que estaba leyendo.

—Una enfermera contratada desde hacía poco tiempo denunció a Wallner y la policía irrumpió en la institución. Los niños se salvaron y al cabo de unos meses los síntomas fueron remitiendo, hasta desaparecer. Wallner, sin embargo, logró huir, y se llevó consigo al niño de la cuna número 39, su mayor descubrimiento.

—¿Cómo se llamaba ese pequeño? ¿Está escrito? —preguntó Teresa intentando controlar el temblor de su voz.

—Andreas Hoffman. Wallner y el niño nunca fueron localizados. Agnes Braun, la colaboradora más cercana de Wallner, fue juzgada y condenada a veinte años de cárcel. La chica de quien partió la denuncia, Magdalena Hoos, fue contratada de nuevo por el hogar, cuando este reabrió sus puertas. Más tarde, los investigadores descubrieron que Wallner albergaba una especie de obsesión con las teorías nazis sobre la eugenesia.

Andreas, pensó Teresa. Finalmente podía sentir un contacto con él.

—Pobre niño, a saber qué final tendría —dijo De Carli. Marini maldijo y Knauss bajó la mirada hacia sus pantalones, que se estaba maltratando.

Teresa se recuperó y los observó a todos ellos con una mirada de incredulidad.

—Pero ¿es que no os dais cuenta? —dijo—. Es él. Nuestro asesino es ese niño que nunca fue localizado.

Se levantó, agitada, olvidada ya de todos sus problemas.

—Se pinta la cara de blanco porque la forma más primitiva del amor es la identificación y él cada día veía el techo blanco de la habitación y una capucha blanca. Yo pensaba que estaría afectado por un trastorno de personalidad múltiple, dadas las diferentes actitudes que tiene ante las personas con las que se enfrenta; pero en realidad él no tiene personalidad, en sentido médico. Imita a quien tiene delante, en una especie de fase neonatal nunca superada. Es su manera de comunicarse.

Teresa por fin entendía por qué el perfil psicológico y conductual de Andreas siempre le había parecido incoherente, con demasiados elementos discordantes, imposibles de conciliar.

Las suposiciones básicas eran incorrectas.

—No tiene que ver con ninguna casuística, porque psicológicamente nunca ha nacido —dijo—. Por eso no puede ser analizado con las herramientas normales de la psicología de investigación.

—Se las apaña para relacionarse con los niños, de todas formas —reflexionó Marini.

—Sí... Pero para entender cómo lo hace y por qué, debemos descubrir cómo ha sobrevivido hasta hoy —dijo Teresa—. ¿Ha tenido algún hogar? ¿La compañía de alguien? ¿Qué pasó con su secuestrador?

—Quizá Wallner lo abandonó y se escapó. O bien... Tal vez haya estado escondido en estos parajes durante décadas, quién sabe dónde —dijo Parisi—. Probablemente esté muerto, pero el producto de su experimento ha logrado sobrevivir. ¿Qué puede haber desencadenado la furia de Andreas Hoffman?

Teresa pensó en la forma en que el asesino había detenido a los chicos en el bosque y en los animales que huían durante los reconocimientos.

—La invasión territorial ha roto su equilibrio —dijo—. Lo empujó valle abajo, como los corzos asustados del otro día.

—¿Qué invasión?

Teresa miró el mapa colgado de la pared y señaló con un dedo el área de la nueva estación de esquí.

—*Esta* invasión. Las máquinas y los trabajadores. La deforestación y las inspecciones. Debemos limitar nuestras pesquisas a esta área, comenzando por la zona más al norte, la más boscosa e impermeable. Hemos de buscar un *stavolo* o una zona de vivac.

—Al norte y al noroeste solo hay paredes rocosas. Descarto que pueda encontrarse allí. Al noreste están las canteras de Osvan. Es un territorio desnudo y sin arbustos. Solo roquedales —dijo Knauss—. Allí no hay nada.

—¿Canteras de qué?

—De piedra y de sales de plomo y zinc, pero ahora es un desierto. La vegetación aún no ha crecido de nuevo.

—Utilizaremos estos límites como perímetro de las pesquisas —dijo Teresa.

—Hay una cosa que no entiendo —intervino Marini—. ¿Por qué al final secuestró al pequeño de los Klavora, Markus, y dejó en manos de su padre al mayor?

Teresa se había hecho una idea al respecto.

—Porque Mathias nunca admitió en voz alta delante de sus compañeros las violencias que sufría. En cambio, expresó preocupación por el futuro de su hermano.

—Pero el asesino podría matar al padre y liberar a los dos.

Teresa miró la oscuridad fuera de la ventana. Estaba clareando poco a poco. Un poco de tiempo más y podría salir a buscar al niño y a un asesino que en su mente, ahora, era la primera víctima de esa larga lista.

—Cambió drásticamente su *modus operandi* —dijo—. Creo que la visión del recién nacido despertó algo en él. Tal vez en su subconsciente quedaron huellas de sus compañeros en la institución. Recuerda sus llantos. Recuerda las noches pasadas juntos, escuchando sus respiraciones.

Teresa se quitó las gafas, metiendo inmediatamente una patilla entre los dientes para morderla, nerviosa.

—Ahora recuerda su primera vida —dijo—. Y quiere recuperarla.

60.

20 de septiembre de 1993

De mala gana, acepto que ha llegado el momento de terminar el experimento.

Me he convencido al respecto porque las condiciones ya no garantizan mi seguridad. Por condiciones pretendo decir, principalmente, la supervivencia de Alfa. Mi descubrimiento más extraordinario es también el que puede poner en peligro mi vida, y lo lamento.

El sujeto ha vivido por encima de mis previsiones más optimistas y me encuentro ante la dificultad, ahora, de seguir prolongando su cautiverio.

Me pregunto qué pasaría si realmente se percatara de mi presencia y de las condiciones en que lo hice crecer: es una pregunta cuya respuesta no quiero saber.

El sujeto Omega, por su parte, no representa ningún problema, pero ahora carece ya de utilidad.

La solución llegará con la próxima comida.

61.

El amanecer se había levantado en el valle y había llevado consigo una mañana límpida. Teresa suspiró aliviada cuando la luz se expandió por un cielo despejado y propicio para la búsqueda. Había logrado descansar en intervalos de media hora, marcados por pensamientos sombríos que la sobresaltaban encogiéndole el corazón en la oscuridad. Le resultó difícil permanecer quieta, a la espera. Pero ahora resultaba aún más difícil guiar las operaciones a pie de valle. Habría querido estar entre esos bosques, escudriñar el monte con sus ojos y no con los artificiales de los drones. Recordaba con un escalofrío la embriagadora búsqueda de Lucas Ebran: se había sentido viva, útil, con un cuerpo y una mente que todavía funcionaban y cumplían con su deber. Para ella eso ya no podía darse por sentado. Y, sin embargo, sentía el deseo de lanzar su cuerpo en busca de huellas, de utilizar todas las energías que le quedaban y avanzar hasta tender una mano y llegar hasta el niño.

Pero ¿cuál de los dos niños?, se sorprendió preguntándose.

Ahora que conocía el origen de esa historia de malos tratos y de muerte, a ella le resultaba difícil no ver a Andreas Hoffman como lo que era: una víctima, que de alguna manera había sobrevivido y seguido en este mundo, a pesar de todo. Teresa había intentado imaginar cómo debía de haber sido su vida, había intentado dibujar un nuevo perfil, pero las estadísticas, los estudios y la experiencia no eran capaces de ayudarla. Porque en este mundo no había existido nunca un ser como Andreas. Siendo niño, no se le había ayudado a desarrollar las herramientas para adaptarse a la vida; no obstante, lo había hecho, las había reemplazado con otras, y ella se preguntó cuáles. Era una mente que no había nacido nunca y, pese a todo, estaba activa.

Era una vida sin amor.

En la explanada que quedaba delante de las obras de la nueva estación de esquí estaba situado el helicóptero, listo para emprender el vuelo y recuperar

al niño en cuanto lo encontraran. Otros dos helicópteros de protección civil ya estaban sobrevolando la zona. Los hombres de Hugo Knauss habían salido con las primeras luces para ir abriendo camino. El ejército había llegado y se estaba preparando para peinar el área boscosa que desde allí ascendía hasta media montaña. A partir de ese punto continuarían los alpinistas expertos pertenecientes a diferentes fuerzas del orden. La policía austríaca había sido alertada y la frontera era custodiada por un cordón de hombres dispuestos a evitar cualquier intento de fuga.

Teresa rezaba a todos los dioses existentes para que no se llegara a tanto.

Miró con creciente preocupación las armas reglamentarias de los hombres preparados para salir, con los sabuesos atados a las correas. Se iban a distribuir radialmente, como en una batida de caza. No iban a disparar hasta que el niño estuviera a salvo, pero ¿y luego qué?

Teresa vio llegar a Gardini y Ambrosini. El ayudante del fiscal y el comisario jefe acompañaban a una mujer. Era la madre del pequeño. Cuando vio a Teresa, se encaminó decidida hacia ella, estrechando contra su pecho un pedazo de tela. El choque ya no podía ser evitado.

Gloria Sanfilk clavó dos ojos hinchados y desesperados en los de Teresa. En el fondo de su dolor, sin embargo, vio una fuerza que la sorprendió.

—Está vivo —la oyó decir. No era una pregunta, sino una exhortación para que no pensara ni por un momento lo contrario y se diera por vencida.

—Estoy segura de ello —le dijo. Teresa buscó con la mirada a su marido, por detrás de ella, pero no lo vio.

—No está —dijo Gloria, interpretando sus pensamientos—. No dejaré que vuelva, no dejaré que se acerque de nuevo a nosotros, pero devuélvanme a mi hijo.

Le entregó la tela. Era un pequeño pelele. Gloria se lo puso en una mano, la apretó entre las suyas y se lo llevó a la cara, inspirando el olor de su hijo, invitándola a hacer lo mismo. No lo había llevado para los perros, sino para ella. Quería estar segura de que la mujer que tenía en sus manos el destino de su hijo sintiera el olor del niño como si fuera suyo.

Ocupa mi lugar, le estaba diciendo, y tráemelo.

Teresa asintió. No eran necesarias las palabras.

Ambrosini se reunió con ellas y con un brazo alrededor de los hombros se llevó a Gloria, solícito.

Marini se acercó.

—Las reacciones del asesino son imponderables —dijo, escudriñando el bosque.

—Llámalo por su nombre —dijo Teresa, más para sí misma que para el joven inspector—. Como nadie lo ha hecho nunca, ni siquiera él.

La mirada de Marini cambió.

—Ahora entiendo su punto de vista, comisaria —dijo—. Yo tampoco puedo pensar en él sin verlo ya como una víctima.

Vaciló, luego le hizo la pregunta que aún no había tenido el valor de formularle:

—¿Cree que va a hacerle daño al niño?

Teresa había estado buscando una respuesta toda la noche. Tenía la esperanza de haber encontrado la correcta y no la que acallaba su inquietud.

—No de forma voluntaria —dijo—. Él es el «Padre» que protege a su gente, es el Alfa, y los niños son su manada inconsciente, pero nunca debemos olvidar que las manos que en este momento sostienen al pequeño son las mismas que le arrancaron los ojos a Roberto Valent.

Marini le tendió una fotografía aérea.

—Los drones han grabado la imagen de un viejo *stavolo* semidestruido que no aparece en el mapa —dijo—. Está rodeado de vegetación, en el cuadrante norte, poco antes de que se termine el bosque y empiecen los roquedales. Es el único en esa zona. Hay señales recientes de actividad humana en la explanada de alrededor.

62.

Bosque de Traveni-Aberlinz, 1993

El sol todavía calentaba las piedras e iluminaba los pólenes tardíos y fragantes de la manzanilla y del ajeno silvestre, pero el viento que soplaba desde el norte se había vuelto más frío en los últimos días y anunciaba ya la llegada de la estación del sueño; plantas y animales se estaban preparando, las primeras desnudándose de lo que ya no era necesario, los segundos tupiendo su pelaje y llenando las madrigueras de bellotas y de heno.

Él también se estaba preparando para afrontar la llegada del frío. Había notado cómo el aire era más fresco después de cada lluvia y hacía brotar minúsculas flores en la piel, cuando soplaba. El día anterior había colocado más trampas, porque pronto las presas empezarían a escasear. Su carne, cortada en tiras finas y puestas a secar, serviría para los días más oscuros y fríos.

Al llegar al arroyo, saltó de piedra en piedra hasta la orilla opuesta. Ascendió ágilmente la ladera del promontorio y salió a la llanura soleada. Los depredadores —zorros, tejos y aves de rapiña, sobre todo— amaban ese lugar porque, cuando lo atravesaban, los pequeños roedores se encontraban indefensos ante sus ataques.

Una de las trampas colocadas en la linde del bosque había hecho un prisionero. El tejo se agitaba para liberarse del lazo, pero este apretaba con más fuerza.

Llegó hasta él y vio que el animal no era tan grande como le había parecido: la hembra estaba rodeada por sus cachorros. Los pequeños temblaban alrededor del cuerpo de la madre, lanzando gritos asustados. Las bestezuelas lo habrían alimentado durante días, tal vez semanas, pero en lugar de cargar la mano y arrebatárles la vida, las observaba sin ser capaz de moverse. Esos llantos desencadenaban en él una tormenta, como cuando las

nubes negras llegaban desde el este y arrancaban los árboles jóvenes de la tierra.

Liberó a la hembra y se quedó mirándolos mientras corrían hacia el bosque. Nunca había visto a ningún cachorro crecer sin su madre. Él también tenía uno en que pensar.

Miró hacia el final del promontorio, donde su pequeño lo estaba esperando escondido, y vio algo que lo asustó: una franja negra ascendía hasta el cielo.

Comenzó a correr y se lanzó entre los árboles. Al llegar a su guarida, vio que el humo salía por entre las rendijas de las vigas. Corrió hacia la parte trasera y levantó la tabla que utilizaba como puerta. La habitación estaba tal y como la había dejado, excepto por un detalle: las manos que de vez en cuando, cada vez más raramente, metían alimentos y ropa por un agujero en la pared, durante su ausencia habían depositado una comida en el suelo.

Su pequeño estaba en la esquina de la que no se alejaba nunca, parecía estar durmiendo al lado de un cuenco medio vacío.

Se acercó e intentó despertarlo, pero no abrió los ojos. Sus colores habían cambiado y la piel se había vuelto fría. Se la frotó con vigor, pero no fue capaz de calentarla. Lo llamó con unos gemidos, lo pellizcó, pero el suyo era un sueño profundo. Entonces pensó que no era justo despertarlo, ni siquiera ahora que el olor a humo se había vuelto más intenso.

Se acurrucó junto a él: entre sus brazos no tendría miedo y pronto se despertaría.

63.

Había que subir a pie; no se podía llegar hasta el *stavolo* abandonado de ningún otro modo. Teresa sentía arder los músculos por el esfuerzo y que le faltaba la respiración. Marini la presionaba a su lado, siempre preparado para sujetarla en cuanto sus rodillas cedían y para llevarse un codazo como respuesta.

—Debería haberse quedado en el valle —le dijo en un determinado momento, ganándose una serie de improperios que le hicieron cerrar los ojos.

Teresa sentía en el bolsillo de su chaquetón el peso del pelele del niño. Era el peso de la responsabilidad de la que se había hecho cargo al decidir concentrar la búsqueda en esa zona y no en otras. Era el riesgo de equivocarse y no encontrarlo nunca.

La marcha avanzaba con rapidez. Todos tenían bien claro en la cabeza que habían pasado casi doce horas desde el secuestro y que el niño debía de estar hambriento. Nadie ahorra esfuerzos y el aire vibraba con las respiraciones jadeantes. La maleza era recorrida por una red humana que se expandía durante cientos de metros y ascendía inspeccionando cada sombra y cada abrigo.

La nevada de la noche había cubierto cualquier posible huella de presencia humana, pero Teresa confiaba en lo que el dron había fotografiado, que ahora quedaba no lejos de ellos; se preguntaba quién podría ser el hombre que vivía allí arriba, en compañía de águilas, zorros y poco más, donde hasta los ciervos llegaban raras veces en invierno y dejaban paso a las cabras montesas, y donde el ulular del viento era una voz que se superponía a todas las demás.

—Ya llegamos —dijo alguien, en las filas delanteras. La marcha se detuvo y Teresa se puso al mando.

Entre las ramas de los árboles, se abría un claro ante sus miradas. El edificio que se erguía allí se estaba desmoronando, un viejo incendio lo había

medio ennegrecido. El *stavolo* estaba hecho de tablas gastadas por el tiempo, el techo inclinado descansaba sobre una base de piedra y nada más: era un pajar en desuso, uno de esos en los que en el pasado se almacenaba el heno, tras la siega estival de los prados de altura.

—Los viejos de antaño sabían en qué época del año hay que cortar la madera para construir las casas; se vuelve dura y negra, pero no arde —dijo Hugo Knauss, observando las ruinas.

La construcción no estaba deshabitada. La explanada de alrededor estaba cubierta con objetos desaparejados y oxidados que sobresalían entre la nieve y estaban acompañados por otros más recientes. Teresa se dio cuenta de dónde acababan las cosas robadas en Traveni. Quien ocupaba la casa parecía ir al pueblo con frecuencia y regresar con tesoros que luego abandonaba a la erosión de los elementos.

Había ordenado a los helicópteros que no sobrevolaran de momento la zona, para no asustar a Andreas Hoffman e inducirlo a actuar de una forma que no estuviera entre sus intenciones. Ellos tenían que hacer lo mismo, para que su presencia pasara inadvertida el mayor tiempo posible.

Alrededor del *stavolo*, confundidos entre los cacharros, se levantaban pequeños tótems hechos con cráneos de animales. Algunos huesos colgaban de las ramas de los pinos cercanos y resonaban movidos por el viento, como primitivos amuletos.

Knauss escupió al suelo.

—La experta es usted, comisaria. ¿Qué clase de asesino es este? —preguntó.

—¿Definiría usted como «asesino» a un animal que mata porque se siente amenazado? —rebató Teresa con sequedad, alejándose unos pasos de él.

El equipo esperaba la orden para entrar y otros hombres, en el bosque, estaban listos para bloquear las vías de escape. A pesar de que había repasado con ellos hasta el agotamiento la táctica y las medidas para garantizar la seguridad del niño, Teresa temía ese momento como no había temido nada en toda su carrera. Nunca había sido responsable de una vida tan joven y se sorprendió al percatarse de hasta qué punto el valor de una existencia parecía inversamente proporcional al tiempo que había pasado sobre la faz de la tierra. La mano en el bolsillo apretaba el pelele, como si se aferrara a un hilo que no debía romperse.

—Adelante —dijo por la radio.

Desde el borde del bosque, los hombres se acercaron en silencio al edificio, rodeándolo. Con movimientos sincronizados, irrumpieron en el interior.

Teresa comenzó a contar los segundos y le parecieron demasiados para tomar el control de una construcción tan pequeña. Por otro lado, no hubo disparos, ni ruidos de lucha. Algo estaba haciendo demorarse a los hombres allí dentro y Teresa tenía la esperanza de que no fuera un espectáculo de muerte.

Cuando Parisi reapareció y señaló que el camino estaba despejado, Teresa fue corriendo hacia el *stavolo* y entró.

El desorden, en caso de ser posible, era aún mayor que en el exterior. Los objetos de diversos usos y formas se amontonaban caóticamente en el interior de la habitación más grande. Se imaginó al dueño de ese lugar coleccionándolos sin tener idea de su función, quizá para sentirse más cerca de los habitantes del pueblo, de aspecto tan parecido al suyo, pero tan diferentes y alejados en todo lo demás. Le volvió a la cabeza el detalle del reloj de Roberto Valent, sujeto en el brazo del fetiche; había pensado que era un símbolo, que tenía un significado; en cambio, Andreas lo había puesto del revés porque ignoraba su uso. Para él no era nada, tan solo un adorno que a menudo veía en la muñeca de los habitantes del valle.

Al ser despertada de su sueño, una lechuza voló desde el desván hasta la puerta y se marchó hacia el bosque con poderosos aleteos. De Carli se asomó desde el altillo.

—Aparte del plumífero y de una rata, aquí no hay nada más. Solo un jergón de paja —dijo.

—No creo que siga viviendo aquí —dijo Teresa—. Algo hizo que se marchara. La deforestación que comenzaba un poco más abajo, probablemente.

Sabía que los habitantes del pueblo no iban a entender la forma en que ella veía a Andreas Hoffman. Querían un monstruo ante el cual horrorizarse, un fetiche al que quemar para exorcizar el mal que había caído sobre su pueblo. Y parecía que lo habían encontrado.

Recordó el tótem construido con la ropa de la primera víctima y los ojos de bayas. Ahora Teresa entendía por qué estaba mirando hacia la zona habitada: se trataba de una acusación. Andreas veía en Travenì una amenaza. Sois vosotros, estaba diciendo, los que invadís mi territorio.

El pueblo era la causa desencadenante de su locura asesina.

Por una portezuela cerrada con un pestillo se accedía a una habitación un poco más ancha que un trastero. Teresa se inclinó de rodillas para observarla. No tenía ventanas y estaba vacía, solo una rendija entre las tablas permitía ver el verde sombrío del bosque. Las paredes estaban repletas de marcas más claras grabadas en la madera: eran dibujos estilizados de animales, plantas y figuras humanas. Se acercó arrastrándose de rodillas para mirarlos más de cerca y se percató de que una de las tablas se levantaba. Era una vía de salida al exterior. Miró a su alrededor. Encontró insólitamente intacto ese espacio. Andreas no se había permitido a sí mismo violarlo con el desorden que ocupaba el resto del refugio. Había algo sagrado en ese vacío.

Salió de la habitación y continuó con la inspección. En una esquina de la sala principal había una mesa ennegrecida por el fuego. También las paredes y el techo presentaban las huellas de un incendio. Algunos libros habían sido devorados por las llamas y eran poco más que tizones apagados apenas reconocibles; otros estaban quemados solo a medias, como si alguien hubiera llegado a tiempo y los hubiera salvado.

Teresa se acercó y, utilizando unos guantes, hojeó algunas páginas. Se quedó sorprendida. Eran ejercicios de escritura: muy simples, básicos. Había signos —letras, probablemente— escritos por una mano aún no entrenada. Eran pocas páginas, sin embargo. El resto del cuaderno estaba immaculado. Observó los demás volúmenes y se dio cuenta de que eran manuales de alfabetización primaria.

Un librito cayó al suelo. Teresa lo recogió y vio que se trataba de una colección de poemas. De una de las páginas se deslizó una hoja de roble. No estaba completamente seca.

¿Alguien le había enseñado a Andreas a escribir y leer? ¿Había hablado con él? ¿Había sido Wallner, tal vez?

Teresa vio a Marini parado en el umbral que daba acceso a otra habitación. Por su expresión se dio cuenta de que lo que había demorado a sus hombres se encontraba allí.

Se necesitaba valor para dar esos pocos pasos. Obligó a su cuerpo a acometerlos.

El sol entraba por los intersticios entre las tablas. A contraluz, al fondo de la habitación, se recortaba una figura sentada en una silla.

Teresa solo podía ver los contornos. Marini rompió de una patada una de

las tablas y dejó que entrara la luz.

Nadie movió ni un músculo. Solo el polvo levantado en el aire brillaba al girar. Teresa sintió a su lado la presencia de Knauss.

—¡Es un cuerpo humano! —oyó que decía.

Delante de ellos había un esqueleto con aspecto vetusto, erosionado por el tiempo. Los huesos estaban recubiertos de polvo y ennegrecidos en algunos puntos. Llevaba encima las partes arrebatadas a las víctimas. A sus pies, restos recientes de comida.

—Mal asunto —dijo Teresa, maldiciendo por una vez su experiencia—. Es el cuerpo de un niño.

64.

Un niño. Otro.

Hay dos niños cuya historia no conocemos: uno ha crecido y se ha convertido en un asesino; el otro no tiene nombre, es solo un esqueleto. El tercero ha sido arrebatado a su madre y está en algún lugar de este bosque, quién sabe dónde.

Niños. Parecen el eje de este remolino de muerte y, al mismo tiempo, de esperanza: niños que sobreviven, que luchan, que aman a pesar de todo.

Es una reverencia a la vida, este sentimiento que me atraviesa desde que llegué a este valle.

Una reverencia a la vida y a su despliegue incluso en ausencia de luz y de cuidados.

Ella es la más fuerte, y nosotros somos sus instrumentos.

Antonio Parri estaba transcribiendo los datos recogidos en las fichas de recuperación de los restos del esqueleto. El cuerpo aún no había sido movido de la postura en que lo habían encontrado.

Teresa miraba al forense desde un rincón. Sabía que la compilación del inventario de los huesos tenía que ir acompañada con observaciones sobre el contexto ambiental, la verificación territorial y topográfica y, finalmente, las consideraciones sobre la naturaleza de los restos. Todo eso significaba horas de trabajo con la cabeza gacha sobre cada una de las partes más pequeñas de lo que había sido un ser humano.

Sin embargo, Teresa no tenía tiempo. Parri lo sabía y en cuanto le fuera posible le proporcionaría las informaciones que hubiera logrado extraer tras el primer examen morfológico.

Teresa dudaba de que fueran decisivas para encontrar al niño desaparecido, pero en ese momento no podía hacer más que esperar; habían pasado casi

quince horas desde el secuestro y las investigaciones se iban desarrollando por todos los medios, pero no había ningún rastro ni del niño ni de Andreas Hoffman.

Parri, por fin, se volvió hacia ella y la llamó a su lado. Teresa llegó hasta él, manteniéndose de todas formas alejada de los restos. Los miró intentando imaginarse al niño al que habían pertenecido. Una operación dolorosa a la que no quería sustraerse; un sufrimiento necesario para no rendirse, para seguir buscando.

—Es posible que el cuerpo haya sido trasladado varias veces a lo largo del tiempo —dijo el médico—. Dudo que haya habido alguna forma de sepultura: los canales medulares están limpios. Los huesos largos muestran signos de mordeduras de animales posteriores a la esqueletización.

Teresa asintió. El cuerpo no había sido enterrado, tal vez porque Andreas carecía de cualquier clase de religión, ni siquiera primitiva. O tal vez, para él, todavía era un ser vivo. A los pies del esqueleto habían dejado recientemente una comida: un trozo de carne chamuscada, pero todavía rosada por dentro, acompañada de frutos secos con cáscara.

—Como ya habrás notado, alguien ha practicado pequeños agujeros en los huesos y los ha atado con hilo de pescar —dijo Parri.

—Ha intentado reconstruirlo, mantenerlo intacto tanto tiempo como fuera posible —murmuró Teresa.

No sintió repulsión, sino una profunda tristeza por quien había hecho ese acto; alguien que había intentado desesperadamente reconstruir esos restos mortales y hacerlos revivir. Alguien que no entendía la vida y la muerte como ellos. Que, a pesar de todo lo que había sufrido, a su manera había amado a ese niño y seguía amando lo que de él había quedado en este mundo.

Teresa no veía ninguna clase de morbo en ese acto, sino adoración, una necesidad conmovedora de mantener a su lado un amor que no tenía fin. Donde ellos veían huesos y pobres restos, Andreas todavía captaba la chispa de un vínculo profundo.

—¿Crees que lo conocía bien? —preguntó Parri.

Teresa miró al médico.

—Lo quería. Él no lo mató, estoy segura de ello. Ha intentado devolverlo a la vida.

—Si los restos siempre han estado expuestos al aire y a la humedad, como creo, se ha descompuesto más deprisa que si hubiera sido enterrado —

continuó el médico—. Teniendo en cuenta esto y considerando la ausencia total de adipocera y de tejidos blandos desecados, estimaría que el deceso se produjo hace unos veinte o treinta años. Podré ser más exacto después de las pruebas de laboratorio y del examen por microrradiografía.

Eran muchos, pensó Teresa. Demasiados, tal vez, para mantener la esperanza de saber a quién pertenecía ese cuerpo.

—¿Puedes decirme la edad y el sexo? —preguntó.

—La frente es vertical; el cuerpo púbico, estrecho, y no hay presencia del arco ventral. Un varón caucásico. Era joven.

Teresa mantenía sus ojos fijos sobre el cadáver.

—¿Cómo de joven?

—Los segundos molares aún no habían salido del todo.

Ella sintió que las náuseas se asomaban a su garganta. Era la confirmación de lo que había pensado en cuanto puso los ojos en esos huesos. Los había medido en un abrir y cerrar de ojos. Y había reparado en ello, con el estómago en un puño.

—No más de doce años —prosiguió el médico—, pero tras una primera medición de los huesos yo diría que alrededor de unos diez, once. No he detectado traumatismos.

Durante unos momentos ninguno de los dos habló.

—Ya he tomado algunas muestras para los análisis de las alteraciones microscópicas de los huesos —le dijo Parri después, tendiéndole una pequeña maleta con los tubos a un ayudante—. Lo enviaré de inmediato al laboratorio, para que las primeras respuestas lleguen rápidamente. Aquí serán necesarias algunas horas más para levantar el resto.

—¿Crees que es posible hacer ya mismo la prueba de las sustancias químicas presentes? Quiero saber cómo murió.

—Por el momento podría proceder a levantar el cráneo, para examinar también los tejidos arrebatados a las víctimas y comenzar así las pruebas.

—Gracias, Antonio.

Marini la llamó junto a él, cerca de la mesa ennegrecida.

—Comisaria, he encontrado algo interesante.

65.

Marini realmente había encontrado algo interesante, entre objetos carbonizados imposibles de identificar y los restos de libros chamuscados solo en parte. Era una libreta manuscrita, donde figuraba una fecha al comienzo de cada una de las anotaciones. La última se remontaba al 20 de septiembre de 1993.

Estaba escrito en alemán. Teresa solo tenía conocimiento escolar de ese idioma, antiguas reminiscencias que no eran suficientes para ayudarla.

—¿Tú lo entiendes? —le preguntó a Marini.

—Algunas palabras, aquí y allá.

—¡Jefe Knauss! —llamó.

El hombre se reunió con ellos.

—Todos ustedes son bilingües aquí —dijo, señalándole el diario—. Tradúzcamelos.

—¿Ahora?

Teresa lo miró. Se preguntó cómo era capaz de encontrar siempre una palabra —una sola y no especialmente significativa— para irritarla.

—Pues ya me dirá. ¿Prefiere llevárselo a casa esta noche y leérselo con calma delante de la chimenea? —le preguntó.

Knauss entendió la broma tarde, buscó sus gafas de lectura en el bolsillo de la chaqueta, se las puso con un suspiro e inclinó la cara sobre el cuaderno.

—Es un diario, me parece.

—Lo habíamos deducido por las fechas, sí.

Teresa esperó con impaciencia a que Knauss recorriera algunas líneas para comenzar a hacerse una idea. Lo vio pasar páginas, retroceder, detenerse como para reflexionar y seguir leyendo.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No entiendo —lo oyó murmurar.

—Pida ayuda a alguno de sus hombres. Habrá alguien más capaz de leerlo.

Knauss levantó la vista del texto.

—Yo soy capaz de leerlo, comisaria.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es lo que hay escrito. Parece un experimento.

Teresa ya no tenía más ganas de bromas.

—Léamelo —ordenó.

Knauss siguió las líneas con un dedo.

—«El sujeto Alfa intenta interactuar con el sujeto Omega, pero este parece desinteresado por el momento y en un estado de pasividad. Su retraso motor ahora se ha vuelto evidente. Casi siempre yace supino y no hace nada para...», aquí no está claro..., «no hace nada para alcanzar su ración de comida» —Knauss se detuvo y miró a Teresa—. ¿Habla de animales?

—Son niños —respondió Teresa, con seguridad. Vio al hombre vacilar—. Prosiga —le ordenó.

—«Lo más sorprendente es que Alfa no se apropia de su ración, sino que, por el contrario, la empuja hacia quien, tengo la impresión, empieza a contemplar como un compañero».

El silencio había caído en el refugio, las actividades se habían suspendido. Todos escucharon a Knauss mientras proseguía con su lectura. Los rostros, se percató Teresa en el momento en que levantó la vista, transmitían rechazo y malestar. Estaba segura de que ahora veían de forma diferente el esqueleto que a pocos metros de ellos parecía estar sentado en una eterna espera.

Ya has dejado de esperar, pensó Teresa. Alguien vino por fin a salvarte, pero no a tiempo.

—«Dudo de que el niño tenga una percepción consciente del cautiverio en el que está creciendo. No conoce otra vida más que esta —continuó Knauss—, pero su subconsciente lo sabe y se deja morir».

A Teresa se le escapó un suspiro repleto de tensión. Podía imaginarse el epílogo, lo tenía delante de sus ojos, pero algo —los escalofríos que le cruzaban los brazos, cuando se inclinaba para rozar esas páginas— le decía que el horror contenido en esas líneas aún no había terminado.

—Vaya al último día —le dijo a Knauss.

El hombre obedeció. Teresa vio sus ojos recorrer las palabras, abrirse de par en par, luego buscar su mirada y escapar de nuevo. Cuando leyó acerca de la intención final de Wallner, Teresa no pudo proseguir con aquello. Tuvo que salir, buscar aire, darle tiempo al corazón para calmarse y al viento para

enjuagar las lágrimas antes de que cayeran.

66.

Fuera del *stavolo*, a Teresa le pareció que respiraba mejor de inmediato. Marini la siguió. El inspector nunca conseguía entender cuándo era el momento de mantenerse alejado de ella.

Teresa no le dio tiempo de hacer preguntas.

—Parri confirma que los restos son de un chiquillo —le dijo—. Once años, más o menos. También podría tratarse de una muerte por causas naturales. No es seguro que Wallner llevara a cabo sus planes —dijo, consciente de que había agregado las últimas palabras para darse ánimos a sí misma.

—¿Cómo puede ser posible llegar a hacer algo así a unos niños?

—Wallner profesaba las mismas creencias que su padre, por lo que parece. No tenía una conciencia tal y como nosotros la entendemos. Tendremos que buscar también su cuerpo en las inmediaciones, tal vez fue enterrado. Se quedó aquí el tiempo suficiente para criar a dos chiquillos, aunque queda por establecer cómo lo hizo.

Marini miró a su alrededor.

—¿Qué vida debía de llevar? —se preguntó.

—Difícil, sin duda alguna, pero preferible a un juicio y a la cárcel —le contestó Teresa—. Debía de bajar al pueblo, de todos modos, al menos de vez en cuando. Para conseguir provisiones, para las medicinas... Wallner era bilingüe, había perfeccionado sus estudios aquí. Investiga si alguien tiene algún vago recuerdo de él, si lo vio en alguna ocasión. Necesitamos determinar de quién es el esqueleto de ahí dentro. Tiene tres o cuatro años menos que Andreas Hoffman; no procede del orfanato como él.

—Las fotografías de Wallner que hemos recuperado están bastante borrosas.

—No me preocupan tanto las fotos como el hecho de que la gente del valle tenga un concepto particular de colaboración.

—No creo que quieran proteger a un criminal que tal vez bajara al pueblo

hace treinta años.

—No lo has entendido: es a ellos mismos a quienes protegen. A la comunidad. El grupo y su equilibrio como tal. Las personas no cuentan.

—Regresaré lo antes posible.

Teresa miró el sol: estaba ya empezando su descenso. Salió de la construcción el ayudante de Parri; entre sus brazos llevaba el contenedor de metal con el cráneo recién levantado.

Desde un punto lejano del bosque, en una pendiente que se asomaba hacia la explanada donde se encontraban, bandadas enteras de pájaros emprendieron el vuelo al unísono, como asustados de repente por un disparo que no se había producido. Por un momento, el cielo por encima de esos árboles se volvió negro.

Teresa no era capaz de moverse. Una sensación que conocía bien la mantenía clavada al suelo, con la mirada dirigida en esa dirección. Se sentía observada y sabía que era él. Andreas estaba escondido allí arriba y los observaba. Se preguntó qué lo había retenido allí, corriendo el peligro de ser capturado.

La respuesta pasó por delante de sus ojos, cerrada en un pequeño ataúd de acero.

Finalmente entendió qué estaba protegiendo Andreas del mundo exterior que avanzaba hacia él: no era su guarida, sino el único vínculo que había tenido en su vida. De alguna manera, había intuido qué era lo que le estaban arrebatando.

—Ha matado porque se sintió amenazado por el avance de las obras —dijo—. Tenía miedo de que se llevaran a su compañero. Este es el elemento que desencadenó su furia asesina.

—Pero ese chico lleva muerto décadas —objetó Marini.

Teresa miró la montaña, hacia el punto en que los pájaros habían huido. El niño estaba allí.

—No creo que entienda lo que realmente significa morir —murmuró—. Conoce la vida y la muerte, es cierto, pero bajo la forma de causas y efectos. Lo aprendió observando la naturaleza. Qué es lo que viene después, sin embargo, la idea de un posible retorno de ese sueño que consume el cuerpo... Eso él solo puede imaginarlo, exactamente como lo hacemos nosotros, como ha hecho el hombre durante milenios, desde la Prehistoria hasta el Antiguo Egipto y más allá. Y por eso ha tratado de despertar a su compañero. Ahora,

de todos modos, ya no está solo. Ha elegido a su prole.

67.

La búsqueda se estaba concentrando en la nueva zona de la vertiente indicada por Teresa. Los hombres no se concedían ni un momento de descanso, no se permitían pausas y ascendían hacia la cima cerrando filas. Por esa tupida red no habría pasado siquiera un grano de polvo sin que se viera.

En caso de avistamiento, las órdenes eran detener el avance y esperar a su llegada. Teresa temía la reacción de Andreas al sentirse rodeado, pero aún más la incógnita de establecer una comunicación con él.

Había dejado su posición a pie de valle y había vuelto a subir hasta una llanura en la que se había dispuesto un helipuerto.

La temperatura había subido y el cielo se había despejado. Su pensamiento seguía puesto en el niño. Cuando fue secuestrado, llevaba ropa gruesa y un pelele que lo protegía del frío. No habría sufrido por la helada, tal vez, pero el hambre y la sed ahora serían un problema. Teresa se preguntó cómo habría reaccionado Andreas ante sus llantos incesantes.

Continuamente pensaba en el diario de Wallner. El documento cesaba en septiembre de 1993, y Teresa no podía imaginarse cuál podía haber sido la continuación de aquel asunto. Una única cosa era cierta: el niño Omega había muerto, mientras que el niño Alfa había sobrevivido y se había quedado a vivir en lo que él consideraba su guarida, junto con el único contacto humano que había tenido en su vida y que el tiempo había consumido hasta dejarlo reducido a un esqueleto.

El móvil vibró en su bolsillo. Era Marini, la llamaba desde la comisaría de Traveni.

—¿Alguna novedad? —le preguntó.

—Por desgracia, no. He hecho que revisaran todos los documentos en el archivo. En los últimos treinta años no ha desaparecido ningún niño en el valle. No hay rastro de denuncias. También llamé a la central en la ciudad y

pedí que hicieran una búsqueda en la biblioteca municipal; no hay noticias similares en los artículos de los periódicos de la época.

Teresa temía que la identidad del pequeño Omega siguiera siendo un misterio sin resolver, aunque tal vez todavía quedara un camino que probar, que corría soterradamente por debajo de esas vidas perfectas e impolutas.

—Creo que hay alguien que puede ayudarnos —dijo—. Espérame allí.

Cerró la comunicación y le indicó al piloto del helicóptero con una señal que la esperara. El rotor ya estaba en marcha.

Cuando el vehículo se levantó llevándola a bordo, Teresa vio el bosque tal y como era: un océano verde y blanco de olas gigantescas que se alternaban con profundidades abismales.

Andreas y el niño estaban en algún lugar, allá abajo, ambos asustados. Ambos necesitados de ayuda.

68.

Parecía que todo el pueblo se había reunido en la catedral. Traveni, encarnado en sus habitantes, estaba postrado ante el altar. En la primera fila, Gloria Sanfilk y Mathias rezaban arrodillados para que el pequeño Markus regresara a casa ileso.

La iglesia ardía repleta de velas votivas. El aire se había vuelto más pesado debido a cientos de respiraciones, al incienso y a los olores rancios de los antiguos mármoles.

—¿Por qué quiere hablar con él? —susurró Marini.

Teresa no le había puesto al corriente de su idea. Había pasado la última media hora hablando por teléfono con Parisi, para que la informara sobre el progreso de las investigaciones.

—Quédate aquí —le dijo—. Estará más cómodo si voy yo sola.

Dejó que su mirada se moviera por encima de las cabezas inclinadas. Cuando vio a quien estaba buscando, se acercó. El hombre estaba sentado, los codos colocados sobre las rodillas y la frente apoyada en las manos unidas. Tenía los ojos cerrados. Junto a él, en el banco, había depositado el sombrero de fieltro con plumas.

—¿Doctor Ian? —lo llamó en voz baja.

Él la miró, sorprendido.

—¿Puedo hablar con usted?

—Por supuesto.

Ian se persignó, hizo una pequeña genuflexión y la siguió a la plaza de la iglesia.

—¿Hay novedades? ¿Lo han encontrado? —preguntó.

Teresa no se anduvo con rodeos.

—No. No ha habido ningún avistamiento —respondió.

Ian cerró los ojos por un momento, un tenso suspiro se le escapó de entre los labios. Parecía cansado, envejecido de golpe.

—Pero encontramos esto en un *stavolo* abandonado —le dijo Teresa. Le enseñó el diario de Wallner, guardado en un sobre transparente. Ian lo observó.

—¿De qué se trata? —preguntó, poniéndose las gafas de lectura.

—Contiene las observaciones de un experimento —le dijo Teresa—. Un experimento realizado con dos niños secuestrados y a los que mantuvieron aislados en estas montañas.

Teresa vio que se sobresaltaba.

—¿Aquí? ¿En Traveni? No es posible.

—De uno de ellos conocemos su identidad: es el asesino y el secuestrador que estamos buscando. No tenemos noticias del otro. Esperaba que usted pudiera ayudarnos.

—¿Yo?

—¿Alguna mujer del lugar le pidió en alguna ocasión que la ayudara a abortar? Estamos hablando de hace unos treinta años, aunque estoy segura de que se trata de episodios que no se olvidan.

—Yo nunca he hecho nada semejante. ¡No lo habría aceptado nunca!

—No lo pongo en duda, doctor, por eso creo que esa mujer, en caso de que alguna vez existiera, dio a luz más tarde al niño y se deshizo de él de otra forma.

—¿Cómo?

—Entregándoselo a alguien que le aseguró que mantendría el secreto. ¿No recuerda el paso por el pueblo de un extranjero de lengua alemana, más o menos en esa época?

La cara de Ian se puso seria.

—Aquí todo el mundo habla dos lenguas, comisaria. A menudo hasta tres. Somos de sangre mestiza, apegados a nuestra identidad y, en ocasiones, rudos con los que vienen de fuera, soy consciente de ello, pero ninguno de nosotros habría entregado a su hijo, especialmente a un desconocido. En Traveni no puede haber un verdugo como ese. Todos somos hijos de Dios, como puede ver.

—La otra noche en el pub me dijo lo contrario —le hizo notar Teresa—. Dijo que los niños eran abandonados y a veces ni siquiera salían a la luz.

—Era el hambre la que actuaba por esos desesperados. No tenían la culpa. Pero me refería a hace mucho, mucho tiempo. Un pasado lejano y dramático.

—Quizá ese pasado ha tenido un eco más largo de lo que usted cree, ¿no le

parece posible?

—No, comisaria, no lo creo —respondió el médico, con el rostro sombrío—. Busque a ese niño con todas sus fuerzas, entregue a la justicia terrenal o a la divina a ese monstruo que se lo arrebató a su madre, pero no pierda su tiempo aquí, ahora. No va a encontrar a su culpable entre estas personas y su historia, ni tampoco la solución para llevar a Markus de regreso a casa — señaló hacia la iglesia—. ¿Se une a nosotros para una oración?

Teresa levantó su mirada hacia el crucifijo dorado que brillaba encima del techo de pizarra.

—Mi oración es el trabajo que hago, doctor —le respondió, metiendo el diario en el bolso que llevaba en bandolera—. Tengo que volver al lugar de la búsqueda.

—Que Dios la acompañe, entonces —se despidió Ian, tocándose el sombrero.

Teresa lo vio alejarse más encorvado de lo que recordaba. Parecía aplastado por el dolor.

Marini llegó a su lado.

—¿Ha obtenido sus respuestas? —le preguntó.

—Todavía no.

—¿Y ahora?

—Ahora excavaremos más a fondo.

69.

La oscuridad acogía los latidos de sus corazones igual que un vientre húmedo. Por primera vez en mucho tiempo, sentía a su lado otra respiración.

Había olor a tierra, allí abajo. La piedra de las paredes estaba filtrando agua y el goteo continuo era acompañado por los vagidos del niño. Lo había llevado a un lugar seguro, donde los cazadores que los perseguían no podrían encontrarlo. Sabía que la oscuridad podía asustar, por lo que lo mantenía aún más abrazado, para que sintiera su calor y su presencia lo tranquilizara.

Con el tiempo le enseñaría a no temer a la noche ni a los espacios cerrados, tanto las grandes cumbres como las profundidades recónditas, pero por el momento le correspondía a él aprender a calmar sus quejas. Se lo había visto hacer a las mujeres del pueblo, de manera que él imitaba el balanceo de los brazos y los dulces sonidos que salían de sus labios. De los suyos, sin embargo, solo brotaron roncros aullidos.

Mojó un trozo de tela en el agua y lo acercó a la boca del niño. Notó cómo chupaba con avidez.

No podía ver su expresión, pero sabía que había aprendido a reconocer su voz y que cuando la oía su llanto se calmaba.

El llanto: movía algo en su interior, en el pecho, donde el músculo que bombeaba la vida latía con golpes que se aceleraban. Hacía nacer la urgencia de acoger al niño en su abrazo y alejar de él cualquier clase de miedo. Sabía que todas las criaturas habían sido antes un cachorro, incluso él mismo. En esos momentos se preguntaba quién había calmado sus quejas y ahuyentado los miedos, cuál había sido la cara inclinada sobre su cama, por la noche, que velaba su sueño.

No lograba recordar, y se sentía solo de nuevo.

70.

Si no encontramos al pequeño, o si solo fuera su cuerpo lo que este bosque nos devuelve, ¿qué va a ser de mí?

Tengo miedo, tanto que cualquier otra clase de temor se ha desvanecido. Porque puedo soportarlo todo, excepto perder a otro niño.

La búsqueda continuó sin resultados hasta la puesta del sol. Habían pasado casi veinticuatro horas desde el secuestro. Teresa no podía creer que Andreas se hubiera acercado tanto como para observarlos y luego hubiera desaparecido en la nada, haciendo que hasta los perros perdieran su rastro. Se esforzó en imaginar cómo lo hacía para desplazarse con el pequeño. Dudaba que lo hubiera dejado escondido en algún barranco, porque era el primero en conocer los peligros del bosque y esa vida joven era algo valioso que no iba a poner en riesgo.

¿Y si me estuviera equivocando? ¿Y si estuviera idealizando a un asesino?

Era una posibilidad en la que Teresa no podía permitirse pensar. Ahora más que nunca, necesitaba creer en sí misma, a pesar del cansancio y de la confusión que de vez en cuando parecían querer asaltarla. Ella se oponía obstinadamente a las rabietas de su cuerpo y de su mente, las rechazaba ignorándolas. Las sombras estaban descendiendo sobre el bosque, mutando con rapidez sus contornos: ese no era el momento de ceder terreno a la duda y el miedo.

—Comisaria, ya estamos todos —la advirtió Parisi.

Teresa se reunió con su equipo en la sala de la comisaría de Traveni. A sus hombres y los de Knauss se habían añadido los mandos de Protección Civil, de Rescate de Montaña y del Regimiento de Cazadores. Sobre la mesa, mapas y planos geográficos de la zona.

El área, una franja de unos cuarenta kilómetros cuadrados, se había

dividido en cuadrantes. Ochenta hombres por turno, desde el amanecer hasta la noche, los peinaban sin tregua. Solo la oscuridad los detenía y no porque quisieran. El comisario jefe y el prefecto acordaron considerar inaceptable poner en peligro algunas vidas para salvar otras. Teresa no sabría decir si, de haber estado en su mano la decisión, habría hecho suyo ese principio.

—¿Dónde está Marini? —preguntó a De Carli.

—Hace rato que no lo veo, comisaria.

—Llámalo, por Dios.

—Voy.

La reunión comenzó, dirigida por el comisario jefe Ambrosini. A Teresa la enervaba escuchar la exposición de un día de investigaciones no concluyentes y más aún no poder salir y seguir peinando el bosque. La esperaba una larga noche, doce horas de oscuridad y de inercia obligada.

Eran demasiadas, para ella y para el pequeño.

Las palabras de Ambrosini se evaporaron pronto, igual que gotas de agua en la superficie incandescente de su inquietud. Teresa se volvió hacia la ventana y miró el pueblo. Traveni no dormía. Era atravesado por una lenta serpiente de fuego que zigzagueaba por las calles antiguas y oscuras. La procesión había empezado al oscurecer. Los habitantes del pueblo se habían reunido bajo la torre medieval de la plaza y las velas que sostenían en sus manos se habían encendido por cientos.

Aquella gente rezaba por el niño, mientras que en esa habitación se estaba buscando realmente una solución para llevarlo de regreso a casa. Al mirar esas luces, esas cabezas inclinadas que avanzaban en fila india, Teresa sintió cólera.

Traveni había perdido, una vez más, la oportunidad de redimirse ante sus ojos. Ninguna de esas personas había participado como voluntaria en las batidas organizadas por la policía. Los habitantes habían preferido reunirse en grupos espontáneos que habían peinado zonas alejadas de las indicadas por Teresa como posibles escondites.

Había esperado que estuvieran en lo cierto, había deseado verlos regresar con el niño entre sus brazos, pero eso no sucedió. La situación había rozado lo grotesco cuando un helicóptero tuvo que abandonar la búsqueda para socorrer a algunos de ellos, al quedar atrapados en una pared empinada que habían subestimado.

La serpiente desapareció al final de una calle, al mismo tiempo que las

apagadas letanías que la acompañaban. Parecía haberse sumergido en un mar negro, que estaba tragándosela poco a poco.

Era una imagen que encajaba, reflexionó Teresa, con las dinámicas subyacentes de ese caso. Un ánimo corrompido se había arrastrado por debajo de la superficie del pueblo durante mucho tiempo, oculto a las miradas de la mayoría.

Observó de nuevo el mapa geográfico colgado en la pared. Esa pequeña mancha verde era en realidad una extensión que iba desde el valle hasta la frontera marcada por unas montañas inaccesibles. Una superficie extensa y, en algunas zonas, impracticable, jalonada con peligrosos barrancos. La tierra se abría en cavidades que resultaban invisibles debido a la vegetación.

Teresa se puso de pie, vivificada de golpe.

Una superficie. Solo estamos buscando en la superficie, por eso él parece haber desaparecido.

—Debemos cambiar de táctica —dijo, interrumpiendo al comisario jefe. Ambrosini la miró sorprendido.

—No está funcionando —continuó Teresa— y no podemos permitirnos insistir y perder más tiempo.

—Estamos haciendo todo lo posible —intervino el prefecto.

Teresa lo miró.

—Lo estamos haciendo de la manera equivocada —señaló con un dedo sobre el mapa—. Este es su mundo, no el nuestro. Nos estamos engañando al creer que podemos vencerlo en un terreno que conoce a la perfección, mientras que nosotros no sabemos ni dar dos pasos sin que uno de ellos sea en falso.

—Me parece poco generosa, comisaria. Los hombres están más que preparados.

—Pero son hombres, precisamente.

El prefecto la miró con extrañeza.

—¿Y él no lo es?

Teresa negó con la cabeza.

—No, en su mente no. Tenemos que empezar a pensar como él, cambiar de perspectiva, o no lo encontraremos a tiempo.

—Parece que estamos hablando de cazar a un animal —dijo Ambrosini.

—Sí, tiene un lado instintivo muy acentuado, una parte animal que lo mueve —respondió Teresa—. Así es como ha sobrevivido.

—¿Qué sugiere, comisaria? —preguntó el prefecto.

Teresa miró el mapa.

—No va a volver a la casa, hemos violado sus fronteras y ya no las siente seguras, pero tampoco se alejará mucho —señaló la zona que habían aislado—. Este es su territorio.

—Tal vez deberíamos cambiar el área de la búsqueda.

—¡No! Está aquí, no abandonará lo más querido que existe para él.

—¿Se refiere a ese esqueleto?

—A su amigo, prefecto. Al único compañero que ha tenido en su vida. El niño ocupará su lugar, en los planes de Hoffman, pero ese momento aún no ha llegado. No se ha dado un paso completo.

—¿Cómo puede estar tan segura de lo que está diciendo?

Teresa no respondió. En otro tiempo ella misma habría dudado de cada una de sus palabras. *Pero ahora no.*

—Solicito la intervención de un equipo de espeleólogos —fue lo que dijo en cambio—. Creo que ha encontrado refugio bajo tierra.

—¿En una cueva, como un oso?

Teresa no recogió el guante del prefecto.

—Sí, exactamente como un oso —replicó—. Pero no ha elegido una simple cavidad en la roca. Sabe que sería fácilmente localizable. Estoy pensando en un rincón más profundo.

El silencio que siguió fue el recuento de los votos de quienes iban a seguirla en esa empresa y de los que, por el contrario, pensaban que estaba loca.

—Creo que es una idea brillante —dijo Ambrosini—. Debemos explorar también esa vía.

—No conozco a la perfección la morfología de la zona —dijo Knauss—, pero creo que Rescate de Montaña tiene contactos que podrían sernos de utilidad.

—Sí, hicimos algunos ejercicios de recuperación con el equipo de Rescate Espeleológico de Burnberg, en el otro valle —confirmó el responsable.

—Llámenlos —dijo Teresa—. No vamos a esperar otra noche sin mover un dedo.

71.

En el bosque de Traveni no había cuevas. La única formación natural que podía prestarse a las intuiciones de Teresa era un desfiladero entre dos crestas rocosas que se aferraban al costado de la montaña. Era una hendidura que se abría sobre el suelo, un pozo negro de doce metros que exhalaba una pútrida humedad. El tiempo lo había cubierto con plantas trepadoras y el suelo se había deslizado hacia el fondo, formando un camino casi vertical. La base era una explanada más grande que se extendía entre las piedras calizas y las raíces.

—¿Realmente puede haber bajado por allí, con un niño? —preguntó Parisi.

Delante de la cavidad silenciosa, Teresa percibió una sensación de vértigo y dudó, pero las linternas iluminaron la nieve entre las manchas de las agujas de pino: había huellas de pasos compatibles con las ya descubiertas y algunas ramas verdes de la maleza estaban rotas. Alguien había pasado por allí recientemente.

—Ya solo nos queda bajar para localizarlo —respondió, más a sí misma que a Parisi.

No fue fácil decidir quién iría primero. No podían utilizar armas y ahí al fondo podía estar esperando un asesino dispuesto a lanzarse contra quien tratara de acercarse a él. Teresa tuvo que resolver un dilema, porque la única persona a la que habría enviado de buena gana allá abajo era ella misma, pero su cuerpo suponía un obstáculo. Hasta ese momento, el problema en el que se había concentrado era localizar a Andreas, pero en caso de que lo lograra, debería resolver otro, aún más complejo: cómo comunicarse con él. Las técnicas estándar de negociación no servirían para nada: la suya era una mente distinta, una arquitectura en cierto modo ajena.

Miró a Parisi. Un espeleólogo experto le estaba asegurando el arnés alrededor del cuerpo. El equipo lo ayudaría a avanzar por el camino empinado, reteniéndolo en caso de caída. Toda la preparación había sido

hecha a la luz de una única linterna, para no revelar su presencia. Parisi recorrería esos metros lentamente, buscando paso a paso las huellas de la presencia de Andreas. Era el más fuerte, el más preparado. Sus conocimientos de artes marciales podrían ser útiles en caso de agresión.

Teresa se preguntó de nuevo dónde estaba Marini, esta vez con menos rabia y más preocupación. Nadie lo había visto después del descanso de media hora para la cena y su móvil aparecía como apagado o fuera de cobertura. Aún lo conocía poco, pero sabía que esa ausencia injustificada no era propia de él.

—Estamos listos —dijo el espeleólogo. En el casco de Parisi habían montado una microcámara para la inspección.

—Encuétralo —le dijo Teresa— y luego vuelve arriba de inmediato.

Él sonrió.

—Vale, voy a dar una vuelta rápida.

Ella le apretó un brazo. En su fuero interno no quería dejar que se marchara.

—No hagas tonterías, Parisi. Los héroes generalmente tienen un mal final.

—¡Oh, comisaria, ahora me siento mucho mejor!

Teresa también sonrió.

—Ve —dijo, soltándolo. De momento, todo lo que pretendía obtener eran imágenes del fondo de ese pozo. Quería saber dónde estaba escondido Andreas, cuál era la situación del niño y la forma de llegar hasta él sin desencadenar la furia del «Padre».

Pero estaba presente todo ese silencio que se elevaba desde el cono de oscuridad. Teresa hacía lo imposible por no escuchar la ausencia de un llanto infantil que debería haber estado allí, para ignorar el pensamiento de que aquello no era buena señal.

Parisi se estaba metiendo. Al cabo de un par de metros, la microcámara grabó la imagen de algunos huesos de animales colgados de las raíces descubiertas que pendían a lo largo de la cavidad. Eran obra de un ser humano, no había duda, como los pequeños tótems encontrados alrededor del *stavolo* y los amuletos suspendidos en la linde del bosque. Ese lugar era una guarida.

Los minutos que siguieron fueron una sucesión de fotogramas en blanco y negro y de respiraciones suspendidas.

La vibración del móvil le indicó a Teresa que había una llamada entrante.

Era Parri. Él también había seguido trabajando sin pausa. Teresa se alejó unos metros para responder, pero con los ojos clavados en la boca del túnel vertical.

—Dime, Antonio.

—Tengo los resultados de los análisis químicos que me pediste. He pensado que querrías conocerlos de inmediato.

—Has hecho bien.

—Hay rastros de cianuro en los tejidos óseos. El chico murió por envenenamiento.

Teresa no dijo ni una palabra. Al final, Wallner había llevado a cabo el propósito consignado en su diario.

—¿Teresa?

—Sigo aquí.

—Hay algo más.

Teresa lo escuchó, viendo a Parisi resurgir de la cavidad. Por la falta de premura en sus movimientos, tanto suyos como de quienes lo ayudaban a sacarse el arnés, dedujo que el fondo estaba vacío.

Esa había sido la guarida de Andreas, pero ya no lo era. Se había olido el peligro y había buscado otra, como hacían algunos animales con sus cachorros: los desplazaban continuamente de un lugar seguro a otro.

—¿Puedes repetírmelo? —le pidió a Parri.

—Blenda y galena —repitió el médico—. Espero haberte sido de utilidad. Lo había sido.

—Ahora sé dónde buscarlo.

72.

—Lo siento, inspector. Entre estas gruesas paredes, los móviles no tienen cobertura.

Massimo levantó los ojos de la pantalla. La mujer que estaba observándolo era más joven de lo que esperaba, teniendo en cuenta su papel. La cara sin maquillaje mostraba las señales de un sueño interrumpido. Los ojos negros y brillantes, sin embargo, eran atentos y curiosos, tan solo un poco precavidos.

Recordaba haberla visto durante la celebración de la fiesta de San Nicolás. Le tendió la mano, ella se la estrechó con una presión suave pero decidida.

—Le pido disculpas por la hora que es —dijo Massimo.

La abadesa del convento inclinó un poco la cabeza.

—Me han dicho que se trata de un asunto urgente —respondió.

—Así es. Se trata de una verificación importante.

—Pues entonces, usted dirá.

La mirada de Massimo se movió hacia la habitación que quedaba al lado de la entrada. Estaba cerrada por una puerta maciza, reforzada con remaches y con un pestillo de hierro forjado a mano. El metal era denso y estaba templado de forma desmañada. Todo en el convento era antiguo, excepto las vidas que lo poblaban.

—Estoy aquí por el torno de los expósitos —dijo—. Necesito saber hasta cuándo estuvo en funcionamiento y qué actuaciones se hacían con los bebés abandonados.

Sor Agata lo miró, sorprendida.

—El torno lleva cerrado desde hace mucho tiempo, inspector.

—Lo entiendo, pero la investigación por la que he venido a Rail hunde sus raíces en el pasado.

—¿Y usted cree que encontrará aquí las respuestas que está buscando?

—Eso espero.

Ella sonrió.

—Lo deseo —dijo—, pero me temo que es difícil. Este es un lugar de oración y poco más.

—Si no le importa, me gustaría intentarlo.

—Por supuesto.

—Se han hallado los restos de un cuerpo en el bosque de Traveni, a unos treinta kilómetros de aquí.

La monja frunció el ceño.

—Conozco el pueblo —dijo—. ¿A quién pertenecían?

—Son los restos de un chiquillo que no llegó a adolescente. No sabemos nada sobre su identidad.

Sor Agata se persignó.

—Es terrible —susurró.

—El año de nacimiento debió de ser 1982 —dijo Marini. Ese era el año en que el niño Omega había hecho su aparición en el diario de Wallner, pero no había informaciones posteriores.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Queremos saber qué se hacía con los niños abandonados en el torno.

La mujer miró la puerta que quedaba detrás de Massimo.

—Ahora entiendo —dijo—, pero el torno lleva en desuso mucho tiempo. Venga, se lo enseñaré.

Se encaminó por el pasillo; el largo hábito negro barría el suelo de piedra a su paso. Las ventanas con parteluz daban a un claustro interior, iluminado por farolas. Entre los esqueléticos árboles frutales brillaba la estatua de un ángel con las alas desplegadas y una expresión melancólica.

La monja descorrió el pestillo y abrió la puerta. Massimo se acercó y miró dentro.

—Lo dejamos todo como estaba, en memoria de las buenas obras hechas por nuestras hermanas —explicó la abadesa—. Puede entrar, si quiere.

Massimo avanzó algunos pasos. La habitación olía a lavanda desecada y estaba limpia, como si la baldearan todos los días. Había una cama contra la pared, a la derecha; las sábanas que la cubrían eran de algodón sencillo y la manta, de lana cruda. Por debajo de la rejilla se podía ver un orinal de cerámica. En la pared opuesta, debajo de un crucifijo de madera, una mesa estaba acompañada por una silla con asiento de mimbre. Sobre la mesa estaba colocado un libro abierto.

—Ese es el torno —dijo sor Agata, señalando la pared de enfrente.

La puerta giratoria estaba hecha de metal y albergaba un pequeño camastro. Massimo observó la finura de las mantitas de lino, decoradas con bordados que sin duda alguna habían requerido mucho tiempo para ser realizados. Encontró chocante la preocupación que esas monjas mostraban por la vida que era abandonada allí. El contraste con las sábanas espartanas de la cama de la guardesa era obvio.

—La puerta giratoria se abría desde el exterior —dijo sor Agata—. Una vez que el bebé era depositado, se giraba. Nadie podía ver quién lo había abandonado. Por regla general, entre las mantas que envolvían al niño se dejaban algunos objetos, para poder reconocerlo en caso de arrepentimiento.

Marini estaba sorprendido por la tristeza que lo había envuelto en cuanto entró en esa habitación.

—Este torno es de la segunda mitad del siglo XVIII —continuó sor Agata—. Siempre estuvo en funcionamiento, excepto durante el período fascista, cuando fue prohibido. Se reabrió en los años cincuenta.

—¿Fueron muchos los recién nacidos abandonados?

—No tantos como en las ciudades, donde la industrialización empujaba a las trabajadoras a renunciar a sus hijos, pero entre estas montañas también la miseria y el hambre fueron un desgraciado acicate en ese sentido.

—¿Cuándo fue cerrado?

La monja señaló el libro que descansaba en la mesa.

—Ese es el último registro y en él aparece la última fecha.

Massimo se acercó y leyó.

—Dieciocho de octubre de 1972. Hembra.

—La llamaron Clara y fue la última expósita que vio este convento.

Massimo la miró.

—¿Qué se hacía con los niños?

—Se quedaban en el convento dos semanas. Una enfermera del pueblo se encargaba de su alimentación, y las hermanas, de todo lo demás. Después de ese tiempo, en el que se rezaba para que su madre volviera a recogerlo, el niño era entregado al Estado y acogido en algún hogar infantil.

—Es una historia triste —dijo Massimo.

—No, yo no lo diría. A esas vidas se las salvó de un destino mucho peor. Como puede ver, inspector, el niño que usted busca no pudo ser abandonado aquí y, en el caso de que lo hubiera sido, de estas paredes no habría salido

más que para continuar su vida en un orfanato.

Massimo salió del convento de Rail con una sensación opresora. Antes de marcharse, se detuvo para observar el torno. Sobre la apertura de la puerta giratoria había una escultura que representaba una cabeza de diablo, tallada en piedra: los ojos malignos parecían seguirlo se pusiera donde se pusiese. Los cuernos se retorcían alrededor de la cara de barbilla puntiaguda y las fauces estaban abiertas de par en par con unos colmillos que sobrepasaban los labios. Era monstruosa, estaba allí como última advertencia para no llevar a cabo el abandono.

La Iglesia siempre es severa con todo el mundo, pero se perdona fácilmente a sí misma, pensó.

La sensación de desasosiego que se le había adherido no quería marcharse. Era una náusea leve pero persistente, que le revolvía el estómago.

La idea de esos niños abandonados lo removía en lo más profundo. Y aún más el hecho de que aquello hubiera sucedido no mucho tiempo atrás.

Desde el momento en que Massimo había puesto un pie en el valle, se había visto sorprendido por la naturaleza portentosa en la que estaba inmerso. Había pensado que lo hacía parecer un paraíso inviolable; en cambio, ahora sabía que, en su pasado, y tal vez incluso en el presente, había culpas que eran imposibles de olvidar. Era un Edén ya caído, contaminado por lo que él llamaba «mancha humana», como todo el mundo, por otra parte. Pero parecía que los habitantes de Traveni no querían admitirlo, ni siquiera a sí mismos. No habría habido nada malo en llegar a un acuerdo con la realidad, imperfecta y perdonable. En cambio, habían construido un muro invisible alrededor de la comunidad, que excluía a cualquiera que cuestionara la rectitud absoluta, como si se tratara de un organismo único y la podredumbre de un individuo corrompiera la bondad de la totalidad. Massimo había querido decirles a todos y cada uno de ellos que obrando de esa forma se convertían en cómplices. Las excepciones eran pocas y a menudo se guardaban muy mucho de hacer público su pensamiento divergente.

Excepto una persona, de hecho.

Le volvió a la cabeza la madre de Lucas Ebran, la manera desesperada y llena de desprecio con que había defendido a su hijo frente a ellos y los habitantes del valle.

Los había llamado hipócritas. Les había dicho que contaran a sus hijos bastardos. Había desafiado el silencio culpable que recubría el valle.

Massimo volvió a mirar la cara diabólica. El demonio parecía reírse de él y de sus razonamientos.

No, pensó, no se está riendo de mí, sino conmigo.

Llamó a la comisaria Battaglia, pero el móvil aparecía como apagado. Dentro de él se iba abriendo paso una idea. La madre de Ebran había hablado de secretos y Massimo, ahora, estaba dispuesto a escucharlos.

73.

En el esqueleto y en los tejidos que Andreas había arrebatado a sus víctimas, Parri había encontrado polvo de blenda y galena: sulfuro de zinc y plomo. Había trazas presentes también en la comida colocada recientemente al pie de los restos: las manos de Andreas estaban sucias.

Las canteras de Osvan eran un paisaje lunar a casi mil metros de altitud sobre el nivel del mar, justo por encima de la línea divisoria alpina.

Los coches de la policía habían dejado atrás el bosque para proseguir por el camino que se extendía entre los claros roquedales que surgían de la nieve y el vientre desnudo de la montaña. En los lechos de los ríos yacía abandonada la maquinaria corroída por el óxido y había pilas de madera que, a la luz de la luna, parecía ya fosilizada.

Las canteras albergaban en el subsuelo minas de zinc y de plomo. Las galerías se extendían en varios niveles y se alternaban con túneles para el drenaje de las aguas que nacían al otro lado de la frontera. El jefe Knauss explicó que durante las dos guerras mundiales se habían utilizado para transportar víveres y material de guerra.

La mina llevaba décadas cerrada, desde que un colapso había comprometido su estabilidad. Los altos costes de extracción y la caída de la demanda de los minerales habían significado que ese lugar fuera abandonado. Las oficinas y las naves para el procesamiento del material extraído eran pabellones que se remontaban al período fascista y mostraban en sus líneas cuadradas, en las superficies lisas y los volúmenes interrumpidos las proporciones de un monumentalismo que en ese paisaje natural aparecía como una cicatriz sobre el rostro de la tierra. Los cristales rotos de las ventanas los hacían parecer, si eso era posible, aún más desnudos y decadentes.

La entrada a la mina estaba cerrada por una valla metálica. La cadena que antaño se aseguraba sobre unos soportes fijados en la roca yacía ahora en el

suelo, devorada por el óxido. Huellas de pasos no cubiertas por la nieve penetraban en las tinieblas.

Teresa movió la valla y miró la oscuridad. La linterna iluminó el túnel y los rieles que lo recorrían.

—En el interior, la temperatura es constante durante todo el año, alrededor de los nueve grados, y la humedad alcanza el noventa y ocho por ciento —le explicó Knauss.

De Carli se reunió con ella, junto a Parisi.

—¿Tenéis lo que os pedí? —les preguntó.

—Sí, comisaria.

Teresa verificó que había apagado el móvil, se puso el chaquetón amarillo fosforescente y el casco de seguridad con la linterna frontal. Esta vez iría ella delante.

—¿Qué pasa si se trata de otro castillo en el aire? —preguntó Knauss.

Teresa estaba preguntándose desde que había concentrado allí todos los recursos, pero la respuesta siempre era la misma: ahora ya no tenían nada que perder, porque no había otras pistas que seguir.

Volvió a mirar la oscuridad, las huellas que se internaban en el vientre de la tierra. Podían ser antiguas, podían ser de cualquiera. Desde el fondo llegaba el monótono ruido del goteo del agua y nada más.

—Ya se lo dije —Knauss escupió al suelo—. No puede haber llegado hasta aquí.

—Haced que se calle —murmuró Teresa a De Carli.

—Solo estamos perdiendo el tiempo, yo...

Teresa lo agarró por el cuello de la chaqueta: más baja que él, más débil, pero decidida a no perder ese enfrentamiento.

—Usted no me habló de los activistas, no me habló sobre Ebran y no me habló de estos túneles —le gruñó—. Usted, jefe Knauss, tiene suerte de que yo no disponga de tiempo para ocuparme de su ineptitud, pero ya llegará el momento. Espero con todo mi ser entrar ahí y encontrar lo que busco, porque eso significaría tres cosas: haber salvado al niño, detenido al asesino y demostrar una vez más a quien corresponda que la policía no le necesita a usted.

Lo soltó, disgustada.

Un gemido rompió el silencio que había seguido a su arrebato. Teresa lo oyó por encima del zumbido de la sangre en sus oídos y el jadeo de su

respiración. Se volvió hacia el túnel y lo oyó de nuevo: procedía del fondo de la oscuridad.

—Es un llanto —dijo Parisi.

Era el gemido cansado y hambriento de un niño. Teresa se apresuró a cerrar su chaquetón y se preparó para entrar.

—Ya tiene su respuesta —le dijo a Knauss.

De Carli le tendió las hojas que le había pedido que le imprimiera. Las dobló cuidadosamente y se las metió en el bolsillo, ignorando el temblor de sus manos.

—¡Comisaria!

Una mujer iba corriendo hacia ellos, iluminada por los generadores. Había llegado justo a tiempo.

—¿Quién la ha avisado? —preguntó Knauss.

Teresa le hizo un gesto a De Carli para que le pasara otro chaquetón.

—Yo —respondió.

74.

—Comisaria, no necesitamos aquí a una madre asustada y con los nervios destrozados —dijo Parisi en voz baja—. ¿Qué podría hacer si la situación empeora?

Gloria Sanfilk llegó a su altura. El pelo mojado por la nieve que había empezado a caer nuevamente se le pegaba en las mejillas hundidas. La suya era una mirada que Teresa no se había esperado: no era desesperada, ni siquiera cansada. Estaba iluminada por un fuego que habría sido capaz de derretir los glaciares milenarios de esas montañas.

—¿Mi hijo está ahí dentro? —preguntó.

—Sí —le respondió.

—¿Va a ir usted a por él?

—Iremos juntas. ¿Se ve capaz?

Gloria asintió, ni un instante siquiera de titubeo.

Había una determinación en esa mujer y una fuerza que probablemente ni siquiera ella misma creía poseer. Teresa se preguntó qué estaba dispuesta a hacer una madre para salvar a su criatura, hasta dónde podría empujarla el vínculo visceral, hacia qué alturas de vértigo o dentro de qué profundidades abisales.

—No es posible —dijo Parisi. Estaba preocupado. Teresa comprendía su desazón ante el desprecio de todo procedimiento, aprendido en años de rigor y de entrenamiento, pero estaba segura de que no había otra manera de hacerlo. Todos y cada uno tenían que ofrecer su sacrificio y poner en riesgo lo más querido, ella también.

—¡Iré a por mi niño! —dijo la mujer, para aclarar a todo el mundo que el asunto ya no se discutía.

—Gloria, es una cuestión de seguridad —intervino Knauss—. La tuya y la de Markus.

Se oyó otro gemido en la oscuridad. Gloria Sanfilk se sobresaltó y dio un

paso hacia las tinieblas.

—Mi hijo me está llamando —dijo—. ¿No lo entienden? Me llama a mí.

—Gloria... —murmuró Knauss.

La mujer se volvió, buscó los ojos de Teresa.

—Yo lo siento, aquí —susurró, posando una mano sobre su pecho—, y estoy segura de que él también me está sintiendo.

Teresa estaba segura de eso. Sabía mejor que nadie hasta qué punto ese vínculo era indefinible y arcano, primitivo. Un misterio tan antiguo como el hombre, y aún más. Desde que estaba allí, la cicatriz que le surcaba el vientre había empezado a quemarle, como si ella también lo sintiera en su propio cuerpo.

Asintió.

—Dadle el chaquetón y el casco —ordenó.

—Pero, comisaria...

Teresa detuvo la protesta de Parisi de raíz, poniéndole una mano en el brazo.

—Te lo ruego, mantén a todo el mundo a raya —le dijo, echando una mirada a la explanada de delante de la entrada. Estaba llena de vehículos de la policía, del ejército y de Protección Civil, iluminados por los generadores. También habían llegado hacía poco tiempo dos ambulancias.

—Cuando salgamos, que nadie dispare, ¿entendido?

Teresa llamó a De Carli a su lado y le apretó el brazo a él también.

—Es una víctima, no lo olvidéis —les recordó.

—No lo olvido, comisaria —respondió el agente—. Pero si él le hace algún daño, yo...

—No le va a pasar nada a nadie, siempre y cuando vosotros no montéis ningún follón.

Parisi se rio, pero se notaba que estaba tenso.

Teresa los dejó.

—¿Está lista? —le preguntó a Gloria. Ella asintió, estaba temblando.

—Vaya un paso por detrás de mí y haga todo lo que yo le diga, hágalo sin titubear.

—Está bien.

Teresa la miró directamente a los ojos.

—Incluso huir —dijo—. ¿De acuerdo?

—Sí.

Hugo Knauss la llevó a un lado. Teresa, por un momento, admiró el valor que el gesto había requerido de él.

—Es una civil —protestó—. ¿Se da cuenta de la responsabilidad? No está preparada para manejar situaciones de esta clase.

—¿Y quién lo está? —replicó.

—Comisaria...

—No le va a pasar nada.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque yo siempre voy a estar entre él y ella.

Teresa regresó junto a Gloria. Juntas entraron en el túnel.

75.

El ruido húmedo del goteo constante se extendía por el aire enrarecido de la galería y acompañaba sus pasos. Las paredes de roca estaban apuntaladas para evitar nuevos derrumbes y eran recorridas por regueros de agua que formaban charcos en el suelo. Los corredores se desplegaban cerca de un kilómetro por debajo de ellas y se conectaban entre sí por pasajes y agujeros llamados chimeneas; antaño eran utilizadas para hacer que el material extraído transitara de un túnel a otro, ahora eran abismos que podían abrirse y tragárselas en cualquier momento.

Teresa escuchaba su respiración, sentía el latido del corazón, poderoso, debajo del chaquetón, pero el único sonido que estaba buscando era ese gemido que ahora guardaba silencio.

El cono de luz temblaba por delante de ellas, haciendo que las sombras parecieran vivas. Teresa se preguntó cuánto tenían que bajar por ese infierno de roca y de agua y, como respondiendo a su pregunta, el gemido volvió a oírse. Estaba cerca. Detrás de ella, Teresa oyó que Gloria gimoteaba en voz baja, una respuesta instintiva a la llamada de su hijo.

El túnel comenzó a curvarse y a descender progresivamente. Teresa no iba armada, no quería arriesgarse a dejarse llevar por el pánico en caso de agresión y herir al niño, pero ahora se sentía inerme.

De las tinieblas llegó un gruñido oscuro, que hizo detener sus pasos. Era un sonido medio humano y medio animal, que por un instante detuvo la circulación de la sangre por sus venas. Era algo indescriptible, que asustaba al alma y dejaba el cuerpo como un lastre.

Teresa se volvió lentamente. Procedía de un túnel secundario a su derecha. La linterna frontal iluminó una figura a algunos metros de ellas. Estaba de espaldas, girada tres cuartos. Llevaba un fardo entre sus brazos. Andreas Hoffman estaba intentando meter algo en la boca del niño. Cuando se percató del resplandor de la linterna, se volvió.

El rayo de luz lo golpeó en toda la cara y Teresa se encontró por fin con su mirada. Era realmente azul, tal y como David Knauss la había descrito. Y también era verde. Andreas tenía los iris heterocromáticos.

Levantó las manos, esperando que detrás de ella Gloria hiciera lo mismo. Escuchó al hombre gruñir como una bestia. Sabía que él era capaz de deletrear algunas palabras y de imitarlas en caso necesario, pero se daba cuenta de que en ese momento el instinto llevaba la delantera.

Con lentitud, Teresa se quitó el casco con la linterna y lo colocó en el suelo, para que la luz no lo molestara, sino que iluminara el espacio en el que se encontraban.

El niño se quejó y Andreas intentó de nuevo meterle en la boca lo que a Teresa le pareció un trozo de carne. Parecía ajeno a su presencia, como si de repente algo aún más importante requiriera toda su atención. Teresa sabía que estaba asustado, pero lo que Andreas temía no era su presencia, sino el hecho de que el niño no comiera.

—No —le dijo en voz baja.

Él la miró de nuevo. La barba y el pelo largo enmarcaban una cara de facciones regulares y pómulos altos. Parecía tener menos años de los que realmente tenía, a pesar de que su vida al aire libre había espesado su piel. Era alto, y por debajo de la zamarra de cordero se adivinaba un físico fuerte.

Con movimientos controlados, los ojos atentos a sus reacciones, Teresa sacó las hojas que guardaba en el bolsillo. Bajó lentamente hasta quedar de rodillas y las colocó delante de él.

Sabía que Andreas había aprendido al menos los rudimentos del lenguaje. Era capaz de entender sus palabras, pero dudaba de que fuera suficiente. El mundo de Andreas era distinto al suyo, estaba hecho de silencio, del silbido del viento, de los reclamos de los animales. Se había torturado intentando descubrir cómo comunicarse con esa criatura, con su mente tan especial, y al final había comprendido, tal vez, cómo hacerlo: se dijo que todo lo que él sabía y entendía lo había aprendido observando la naturaleza, que había sido su hogar hasta ese momento. Teresa tendría que utilizar ese lenguaje para llegar hasta él.

Andreas observó las imágenes depositadas a sus pies. Reproducían hembras de diferentes especies que amamantaban a sus cachorros: una zorra, una cabra montesa, una jabalina y una mujer.

Teresa lo vio mirar la carne que sujetaba entre sus dedos y luego levantar

su mirada hacia ellas.

—Da un paso adelante y desabróchate el chaquetón —le susurró a Gloria. Ella lo hizo sin miedo. Debajo del jersey, su pecho hinchado de leche presionaba en un claro mensaje.

Teresa vio que el hombre lo percibía. Sus ojos lo observaban, aunque su rostro no dejaba entrever emociones. Teresa, sin embargo, imaginaba cuánta tristeza podía haber en él, la conciencia de no poder conservar a su lado al hijo que había elegido. Percibía su dolor, su desconcierto, el miedo a quedarse otra vez solo.

Tendió sus brazos hacia él, en el acto de acoger al niño.

Se quedó así, rezando para que no lo interpretara como una amenaza. Sabía que, por detrás de ella, Parisi y los demás estaban escondidos en las sombras de la galería y los observaban, listos para intervenir.

Cerró los ojos, con las manos temblorosas y la mente vagando entre los recuerdos. Se preguntó cómo habría sido ser madre. Ni ella ni Andreas habrían tocado nunca en su existencia ese misterio sagrado e inviolable. Sintió una profunda empatía hacia él, un asesino, una víctima, un hombre y un niño al mismo tiempo. Como ella, solo. Como ella, acostumbrado a bastarse a sí mismo, aunque en algún momento algo en él se había atrevido a desear otra cosa, algo más.

Teresa se preguntó si estaría dispuesto a separarse de él o si habría preferido ver cómo se apagaba.

Fue en ese momento cuando percibió una sensación suave entre los brazos. Abrió los ojos y vio al niño envuelto en el vellón de un cordero. Los dedos se cerraron para sujetarlo y por un instante, larguísimo, rozaron los de Andreas. Teresa notó cómo corría entre ellos una comunicación silenciosa, hecha de comprensión y de dolor recíproco, que se hizo más clara cuando estrechó al niño contra su pecho, porque entendía la dificultad para dejarlo marchar. A ella también le habría gustado que fuera suyo, habría querido acunarlo sobre su corazón y quedarse dormida todas las noches junto a él.

Apenas notó las lágrimas que le bajaban por el rostro. Con un suspiro, le tendió el niño a su madre.

—Amamántalo —le dijo.

Gloria obedeció, con la cara alterada por las lágrimas y el alivio. El pequeño se pegó al pecho con avidez.

Teresa miró a Andreas. Se dio cuenta de que no les haría daño, porque

ahora sabía que el niño estaba en el lugar más apropiado para él.

—Vámonos ya —le dijo a Gloria.

La hizo retroceder en primer lugar y no abandonó su posición hasta que creyó que se encontraba a salvo, fuera de la galería, unos minutos larguísimos durante los cuales Andreas no dejó ni un momento de escrutar en el interior de sus ojos.

Fue difícil separarse de él e interrumpir ese momento. Teresa retrocedió y desapareció en la oscuridad de la galería.

—No disparéis. No disparéis —les iba susurrando a cada paso a las figuras armadas, escondidas tras las paredes de roca. Tenía miedo. Por primera vez en su carrera, temía por el verdugo.

Cuando salió al aire libre, vio a Gloria y Mathias abrazando al pequeño Markus. Madre e hijos parecían ser uno solo, un solo corazón. Teresa pasó revista a los presentes, pero no vio al padre de los niños. Gloria había sido fuerte, había mantenido la promesa y Teresa había hecho lo mismo con Mathias: le había devuelto no solo el amor de su hermano, sino también una familia. El niño levantó la cara y la vio. Teresa conservaría toda su vida el dulcísimo recuerdo de su intercambio de miradas.

Alzó su rostro hacia el cielo y saboreó el peso ligero de los copos de nieve sobre su piel. Calmaban el tormento, lo sosegaban.

Teresa de repente se sintió vacía. El cuerpo se le aflojó y cayó en la nieve. Su conciencia permaneció alerta durante unos instantes más, el tiempo de darse cuenta de que estaba tendida en el suelo, en el hielo que en esos días la había acompañado por dentro y por fuera. Luego se hizo la oscuridad.

76.

A pesar de que ya era noche cerrada, la madre de Lucas Ebran abrió tras el primer toque del timbre. Miró a Massimo sin comprender, luego se acordó de las circunstancias en las que lo había conocido y le cerró la puerta en las narices.

—¡Por favor! —dijo, tratando de detenerla—. Es importante.

Las ventanas de la casa estaban completamente a oscuras, pero él sabía que la mujer todavía estaba allí. Miró a su alrededor: la calle estaba desierta. El hombre que lo acompañaba permanecía a un lado, la espalda contra la pared y su cabeza agachada hasta casi tocarse el pecho. No había dicho una palabra desde que Massimo lo había obligado a seguirlo.

Llamó a la puerta de nuevo.

—He venido para escucharla. Para conocer los secretos del valle —dijo en voz alta.

Al cabo de unos momentos, la cerradura saltó y un par de ojos hostiles lo miraron por el resquicio.

—¿Qué quieres? —le preguntó la mujer.

—Lo que le he dicho: conocer los pecados y a los pecadores. ¿Estoy en el lugar apropiado?

—Quizá —le soltó—, pero no hablo con gente como tú.

—¿Y qué estamos haciendo? —le preguntó, con una media sonrisa.

Ella hizo ademán de cerrar nuevamente, pero Massimo se movió con rapidez para bloquear la puerta.

—¡Márchate!

Abrió la puerta de nuevo y esta vez en una mano blandía una pequeña hacha.

Massimo se apartó de inmediato.

—¡Quieta! Traigo un regalo, traigo un regalo —se apresuró a decir.

La mujer lo observó, quizá ahora más con curiosidad que con enojo.

Massimo se volvió hacia el hombre que continuaba mirando fijamente los guijarros de la calle como si no existiera nada más. La vio seguir su mirada.

—¡Lucas!

La voz había cambiado. Al ver a su hijo, se había vuelto dulcísima.

Viola era una mujer frágil en un cuerpo gigantesco. Se movía con dificultad en la cocinita que compartía el espacio con la sala de estar. Mientras preparaba el café, sus costados iban chocando por todas partes, haciéndole perder el equilibrio.

—Mis piernas no funcionan y la espalda también está a punto de abandonarme —le dijo, al percibir su mirada—. Este cuerpo mío ya no es capaz de sostenerme.

Massimo no supo qué responder. Prefirió cambiar de tema.

—Me ha sorprendido encontrarla despierta a estas horas —le dijo, mientras ella abría un paquete de galletas y ponía unas cuantas en un platito, que colocó entre las dos tazas. Sirvió el café y le tendió a Massimo un vaso que hacía las veces de azucarero.

Él le dio las gracias.

—Estaba esperando a Lucas —le dijo, sentándose con dificultad—. Desde que lo soltaron aún no lo había visto. Le gusta desaparecer, permanecer alejado del mundo. También de mí. Con él todo supone un esfuerzo.

Massimo se dio cuenta de que le resultaba difícil sostener su mirada. La vio acariciar a su hijo largo rato, susurrándole palabras que tan solo ellos podían oír. Esperó pacientemente a que lo llevara al baño y lo lavara. La oyó cantar una tierna melodía. Viola atendía al niño que Lucas Ebran era en parte todavía. Únicamente después de acostarlo regresó a su lado.

—Lo siento —solo fue capaz de decir—. Estoy seguro de que tarde o temprano todo se calmará.

Ella lo miró como diciéndole que las mentiras eran inútiles. Ya no creía en las cosas buenas, las que no hacían daño.

—Mi hijo dejó de estar bien cuando tuvo que lavar la sangre de su padre de ese suelo, inspector. Está enfermo, aquí —dijo toqueteándose la frente—, pero no es un monstruo. Ustedes vinieron armados a buscarlo, como si lo fuera.

—Lo sabemos ahora, pero nuestro deber era investigar.

Ella hizo una mueca, como para decirle que a esas alturas ya no tenía importancia. Massimo sospechaba que lo que más le dolía era el hecho de haber tenido que renunciar a otro poco de dignidad.

—Estoy aquí por algo que dijo usted ayer —le dijo—, respecto a los habitantes del valle.

—Sí, lo recuerdo. Es un defecto mío levantar la voz cuando tengo miedo.

Massimo se quedó sin palabras. Eran raras las ocasiones en que se encontraba con una persona tan sincera. Aunque tal vez la sinceridad no tenía nada que ver con aquello: esa mujer simplemente estaba inerte, carecía de interés por cualquier clase de defensa.

—Si la asusté, le pido disculpas.

Ella dejó esas disculpas en suspensión.

—Has venido aquí por los secretos, has dicho.

—Sí. Me sorprendió que usted hablase de hijos ilegítimos. Aquí, en este valle, son ustedes muy creyentes, ¿verdad?

Ella hizo un gesto de irritación con la mano, como para enviar al diablo a todos los predicadores, los santos y sus afines.

—Todos esos que se lavan la cara dentro de las iglesias pecan más que nadie —dijo.

—He estado en el convento de Rail —le comentó Massimo—. Vi el torno. Me pareció una historia impresionante.

La mujer asintió.

—Pero no es lo más terrible de ese lugar. También nuestro pequeño valle tiene sus pecados que esconder —dijo—. Tienen la esperanza de que la gente posea poca memoria, pero bien que me río yo cuando me cruzo con ellas por la calle.

—¿Se cruza con quién?

—Con las monjas.

Massimo se inclinó hacia ella.

—¿Las monjas tienen un secreto que esconder? —preguntó, para asegurarse de que había entendido correctamente.

Ella sonrió. Una sonrisa astuta, de quien se las sabe todas. Pescó una galleta del plato y la mordisqueó.

—Relaciones clandestinas —dijo—. Es de eso de lo que hablamos.

La excitación de Massimo se desvaneció. No había nada interesante en esa información. Él también cogió una galleta y la mordió.

—Desde que el mundo es mundo, siempre ha sucedido —dijo.

La sonrisa de Viola se ensanchó.

—¿Quieres saber la historia sí o no? —le preguntó.

—¿Qué historia?

—La de un niño nacido tras las paredes del convento, y que nunca salió de esas paredes. Son solo chismes del pueblo, tal vez, pero mi marido dijo que había oído el primer vagido de esa alma recién nacida, fuerte y claro, y también los gritos de la mujer que lo había concebido.

77.

Teresa abrió los ojos y por un instante se preguntó si era de día. La nieve era de un blanco tan resplandeciente que le dolía. Cerró los párpados y los abrió varias veces, antes de poder enfocar lo que la rodeaba. La blancura era la de un techo iluminado por luces de neón y con muebles de madera laminada. Estaba tendida en una camilla, en lo que parecía un ambulatorio. Sobre el escritorio, al lado del ordenador, había una foto de un hombre al que conocía. Más joven y con un físico enjuto, la miraba desde la cumbre de una montaña, el pelo despeinado por el viento.

Teresa intentó sentarse, pero sus músculos no sostenían su cuerpo. Cayó de nuevo sobre la almohada, exhausta.

—Sospecho que ha tenido una crisis de hiperglucemia —dijo una voz.

Teresa volvió la cabeza. El doctor Ian estaba mirándola desde la puerta, con una sonrisa.

—¿Me voy a morir? —le preguntó, seria.

Él se rio, acercándose. La cogió de la muñeca y le tomó el pulso.

—Hoy no —respondió—. Sus compañeros me han dicho que es usted diabética. Apuesto a que se ha olvidado de ponerse la inyección.

Teresa cerró los ojos otra vez. No lo recordaba, ni siquiera se acordaba de la última vez que se la había puesto.

—Es posible —dijo.

—Quédese tranquila. Ya me he ocupado yo. De hecho, su nivel de azúcar en sangre era preocupante. Pero quedese tendida un rato más, si se siente débil. No lleva aquí ni un cuarto de hora. He dicho a sus compañeros que salieran. Necesita por lo menos un par de horas de reposo.

Teresa se sentía confundida, pero sobre todo tonta.

—Gracias —dijo, incómoda—. ¿Doctor Ian?

—¿Sí?

—¿Lo han cogido?

Teresa tenía miedo de la respuesta, pero aún más la asustaba no saber.

Él asintió.

—Sí. Está ileso —respondió.

Teresa suspiró con alivio.

—¿El niño?

—Como precaución, lo han trasladado al hospital de la ciudad, pero está bien. La única que ha necesitado una ambulancia ha sido usted. Vuelvo dentro de un momento.

Teresa miró al techo. Andreas había cuidado del niño, a su manera. Se preguntó cómo debía de sentirse ahora, rodeado de extraños y lejos de su bosque.

Asustado. Desorientado. Desesperado.

Tenía que ir a su lado. Apartó la manta y se sentó. Iba sin chaqueta y tampoco sabía dónde estaban el bolso y la pistola. Tal vez el arma la custodiaban sus compañeros. Se levantó y un ligero mareo la obligó a sujetarse a la cama. La ropa estaba arrugada e intentó arreglarla como pudo, alisándola con las manos. Hizo lo mismo con el pelo, pero dudó que hubiera logrado obtener un aspecto presentable. Buscó un pañuelo en el bolsillo y solo encontró uno de papel. Estaba arrugado como ella y garabateado. Teresa se dio cuenta con estupor de que esa era su letra. Era una de las notas que había tomado en esas últimas horas emocionantes y que aún no había logrado transcribir en su diario.

Llevaba la fecha de ese día, pero no recordaba haberla escrito. En ese momento, de todas formas, lo que la preocupaba no era tanto el avance de su enfermedad como las palabras que se había dirigido a sí misma.

78.

Las celdas de las monjas estaban en los sótanos del convento de Rail. Eran nichos excavados en la piedra caliza, más antiguos que la primera planta del edificio, del período románico. Situados en un hipogeo celta, acogían a las monjas desde la puesta de sol hasta poco antes del amanecer.

Massimo descendió los escalones que llevaban a las catacumbas milenarias con la urgencia de encontrar por fin una solución al misterio del niño Omega.

La abadesa había consentido en acompañarlo solo después de mucha insistencia. Sor Agata había perdido su sonrisa cuando Massimo llamó nuevamente a la puerta del convento y dijo solo dos palabras, unas pocas sílabas que, no obstante, la asustaron. Como un hechizo, habían allanado el camino.

La madre de Lucas Ebran le había contado una historia que hacía más de treinta años se había murmurado por todo el pueblo de Rail: la de una monja demasiado hermosa y joven como para no llamar la atención. Los ojos de los habitantes se posaban sobre ella y sobre el vientre cada vez más redondo bajo el hábito religioso de la orden benedictina.

Sor Agata negó que hubiera habido nunca un escándalo en el que estuviera implicado el convento, pero también le dijo que ella no estaba presente en esa época. Massimo se aferró a lo que parecía ser un distanciamiento hacia una culpa para insistir y obtener su ayuda.

La monja se rindió cuando él le recordó que estaba allí por el alma de un niño sin nombre, que quizá, veinticinco años después de su muerte, tenía derecho a que la verdad fuera restablecida.

Massimo alcanzó a sor Agata al final de un largo túnel excavado en la roca. Una pared albergaba las puertas que daban a las celdas. Eran bajas y exigían a sus ocupantes que se agacharan para entrar. Una ventanilla cubierta por una gruesa reja permitía vislumbrar el interior, que estaba oscuro en todas excepto en una, la última.

La abadesa se detuvo y señaló a Massimo el recuadro iluminado.

—Le está esperando —dijo—. Yo le aguardaré en la entrada.

—Gracias.

Massimo se acercó con pasos lentos. Algo en ese lugar antiguo exigía respeto y silencio, pero sabía que sus palabras devolverían a la vida un secreto que a esas alturas se creía enterrado para siempre, perturbando la tranquilidad del convento.

Una monja lo miraba a través de la reja. Su nombre era Marja Restochova: las pocas sílabas que habían turbado a la abadesa.

Massimo se quedó sin palabras cuando supo que todavía estaba allí. Solo podía adivinar sus rasgos, pero el recuerdo de una antigua belleza aún estaba presente en el rostro de la monja. La piel diáfana que recordaba el terciopelo brillaba bajo la luminiscencia parpadeante de una vela.

Massimo se preguntó con qué palabras empezar, pero fue ella la que terminó con ese compás de espera.

—Así que sabe usted mi nombre —le dijo.

—Su nombre y una historia que me gustaría que usted me confirmara, hermana.

—Ah, esa historia. Han pasado muchos años y todavía hay gente que cree que la conoce.

—Cuénteme su versión, entonces.

—Era solo una mentira, inspector. Déjeme en paz.

Massimo notaba que algo vibraba en su voz. Al principio pensó que era irritación, pero ahora lo reconoció: era miedo.

—Estoy aquí para saber algo sobre un niño —le dijo—. Un niño que nació a la sombra de estas paredes y que entre estas paredes desapareció.

Marja no respondió.

—¿Qué puede asustarla después de tanto tiempo? —le preguntó—. ¿El juicio? ¿La vergüenza?

—¡Era una mentira!

—La suya, tal vez. ¡El sentimiento de culpa le resultaba insoportable, por eso renunció al mundo e hizo voto de clausura hace décadas!

—Márchese. Aquí no encontrará las respuestas que está buscando.

—Tal vez tenga razón, hay otras formas. El análisis del ADN, por ejemplo.

La vio vacilar, más cautelosa de repente.

—¿Qué quiere decir?

Massimo se inclinó hacia la reja.

—Encontramos el cuerpo de un niño, muerto hace veinticinco años. Yo creo que era su hijo.

La mujer abrió la boca para hablar, pero las palabras no le salieron.

—Lo parió y luego lo abandonó. Necesito saber quién la ayudó.

—¿Cómo murió? —preguntó ella, con la voz rota.

—Lo mató quien lo había criado.

Marja bajó la mirada y cerró los ojos. Las pestañas dejaron caer las primeras lágrimas. Massimo se percató de que realmente había creído hasta entonces que su hijo estaba viviendo una existencia plena y feliz lejos de ella.

—Tenía miedo —confesó—. Pero no hice nada malo. Lo puse en mejores manos que las mías, que le buscarían una familia cariñosa.

—¿Fue enviado a un orfanato?

—No.

—¿Las manos de quién, entonces?

—De quien lo trajo al mundo.

Massimo aferró la reja, la cara cerca de la suya. El llanto silencioso de la monja no despertó su compasión.

—Quiero su nombre —le dijo.

Con un suspiro, Marja acercó los labios a su oreja y susurró, casi como si ahora, después de todo ese tiempo, sintiera miedo de pronunciarlo.

Massimo la miró, aturdido. Conocía a ese hombre. Pero la revelación había desencadenado en él otras conexiones: sus ojos azules eran los mismos, solo que más viejos, que los de una fotografía borrosa, tomada de un archivo de un viejo caso que sucedió más allá de la frontera, y nunca resuelto.

79.

Teresa no recordaba haberle hecho ese encargo a Marini. Tampoco recordaba nada de su conversación sobre el tema; sin embargo, parecía que unas horas antes le había ordenado que fuera al convento de Rail. Solo había esa anotación, escrita rápidamente en un pañuelo de papel, aún por transcribir en el diario. La frase terminaba con un «ver diario».

Recordaba haber escrito una nota sobre el torno de los expósitos, tras haber hablado con el doctor Ian en el pub. Probablemente se refería a eso.

Encontró en el armario su chaqueta y su bolso. Sacó el diario y empezó a hojearlo, pero no dio con esa anotación, a pesar de que estaba segura de haberla escrito. Volvió a verificarlo: faltaba la página sobre la conversación mantenida con el médico. Aquel era un recuerdo nítido, que no se había visto afectado por la confusión que sentía.

—Le sugerí que no se levantara —dijo Ian al entrar—. ¿Cómo se encuentra?

Teresa también estaba preguntándose. Parecía que de vez en cuando una extraña tomara el control de su vida y dejara tan solo algunos indicios sobre su paso, que siempre era breve, pero que tenía el poder de mezclar las cartas sobre la mesa.

—¿Alguien ha tenido acceso a mis efectos personales? —preguntó.

Ian la miró, sorprendido.

—No, que yo sepa. Siempre han estado allí dentro. Sus compañeros se ocuparon de guardarlos. ¿Hay algún problema?

Teresa miró el diario.

¿Estás verdaderamente segura de que alguien lo ha abierto?

—Falta una página de mis anotaciones —le dijo.

Ian se acercó y miró el cuaderno en sus manos.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Y cómo puede estar segura de que la página no fue arrancada antes? ¿O de que realmente fue arrancada? Es una libreta de espiral.

Teresa lo miró y no supo responder. La verdad es que no podía tener la certeza absoluta, porque su mente ya no era de fiar.

Fue a la ventana. La oscuridad hacía imposible ver el paisaje, algo así como lo que le estaba pasando a ella con sus pensamientos. Quizá estaba convencida de que había hecho algo que se había quedado solo en intención.

—Teresa, ¿se siente bien?

—Yo... sí.

—Tiéndase, está pálida.

—No... Tengo que reaccionar.

Ian se acercó y le puso una mano en el codo, como para sostenerla.

—¿Reaccionar a qué? —preguntó.

—No lo sé exactamente —era la verdad. Se liberó del contacto y dio unos pasos, como para probar su equilibrio, no solo físico.

—La veo confundida, ¿le sucede a menudo? Pérdida de memoria, de conocimiento, ataques de pánico...

Teresa sintió que un sabor amargo le subía a la boca.

De manera que así es como comienza, se dijo. Pensó que iba a ser más lento; en cambio, el descenso hacia el fondo era una espiral que giraba rápidamente y hacía perder la orientación.

Pero esa anotación existía: «ver diario». Había un recuerdo suyo, aunque fuera fragmentario. Sabía que estaba enferma, pero todavía sentía la necesidad de creer en sí misma, un último esfuerzo hasta el final de esa empresa.

Se preguntó quién tendría interés en hacer desaparecer esas palabras, que eran solo anotaciones que señalaban una pista que debía comprobarse, como muchas otras en esa historia, tal vez ni siquiera la más significativa.

Es precisamente eso lo que hace que la página que falta sea una pista, pensó. Quien la hubiera arrancado lo había hecho por miedo, porque sabía que esas pocas palabras podrían haber llevado hasta un secreto mucho mayor. Pero no había llegado a tiempo, porque ella ya había enviado a Marini hasta allí, hasta el lugar de donde, ahora estaba segura al respecto, se habían llevado al niño sin nombre.

Quien lo hubiera hecho había cometido un grave error: arrancar la página pensando que ella probablemente no lo recordaría o que podría inducirlo a

dudar de que la hubiese escrito.

Ese alguien sabía que el Alzheimer había empezado a devorar sus recuerdos. Pero ella no se lo había dicho a nadie, ni siquiera había encontrado el valor para nombrarlo en esas páginas.

Teresa miró el ordenador sobre el escritorio. La pantalla mostraba la imagen del programa abierto en la compilación de su historial. Un programa conectado a los datos del Sistema Sanitario Nacional, donde podían consultarse todas sus pruebas.

—¿Comisaria?

Teresa se vio abrumada por un vértigo. Se aferró a la cama para no caerse. Miró a Ian.

—¿Se siente mal? —le preguntó el médico.

Teresa recordó la inyección que le había puesto.

—¿Qué... qué es lo que me ha inyectado? —preguntó, con voz ronca.

Él se rio, sorprendido.

—Insulina, naturalmente. ¿No se acuerda?

Teresa se sentía débil, pero no sabía si la causa eran las horas de sueño atrasado, las comidas insuficientes o un veneno que corría por sus venas. Quizá se trataba únicamente de miedo.

—Usted conoce mi secreto, doctor Ian. ¿No es así? —le preguntó, con la respiración entrecortada.

El teléfono de Teresa sonó en el armario de detrás del médico. Ella no se movió.

La mirada de Ian cambió. Se volvió distante y vagamente hostil.

—¿No va a contestar, comisaria? —le preguntó.

—¿Quiere hacerlo usted, doctor Wallner?

El hombre cerró los ojos por un momento. Ojos claros como el hielo e igualmente glaciales. Teresa pensó que se parecía muy poco a la fotografía de cuando era un joven director de orfanato. La vida había cambiado los rasgos de su cara, pero sobre todo él se había ocultado bajo sonrisas y gestos afectuosos que, más que cualquier otro cambio físico, lo habían hecho diferente respecto a lo que había sido. Por dentro, sin embargo, seguía siendo el mismo y Teresa finalmente lo había visto reflejado en esos ojos desprovistos de arrepentimiento y de empatía. Se preguntó cuánta fuerza mental sería necesaria para vivir toda una vida bajo una máscara tan pesada. La respuesta fue que no se trataba de fuerza, sino de un propósito enfermizo.

Teresa pensó de nuevo en el momento en que le mostró su propio diario. Él lo había mirado como si realmente nunca lo hubiera visto: estaba dotado de un autocontrol extraordinario.

—Siempre creí que detrás de esta historia había un monstruo, pero no es Andreas Hoffman —dijo—. No es el niño número 39. El verdadero monstruo es quien le robó la vida y mató a su único compañero: usted.

Los labios de Wallner se extendieron en una sonrisa que le causó una sensación de náusea.

—Soy un científico, Teresa. La ciencia requiere sacrificios.

—Usted mató a ese niño, pero era de ambos de los que quería librarse. ¿Por qué nunca regresó al refugio para cerciorarse de que había tenido éxito?

—Oh, sí lo hice, comisaria, y solo encontré un cuerpo. Hui porque sabía lo que era capaz de hacer el Alfa. Tenía quince años y el físico de un hombre joven. Su cólera podía ser devastadora.

—Entonces prendió el fuego y se fue.

—Fue mi único error: creer que el fuego había borrado todas mis huellas. Al huir, sin embargo, di un paso en falso y me caí por un barranco. Me las arreglé para arrastrarme hasta el pueblo con una pierna rota por tres sitios, pero tuve que permanecer en cama durante meses, antes de recuperarme y renunciar a la montaña para siempre. Ya no pude volver a subir para contemplar mi obra.

—Es usted un criminal, como lo fue su padre y los que eran como él.

—Han pasado setenta años desde el final de la guerra y aún queda gente como usted, que sigue quejándose.

—Eso se lo explicará a los jueces, entonces.

Wallner se echó a reír.

—A ver, en su opinión, ¿por qué no me escapé? —le preguntó—. Podría haberlo hecho, cuando usted empezó a acercarse demasiado a la verdad. Pero ya tengo setenta y cinco años y una cardiopatía importante. Empezar una nueva vida con una identidad falsa no es tan fácil como hace cuarenta años. La verdad es que no voy a ir a la cárcel. Serán necesarios años solo para el juicio en primera instancia. Vayan como vayan las cosas, comisaria Battaglia, yo ya he ganado.

Teresa vio llegar a Parisi y el resto del equipo por detrás del doctor.

—Voy a dejarme la piel haciendo todo lo posible para que cambie de opinión, doctor Wallner —le respondió.

Él siguió su mirada y se dio cuenta de que ya no estaban solos. Su expresión cambió: la confianza que parecía ostentar se había desvanecido. Parisi lo cogió de un brazo y lo acompañó afuera, pero antes de marcharse, Wallner se volvió hacia ella.

—Solo había insulina en esa jeringuilla —dijo—. No va usted a morir, comisaria. Hoy no, al menos.

Teresa tuvo que sentarse en la cama porque tenía miedo a desmayarse de nuevo. Sus rodillas estaban débiles y su respiración era entrecortada. Necesitaba unos minutos para recuperarse.

—¿Todo bien, comisaria?

Ella levantó la cabeza para mirar a De Carli.

—Se acabó —dijo, como si esas dos palabras fueran una respuesta suficiente.

Él asintió, con una sonrisa.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le preguntó.

—Nos ha enviado Marini. Nos contó lo de Wallner. Está al teléfono, quiere hablar con usted.

Le tendió el móvil. Teresa vaciló unos segundos, buscando las palabras más adecuadas, luego lo cogió.

—Llegué yo primero —le dijo.

Él estalló en carcajadas.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—La estadística. Tú siempre llegas más tarde.

Lo oyó reír de nuevo.

—¿Cómo está? —le preguntó.

Teresa se lo pensó.

—Bien —respondió, y era verdad.

A pesar de todo, contra todo pronóstico, Teresa se sentía viva, de una manera que hacía mucho tiempo que no sentía. Acababa de ganar un desafío y otro aún más importante con ella misma la esperaba. Seguía siendo artífice de su propia suerte, e iba a serlo también en el futuro.

Miró su imagen reflejada en el cristal de la ventana.

Vio a una mujer con arrugas y despeinada, la cara cansada y un brillo en los ojos.

Aquella era su cara. La cara de una guerrera.

Epílogo

80.

Desde la quebrada del Sliva ascendía una fina bruma, pero no era la niebla helada del invierno. Era el aliento de la primavera que soplabá antes de tiempo sobre el lecho del arroyo. Transportaba el aroma de los brotes listos para horadar la tierra y ver la luz. El agua no estaba inmóvil como unas semanas atrás: corría, se agitaba en torbellinos y saltaba entre las rocas. El hielo iba abandonando las orillas y la maleza, como un ejército derrotado en retirada.

El bosque se estaba despertando cada día un poco más, desperezándose, acompañado por los primeros cantos de los pájaros que regresaban desde la llanura.

Mathias pensó que su vida y las de Lucia, Diego y Oliver estaban renaciendo igual que la naturaleza. En el colegio habían estudiado el ciclo de las estaciones y ahora podía ver sus efectos en la quebrada, donde todo comenzó, donde los primeros brotes habían empezado a florecer.

Mathias imaginaba que ellos estaban haciéndolo del mismo modo. Ya no se quedaban inmóviles, quietos en un punto doloroso del pasado. Habían ido hacia delante, como las nubes que pasan por delante del sol, como el agua entre los guijarros y el viento entre las briznas de hierba. Eran flores que buscaban la luz y por fin la habían encontrado.

Bajó corriendo por el sendero, con los pulmones llenos de olores nuevos y vitales. Al llegar al lecho del arroyo, recorrió el camino que conocía bien, entre las pequeñas escaleras y los puentes colgantes. La madera se había liberado del hielo y resonaba de manera diferente bajo sus pasos: fue el ruido que Mathias asociaba con la hermosa estación que estaba llegando, redonda y suave. Incluso el agua había cambiado de color y vibraba con un verde intenso y turquesas brillantes.

Allá abajo, en la garganta que fluía a los pies del pueblo, ya no se sentía solo. Quieto, con la nariz levantada, mirando el azul del cielo, era consciente

de los cientos de pequeños corazones que estaban latiendo junto con el suyo, escondidos entre las frondas de los árboles.

En ese momento, el sol alcanzó el punto más alto y un rayo iluminó la quebrada, desencadenando un remolino de colores.

Mathias se rio, ebrio de vida, y lanzó un grito que resonó entre rocas y barrancos, al que sus amigos respondieron igual que jóvenes lobos.

Corrió hacia ellos, más allá de la cueva, hasta que salió de la cascada, de nuevo libre para caer en chorros de arcoíris.

Lucia, Diego y Oliver estaban esperándolo. Las mochilas cargadas a los hombros y el mapa con los senderos entre sus manos, listos para lanzarse juntos a una nueva aventura.

Mathias dio un paso hacia ellos, luego se volvió para mirar el bosque que quedaba a su espalda. Entre todos los sonidos nuevos y los reclamos que lo hacían vibrar, faltaba uno. Se quedó por un momento escuchando, con la secreta esperanza de oír de nuevo esa presencia y oírla entre los árboles, pero el bosque ya no tenía sombras.

Sus amigos lo llamaron. Mathias dejó que esa última melancolía se marchara para siempre, como las cenizas de un fuego extinto entregadas al viento.

81.

Los hospitales psiquiátricos judiciales habían sido reemplazados por el REMS, un acrónimo que significaba Residencia para la Ejecución de Medidas de Seguridad.

Teresa deseaba que el cambio no fuera solo formal. Necesitaba creer que el hombre que estaba esperándola detrás de la puerta tuviera por fin la oportunidad de aprender a vivir y no solo a sobrevivir. Era una ingenua, tal vez, pero en ese momento de su vida quería más que nunca tener esperanza.

—¿Lista? —le preguntó Marini, a su lado.

Teresa asintió y un vigilante abrió la puerta.

Andreas Hoffman estaba sentado frente a ella, no como un asesino que estuviera cumpliendo su sentencia, sino como un rey en el exilio. Su trono había sido usurpado; su reino, entregado a la voracidad de excavadoras y perforadoras que lo desmembrarían. Sin embargo, él ocupaba el espacio de la habitación con la gravedad de un conquistador.

Sentado, con las manos en el regazo atadas con esposas flexibles, miraba fijamente la pared desnuda frente a él, con la espalda recta y el mentón levantado. Le habían cortado el pelo y afeitado la barba. Teresa observó la cara de ese hombre de una belleza extraordinaria, que parecía tallado en una madera dorada y brillante, y se dio cuenta de que nada contaminaría su alma jamás, ni siquiera la sangre que había derramado.

Andreas existía en otro plano distinto al de ellos: primordial, desnudo de toda hipocresía y bajeza humana. Ni siquiera la muerte parecía corromperlo.

Teresa se vio sorprendida por la fuerza que emanaba de su persona: no se trataba únicamente de vigor físico, sino de una energía vital que casi tenía consistencia y que incluso a distancia ejercía una presión contra su cuerpo. Era el magnetismo animal del que Wallner había escrito en su diario.

Eso y mucho más, se recordó a sí misma: era la fuerza de los jefes y de los reyes, el carisma de los *condottieri*, era el Maná, un poder espiritual del que

pocos estaban dotados, capaz tanto de elevar las voluntades como de aplastarlas.

Se preguntó si se trataba solo de sugestión o si realmente la criatura que tenía delante era especial.

Mantente lúcida, se dijo, sentándose frente a él.

La inmovilidad de su expresión era impresionante, pero no tanto como el dominio que emanaba. Wallner estaba loco y era un criminal, pero Teresa se descubrió a sí misma pensando que tal vez sus teorías con respecto al niño número 39 no eran desvaríos de un demente.

Había reflexionado mucho sobre cómo comportarse con él. Dudaba de que las palabras realmente tuvieran valor para esa criatura crecida en el silencio de los bosques y de la soledad. Las entendía, las deletreaba, pero sin duda alguna no eran su idioma natural.

Andreas se comunicaba con los sentidos, como lo habría hecho un ciervo o un águila en el mundo de donde procedía. Utilizaba la naturaleza para comprender el mundo, de manera que Teresa escuchó su instinto para llegar hasta donde seguía aún la mente de él.

Miró a Marini y le indicó con señas que le entregara los regalos que le habían llevado.

Sobre la mesa colocó la fotografía de un niño pegado al pecho de su madre. Teresa la había descargado de la Red, pero estaba segura de que Andreas no notaría la diferencia: para él ese niño era el suyo, el pequeño Markus, el heredero que había elegido. Teresa quería hacerle saber que se encontraba bien.

Desde su llegada, Andreas no había dejado de mirar la pared, pero la foto inmediatamente llamó su atención. La cogió entre sus dedos y se llenó de su olor con una respiración profunda. Teresa la había sostenido al lado del niño, antes ir al REMS. Estaba asombrada de que él se hubiera dado cuenta.

El segundo regalo fue una ramita de pino negro, recogida al lado del refugio que había sido su hogar. Teresa se la ofreció y vio cómo cambiaba su mirada: una mínima variación, apenas perceptible, una dilatación de las pupilas. El olor de las hojas perennes era el de su mundo. Andreas cerró los ojos por un instante y Teresa pensó que en ese momento se encontraba allí, en su montaña.

El tercer regalo pertenecía al niño sin nombre. Era una tira de tela encontrada entre los restos. Teresa tuvo que pelearse por que le concedieran

permiso para llevársela, pero no se dio por vencida hasta que la negativa se convirtió en un sí.

Andreas la reconoció. La habría reconocido entre miles. La cogió y Teresa vio cómo sus manos temblaban, por primera vez desde que su vida había cambiado. Se la pasó por la cara, por los labios, hasta por el pecho, donde la dejó, en contacto con el corazón. Los párpados se cerraron, los labios silabearon sonidos bajos que ella no era capaz de entender.

Lo único que entendía era que Andreas estaba acunándolo.

Aquí está su flor, pensó. La más hermosa entre las que le impedían ver el infierno.

La tarde se había convertido en noche. La línea del horizonte aún brillaba con una última luz difusa. En el fondo, lejanas, las montañas le recordaron a Teresa el origen de esa increíble historia. Fuera del REMS, el aire rebullía y llevaba las primeras muestras de una primavera precoz. Le pareció captar el perfume de yemas aún no abiertas y pensó que era un mensaje de esperanza.

Ella siempre había sentido un poco de alergia hacia la esperanza, pero al final, se dijo, tenía que creer en algo: ¿por qué no en algo hermoso?

Marini caminaba a su lado, en el aparcamiento de la institución. Era difícil decir en qué pensaba. Teresa lo había visto preocupado, incluso conmovido, durante el encuentro con Andreas, y se había quedado impresionada. Un corazón tierno latía debajo de ese pecho siempre inflado de orgullo, que ella disfrutaba chinchando de mil maneras.

Llegaron a sus respectivos automóviles. Se miraron, parados el uno frente a la otra, sin decir ni una palabra, como dos pistoleros demasiado cansados para disparar. Al final de cada turno, la escena siempre era la misma.

Ella notó que su rostro estaba marcado por la fatiga. Él debía de pensar exactamente lo mismo de ella.

Se preguntó si no había exagerado con ese joven inspector en la última época, saturándolo de encargos. Y también consigo misma: siempre estaba a su lado y lo espoleaba, a su manera, para que no se rindiera y diera lo mejor de sí mismo.

Teresa se metió una mano en el bolsillo. Los envoltorios de los caramelos crujieron.

Somos una pareja dispar, pensó, cuando él la miró de reojo. Tenía la

pésima costumbre de hacerle reproches quedándose en silencio, así ella ni siquiera podía darse la satisfacción de ponerlo de nuevo en su lugar pegándole un buen corte.

Teresa abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Se metió las patillas de las gafas entre los labios y las mordisqueó nerviosa. Las farolas se encendieron. El viento sopló un poco más frío.

—Bueno —le dijo, yendo hacia su coche—, nos vemos mañana.

Él se despidió con un gesto.

—Hasta mañana.

Teresa abrió la puerta, luego cambió de opinión, se volvió y le lanzó un caramelo. Él lo atrapó al vuelo.

—He quedado con los chicos en el bar para tomar una cerveza —le dijo—. Si esta noche no sales con la bibliotecaria...

—Voy con vosotros.

Ella asintió con una mueca que podría ser una sonrisa, mordiéndose la lengua para que no se diera cuenta de lo tonto que parecía con esa expresión satisfecha impresa en la cara.

Entró en el coche. Por el espejo retrovisor podía verlo, quieto aún mientras la miraba.

Pero ¿cómo diablos se llama?

Se encogió de hombros, encendió el motor y se marchó.

Nota de la autora

Esta novela hunde sus raíces en los paisajes de mi tierra.

En este sentido, nada ha sido inventado. Traveni, con su bosque milenario, su quebrada, las minas, los lagos alpinos y los picos de vértigo, existe de verdad, con otro nombre. Las montañas, las estaciones, los olores y los colores de la naturaleza me han acompañado desde la infancia y no podían más que servir de paisaje para esta historia. Y, es más, tal vez convertirse en parte integrante, como si fueran un personaje.

La mía es una tierra generosa, pero que también sabe exigir, ha forjado a sus hijos con el esfuerzo de un pasado agreste y la violencia de un terremoto que borró casas y a familias enteras, pero que no afectó a su determinación. Todo ha sido reconstruido igual a como era, donde fue posible, mediante anastilosis, numerando las piedras caídas cuando todavía se contaba a los muertos. Se siguió hacia delante, pero sin olvidar, y ese terremoto ha entrado a formar parte de nuestro ADN.

Esta novela también está dedicada a ella, a mi tierra.

El estudio de los efectos devastadores del síndrome de privación afectiva en los recién nacidos, a los que hago referencia en la novela, fue llevado a cabo por René Spitz, un psicoanalista austríaco, nacionalizado estadounidense. Entre 1945 y 1946, Spitz observó a un grupo de noventa y un niños atendidos en un orfanato. Los pequeños, privados de las más elementales formas de amor, no crecían de forma regular, sufrían retrasos en el desarrollo cognitivo y motor, presentaban ausencia de mímica y una disminución general de las defensas inmunológicas. Al cabo de unos meses, caían en un estado letárgico. Spitz denominó este estado «depresión anaclítica».

Casi el cuarenta por ciento de los niños en observación murió durante su

segundo año de vida.

El estudio, en su época definido como pionero, a pesar de que hoy pueda plantear preguntas de carácter ético, tuvo como mínimo el efecto de establecer de manera incontrovertible que, para sobrevivir, un niño no solo necesita cuidados de tipo material. Para un correcto desarrollo, incluso físico, necesita establecer lazos emocionales fuertes y duraderos.

Los estímulos emocionales permiten crear una correlación fisiológica entre agresividad y libido —entendida esta como una fuerza vital que perpetúa la vida y empuja a la supervivencia—. En ausencia de cuidados amorosos, los niños observados por Spitz descargaban su agresividad sobre su propio cuerpo, porque era el único objeto a su disposición: a pesar de estar bien alimentados, se dejaban morir.

Las caricias, los besos, el contacto emocional son tan esenciales como la alimentación.

Por último, Teresa Battaglia.

Teresa nació hace dos años. Yo iba en busca de una historia y en mi mente se me presentó ella, esta mujer de cierta edad, un poco brusca pero empática, luchando contra el peso y la enfermedad. La veía inclinada sobre unas notitas, iluminada por una lámpara. Esas hojitas eran su memoria de papel.

Teresa ahora ya está en mi vida, sus investigaciones me dan vueltas por la cabeza, pidiendo ser escritas. Me divierte con sus bromas afiladas y me enternece con un maravilloso sentido maternal y de protección, ella que nunca llegó a ser madre.

Teresa es racional, pero sabe cuándo dejarse guiar por el instinto. Maltrata a los jóvenes que trabajan con ella, pero se siente atraída por su energía y cuida de ellos. Es tenaz, como espero saber ser yo en mi vida. Tiene una integridad que admiro y la fuerza para mantenerla intacta.

La veo sufrir y librar batallas personales entre mis líneas, y página tras página siento que crezco junto a ella.

Esta novela es también para las muchas Teresa Battaglia que cada día se despiertan un poco más cansadas, que luchan contra la soledad, la enfermedad, la que mina el cuerpo, pero también la mente, para que nunca dejen de quererse.

Agradecimientos

Un sueño nace en lo más íntimo, es acunado durante mucho tiempo en el silencio, pero para hacerse realidad necesita encontrar a otras personas que crean en él y le ofrezcan su propia contribución. He tenido la suerte y el privilegio de hallarlas:

A Stefano Mauri, mi editor.

A Fabrizio Cocco, mi editor de mesa (siete palabras que me emocionan). Indispensable. Profesional de excepción y persona extraordinaria. Gracias por haber amado esta historia.

A Giuseppe Strazzeri, el director editorial de Longanesi. Gracias por haber creído y por haber captado la belleza de esas flores sobre el infierno.

A Viviana Vuscovich, ¡gracias por llevar de viaje a Teresa más allá de la frontera!

A todo el personal de Longanesi, que me ha hecho sentir serena, incluso delante de lo que me parecía una empresa épica. Gracias por vuestro entusiasmo.

A Michele, mi lector más apasionado. La amistad, a veces, ni siquiera necesita del encuentro para surgir.

A mamá, Fedora y Franco, por la ayuda sin la que, en los últimos meses, me habría sentido perdida. A papá, sé que estaría orgulloso.

El agradecimiento más importante: a Jasmine y Paolo, por estar en mi vida.

Cuando el sueño se hace realidad, llega luego el momento de dejarlo marchar y realizar un viaje; gracias a los lectores que, llegados al final de esta historia, espero que quieran a Teresa como yo.

Notas

[1] Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, trad. de Carlos Pujol, Barcelona, Planeta, 1984.

[2] *Stavolo*: construcción rural de montaña típica de la región alpina Friuli-Venezia Giulia, en sus orígenes de madera y posteriormente de piedra, utilizada a modo de aprisco. (*N. del T.*)

Tras Dicker, D'Andrea y Lemaitre, Alfaguara Negra presenta el debut del año: *Flores sobre el infierno* de Ilaria Tuti, el *thriller* tiene nombre de mujer.



El primer cadáver es el de un hombre desnudo, con la cara desfigurada y los ojos arrancados. Algo aterrador está ocurriendo en las montañas: un recién nacido ha desaparecido y una sombra misteriosa vaga por los bosques. El caso requiere de todas las habilidades de Teresa Battaglia, comisaria de policía especializada en perfiles criminales que, todos los días, camina sobre el infierno. Su mejor arma es la mente, pero últimamente la está engañando; su lucidez está en riesgo y la investigación, por tanto, también. Por primera vez en su vida, tiene miedo.

Teresa y el joven inspector Massimo Marini, llegado desde hace poco de la ciudad a este enclave montañoso, deberán llevar a cabo la investigación más difícil a la que se han enfrentado jamás: un caso que hunde sus raíces en los episodios más oscuros y estremecedores de la historia de este rincón milenario del norte de Italia: un infierno que aún sigue latiendo.

Reseñas:

«Italia tiene por fin a su reina del *thriller*.»

Sandrone Dazieri

«Una de las revelaciones del año.»

Ida Bozzi, *Il Corriere della Sera*

«Una apuesta *noir* en femenino que ya es todo un fenómeno editorial.»

Claudia Morgoglione, *La Repubblica*

«Un *thriller* adictivo hasta el final».

Arianna Boria, *Il Piccolo*

«Magistralmente construido y con una trama perfecta.»

Fabrizio d'Esposito, *Il Fatto Quotidiano*

«Teresa Battaglia es una detective atípica: fea, gruñona, diabética: irresistible.»

Gianluca Ferraris, *Donna Moderna*

«Una novela con todos los elementos más clásicos y apasionantes del género *thriller*: niños, nieve, culpas inconfesables, vidas dobles e inescrutables.»

L'Espresso

«Un *thriller* de altura. Una vez más, los caminos del *noir* italiano parecen infinitos.»

Sergio Pent, *La Stampa*

«Un *thriller* que penetra los pliegues del alma humana. Una autora que habrá que seguir con atención.»

Marta Cervino, *Marie Claire*

«La leí en tres horas febriles en mi oficina. Me llevó unas treinta páginas saber que tenía algo especial en mis manos. No podía recordar la última vez que había leído algo tan impactante, tan original y que conseguía ser divertido pese a los horrendos crímenes que escenificaba.»

Federico Andornino, editor de Weidenfeld & Nicolson

«Tiene absolutamente todo lo que me cautiva en un *thriller*.»

Lisa Kraemer, editora de Penguin Verlag

«Me enamoré de la comisaria con sobrepeso (que además está perdiendo la memoria) Teresa y de su joven y recién llegado colega Massimo. El estilo de escritura eficaz y el final de la novela extremadamente original. ¡No puedo esperar para encontrarme de nuevo con Teresa y Massimo!»

Alexandra van Dam Merrett, editora Xander Uitgevers

«Su detective Battaglia tiene todo lo que nos encanta en un personaje:

carisma, determinación e instinto, pero también defectos y debilidades. A diferencia de muchos personajes femeninos actuales en la ficción criminal, es aceptada tal como es: una persona compleja que no es solo «una mujer en un mundo de hombres». Y eso nos encanta.»

Glenn Tavenec, editor de La Bête Noire

«Ilaria Tuti se ha establecido de inmediato no solo como una nueva estrella del *thriller* italiano, sino especialmente como un ejemplo a seguir.»

Verdiana Bixio, presidenta de Publispei

«Ilaria Tuti es una artista versátil: autora, ilustradora... He tenido ocasión de apreciar sus dotes artísticas en varias ocasiones, pero ha sido sobre todo su calidad humana la que me ha impresionado.»

Bruno Elpis, *MilanoNera*

Sobre la autora

Ilaria Tuti vive en la montaña, cerca de Gemona del Friuli. Estudió Economía y, gran amante de la pintura, ha sido ilustradora en una pequeña editorial. Ha publicado varios relatos, uno de los cuales, «La bambina pagana», obtuvo el Premio Gran Giallo Città di Cattolica 2014. Su novela *Flores sobre el infierno* vio la luz en Italia en 2018 y enseguida cosechó un gran éxito. Sus derechos se han vendido a la televisión para una serie, y se está traduciendo en trece países. Actualmente escribe una nueva entrega de esta serie protagonizada por la pareja de detectives Teresa Battaglia y Massimo Marini.

Título original: *Fiori sopra l'inferno*

© 2018, Longanesi & C. (Milán)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol

© 2018, Xavier González Rovira, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3328-8

Imágenes de cubierta: © Sam Brockway y Mario Gutiérrez / Getty Images

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Flores sobre el infierno](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[*Nota de la autora*](#)

[*Agradecimientos*](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)